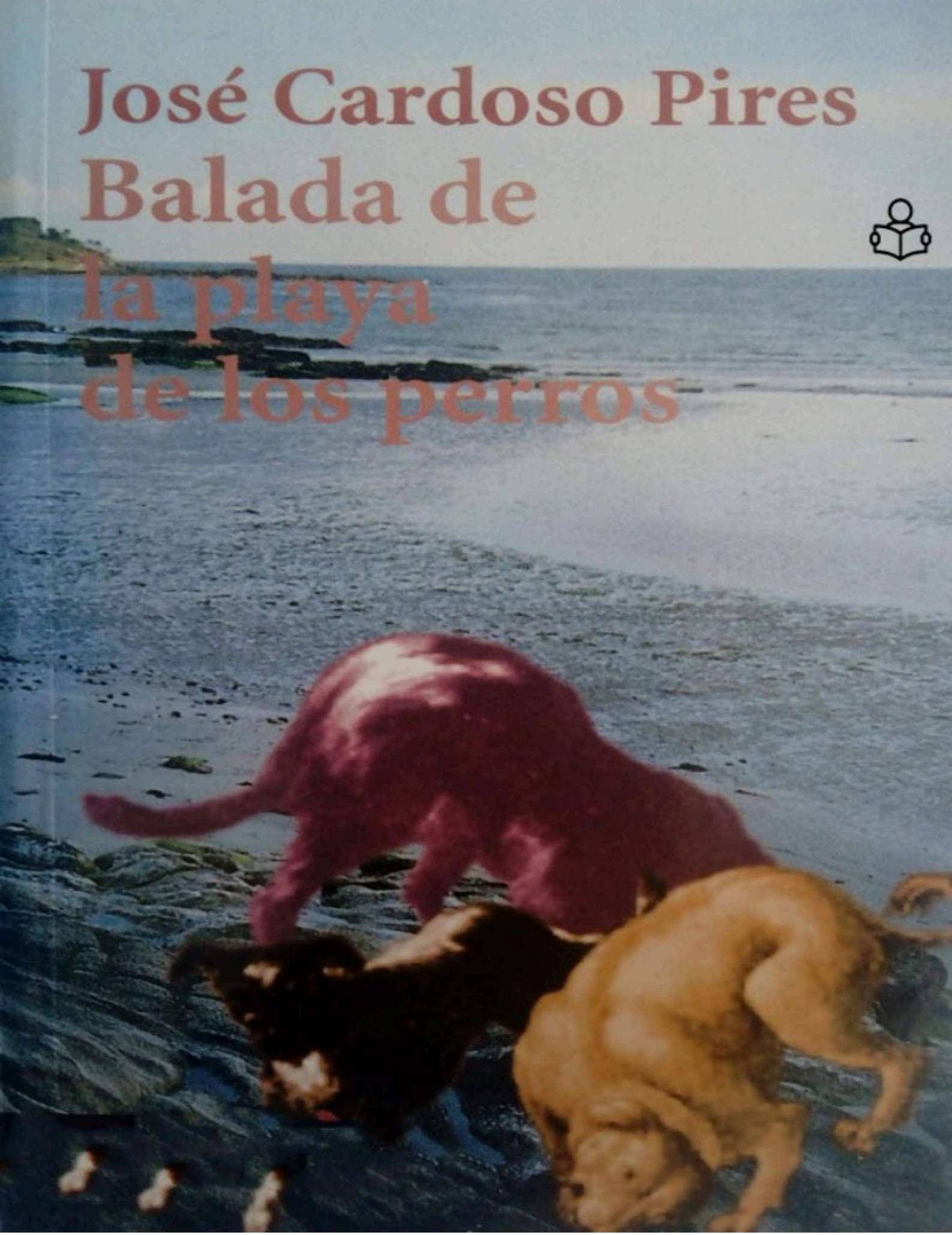
José Cardoso Pires

Balada de la playa de los perros



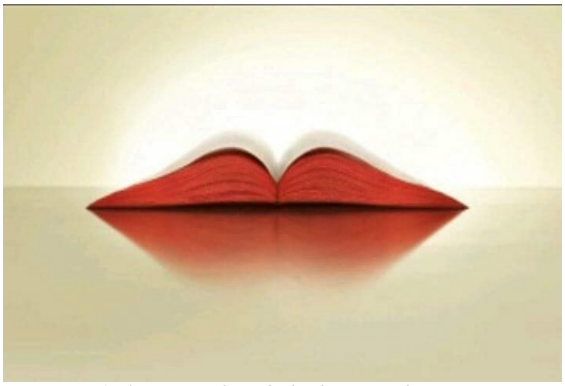
La publicación en 1982 de *Balada de la playa de los perros* —que recibió inmediatamente el Gran Premio de Novela, el más importante de la literatura escrita en portugués, y ha conocido desde entonces numerosas reimpresiones— fue saludada como la consagración definitiva de José Cardoso Pires.

Inspirado en un suceso real que en su día causó sensación en la opinión pública del Portugal salazarista, la novela parte del hallazgo del cadáver de un hombre abandonado en una playa para introducirnos, a través de la investigación policial llevada a cabo por el jefe de brigada Elías Santana, no sólo en las catacumbas del totalitarismo, sino también en un mundo de realidad fragmentada e inaprehensible, incesantemente agitada por el tiempo, característico del universo narrativo del autor.

José Cardoso Pires

Balada de la playa de los perros

Disertación sobre un crimen



Título original: *Balada da Praia dos Cães*
José Cardoso Pires, 1982
Traducción: Basilio Losada, 1984

Vins

Revisión: 1.0
Fecha: 28/01/2020

CADÁVER DE UN DESCONOCIDO
hallado en la Playa del Mástil el 3-4-1960:

1. *Individuo de sexo masculino, 1,72 m de altura, buen estado de nutrición; edad: unos cincuenta años.*
2. *no aparenta rigidez cadavérica; no muestra livor.*
3. *en la bóveda craneana, al nivel de la sutura derecha occipito-parietal, hay una perforación circular de 4 mm de diámetro provocada por proyectil.*
4. *perforación del temporal izquierdo, en la tabla interna.*
5. *ruptura de alma-mater al nivel de los orificios descritos en los huesos.*
6. *la órbita izquierda presenta una fractura astillada con pérdida de sustancia ósea en un área circular de 4 mm de diámetro, a la que sigue una trayectoria hacia el lado derecho del paladar duro.*
7. *encéfalo en putrefacción adelantada, con aspecto de masa verde-cenicienta, fétida.*
8. *perforación en el 3.er espacio intercostal con infiltración hemorrágica del músculo circunvecino.*
9. *perforación del saco pericárdico.*
10. *perforación del esófago.*
11. *corazón: 4 perforaciones que interesan sucesivamente a la aurícula izquierda, apéndice auricular izquierdo, arteria pulmonar y base del ventrículo; pesa 300 g, en avanzado estado de putrefacción.*
12. *perforación de la 7.ª vértebra dorsal con orificio circular de 4 mm de diámetro que es inicio de una trayectoria que se prolonga hasta el canal raquidiano, donde se encuentra alojada una bala de arma de fuego.*
13. *otro proyectil en la región muscular del codo izquierdo.*
14. *bala de arma de fuego alojada en el estómago, con depósito de abundante masa sanguínea.*
15. *ausencia de señales de homosexualidad activa o pasiva.*

Ap. Examen «in situ»*: Arenal accidentado con pequeñas dunas, en una de las cuales, a cerca de 100 m de la carretera, se veían al descubierto un codo humano y una rodilla, cuyos tejidos aparecían parcialmente destruidos… y cubiertos de moscas. Removida la arena con el cuidado preciso, apareció el cuerpo de un individuo de sexo masculino tumbado en posición decúbito lateral izquierdo en adelantado estado de descomposición. Calzaba zapatos cambiados, es decir, el pie derecho en el izquierdo y el izquierdo en el derecho, y calcetines de lana en buen uso. Reloj de pulsera marca Tissot MM parado a las 05.27.41 horas. No se hallaron documentos, haberes o cualquier otra referencia personal. En las zonas al descubierto, algunas piezas del vestuario aparecían desgarradas por los perros…*

… dichos perros, uno de ellos extraño al lugar y nunca identificado, fue el que atrajo la atención de un pescador y los condujo al descubrimiento del cadáver. Parece que este perro tenía sobrecejas amarillas características del pastor lusitano. Probablemente vagabundeaba por la costa, y como tal debe de haber pernoctado en la zona de los bañistas, que en esta época del año se reduce a armazones de hierro y pabellones en hibernación. Por el terreno se encuentran restos de vacaciones, hojas desgarradas de periódicos enterradas en el arenal, un zapato náufrago, cajas perdidas; la boya de socorro siempre a la vista, día y noche; desechos de la marea; el conocido cartel Portugal, *Europe's Best Kept Secret,* *FLY TAP* crucificado en un poste solitario. Fue a este lugar fantasma de veraneo donde el can vagabundo fue a buscar cobijo.

Con el alba, siguió jornada rumbo al norte, precisamente cara a la zona más desierta, cosa que no se comprende tratándose de un animal que andaba a la rebusca de sobras, a menos que algún pálpito olfativo de urgencia lo hubiera llamado desde lejos; y así debió de ser, porque cuando pasó junto al pescador iba al trote directo y rezongando con el hocico bajo. Llevaba meta precisa, eso estaba claro. Más adelante apresuró el paso, inició una carrerilla y se perdió en las dunas.

Pero no tardó en aparecer, esta vez sobre lo alto, aullando hacia los vahos llegados del océano. Esto, desde luego, intrigó al pescador, que, por si las moscas, se dirigió a las dunas sin que el animal interrumpiera un solo instante su llamada o lo mirase siquiera. Y el pescador, subiendo siempre, se fue acercando a él y, ya muy próximo, se detuvo y vio.

Vio en el fondo de la barrancada un conciliábulo de canes en torno del cadáver de un hombre; algunos saltaron hacia el lado en cuanto él apareció, pero pronto volvieron a la presa; otros, ni eso; estaban tan centrados en su tarea que se lanzaban mordiscos unos a otros sobre el muerto.

Hay en esto cierta ironía, dice el inspector Otero, de la Policía Judicial. Según consta, a la víctima le encantaban los perros.

La investigación
7 de mayo de 1960

Uno

Presente en los autos y en persona Elías Santana, jefe de brigada. Individuo de flaca complexión física, acentuada palidez, 1 metro y 73 centímetros de altura; ojos salientes (exoftálmicos) denotando avanzado estado de miopía, color de la piel y otras señales reveladoras de trastornos digestivos, probablemente gastritis crónica. En su aspecto exterior nada de particular que deba registrarse, a no ser que lleva la uña del dedo meñique muy larga y laqueada, uña de guitarrista o de vidente, realzada por el sello en el mismo dedo. Viste habitualmente chaqueta ajedrezada, pantalón liso y corbata de luto (a los debidos efectos) con alfiler de perla adormecida; reloj de bolsillo de agujas fluorescentes, marca Longines, en el bolsillo superior de la chaqueta, con cadena de oro pasada por el ojal de la solapa; gafas de cristales gruesos, para cegatos, mortecinos; carece de capilares en el cuero cabelludo, el cráneo está pautado por pocos y mimados cabellos peinados a cortinilla, de oreja a oreja.

[Elías Cabral Santana[1]*, hoja corrida*: nacido en Lisboa, 1909, en la parroquia de la Catedral, hijo de un juez comarcal. Estudios de bachillerato en Santiago Apóstol, que abandona a la muerte de los padres. Queda al cuidado de la hermana hasta la mayoría de edad. Aficionado a tocar la guitarra por las noches y cantor lírico en clubes recreativos. Tras un período internado en el Sanatorio da Flamenza, Loures, es admitido como aspirante en la Policía Judicial (10.7.1934) por despacho del entonces director, el juez Bravo. Es conocido también por el Fosas o Jefe Fosas, sin duda porque, después de haber estado prestando sus servicios en la Sección de Homicidios durante más de veinte años, ha pasado la vida desenterrando muertes trabajadas y distribuyendo asesinos por las diversas ergástulas enrejadas que son las penitenciarías del país. Con loor y dedicación, como consta en su hoja de servicios. Con la reserva e imparcialidad que corresponde a su especialidad, y tanto es así que jamás pronuncia la palabra Difunto, Finado o Fallecido con relación al cadáver que le es confiado, y prefiere tratarlo de De Cujus, que siempre es término de juez meritísimo. Elías Santana, Fosas, suele responder que «anda tras un difunto» cuando por ventura lo encuentran en horas y locales inesperados y en ellos puede valorarse ya la discreción y naturalidad con que se enfrenta con los muertos y con sus matadores, sin tener nada más que declarar].

Siendo así, y en la secuencia de los hechos ocurridos en el día tres de abril del corriente año de mil novecientos sesenta, pasadas setenta y pocas horas tras el hallazgo del cadáver de un desconocido en la Playa del Mástil, a cincuenta kilómetros de Lisboa, el mencionado Elías Jefe, por sobrenombre Fosas, medita sentado en la cama con el diario del día anterior abierto por la página del crimen.

Lleva un pijama de satén. Son las siete de la mañana en su domicilio de la Travessa da Sé, tercer piso con vista al Tajo. El dormitorio es un cuarto interior con postigo oval que da a la escalera. Cómoda panzuda, matriarcal. Mesita de noche de caoba, cubierta de mármol. Escupidera de porcelana pintada. Sábanas bordadas con las iniciales MT entrelazadas.

Elías parece suspenso entre el periódico y el sueño. Pero no: medita de hecho, y en dirección a un altar de fotografías armado encima de la cómoda. En una de ellas se ve a un juez de toga y de esposa al lado; en la otra, los misinos y una chiquilla de volantes en el regazo de la mater; en una tercera, el matrimonio y la hija más un infante montado en un caballo de cartón (en el fondo se distingue perfectamente un telón de escenario con un jardín y surtidores; la chiquilla ya no tiene volantes y está de pie, sujetando una bicicleta por el manillar); por último, un rostro de mujer joven en marco de plata, mirada suave, pureza y melancolía (el gesto en la comisura de la boca es el mismo de la adolescente de la bicicleta, pero más pronunciado, más personal, y, ahora, la frente está coronada por un flequillo).

Elías no lleva gafas, tiene los párpados marchitos y rugosos como los pavos. Mastica en seco sin dejar de mirar (¿a través de los párpados? ¿Por una rayita hundida?) aquellos retratos, desfallecidos en sepia de antepasados. Después, se levanta y atraviesa el pasillo; hay aquí un hedor que no engaña: ¿ratones?

En zapatillas, con el diario en la mano, se dirige a la cocina, pero antes echa un vistazo a dos cuartos de muebles amortajados que le quedan en camino (*le tour du propriétaire*, como decía su fallecido padre, juez en

Elvas, cuando daba su vuelta por el huerto antes de ir al tribunal). Va a unos, al otro, da un vistazo a la plata sobre la mesa, a los canapés y a los sillones de damasco, todo enfundado en sábanas; y al espejo solemnísimo, al aparador de nogal y a la estatuilla del pescador que mete la caña en el vidrio del acuario donde en vez de agua y peces hay un pomo de puerta; el joyero, el licorero; y más sudarios, más extensiones de blancor; una morgue doméstica de objetos labrados. En todos los cuartos hay ratoneras, pero intactas, humilladas, porque los ratones de la casa se las huelen todas, dice Elías, y los de ésta son tan pillos que hasta del radar se librarían si lo hubiera.

Entra en la cocina. Cocina, pila de piedra y ventana para la parte de atrás, donde hay galerías con palomares y ropa a secar; vasos y cajones de flores en las ventanas, hierbas silvestres creciendo en los tejados, por donde pasean tribus de ratones, antenas de televisión. Elías, a fuego lento y suficiente, calienta la leche de la mañana.

Luego atraviesa el corredor tras una escudilla humeante y va a sentarse en una sala con ventanas hacia el Tajo. Fragatas, transbordadores en vaivén. La llamarada gigante de la Siderurgia a lo lejos, en la otra orilla, y allí, al alcance de la mano, tórtolas arrullándose en aleros *pombalianos* y gatos narcisos lamiéndose al sol.

Elías hundiendo magdalenas en *lechemiel*: Son ya las ocho, y hoy va a ser un día de ajetreo.

Habló hacia una caja de cristal que está bajo la ventana. Arena es lo que se ve allá dentro. Luego, abriendo el periódico: Hoy va a ser el día de la coz del muerto, hermano. Coz del muerto, ¿oíste hablar de eso alguna vez?

Plantada en la arena hay una criatura que lo escucha en el fondo de la jaula encristalada, ahora se ve. Escuchándole o en un sueño aparte, no se sabe. Un lagarto. Lizardo es su nombre, lagarto de mucha estima, cuerpo arenoso. Parece en eterna posición de arranque, cabeza inmóvil, pescuezo adelantado, los comprimidos dedos de las patas de atrás abiertos todos y afirmándose en el suelo.

Esto te importa un bledo, continúa Elías, con un ojo en las sopas, otro en el periódico (pero es al lagarto a quien se dirige, para él su desahogo). Un reptil como tú tiene otras cosas en que pensar, le dice.

IDENTIFICADA LA VÍCTIMA

> Se trata del exmayor del Ejército Luis Dantas Castro, que, en diciembre pasado, se evadió del Fuerte da Graça, en Elvas, donde esperaba juicio por participación en un abortado golpe militar

y esto no es más que la coz del difunto. Coz de muerto, dicen, porque viene en pantufla de fantasma, nadie la espera, nadie la ve, y coge de lleno al vivo inadvertido, y el vivo es, en este caso, el pobre Elías.

Entre el lagarto Lizardo y la escudilla de las sopas, el jefe de brigada se enfrenta con el tendal de noticias que se abre ante él con campanas en primera página doblando por el difunto. Retrato del susodicho: el De Cuju con uniforme de oficial. Descripciones, conjeturas, un olor a cadáver que horripila. Después viene el pasado, historia antigua, como es uso en charlas de velatorio, el muerto hizo, el muerto dijo, ay pobrecillo; y *andante, andante*, rezonga el policía en pijama, sigue el funeral. Ahora se unen tres más a la procesión,

LOS SOSPECHOSOS,

y cualquiera de ellos —una mujer, un arquitecto y un cabo— son las *dramatis personae* en la picota para servir al juego de las reconstrucciones, y, como siempre, aparecen en las fotos del periódico como rostros poco menos que carbonizados. Una mujer, Filomena. Apenas se le ve la mirada, pero se la adivina joven, muy joven. El otro, un cabo, de campamento y a merced de la cámara que lo retrata. Un chiquillo. El otro también, el arquitecto. Casi sin barba, sin arrugas, tiene todo el aire convencido de quien se halla ante un momento cargado de solemnidad. Y ésos son los tres sospechosos, los que mataron y se llevaron el secreto con ellos. Entonces vivían, es lo que se le ocurre al verlos así impresos, en el punteado de la foto.

Elías: *Andante, andante*, que la coz del muerto viene más hacia el final.

Se sabe el periódico, línea a línea, puede decirse. Lo ha leído y releído y por eso acelera la pauta (como en la música) *andante, andante*, hasta que tras pasar páginas y páginas, da un manotazo: Aquí está. Aquí la noticia da lugar a una sabia oración encomendando al difunto al lado peor de los infiernos, al más torvo. Política, he ahí el pecado,

> una vez abandonada la hipótesis del crimen sexual admitida al principio, todos los indicios recogidos indican que estamos ante un asesinato por motivaciones políticas. El hecho de que el cadáver haya sido calzado con los zapatos cambiados es por sí mismo revelador, pues constituye un ritual en la ejecución de los traidores entre los grupos clandestinos

y entre líneas, Elías, está ya viendo que es por ahí por donde va a entrar la Pide[2], y entonces se va a armar, dos instituciones policiales desconfiando una de otra, claro como el agua. Siento al Ángel Leproso escaldándome la oreja, habla en voz alta al lagarto *Lizardo*. ¿No te parece, hermano?

Pasa un vistazo en diagonal por la página de cine y por las Noticias de Ultramar, Paz plurirracial, Fin del silencio con los aparatos Sonotone, precios populares, Lunas & Mareas. Lo peor, piensa, es que hay gente que sólo lee los diarios a contraluz para descubrir la palabra oculta por los censores, y cuando no la descubre, la inventa. Esto es una segunda censura, confusión doble, y nos pasamos el día leyendo lo escrito por lo *excrito* (si es que existe esa palabra en los diccionarios) porque a nosotros nadie nos la pega, que no somos tan tontos, los portugueses, y a Elías PJ[3] aún menos, que no le cuesta nada admitir que la Pide hace ya mucho que sabía del crimen y estuvo sólo haciendo tiempo para cargarle el cadáver a la Judicial, y así hace siempre con todo lo que apesta y fastidia al público, para convertir a los agentes de la Benemérita en servidores calumniados del deber.

Lizardo se mantiene impenetrable en su planeta de cristal. Es un dragón doméstico; pequeño, pero dragón. Y prehistórico, dominando al tiempo. El dueño se le acerca para leer el termostato fijado en la jaula, porque cambia la estación y hay que regular la temperatura. En verano, hay que humedecer muchas veces la arena para que el animal no se excite y no se ponga a mover el rabo recordando hembra o peñascos con sol a plomo.

Elías levanta los ojos a la ventana: ¿Cómo y cuándo va a actuar la Pide? Siempre ha oído decir que policía que espía a policía es doblemente criminal. ¿De acuerdo?

En el cielo, el azul de abril ha sido desgarrado por el surco de un reactor camino del infinito.

Elías: ¿Cuál va a ser el papel del inspector en medio de esta jugada?

Dr. Otero, inspector: «Las distintas policías deben prestarse colaboración en el ámbito de sus competencias». En el ámbito de sus competencias. Elías lo ve, gafas ahumadas, hablando por boca del director. Las mismas palabras, el mismo gesto, pitillo en mano, dando tiempo a la frase. ¿Has dicho algo, Fosas?

Nadie le llama fosas

Nadie en su presencia le llama Fosas a no ser el inspector. Justificación: estuvieron juntos en la misma brigada hasta que Otero se licenció en Derecho por cuenta —sea o no sea verdad— de una viuda pimpante del barrio de las Colonias. Ahora está en ese despacho de la Policía Judicial con alfombra y sillones pesados entre ellos dos, agente e inspector, y un retrato de Salazar en la pared. ¿Has dicho algo, Fosas?

Elías Jefe: La Pide. Ya siento el aliento del Ángel Leproso escaldándome la oreja.

Otero ordena las carpetas con mano cuidadosa, vuelve la página del calendario de sobremesa, ordena cada cosa en su lugar exacto para ir ordenando las ideas. Para no precipitarse.

Al fin, el parecer de Otero: Las distintas policías se deben colaboración en el ámbito de sus respectivas competencias.

Y sigue Otero: Claro, pero teniendo en cuenta que, en un asesinato político, la última palabra la tiene la Pide.

Se oyen ambulancias enloquecidas en la calle, el sol se arrastra por la alfombra. Si Elías se volviera en el sillón podría ver en la ventana el abril azul cortado oblicuamente por la estela de un avión.

Pero Elías oye y medita, sigue con la uña gigante el ribete del brazo del sillón. No ve a la Pide reclamando el muerto. Armar el lío y quedarse al margen, eso sí, eso es capaz de hacerlo, pero cargar con el cadáver, ni pensarlo. Las policías políticas son todas igual, dice. Antes de que aparezca la sangre ya se están lavando las manos con jabón Lagarto.

Otero dice que no, que no va a ser así. Mientras la hipótesis era la de un asesinato sexual, de acuerdo, para nosotros el muerto. Pero ahora, dice, la cosa es muy distinta.

Elías, dándole de nuevo a la uña: Cuando la sangre huele a política hasta las moscas se largan.

El inspector se sacude la solapa con la punta de los dedos. Fosas, dice, lo quieran o no, el muerto es político, es cosa de *animus conspirandi*. Y como sabes muy bien, ahí la palabra la tiene la Pide. ¿Para qué serviría si no?

Se endereza en la silla. Elías sólo ve de él unas gafas de bronce dorado polaroid reflejando la ventana, y un pitillo que se mueve bajo un bigote rubio; *animus conspirandi* o *anus conspirandi*, culo más, culo menos, la charla se arrastra y va a dar que reír a la prensa amaestrada. Elías, él sólo sabe que hubo intención, nada más. Alguien avisó a la prensa para que presentara el caso como un delito común, con el mayor De Cuju como un viciado de culo al aire, destrozado por una jauría de sarasas.

Coño, grita el inspector, otra ambulancia. Hay días en que salgo de aquí con la cabeza como un bombo.

Suena el teléfono. Otero responde con gruñidos. Cuelga.

Prepárate, anuncia. Acaban de descubrir la casa de los tipos esos.

Elías se queda boquiabierto: ¿La casa?

Inspector: Una llamada telefónica a la Pide. Pero está vacía, desde luego.

La casa. La casa, tal como se ve en esta fotografía de *O Século Ilustrado*, está en una cuesta entre pinos y acacias. ¿Encarada al mar? Eso parece. Aquella línea que se ve a lo lejos debe de ser el mar, seguro, y, a este lado, la Sierra de Dintra, como se puede comprobar en el mapa. Aquí está: Océano, Val de Lourel, camino marcado con puntitos. En este punto señalado con una cruz tenemos la casa —aquí mismo, junto a la carretera que viene de Mafra, cota de 200 metros más o menos—. La carretera tiene por referencia en el código viario EN-016B, autobuses 17,223 y 224.

En este pueblo, Fornos, debían de comprar las cosas, dice Elías.

Probablemente, muy probablemente.

Desde aquí, desde la carretera, la casa no se ve. Como más, se adivina, al pasar, por la mancha breve de la chimenea asomando entre los árboles, y todo eso, protección natural, accesos, aislamiento, demuestra claramente —palabras del inspector Otero en conferencia de prensa—, todo eso demuestra el cuidado con que los criminales actuaron desde el primer momento. Todo detalladamente estudiado y preparado en antedata, había dicho el inspector. Y el jefe Elías, para su camisa: ¿*antequé*? Este gilipollas sueña diccionarios o no sabe lo que dice.

Pero vamos a la casa. Eso es lo que interesa,

DESCUBIERTO EL REFUGIO DE LOS ASESINOS
Donde debió de permanecer secuestrada
UNA JOVEN ENLOQUECIDA

los periódicos se embanderan con titulares y fotografían la casa en todas las posturas, de frente, de lado, vuelta hacia el pinar.

Situada a media ladera[4], hay ángulos en los que aparece de cuerpo entero. Garaje, dos pisos y buharda con ventana para el valle, hacia poniente. Y la terraza, claro. La terraza es una de las cosas que llaman la atención del inspector porque se ven señales de losetas levantadas. En cuanto al resto, el inmueble tiene todo el aspecto de una vivienda proyectada por un maestro de obras local, una de las muchas de los alrededores de Lisboa cerradas durante meses, con oscuridad y vaho campestre, y que una vez abiertas a la luz aparecen cruzadas por el trabajosísimo hilo de la araña y por hileras interminables de hormigas legionarias. En el vestíbulo hay un azulejo que saluda a Quien Venga por Bien, y mantas de retazos que sirven de alfombra en la sala. Habrá una chimenea (la hay, realmente es fundamental el detalle de la chimenea con su cesta de piñas de complemento) y no faltarán en casa platos y objetos artesanos de feria, entre ellos un gato de loza pintada (hueco, 33 cm de altura) que está encima de la cómoda del primer piso. La misma tenaza de la chimenea debe de haber sido comprada en un cerrajero de los alrededores o a un vendedor ambulante de esos y que montan su tenderete en las carreteras al paso de los domingueros.

Claro que también estos y otros accesorios tienen su importancia con relación a lo ocurrido, pero no de momento. De momento, el jefe Elías y el agente que le acompaña andan por allí como gato en casa extraña, o sea: deambulando sin tocar nada y dando un vistazo general.

Van y vienen como por un primer paisaje, si se puede decir así. Nada les garantiza que en el fondo de un cajón no esté la clave del secreto; o que, bajo aquellas alfombras de trapos los de las lupas y los reactivos del laboratorio no despierten las implacables manchas de azul de Prusia que hablan como personas cuando acusan: ¡Vaya! Aquí hay sangre. Ya andan por allí los de la lupa; y el fotógrafo. Están todos. Elías y su ayudante no se dejan impresionar y continúan como gatos. Antes de medir con la uña y raspar en el polvillo, hay que tener una visión general, relacionar entradas y salidas, vagabundear por el piso inferior, que en tiempos fue garaje y que ahora está ocupado por una mesa de *ping-pong* alabeada y por un montón de botellas vacías, rótulo de coñac tres estrellas; y subir a los dormitorios, a la buhardilla, donde habrá un montón de periódicos que revisarán minuciosamente con la esperanza de encontrar una fecha, un número de teléfono, una página mutilada. Pero ahora, no. Ahora, el montón de periódicos puede esperar, la polilla comió ya lo que había que comer y quizá murió envenenada con tanta prosa. Elías Jefe abre la ventana de par en par y se queda allí, sobre el tejado, señor del paisaje hasta el océano.

Pájaros punteando los ramajes, horizonte del mar por encima de las copas de los árboles y, entre el cielo y la línea del agua, una lucecita fría avanzando hacia el crepúsculo. ¿Un petrolero? Elías se queda mirando. Dar tiempo al tiempo. Hasta el día siguiente no empezará el inventario de señales y sospechas, confiado como siempre al Bergante de las Esposas. Tiempo al tiempo. Antes se atrapa a un asesino que a un muerto, porque, como decía el otro, el muerto vuela a caballo del alma y el asesino tropieza con el miedo.

Elías: En esta ventana estaba la mujer de las tetas al aire.

Continúa suspenso en el rastro del petrolero, despertará al cabo de un rato con la casa encadenada ya por el crepúsculo; y seguirá luego la noche, es así en esta época del año; y con la noche empezará la verdadera vida que habita los entresijos de las casas abandonadas, y que él ni sueña: carcoma, tropelías de ratas y de vez

en cuando topetazos de insectos nocturnos contra los cristales de la ventana —la misma ventana que en las fotos de O *Século Ilustrado* aparece con una flechita porque fue allí donde cierto testigo vio a una mujer de senos desnudos mirando el océano. Vio o dice haber visto, habrá que comprobarlo—.

Elías baja al tercero, toma notas.

Situada a 150 metros de la carretera nacional 016B y a igual distancia de un camino conocido por Vereda do Lourel (dice el atestado), la casa no tiene confrontaciones visibles que la delimiten con relación a las vecinas, que, por otra parte, son raras y dispersas. Se ha comprobado que fue alquilada bajo nombre supuesto a su legítimo propietario, con todo lo que dentro hay de ropas y muebles, incluyendo el teléfono. Pero el atestado dice que, aparte de la referida Vereda do Lourel, los incriminados disponían, como acceso a la carretera, de un sendero natural donde fueron hallados vestigios de caminantes, especialmente un pañuelo de mujer, un bolígrafo y tres cajetillas vacías de cigarrillos SG; que en sus desplazamientos a Lisboa o a cualquier otra parte, los inquilinos utilizaban el autocar cuyo apeadero más cercano dista 300 metros de la casa; que en la relación de objetos aprehendidos constan unos prismáticos de precisión Canon 7 por 50, de uso en el ejército portugués, con estuche y juego completo de accesorios.

¿Serían éstos los prismáticos que utilizaba la muchacha de los senos desnudos para otear el océano?, pregunta el reportero del *Diario da Manhã* mirando desde la terraza. Se dirige al agente Roque, que a su vez manda que llamen al testigo local.

El testigo local, un albañil despavorido con ojos crepitantes bajo un sombrero de paja, se reduce a la más simple expresión. ¿Prismáticos?… no sabe nada. Le indican la ventana de la buhardilla como un adecuado puesto de vigía: ¿espionaje, contrabando? El hombre se encoge: qué sabe él, un testigo local no está obligado a adivinar lo que hacen dos senos al aire en la jaula del tejado.

Albañil, chapucero, no intentes escondernos nada, amenaza el agente Roque sólo con los ojos.

Y el reportero del *Diario da Manhã*, todo Sherlock: Vamos a ver, amigo, intente recordar…

Trabajo perdido. Entre el policía y el escribidor, el albañil de ojos crepitantes descarga el cuerpo de un pie al otro como si estuviera en un atolladero. Insiste en lo dicho una y otra vez porque lo que sabe lo ha confesado ya por su santa fe y la salud de los hijos que tiene en casa.

El relato del albañil

Declaró que, cosa de mes y medio antes, cuando procedía a la limpieza de un pozo que queda a unos cien metros de la Casa de la Vereda, y habiendo subido al aerodinamo del mismo para darle una mano de pintura, vio desde esa altura, en la ventana de la buhardilla, una silueta que reconoció corresponder a una mujer. Estaba un poco atrás, como para evitar que la vieran desde fuera, y parecía desnuda; o, al menos, tenía los senos desnudos, eso podía asegurarlo como testigo voluntario y de buena fe.

A la pregunta de si hacía frío entonces, respondió que no. Tampoco reparó en ninguna señal de inquietud o desesperación en la silueta referida, que se encontraba parada de frente al mar, y así se mantuvo hasta que empezó a ladrar un perro en el pinar, retirándose entonces (la silueta) hacia dentro.

Movido por una natural curiosidad, el albañil declarante volvió al mismo lugar para ver a la mujer en cuestión, lo que efectivamente ocurrió dos, digo tres veces, y siempre en apariciones fugitivas. En ninguna de esas ocasiones volvió a aparecer desnuda ni el testigo notó que tuviera prismáticos o herramientas semejantes, que miraba fijo ante ella y parecía muy pálida a la luz verde del pinar. Eso es todo. Era una mujer joven, de pelo negro.

¿Pelo negro o platinado?, pregunta el agente Roque.

Negro, responde el albañil; y ahora, sí, se está quieto. La otra, la dueña de la casa, sí que tenía el pelo así como ceniciento, dijo.

¿Seguro?, refunfuña alguien tras él.

El albañil se vuelve: es Elías, el jefe de la brigada. Andaba rondando por allí y le vino a los labios la pregunta, de paso. Y siguió embalado entre el olor de los pinares y sobrevolado por los pájaros de la tarde.

El hombre empieza otra vez a cambiar de pie. Maldita la hora en que se le ocurrió irle con el cuento a la policía, debe de lamentarlo en el fondo de su ignorancia de pobre diablo (admitiendo que el albañil sea tan pobre diablo, duda el reportero de *Diario da Manhã*: nadie le saca de la cabeza que está ante un *voyeur* rural, una especie de aparcero del Marqués de Sade, viciado en acechar escenas en el bosque).

El periodista y el albañil-testigo se enfrentan en el patio de entrada de la casa, desde allí casi no se ve la ventana de la buhardilla porque queda un poco retirada con relación a la fachada. Pero la ventana existe, existe. Está allí, y todos los lectores del *Diario da Manhã* del día siguiente quedarán en suspenso ante ella, denunciada por una flechita que atraviesa el cielo por encima del pinar. Ahí está. Ahí tenemos la flecha lanzada contra el blanco en la foto; y, más abajo, en la planta baja (ver el pie), hay otra ventana que tiene también su historia y que da a la sala donde se reunían los asesinos. Cuando el inspector Otero llegó allá y vio

a la gente de la Judicial en cuclillas por los rincones desencantando misterios, se echó las manos a la cabeza: Pero si hay un montón de pistas. Nos han jorobado. Hay materia para llenar quince volúmenes.

Elías oyó el asombro del inspector y continuó a lo suyo. Ante todo, le interesa el conjunto, puntos de orientación, en este momento él y un policía en prácticas miden el sendero que va de la vivienda a la carretera, ciento cincuenta metros, tropezones aparte. Elías, en la punta de la cinta métrica, considera: amigo, bajar por aquí de noche es para romperse la crisma.

Y encima, la lluvia, dice el aprendiz. El cura debe de habérselo pasado mal, jefe.

Elías: ¿Cura? ¿Y quién le ha dicho a usted que había un cura metido en esto?

El policía en prácticas: El alzacuello, jefe. ¿No vio el alzacuello en el armario?

Desde el fondo del camino, el jefe de brigada imagina aquella cuesta entre torrentes de agua, árboles braceando, viento y noche. Por lo que sabe de la fuga del Fuerte no hay duda de que el cura y su amiga llegaron a aquella casa de noche; y si la noche cerrada es ya por sí la faz más traicionera de la tierra, una noche de invierno y con lluvia fuerte es ya el acabose, realmente el acabose, la que armaría el cura cuando se vio entre aquel vendaval. Imposible contar los pasos, como intentaría cualquier militar o capellán en semejantes condiciones, porque de la carretera abajo no había medida ni norte, todo era azar y confusión.

Hechos los cálculos por lo probable, Elías Jefe determina que debieron llegar de madrugada, y en taxi, no podía ser de otra manera. Claro, en taxi. Se bajaron en la carretera (quizá en la parada de autobuses) y más allá estaba el caminito, pero ¿cómo encontrarlo? El cura contaba con guía que lo acompañara, una joven en este caso.

«Mena», llamaba en medio de la tempestad.

Se habían lanzado cuesta abajo y, cada dos por tres, se perdían cada uno por su lado. Aquí y allí un desgarrón en la oscuridad, «Mena». «Mena», y todo, voz, carreras, llevado por la riada. Hasta que, no se sabe cómo ni dónde, la mano de la joven rompiendo las cuerdas de lluvia se encontró (finalmente) con otra mano, que era la del cura, y se metieron los dos entre charcos y zarzales por barrancadas pedregosas hasta llegar a una pared, una puerta, al tan deseado milagro de una cerradura que cede. Y, de repente, luz: Casa de la Vereda, como dicen los autos. Aquí mismo, este sitio. Moza y cura se encontraban en un pequeño zaguán, recobrados del pavor y de la tempestad.

Elías: Como el cuento de los Niños Perdidos en el Bosque. Pero esta vez faltaba el perro.

Conocía a los personajes por las fotos de la Judicial. Pero ahora, la chica y el cura se le aparecen en una claridad lívida, de hielo. Uno frente a otro en el pequeño vestíbulo de la vivienda. El cura como un felino escapado del diluvio: todo de negro, chorreando agua por las costuras. Ella, apoyada en la puerta, jadeando, jadeando. Retorcía el pelo, lo estrujaba entre los dedos, pero poco a poco se fue quedando inmóvil, imprecisa aún en la esfera de agua que la envolvía, aún apagada, pero con un brillo velado cargándole la mirada. Y el cura, inclinado y moviendo la cabeza, gris y oscurecida por la lluvia, el cura también con los ojos clavados en ella, fijos. Se medían los dos, cómo se medían. Y de repente se echaron el uno sobre el otro, así: se echaron, y rodaban por las paredes y se sorbían la piel, el olor, saliva, todo, hermanados en la lluvia que traían, y no se oía más que una voz sollozada, un gritar para dentro, ciego y obstinado («Hombre… sí, hombre…») —la voz de ella recobrada en toda su verdad al fin de ocho meses de ausencia. Ocho meses, carajo—.

Exacto, ocho meses. Marzo-enero, fechas de los registros de la policía. Y ahora, revolcándose los dos por el suelo, aplacaban ese tiempo uno en otro. Se devoraban a la intemperie, allí mismo en el suelo, o contra las patas en una mesa, sobre una alfombra de trapos toda de hilo áspero, crudo paño que les labraba la piel levantando calor, luz por dentro. Cuando al fin cerraron el nudo del tiempo, se hallaron en un espacio desconocido, una sala vagamente insinuada por la luz que venía del vestíbulo.

Así se hallaban y así siguieron. Costado contra costado. Desnudos y rodeados de humedad, con un sosiego triste divagando a flor de piel. ¿Humeaban?

«Cuántas veces he soñado con este momento». La muchacha sonreía mansamente, hacia lejos.

«Y yo», dijo el hombre. Sonrió también: «Llegué a pensar que ya no era capaz».

«¡Oh!», dijo ella. Alzó los brazos al techo, pero le pesaban, los dejó caer. Entonces sonrió de otra manera. Maliciosamente, sólo para sí.

Ahora volvían a oír la tempestad. Realmente el vendaval estaba fuera, y era como si los dos, así desnudos y entre las ropas dispersas por el suelo, hubieran sido arrastrados por el agua y las tinieblas hacia un territorio secreto al margen del pavor y del tiempo.

El hombre —fraile, cura o lo que fuese— se inclinó sobre el cuerpo que estaba allí a su lado y que tenía una claridad tranquila entre las siluetas sombrías dispersas por la sala: era de una nitidez asombrosa pese a la vaga penumbra a la que estaba expuesto. Ah, y se veían los dientes de la joven centelleando blanquísimos.

Por las fotografías aprehendidas en el registro del piso de Mena, Elías adivina este cuerpo. Un cuerpo suntuoso y muy concreto, cada cosa en su lugar. Lo admira en particular en una foto en que la muchacha aparece en bikini en el césped que bordea una piscina, con un friso de pavos reales por fondo —y era una verdad—, aquel cuerpo: Muslos serenos y poderosos, la elevación del pubis, era eso, era esa verdad saludable y reposada lo que un hombre huido de la tempestad contemplaba apoyado en un codo. Se prolongaba al

correr de la piel de la muchacha, ascendía por la curva viva del cuello y rodeaba los senos que aquel día tal vez estuvieran en botón de miel, o en punta crespa, endurecida y oscura; e iba y volvía; con gravedad, con demora; deteniéndose una vez y siempre en el pubis denso, encaje y almizcle, plantado en el triángulo de blancor que el bikini había dejado en el verano de la piel. Tiene un esplendoroso, un pródigo y ardiente pubis, pensaba Elías.

El hombre sentía las junturas del suelo grabadas en las rodillas y en los codos, pero fascinado con el espectáculo de la joven. Allá fuera era lluvia y viento, y alrededor de ellos había manchas de ropa dispersas por la sala, un zapato, un vestido en un montón: despojos abandonados por la marea. Y en primer plano, muy blanco, el alzacuello del cura flotando a la luz de la luna, en el vestíbulo.

Carcajada de Mena: «¡Cura! ¡Jamás se me habría ocurrido!».

Máscaras & figurines

Elías aparta el alzacuello del montón de piezas que acaba de llegar del laboratorio: Un cura. ¡Lo que faltaba!

El inspector tiende el brazo por encima de la mesa para pedírselo. Mira y remira. *Minerva, disfraces y atrezzo*, se lee por la parte de dentro en letras comidas por el sudor. Observa que es duro como un cuerno, ningún cura de verdad usaría un alzacuello como aquél.

Elías Jefe: Es duro, pero las calienta.

¿En serio?, pregunta el inspector sin dejar de examinar el alzacuello; nunca había oído decir que nadie pudiera calentarse con una cosa de ésas, pero en fin…

Me refiero a las mujeres, dice el jefe de brigada. Parece que llevarse un cura a la cama las pone como locas.

Elías, removiendo entre los objetos llegados del laboratorio: No me extraña. Un cura es un padre, dicen, es Dios, es pecado, todo a la vez. Hay mozas que no quieren más regalía que ésta…

Otero: Tú, Fosas, no lees más que libros depravados.

Elías: Pues sí.

El inspector, cada vez que coge el informe de los análisis, queda desconcertado. Indicios y más indicios, pistas por todas partes. Dice: Sólo les faltó dejar tarjeta de visita y carnet de identidad.

Elías: Hay casos de exhibicionismo.

Otero: ¿Exhibicionismo? Lo que hay es montones de indicios. Hasta hay dedadas, ¿viste alguna vez algo igual? Un criminal que deja las paredes marcadas de dedos con manchas de sangre o está loco o se burla de la policía.

Elías: O es un analfabeto haciendo prácticas de firmar, ¿quién sabe?

Otero: Bueno, Fosas, tú siempre de coña.

Elías saca una tableta de clorato con el asco de quien cumple un horario. Bosteza: Mañana a esta hora estará el chaval ese en el Fuerte de Elvas saludando a la sargentada. Y luego: Una vez vi una película de Boris Karloff donde aparecía un pintor que coleccionaba huellas digitales de muertos. Las reproducía en color y se forraba vendiéndolas.

Otero, firmando el expediente de la mañana: Un Picasso de los cementerios, por lo visto.

Elías: Estoy hablando en serio. El tipo le llamaba a eso pintura dactiloscópica, para impresionar. Pero un día la jodió, porque fotografió una mano que apareció perdida en el depósito, y resultó que era la mano del segundo cuerpo con que habían hecho al Frankenstein.

Otero: ¡Vaya!

Elías: Y entonces, el Frankenstein no lo dejaba en paz.

Otero: ¡No me digas que quería derechos!

Elías: Quería la mano. Eso es lo que quería. Con dos manos de cuerpos diferentes, el Frankenstein tenía dificultades para estrangular, no acertaba, de modo que empezó a perseguir al pintor para obligarle a decir dónde estaba la mano, y quedar con las dos iguales. Frankenstein siempre tuvo debilidad por las simetrías.

Inspector Otero: Tú y tus coñas, Fosas…

Elías: Es la úlcera.

Otero, rubricando firmas: ¡Pues vaya con la úlcera!

Elías: Úlcera de caballo, pero sólo me da en los días pares y por los equinoccios.

Otero: ¡Pues vaya suerte! Yo en tu lugar, Fosas, me cuidaría. Para un proceso así no hay bicarbonato que valga…

El jefe de brigada se despereza. Cae la tarde en la central de la Policía Judicial, y a aquella hora la mayoría de los agentes andan de mariscada por las cervecerías de Conde Redondo y alrededores.

Otero ordena el papeleo: Para empezar, vamos a tener la prensa encima sin darnos respiro. Después está lo del arsenal de pruebas que los tipos esos han dejado y que tú crees que es sólo por precipitación, por

precipitación en la huida, dijiste, y yo, ni sí ni no, tomo nota y espero. Pero hay demasiadas huellas, la verdad. Sangre, huellas digitales para dar y vender, el cuaderno del mayor, etiquetas en las ropas, ¿es que esto no te dice nada?

Elías, despidiéndose: Me dice servicio, y yo respeto siempre lo que el servicio me dice.

[Manuel F. Otero, hoja corrida: Las observaciones recientes al examinar el alzacuello de sacerdote demuestran un conocimiento directo de la vida religiosa que le vino de su estancia en el Seminario (9.º año incompleto). Hijo de campesinos del Nordeste, distrito de Vila-Real, ingresó en el funcionariado como amanuense del Tribunal Civil de aquella ciudad, de donde pasó a la Policía Judicial con la categoría de aspirante. Ascendido con excelente calificación a agente de 2.ª: ídem a agente de 1.ª con calificación de «Bien». 1) Iniciativa e imaginación satisfactorias y buenas relaciones de trabajo. 2) Tenacidad y sentido promocional: Otero, siendo agente de la PJ, estudió Derecho. Se licenció con dificultades, a causa de su trabajo y de sus líos con divorciadas, ninguna con estatuto social apreciable. 3) Desajustes, complejos de afirmación: vestuario con pretensiones de distinción; el pelo de color panocha, cosa que en su infancia fue causa de cierto aislamiento (le apodaban Zanahoria y Que-me-quemo), es uno de los atributos que cultiva en su imagen cosmopolita. Otero muestra frecuentemente cierta pasividad rutinaria que puede atribuirse a la imposibilidad de conciliar su trabajo en la policía con prácticas indispensables para dedicarse al ejercicio de su carrera de abogado. Restos de un discreto y no confesado anticlericalismo, característico de quienes abandonaron el Seminario].

Otero, solo en el despacho, va haciendo girar el alzacuello en la punta del bolígrafo. Hace girar aquella tirilla, el collar, como le llaman los hombres de la Judicial, vulgo Judite, que sólo saben hablar como el Código Penal o en la jerga de los marginales, pero que, llamándole collar a aquello estaban muy acertados, concuerda Otero. Un alzacuello no es más que una especie de collar, collar blanco, *Domini canis*, collar de perro divino. O un anillo, sigue pensando. Una especie de anillo de castidad ajustado al pescuezo.

Anillo, cinturón de castidad, hostia perforada, el alzacuello que el inspector hace rotar en el eje del bolígrafo es la órbita en la que cuelga el cuerpo de los curas de este mundo. Y allá van ellos: subiendo al cielo, gravitando en aquellos anillos, con las manos cruzadas sobre el pecho, sotana al viento, subiendo en vertical, subiendo siempre en el sentido de la eternidad. Todo el planeta sobrevolado por curas colgando de sus alzacuellos de pureza, pero nosotros jamás podremos verlos por culpa de nuestros pecados.

Pero este collar que ha caído sobre la mesa del inspector Otero tiene expedidor. Con el alzacuello muy envuelto en un sobre, la manita de la Policía Judicial llamó a la puerta de un costurero teatral, en el Parque Mayer, Lisboa, pederasta por más señas y cubierto con peluquín. ¿Reconoce esto?, preguntó.

TÊTE-À-TÊTE CON UN PELUQUÍN

El costurero de marras dijo que sí, que lo reconocía, y que la pieza constaba en las hojas del almacén de la firma Disfraces y Atrezzo Minerva, y que la había alquilado para algún recital de caridad.

A quién, el del peluquín no podía precisarlo. La había alquilado a alguien, y eso es todo. Un guardarropa de teatro no es un notario, le entrega los trapos al cliente, presenta la cuenta, la cobra y *au revoir, cheri*. El mencionado costurero iba viejo ya y no estaba en condiciones de recordar a todos los payasos y mariposas que se acercaban a su mostrador. Decía: si tuviera memoria, hijos míos, ya nada sería mío en este cuerpo serrano. Y, con esto, sacudió las manos como quien ahuyenta molestias que no llevan a nada.

Pero ocurre que un policía es un policía y siempre guarda un triunfo en la manga, y cuando el sarasa se disponía muy satisfecho a volver a la aguja y el dedal, la mano de la Judite sacó del entreforro de la chaqueta una foto de mujer y la dejó sobre la mesa. El costurero cabalgó las gafas en la frente como un piloto de la Gran Guerra y asintió con la cabeza: sí, era ella, ella en persona, ahora se acordaba, la *demoiselle* que había venido a buscar un traje talar con su respectivo alzacuello.

Ante esto, arreglado todo, el nombre era ahora lo de menos. El nombre estaba en el oficio del Presidio Militar del Fuerte, Elvas, Confidencial, que Otero tiene encima de la mesa: Filomena, o Mena. Filomena Joana Vanilo[5] Athaide (según los archivos de aquella Penitenciaría), de 23 años, soltera, que, con superior autorización, visitó al mayor Dantas Castro en fecha tal y tal y en las condiciones de vigilancia determinadas por el Reglamento, Elvas, Fuerte da Graça, tantos de tal.

Otero: ¿Y por qué viene una mierda de éstas en oficio confidencial?

Se acerca a la ventana. Los tranvías por Conde Redondo con pachorra, con racimos de pasajeros colgando. Racimos de moscas, se diría. Hay vendedores ambulantes perseguidos por policías de mala entraña, *snack-bars*, escaparates de electrodomésticos; Soares, el del estanco, está a la puerta, viendo pasar a los peatones. Que son

muchos los peatones, y como moscas también. Como moscas atareadas. Van con sus rollitos de papel timbrado camino de oficinas de barrio, camino de las ventanillas de la vida en orden, allá van; o si no van a lo del timbre, van a la Policía Judicial por un certificado de sabe Dios qué. Ambulancias, coches celulares. La pastelería Azoriana esquina a Gomes Freire, otro mosquitero. Y esto es Conde Redondo en un día laborable: una calle empinada que lleva a la cárcel y al manicomio Miguel Bombarda, a casas de putas, a cuarteles y a más cosas que no se ven. Una mierda, todo aquello. El mundo es un enorme cadáver con moscas en vaivén dándole lustre.

De pie, en silueta de inspector tras los cristales, Otero centra la situación:

En estos tiempos, ningún policía de la brigada de homicidios está libre de la coz del muerto, para usar palabras de Elías Fosas hace un rato. Se dirá: es una broma, una ocurrencia, ese Fosas cuanto más fastidiado está más ácidos suelta con aire festivo. Pero en esto, Fosas tiene razón. Un buen día está el bueno del inspector creyendo que interroga a un cadáver común, cuando ¡zas! El muerto le suelta una patada. Cadáver político. Y en estos casos, no hay nada que hacer; cuando el investigador se recupera, está ya en el barrizal de la política hasta el pescuezo, y sólo ve periódicos, titulares enormes en primera página pregonando crimen subversivo y mostrando a dos columnas el cadáver con los zapatos cambiados. Ritual comunista, grita *A Voz*, grita el *Diario da Manhã*, última hora con lo del ritual comunista. Y no se paran ahí, no. Inmediatamente, el delirio. Empiezan a preguntar por la espía de pelo platino, a incordiar, porque secuestrada o no, la prensa, la opinión, el país, tienen derecho a saber quién es ella y quiénes son los traidores que acaban de vender la India al enemigo y ya andan por nuestra propia casa amenazando a la gente y los bienes de la nación.

Otero se considera metido ya hasta el pescuezo. Positivamente. Hay que reconocer que es sólo un inspector que ve pasar los tranvías. Un posible abogado que después de escapar de cura apenas dio más de sí. En definitiva, cura o inspector viene a ser lo mismo, quien no se agarra a la cruz se agarra a la ley, y él se pasa la vida deshojando misales de papel timbrado donde se habla de muertos y de perjurios y de líos con la Justicia. Interpreta los textos y los testimonios, pero no por el lado de la fe, que eso es lo de menos, sino que los hojea también con mano preciosista de abogado. No, a él siempre le caen las tareas de menos brillo: untar a soplones, refocilarse en la sangre, la sangre es el lago de Caín por donde Otero anda de noche pescando con candela.

Lo peor, murmura, es que esta vez la sangre es de color político, grupo S, Subversivo. La mierda es ésa.

(*Mierda*: palabra-clave del inspector Otero, de significado amplio y muy personal. «Mierda hasta las cejas»: locución que utiliza frecuentemente para designar un sentimiento o una situación de impotencia absoluta).

OH ELVAS, OH ELVAS

Elías Jefe y el agente Roque van por el Alentejo, campo adelante camino del Fuerte da Graça. En el tren, Elías canta «Oh Elvas, oh Elvas, Badajoz a la vista».

Roque: Ya es coincidencia. ¿Tiene ahí familia, Jefe?

Elías: ¿En Elvas? Nadie.

Vuelve *piano piano a su cantar*, acompañando al paisaje. Y en medio dice: Elvas es para mí el sitio donde aprendí las cuatro reglas y donde eché el primer casquete. Lo demás, sólo sargentos.

De tiempo en tiempo consulta su reloj de bolsillo mientras van pasando ante la ventanilla los postes de la electricidad matemáticamente espaciados; o se acaricia los pelillos que le pautan la calva menuda; o da una cabezada (Elías fue jugador nocturno, duerme deprisa), pero nunca saca la mano de encima de la cartera que tiene al lado, en el asiento. Ante él, el agente Roque lee *Mundo Deportivo*.

Más al sur, Elías abrirá la cartera para echar un último vistazo a los papeles. Aparte de los apuntes que hilvanó, lleva algunas fotos que ha encontrado en casa de Mena.

Había perdido una mañana en ese piso, que era pequeño y había asumido ya la indiferencia de las casas cerradas hace mucho tiempo. Frente al Zoo, Carretera da Luz; interior en confusión organizada. Collares colgados del pomo de una puerta; una máscara africana con visera de paja, siniestra esa figura; y el espacio vacío del tocadiscos (en el estante de abajo, álbumes de Mahler, de Albinoni, y la Misa Luba, *long-plays* de Sinatra y los Platters; una planta seca desbordando el tiesto de porcelana). Y las fotos, claro: clavadas en un panel de corcho sobre la cama. Mena en una calle de París (el urinario, allá al fondo es inconfundible, dijo el inspector), Mena esquiando, Mena en un restaurante, a la luz de las velas (con alguien que desapareció, una parte de la foto fue recortada a tijera), y, por último, Mena en el césped de una piscina. Ninguna imagen del mayor por más que rebuscó la policía.

Realmente, lo que en aquella casa había quedado con vida fue Mena en la foto de la piscina. Sólo ella, y allí, en aquel encuadre. Cabeza alzada, mirando al objetivo, salía del plano de luz y de la lisura de la foto. Tenía tiempo y hora. Y unos muslos soberanos. Elías no se cansaba de admirarlos. Detrás, se veían camelias en flor y algo así como pavos reales.

¿Pavos?

Pues sí señor, pavos. Pavos reales. Formaban un friso de personajes atentos, irisados de cobre y verde-azul. Todos en pose, con sus cabezas coronadas por las guías de asta fina rematadas por un ojo de plumas, e incluso en una foto en blanco y negro eran verde y oro estas manchas minúsculas porque en aquella imagen se presentían todas las dimensiones, color y volumen, naturaleza y carne.

De modo que, cada vez que el jefe de brigada se acuerda de la foto, piensa: mujer con fondo de aves. Una mujer escoltada por aves palatinas (sólo más tarde sabrá que ella llevaba una cadenilla de oro en el tobillo como las aves reales; pero no ahora, ahora está descalza y sin ornatos); es así como Elías la imagina aquí, de viaje, o en su despacho de la Judicial, o en casa, en compañía del lagarto confidente. Volverá a la fotografía más tarde, cuando se la muestre a los guardias del Fuerte para la identificación, y en el Fuerte habrá al menos uno (eso, seguro) que le preguntará: ¿Son pavos?

O quizá no.

Quizá ni se den cuenta; en materia de paisaje, los guardias de un fuerte de soldados saben de murallas y les basta. Andan hinchados de esperma, mano en el sexo por el bolsillo roto de los calzones, y no tendrán ojos más que para aquel cuerpo de hembra joven, para aquella sosegada altivez. Algunos, es posible que recuerden aún la voz de ella, que tenía un tono agreste, nocturno o quizá incluso la mirada, que era directa, demorada. Dirán: Es ella, la de las visitas.

Mientras tanto, Elías canturrea y pasea la ancha mano por el trabajo peinado. Avanza el tren, avanza el tren, acercándolo a la infancia, y él se prolonga, campo adelante, campo adelante, pensando en el paisaje, en la tierra dorada, campo adelante, camino de Elvas, la Fronteriza.

(Recuerdos de Elías en el tren):

- los paseos por el Guadiana, la caza de ranas;
- el barbero enloquecido que se subió a lo más alto de los Arcos (acueducto) de Amoreira, la gente se reunió abajo para verlo (¿caer?);
- su padre, vestido de juez, en la ventana del tribunal;
- señoras tomando el té en las arcadas de la Rua de la Cárcel después de la misa del domingo;
- la Catedral, muertos bajo las losas;
- él y la hija del casero recortando grabados del *Álbum de las Glorias*;
- ídem intentando ordenar la cabra mocha;
- el señor Vairinho, el maestro;
- pandillas de putas del otro lado de la frontera invadiendo la ciudad en la noche de San Juan;
- oh Elvas, oh Elvas, Badajoz a la vista.

Hace calor y aún es niña la primavera. Pero, en Elvas, o calor de asadura o frío de sepultura, se lo había advertido Elías, y el agente Roque no se sorprende. Con todo, es una tierra amable, una pequeña ciudad como de pesebre navideño, sin desdeñar. Se abre con un acueducto de muchos arcos en piedra antigua, y tiene en lo alto de un monte el fuerte de los Presos Militares, llamado da Graça, o Depósito Disciplinario más propiamente hablando, y desde ese fuerte se ve España, contrabandos, etcéteras.

¡Conque estamos en Elvas!, murmura el agente Roque ante la puerta de armas de la ciudad.

Los dos agentes aún hoy recuerdan el espectáculo de aquellas calles a la hora de izar bandera en los cuarteles. El toque de clarín suena celestialmente y se arrastra temblando por la llanura, los habitantes más respetables se descubren, algunos se detienen sombrero en mano. Mira, amigo, dice el jefe de brigada a su compañero. Lo lleva hasta el café, el parador, en la plaza del tribunal; comen churros y ven la televisión española. Al día siguiente, por la mañana, se ponen mano a la obra y, en cumplimiento de la orden del Sr. Inspector, avanzan hacia el lugar de las diligencias, que queda donde Cristo perdió el poncho, dado lo retorcido de las alturas donde está. Que recuerden, sólo se pararon una vez, y ésa para apreciar un monumento del camino, monolito o celebración de cualquier cosa, que dice:

ESTA MEMORIA
SE PUSO PARA QUE LOS MORTALES
DEN GRACIAS AL
SEÑOR DIOS DE LOS EJÉRCITOS
Y DE LAS VICTORIAS

y que queda a breve distancia de una fortaleza de casamatas protegida por fosos y murallas. Allí era.

Una vez dentro, ven un ir y venir de soldados, ladera abajo, ladera arriba, cargando al hombro el célebre «barril de agua». Son los condenados de tropa cumpliendo su destino. Mientras traen el agua y la vuelcan en una cisterna sin fondo, allá en lo alto del Fuerte, el jefe Elías y su acompañante comprueban que casi todos

llevan trapos en los pies en vez de botas y visten uniformes desbaratados que completan con andrajos civiles. El sargento de día comenta que «todo esto es una mierda», refiriéndose sin duda a la vestimenta de los presos.

A lo que Elías dirá: Suplicio de Tántalo, amigo mío, y el sargento responde que qué va, que los de vigilancia hacen la vista gorda en aquel sube y baja de rodezno de noria, barril lleno, barril vacío. Sólo en la cantidad de agua han de ser rigurosos, que no pase de poco más de la mitad. Según la explicación del sargento, en un barril menos lleno los balanceos del agua hacen más dolorosa la subida, pero ha de ser como manda el Reglamento. Acaba poniéndose firmes porque pasa nuestro, su, comandante.

El Comandante se informa, y sabiendo a qué vienen, se lleva a Elías y al adjunto a una sala de visitas que tiene culos de granada sirviendo de ceniceros y un retrato de Salazar al lado de la enseña del cuartel. Se llama «Sala Mayor Marqués María», conforme se puede leer en la placa de la pared. Invitados a hacerlo, se sientan y escuchan entrando propiamente en materia del

Informe

Oyen:

—que la evasión del Mayor y Otros había sido de tipo convencional. Preparación minuciosa con apoyo exterior. Presumible la colaboración de civiles y, con toda probabilidad, de familiares y simpatizantes del movimiento subversivo al que los evadidos podían estar vinculados. Desvío de armas y otros artículos militares. Soborno de un cabo de la guardia. Fuga de todos los implicados. El comandante habla seco y en chorreo intermitente. No lleva monóculo, pero podía muy bien llevarlo, porque tiene cara de eso.

Leen:

—una memoria (que añaden al Informe) donde, con referencia a la evasión de este Fuerte ocurrida en la noche del 31 de diciembre al 1 de enero ppdo., se identifican los participantes como: *a)* mayor de artillería Luis Dantas Castro, 47 años, casado, en situación de detenido a disposición del Tribunal Territorial, esperando juicio por tentativa de sedición militar; *b)* arquitecto Renato Manuel Fontenova Sarmento, 25 años, soltero, cumpliendo el servicio militar como alférez de complemento en la fecha de autos, y, por los mismos motivos que el anterior, detenido en este presidio militar; y *c)* cabo primera Bernardino Barroca, 23 años, soltero, que se hallaba prestando servicio como escribiente en la secretaría del Fuerte. Siguen varias generalidades salpicadas con mucha caspa burocrática y terminan con el Por Bien de la Nación y la firma del Comandante.

Ven:

—al comandante abriendo un mapa de Portugal Centro-Sur e indicando en él un cruce de líneas y señales que es Elvas, estamos aquí. Siguiendo el dedo del oficial se meten por la carretera de Reguengos, que tomaron los fugitivos en el Volkswagen conducido por la susodicha Mena en la noche de la evasión. El mayor Dantas iba disfrazado de cura, como ahora sabemos, y el arquitecto, de paisano; el cabo llevaba capote y botas de reglamento. Arrancaron en esa dirección, Alandroal, Terena, Reguengos, cubriendo 75 kilómetros en cerca de una hora. Una hora, nunca menos, dice el dedo del Comandante, y esto teniendo en cuenta que era de noche y con el temporal encima.

Bien. Aquí los fulanos, una de dos, o toman la carretera nacional en el sentido Évora-Lisboa, o van en sentido contrario, rumbo a España. Hay también este desvío, que parece que no va a ninguna parte, y de hecho no va, pero fue por ahí por donde tiraron. Fíjense, es una carretera secundaria, peor que secundaria, que llega hasta aquí, y se acabó. Pero los tíos estos estaban bien informados y sabían que podían seguir hasta la frontera por el camino que está marcado en el mapa con un trazo punteado, como si fuera un camino de cabras, pero que es todo de piso de roca, casi sin márgenes. Y siguieron. El dedo siguió. Se ve el trazado vacilante, diez, quince kilómetros hacia el este, y, de pronto, aparece una línea azul cortándolo. Curso de agua. El dedo del Comandante se para. El Volkswagen se había detenido al borde de un precipicio y los faros quedaron suspendidos en el aire, azotados por la lluvia.

El cura allá, en el lugar del muerto, y la chica al volante. El misal y la metralleta, como en el cine, piensa Elías Jefe, que es hombre de segundas sesiones y de lecturas de quiosco.

Comprueban:

—que la descripción del comandante del Fuerte coincide. El precipicio existe realmente, como pueden confirmar al llegar al lugar en un *jeep* conducido por un agente de la GNR[6]. Están en una loma pelada a la vista de la frontera, allí fue donde la pandilla se detuvo. El misal y la metralleta, repite Elías. De curas y de chiquillas descarriadas está el cine lleno, ya lo dijo Santa Teresa cuando se apareció a Al Capone. Curas *cowboys*, curas guardaespaldas, tiene narices la cosa. Hasta curas del timo de la estampita a la italiana. Truco antiguo ¿*capisce*?

Procediendo a la necesaria inspección del lugar, los dos agentes dan con un automóvil, la carrocería calcinada por el fuego en el fondo del abismo, pero presenta señales más que suficientes para identificarlo como un coche de turismo marca Volkswagen, de dos puertas. El hallazgo se encuentra a poca distancia de un arroyo que corre entre paredes rocosas; al regresar al punto de llegada los mismos agentes no tienen duda de que el incendio fue provocado. Y no habiendo nada que añadir, el jefe de brigada se sienta en una piedra.

Es primavera de olores, hace sol; el agua corre allá abajo. El conductor del *jeep* se queda al volante. Roque, de pie, vuelto hacia España en una claridad dorada. Fin del mundo, pedregales. Un fósforo en el depósito de gasolina, una explosión, y en dos saltos la pandilla se pone al otro lado del mapa dejando la patria en un adiós de llamarada. Muy bien tramado, sí señor, reconoce Roque.

Elías tiene un escarabajo en la mano cerrada, lo oye susurrar bajo los dedos con las patas. Daría su muy amada uña por saber cómo y cuándo la pandilla volvió a entrar en Portugal. O si llegó a salir, hipótesis también considerable. Silencio. Silencio en torno, roto por mil ruidos (los misterios del campo), el balido de una cabra, agua corriendo, el eco de un grito límpido y matinal. Elías daría cualquier cosa por saber si el incendio del automóvil a la vista de la frontera fue sólo un truco para despistar. Coge ahora el escarabajo con dos dedos, le acaricia las mandíbulas con su uña larga: ¿Fue así o no fue así? Si fue un truco, también las cartas que el mayor mandó desde París son un golpe de teatro. Las mandó de aquí a París, y allí alguien se encargó de echarlas al buzón para que las cogiera la Pide. Otro truco viejo, uno más. Pero esto son suposiciones, no puede ponerse en el informe.

No sé si te habrás dado cuenta, dice Elías en voz alta, de que aquí cerca hay un apeadero de ferrocarril. Hablaba al agente Roque, no al escarabajo. ¿Verdad que hay un apeadero por aquí?, le pregunta al soldado que está al volante del *jeep*.

Brejos, responde el soldado.

Cinco kilómetros, ¿no?, vuelve el jefe de brigada.

Y el otro: Menos. Unos tres.

Elías Jefe suelta el escarabajo: Un apeadero, Roque, no aparece por milagro. ¿No te parece, hermano y amigo?

Roque asiente, no es tan burro: el mayor y compañía se largaron en tren. Tate, confirma el jefe de brigada. Los noctívagos en vez de pasarse a los españoles hermanos, lo que hicieron fue meterse en el tren con billete de nunca más. Lo que hay que ver ahora es si el horario encaja, hermano…

(Inspector Otero, leyendo el Informe: Un criminal que deja llamaradas en el camino o tiene miedo de la oscuridad o quiere deslumbrar a la policía).

Informe (continuación).

… y, visto el caso, se desplazaron hasta el mencionado apeadero, que no es más que una parada decepcionante llena de hierbajos, que sirve sólo a las poblaciones de Murtal y Ventanas, que en tiempos fueron centro de abastecimiento de unas minas de pirita, hoy prácticamente abandonadas.

Los dos agentes, después de haber estimado distancias y tiempos y evaluado las circunstancias en que la fuga tuvo lugar, determinan que: todo concuerda. La cosa marcha. La idea parece plausible.

Por otra parte, y siguiendo el itinerario del tren, admiten que los fugitivos pueden haberse separado en dos grupos en la estación de Vendas Novas, continuando el mayor y la acompañante hasta Lisboa, mientras el cabo y el arquitecto tomaban una de las carreteras de acceso a Barreiro (?) o a Montijo (?), preferentemente una secundaria. Precauciones elementales, realmente, que Elías no tarda en ver confirmadas en el puesto de la GNR de Vendas Novas, donde en el registro de incidencias se menciona el hurto de dos bicicletas en aquella mañana de sálvese-quien-pueda. Algunas piezas de estas bicicletas fueron encontradas luego en un pinar conocido por Mata dos Cabedos, quince kilómetros al norte.

A aquel bosque o pinar se trasladan, pues, los agentes diligentemente en taxi, y de camino interrogan a comerciantes y gente de la región. Pero no habiendo encontrado allí objetos, referencias o cualesquiera elementos de interés para la investigación, deciden prolongar la búsqueda y así,

—en las inmediaciones del pinar y en un trayecto que evalúan en setecientos metros, les es posible recuperar algunas piezas o accesorios de bicicletas, a saber: una cadena de bicicleta entre las ramas de un roble, otra en un barrizal que sirve de límite al pinar, un manillar de empuñaduras de plástico y una rueda con el respectivo neumático en el tejado de unas ruinas donde se debieron de cobijar los presuntos criminales.

A partir de ahí, nada. Eriales, el Tajo al norte, Lisboa. Pero de allí a Lisboa hay mil caminos, Elías y Roque dan tales vueltas al mapa de Portugal Centro-Sur y trazan tantas líneas y en tantas direcciones que acaba pareciendo la palma del Padre Eterno cruzada por todos los destinos de la humanidad…

(Opinión del Comandante del Presidio: Una evasión de tipo convencional presupone apoyos exteriores).

Informe (continuación).

… mil caminos es, como si dijéramos, mil artimañas, puesto que esos tipos (cabo, arquitecto, mayor y

compaña) eran de alivio —comentario del jefe de brigada en vista de los destrozos de las bicicletas—. Se sirven de sus cabalgaduras y, una vez servidos, hacen con ellas una hoguera, o las rompen en pedazos y al carajo.

Roque cree que con esto los fugitivos lo único que querían era borrar su sombra. Pero Elías le responde en tono bíblico: La sombra, estimado hermano, es el castigo del viviente. Nunca protege a su dueño, sino que se alimenta de él.

Y Roque: Nunca lo había pensado, pero no está mal, no señor. Los mismos perros cuando están a gusto en una sombra se tumban, por algo será, digo yo.

Elías Jefe: Hermano, los perros mean en las paredes, y ésa es la sombra que los acusa.

Roque: Con estos tipos pasa igual. Seguro. Quisieron apagar su sombra y la dejaron aquí en esta chatarra.

Elías Jefe: Hablas como un oráculo, pero, hablando de perros, nunca olvides lo que te voy a decir: la sombra del cuerpo pasa, la sombra de la meada queda. A la sombra de la meada no consiguió escapar hasta hoy ningún ladrante. ¿Me sigues?

A partir de aquí se suceden varios dichos e historias, pero nada de interés para el Informe. A primera vista por lo menos.

Volviendo, pues, a su diligencia, los dos agentes regresaron a Vendas Novas a hora tardía, razón por la cual decidieron cenar de camino en una taberna de gañanes. ¡Vaya!, dice el jefe apenas se sienta.

En efecto, espetado en un tonel tras el mostrador se ve un par de cuernos encajados en las manillas de una guía de bicicleta, con un letrero escrito por el amo de la taberna: «*Éstos son míos*». El referido hallazgo alerta también al agente Roque, que, aunque incrédulo y, como se dice, sólo por ver qué pasa, se informa de la procedencia de aquel objeto, y le responden que se trata del obsequio de un vendedor ambulante residente en Vendas Novas.

Elías Jefe, sentado a la mesa, sonríe. Y no porque haya dudado de la explicación del tabernero, como posteriormente confiesa, sino por la ingenuidad de ellos mismos, policías, siempre a la espera de milagros. Realmente, sólo la varita de San Sherlock podía haber llevado a los dos apóstoles de la Judicial a darse de narices de aquel modo contra el manillar de una de las bicicletas robadas y convertida ahora en un miura de taberna. Al diablo el manillar y *andante, andante*. Sigue el informe.

Muy poco después, el 10 de abril, domingo, Mena cayó inesperadamente en manos de la Judicial por denuncia de una telefonista del Novo Hotel Residencial, adonde había llegado la noche antes. Estaba en la habitación, sentada y con la maleta hecha a la espera.

Antes había pasado por su piso de la Estrada da Luz (sellado por el tribunal), donde hizo desaparecer varios papeles y quemó las fotografías que quedaban tras el registro de la policía. Una caricatura de ella misma, fijada en la pared, apareció perforada por el fuego de un pitillo, y lo mismo ocurrió con el esbozo de una carta dirigida a su padre e interrumpida en la primera línea: «Tu hija se ha visto afectada por terribles acontecimientos…». También en el cuarto del hotel se encontraron fragmentos de cartas idénticas, algunas parcialmente reducidas a cenizas, pero siempre cortadas en la misma frase, siempre la misma.

La telefonista del hotel declaró haber reconocido a Mena por las fotos de los periódicos; a su vez, un empleado de contabilidad informó de que en la ficha de la cliente habían cargado un telegrama a la ciudad de Lourenço Marques, Mozambique, muy probablemente dirigido al padre, en opinión de la policía. El jefe de brigada Elías Santana, que no estuvo presente en el acto de la detención (había ido a visitar el panteón familiar en el cementerio del Alto de Sao Jodo), nunca estuvo muy convencido de que lo de la denuncia no fuera un montaje de la Pide. En la detención participaron sólo el inspector Otero y el agente de 1.ª clase Silvino Saraiva Roque, que fueron hasta el hotel en el automóvil del primero.

Filomena Athaide, Mena, no pronunció palabra al recibir la orden de entregarse, a no ser en el momento en que le pusieron las esposas, y sólo para decir: «¿También esto?». Durante el viaje a la sede de la Judicial mantuvo las manos sobre las rodillas y no dejó un momento de mirarlas.

Así, pues, fue conducida a las celdas de manera directa e inmediata, sin pasar por el gabinete fotográfico, ni el registro dactiloscópico o cualquier otra identificación de rutina. Fueron así limitados al máximo sus movimientos y contactos dentro de la sede de la policía, manteniéndose la detención en riguroso secreto, por orden del director y en interés de la investigación.

El jefe de brigada la visitó pocas horas después de la detención. Se encontró con una joven de vestido amplio, zapatos chinela y peinado en cola de caballo, muy distinta de los retratos que de ella tenía. Con el agente Saraiva Roque haciendo de escribiente, procedió de inmediato al primer interrogatorio, que tuvo lugar en el despacho del inspector, y se prolongó hasta la madrugada del día siguiente.

Los dos agentes siguen el mapa de Portugal Centro-Sur: Vendas Novas, aquí estamos. Pero ¿y antes?

Elías: Recapitulemos.

Es de día o de noche, es igual. Fue igual. Y ahora tienen que vérselas con una muchacha que fuma, que se envuelve en una nube de humo, y que habla de sí misma con infinita distancia.

Elías va masticando una pastilla. Veamos: la carretera. El automóvil. El incendio. Siguen por Brejos, por Vendas Novas. Y en Vendas Novas, ni adrede, apenas se apean, el arquitecto y el cabo encuentran dos bicicletas, muy despistadas, a su espera. ¿Correcto?

Mena asiente, correcto. Por encima del mapa se clavan en ella las gruesas gafas del jefe de brigada; en la pared hay un retrato de Salazar.

Bien, las bicicletas. Y la lluvia. La lluvia tiene su importancia, atendiendo al cronometraje del recorrido. Por otro lado, con lluvia también se corren muchos menos peligros si seguimos por las carreteras de primer orden, es sorprendente que el cabo y el arquitecto no pensaran en esto. Pero dejémoslos, iban con la cabeza baja, hacia delante, que era su camino. Cabeza baja y darle a los pedales, carrera contrarreloj, carrera contradestino, contra todo y contra todos y en particular contra las patrullas de la GNR que abundan por aquellos andurriales. Hasta que llegaron al tejar y se cobijaron en él, como hemos visto. Y bajo un pontón, tal vez aquí, donde están esos dos trazos sobre la línea del agua; después, de acuerdo con lo que luego contarían a la ahora informante Mena Athaide, parece que se aventuraron incluso a beber dos dedos de aguardiente en un chiringuito. ¿Verdad? ¿En qué momento ocurrió eso? ¿Cuál es el chiringuito? ¿Cuál es el pontón? ¿En qué sitio exactamente?

Elías Jefe: Los autos tienen que ser completos.

Todo es impreciso, rutinario, vago. Los fugitivos avanzaban asustados y con obstinación, y Mena los sigue a lo largo del mapa con el recuerdo de lo que le contaron. En el extremo de la mesa el agente Roque va tecleando a la máquina, y el carro se mueve pacientemente, cubriendo, frase a frase, la marcha de las bicicletas por caminos, carreteras, curvas de nivel, lodazales. Sonido de campanilla, fin de línea, nuevo giro del carro. Luego, el primer pinchazo, después otro y ahí están las bicicletas destrozadas en el pinar. Pero eso

fue antes de llegar al puente, justo en el tejar. Se para la máquina de escribir: ¿En qué quedamos?

El cabo y el arquitecto perdieron el norte, iban a ciegas. Tanto podían ir hacia adelante como hacia atrás, tanto por el camino errado como por el bueno. Y, entonces, apareció el camión fantasma, un monstruo humeando agua con dos hombres-sombra en la cabina. *Auto-stop*. Se metieron allá atrás, entre cajones de pescado en hielo cubiertos con una lona pesadísima. ¿Cuarenta, cincuenta kilómetros así? Nadie lo sabe, ni ellos lo sabían. Castañeteaban sus dientes en la oscuridad, embutidos entre el hielo del pescado y la lona, por la que corrían ríos de agua. Cuando retiraron la lona estaban en un muelle y empezaba a amanecer.

Barreiro, anuncia Elías Jefe con la punta de la estilográfica sobre el mapa.

Traza una línea que atraviesa el Tajo: De aquí, directos a Lisboa. No tiene pérdida.

Pero, atención, aviso. Lisboa, esa silueta constelada de luces frías al otro lado del río, es un animal sedentario que se extiende por todo el país. Es ceniciento y finge paz. Atención, *achtung*. Incluso bajo la fuerte lluvia, atención porque circulan por esa silueta constelada de luces mil hilos voraces, telas de araña de brigadas de tráfico, escuadras de policía, cubiles de legionarios[7], puestos de la GNR y, en cada puesto, cuartel o ventanilla, está la imagen oficial de Salazar y, bien a la vista, hay también filas de retratos de políticos que se han echado al monte. El perímetro de la capital está todo minado por esas terminales, Lisboa es una ciudad contorneada por el silbido de las antenas y por una aureola de fotografías de malditos bajo la presidencia del Maestro de la Patria.

Cabo y arquitecto, o todo o nada, y decidieron adentrarse en la ciudad. Poco después habían atravesado ya el río en el *ferry-boat* de los obreros, y telefoneaban desde una cabina al número tal y tal, Casa de la Vereda. Quedó en los autos que llegaron entre las diez y las once de la mañana, y que los recibió una mujer con un abrazo. «Al fin», suspiró.

Llevaba el pelo platinado.

Mena, soplando el humo del pitillo: Sí, así fue.

Intervalo.

Dos

Elías acaba de llegar de las celdas donde estuvo interrogando a Mena. Sentado ante la mesa del despacho ve, a través de la mampara, la oficina de los agentes iluminada con tubos fluorescentes: desierta, sólo mesas.

Orden del Director, vía Otero: La detención es confidencial y rigurosa.

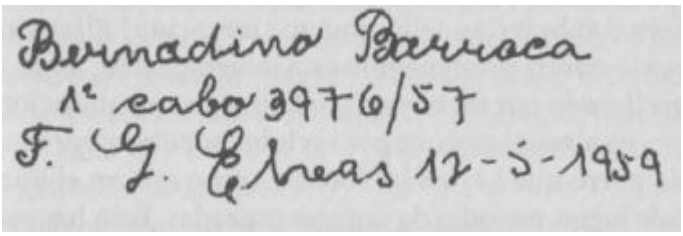
Elías relee notas, repasa fotos; las fotos son fundamentales. Tiene abierto el *dossier* del crimen, Libro de los Muertos, le llama. Confesiones, oficios, primeros atestados. Libro de los Muertos. Compases de *La Golondrina*. La voz de Mena, el cigarrillo de Mena. Elías, con dos o tres sesiones, le ha sacado ya todo lo que sabe del crimen. Canturrea. *La Golondrina*.

[Información manuscrita de Silvino Roque, agente de 1.ª: «El cabo, tras la fuga del Fuerte, no pasó por casa de su madre (subrayado *madre*). Ésta, Florinda Barroca, de la aldea de Rugial, Paredes, estuvo bastante fría en sus respuestas, sin mostrar el menor sentimiento por lo ocurrido. El cabo Joaquim Pinto, de la GNR, que colaboró en esta diligencia, atribuye el comportamiento de la referida madre al clima subversivo que domina en la región, e informó que su hermano (el hermano de la madre), un tal Bartolomeu o Bertolomeu Pardo (subrayado), tiene antecedentes políticos. No le parece probable que el cabo se arriesgara a ir a su pueblo, aunque si lo hizo, o lo hace, no habrá allí quien lo denuncie. Y esto fue lo que declaró el cabo Joaquim Pinto»].

Elías lee en diagonal (conoce el texto). Lee y vuelve atrás, en este volver atrás es donde está la verdadera lectura, ordena en la cabeza los datos del escrito, y de vez en cuando se queda contemplando su uña gigante. También piensa en voz alta, dice cosas. Pero, si bien es verdad que habla, y al mismo tiempo lee, la uña escucha —y esto no es nada raro—, pues se trata de la uña del meñique, el dedo que todo lo adivina, y porque con ella subraya el jefe de brigada los momentos indecisos de su persona o de los casos en que se ocupa.

Allá, al otro lado del cristal, se alinean las mesas de los agentes. Tableros metálicos, máquinas de escribir, todo en una claridad sin alma. Como si fuese un acuario, piensa. Y si se presta oído, hasta puede percibirse el zumbido continuo de las luces de neón, que es en definitiva el mismo zumbido eléctrico de los acuarios cuando se quedan a oscuras. Un día, si Dios le da vida y salud, verá incluso burbujitas de oxígeno ascendiendo por aquella cristalera y a los imbéciles de los agentes moviendo la cola, con la boca abierta.

Ahora abre un cajón de la mesa donde hay de todo, magnesia, paquetitos de hierbas curativas y muchas cosas más. Una lapicera-calendario 1953, un sostén de encaje en miniatura cristalizado en un pisapapeles; y libros, dos o tres libros del tipo de *El magnetismo personal, Los protocolos de los sabios de Sión* y *La vida cotidiana de los asirios*. Más recientemente se les unió *El lobo de mar*, de Jack London (Trad. Guerreiro Boto, edición Europa-América, Lisboa), que él abre siempre por la página de una firma



y esa inscripción le parece como un adiós lanzado al viento antes de un viaje sin destino. A partir de él se embarca Elías en la lectura, y hace una nueva jornada por los océanos de Jack London. Mena ha quedado atrás, está ahora en el camastro de una celda encendiendo un pitillo con la colilla del otro. Mientras tanto, Elías viaja con el capitán Larsen, deslizándose por un mar como un espejo, en noche clara, bancos de hielo habitados por colonias de focas. La campana de a bordo. El capitán Larsen, lobo de mar. La silueta de un velero con andrajos parduscos que cuelgan de los mástiles. Centenares de siluetas que ladran: focas, dice Elías para sí, animales que son mitad perro mitad pez. Con hocicos inteligentes, los bigotes y la tierna mirada de los

perros, pero que terminan en cola de pez. Para un perro no muy viajado, una foca será una sirena canina, el mito de la perra de los mares.

Elías se deja ir a la deriva (¿está matando el tiempo hasta volver a interrogar a Mena por la noche?), pero hay otras cosas que le interesan en la novela: las palabras subrayadas. Párrafos subrayados a lápiz por el cabo:

«*Estamos ya muertos todos*» es uno de los párrafos.

O éste (pág. 261), con una cruz al margen como insistiendo: «*Dirigía el esfuerzo por una causa perdida y no temía a los rayos de Dios*».

¿Cuándo fue advertido Barroca por esos avisos? ¿El 15-5-59 en su petate del cuartel, o después, en una segunda lectura en la Casa de la Vereda? ¿Con qué presentimiento infernal subrayó aquello, con qué intención? Elías atraviesa la novela persiguiendo esta interrogación. Sigue su viaje llevado por un tal capitán Lobo Larsen, que es lobo hasta en el nombre y que por ser lobo pone en alborozo el lado perro que hay en las focas. Eso no está en el libro, desde luego, ese odio de sangres cruzadas. Pero hay muchas cosas que están mucho más allá del capitán Larsen y de los días que se cerraron sobre él.

Los subrayados, por ejemplo.

Por encima del horizonte de la lectura el jefe de brigada va divagando su mirada, piensa en figuras errantes, lluvia y viento. La Casa de la Vereda. Mientras tanto, hay un transistor en un extremo del despacho, sobre los ficheros: era suyo, de los fugitivos, y está aún como vino del laboratorio, en una bolsa de plástico. ¿Cuántas discusiones hubo alrededor de esta cajita en la Casa de la Vereda?

Mena, hace poco, en el interrogatorio: Oíamos la radio; la radio era el único contacto que teníamos con el mundo.

Elías coge el transistor y lo deja sobre la mesa del despacho: Bueno, vamos a oír a ese ventrílocuo.

Aún no había acabado de decir esto cuando resuena el ¡*gooooooong*! Y empieza el noticiario de las tres de la madrugada declamado por una voz engolada, Lisboa, Radio Nacional. Habla del Día de la Policía de Seguridad Pública (PSP) y del desfile de las Fuerzas del Orden ante estados mayores muy compuestos y con expresión grave en tribunas floreadas. Porras. Misa de campaña por los agentes caídos en cumplimiento del deber, en paz. Guardias desfilando con traíllas, perros policías condecorados. Discurso del ministro del Interior sobre el orden en las calles; habla de la seguridad de bienes y personas y declara guerra eterna a «los agitadores que, a sueldo del extranjero o inspirados por ideas de libertinaje, pretenden por todos los medios corromper la Escuela y el Taller, renegar de la Moral y de la Fe y poner en entredicho la Autoridad», fin de la cita.

Elías entorna los ojos, medio dormido.

Recuerda el invierno, a los fugitivos del Fuerte de Elvas acorralados por la lluvia y el miedo. Frío y viento, humo y soledad, las confesiones de Mena insistían sobre esto. La radio no hablaría entonces de policías desfilando en primavera de porras, no era el momento; ni de misas de campaña por el alma de los sensibles agentes, misas enmarcadas en chiquillos (Dejad que los niños se acerquen a mí, implora una voz al oído de Elías, pero no es voz de nadie, es sólo el famoso capitán Maltés[8], armado de casco, escudo y porra en una de sus cacerías de estudiantes, de eso no habla el noticiario), el noticiario habla, sí, está hablando, de la cacería de zorros por el señor Presidente Thomaz y del Te Deum al que asistió más tarde por la conversión de los hindúes. Éstas son las noticias de la noche, recitadas quizá por la misma voz que tres meses atrás sonaba en aquel mismo transistor en la Casa de la Vereda. Con la diferencia de que entonces la voz tiritaba en los lutos del invierno.

Porque eran días pavorosos aquéllos. Inundaciones en el Valle del Tajo, barrios de barracas arrastrados por el agua, y más allá, en lo desconocido, Casa de la Vereda, cuatro fugitivos inclinados sobre una radio encendida. La habitación llena de humo (debía de estar húmeda la leña, y el viento ahogaba el tiro del hogar) y sobre ellos se derramaba una luz de azufre. No esta del frío neón donde habita el mundo de la Judicial, no ésta. Una luz torva, de luna.

Y ¡*gooooong*!, el locutor acaba con las noticias y pasa al comentario oficial. Pérdida de la India Portuguesa, el galeón hundido con un lastre de estatuas de virreyes, y el locutor aquí vociferando venganzas. El arquitecto se levantó alejándose de la mesa. «No van a hablar de nosotros. Es demasiado pronto».

(Elías cierra la radio: Hablarían, hablarían, pero ellos no lo podían adivinar. Y cuando eso aconteciera, el mayor sólo podría oír ya al Padre Eterno y los otros andarían con tal miedo que hasta perdían la onda).

Sosiego en el despacho del jefe de la brigada, latigazos de lluvia en la Casa de la Vereda.

Mayor Dantas Castro: A ver, cabo, deja ya de roerte las uñas.

El cabo Barroca dejó caer la mano, una mano oscura y mal mochada. Tenía el mismo rostro triste y obstinado que el jefe de la brigada conocía por la fotografía difundida por la Judicial, y llevaba capote a la espalda. Capote de soldado, botas de soldado y pantalones de pana. Quizá estos detalles no tengan gran valor. Pero realmente iba así, y así se lo había descrito Mena aún hacía poco.

«Llevamos ya tres días, y el teléfono sin dar señal de vida». (Voz del arquitecto).

«Hay que aguantar, Fontenova. También el silencio forma parte de la ofensiva». (Mayor Dantas).

Elías vuelto hacia la mampara de cristal: También yo lo digo: aguantar y cara alegre. Noches como aquélla

debieron de pasar muchas, el invierno apretando duro y el mayor dando vueltas por la habitación, como tenía por costumbre, según parece.

Dantas C: «A ver si te estás quieto, hombre. Si el *Comodoro* no ha dado señal de vida, sus razones tendrá. ¿Has visto cómo los diputados empiezan a darse de palos en Brasil?».

«Qué va —respondió el arquitecto—, ya verá cómo acaban entendiéndose».

«Eso fue antes, Fontenova. Esta vez está Galvão[9] en Brasil para fastidiarles». (Elías baja los ojos hacia el *dossier* del crimen: hay un párrafo en el que Mena se refiere al capitán Henrique Galvão). «A partir de ahora —continúa Dantas C—, todo lo que los tíos esos quieran hacer en Brasil va a chocar con Galvão, y Galvão va a movilizar a todo el mundo. Ya lo verás».

«¿Y nosotros?», preguntó el arquitecto.

«¿Nosotros, qué? Formamos parte del conjunto; ¿dónde crees que estás?».

El humo se arrastra por la boca de la chimenea y el pitillo del mayor viajando, el mayor sacando deducciones. «Y hay otra cosa, Fontenova. Hay que saber si Galvão realmente está allí. Oficialmente, sí. Oficialmente Galvão no puede salir de Brasil. ¿Pero no habrá salido ya? No es que quiera asegurar nada, sólo pregunto».

Fontenova tiende el pescuezo, mirando a lo lejos, por encima de la masa de humo. El pitillo del mayor daba vueltas, se perdía. «Todo se resume en un juego de riesgos —decía su voz—. La presencia de Galvão en Portugal sería una operación de enormes dividendos políticos, aunque no resultara por completo. Desde el punto de vista internacional tendría una resonancia inmensa. ¡Vaya si la tendría!».

La voz, ahora, venía del otro lado de la sala (tal como consta en las notas de Elías); siguiéndola, el mayor aparece sentado en la mesa, con Mena atrás, de pie. Mena en camisón, con el aire de quien anda de insomnio, el eterno pitillo en los labios. Apoyaba una mano en el hombro del mayor y la otra colgaba humeante.

Dantas C: «Sigo diciendo que nada asegura que el capitán esté en Portugal. Es sólo una posibilidad como otra cualquiera». Alargó el brazo hacia atrás envolviendo a Mena contra el respaldo de la silla. «Pero ¿y si estuviera? ¿Eh? El chasco que se iban a llevar ésos, ¿te das cuenta?». Avanza la mano por el contorno de Mena, repitiendo volúmenes, el cuerpo de Mena. «En el fondo es lo que muchos llaman un golpe da audacia, esos mierdas». La mano. La línea de las ancas. El dorso de Mena. «Lo que ellos no saben es cuándo les va a caer encima. Eso es lo que les tiene fastidiados. Y cuando les caiga encima no van a tener salida, porque todo está perfectamente estudiado y con todas las posibilidades de riesgo. ¿Adónde estás mirando?».

«¿Yo, mi mayor?». (Voz del cabo).

«Sí, tú, tú. ¿Adónde estás mirando mientras hablo?».

Pausa. Mena y el arquitecto se miraron un momento.

«Barroca», siguió el mayor. «Ese teléfono es fuego, fíjate bien. Puedes mirarlo todo lo que quieras, pero ¡ojo con tocarlo! ¿Eh? Quema, Barroca, ¿lo entiendes?».

Allá, desde el fondo, junto a la chimenea, el arquitecto tendía la mirada a la ventana (pero la ventana estaba cerrada con los postigos interiores, con aquel temporal era imposible tenerlos abiertos, piensa Elías. Pero es igual aunque esté cerrada). Fontenova se volvía hacia la ventana como si midiera el espacio y la distancia.

«Una noche desperté con la sensación de que sonaba el teléfono». Era Mena intentando romper el silencio. «Lo soñé, claro».

De espaldas a ella, el mayor le iba pasando los dedos por los muslos, encima de la bata. «¡Qué va! ¡Fue una alucinación!», dijo él. Los flancos, las nalgas de Mena.

«¿Alucinación?».

«Alucinación auditiva. También existe, ¿no?». Dantas C apuntó al cabo con la barbilla: «Ése no hace más que mirar hacia el teléfono, tú ya lo oyes sonar, no hay duda de que el teléfono se está convirtiendo en una pesadilla».

Risa. La mano explorando, penetrando en la entrepierna de Mena. Y entonces Elías se olvida del cabo, el cabo se disuelve en humo. Se oye una voz: «Sí. Esto se está convirtiendo en una pesadilla». (La voz del arquitecto).

Alguien dice: «Me voy a dormir». (¿Mena?).

«Claro», insiste el mayor, «el tío tiene derecho a mirar». (Mena continúa bajo la mano de Dantas C; recorrida, divagada). «Puede mirar adonde quiera y las veces que quiera. Mirar lo que le dé la gana, ¿no? ¿Qué mal hace? No hace ningún mal», repitió. «Lo malo es el disimulo del tío, la manera como anda rondando el teléfono».

Pasos en el techo, botas pesadas, el cabo se había ido a su cuarto. Iba y venía a la espera del sueño, se movía con pasos medidos, como un centinela. Al fin dejó de oírse. ¿Estaría leyendo?, se pregunta Elías.

El jefe de brigada recuerda *El lobo de mar*, de Jack London. Hacía unos minutos lo había estado ojeando encima de aquella mesa. Ahora, tranquilidad. Ni voces ni pasos. La lluvia continuaba cayendo sobre la Casa de la Vereda, pero ellos ni la oían. Ráfagas de viento y agua, confusión en la arboleda. Invierno, general invierno, aliado de los fuertes y verdugo de los vencidos, alguien dijo esto. ¿El mayor Dantas o su tan citado Liddel

Hart, el de las teorías militares? ¿Y por qué no Clausewitz, ese arrogante Shakespeare cuartelero[10]?.

El arquitecto se sienta a la mesa, frente a Dantas C: «Tendría gracia que Gama e Sá hubiese perdido el número de teléfono».

Dantas C: «No digas nombres, Fontenova. El *Comodoro* tendrá sus razones para no llamar».

El arquitecto: «Hay que aguantarse, lo sé. No hacemos más que esperar la llamada providencial».

«Aguantar, Fontenova, aguantar».

Elías ha oído esto ya, o eso le parece. En aquella casa el tiempo y las personas se repetían por ecos. Mena, por ejemplo, Mena erguida tras la silla del mayor, era también eso: un eco, una irradiación nocturna, humeante.

Dantas C: «Todo llegará, en su momento y por su propia vía. El *Comodoro* no hace más que cumplir órdenes».

«El *Comodoro* se limpió el trasero con el número de teléfono, y los demás que se jodan».

«¿Seguro?». Sonrisa del mayor.

La mesa de las discusiones. Un transistor apagado y una baraja. ¿Partida nula?, pregunta el jefe de brigada, allá, en su despacho de la Judicial. Pero el arquitecto movía la cabeza, no se conformaba con el silencio del doctor Gama e Sá. Del *Comodoro*, quería decir.

«¿Y si ese tipo ha perdido el número, Dantas? O si andan tras él… hay mil hipótesis, usted lo sabe bien. Y en este caso, ¿cómo lo vamos a saber? ¿Quién nos avisa si la cosa falla?».

Aquí el mayor se inclinó hacia delante, quería que el otro le oyera perfectamente: «Conmigo», dice, «no hay fallos, ¿te enteras? ¡No hay fallos, Fontenova!».

Uno frente al otro, y la niebla atravesándolos (no confundir las voces, se recomienda Elías a sí mismo; pero los otros se han callado) y eran sólo ojos los dos. Crepitar de la leña en la chimenea, chispas en ascensión. De arriba, ni señal. Elías juraría que en este momento el cabo leía y subrayaba los avisos de *El lobo de mar*, o aguzaba el oído, escuchando.

También Elías volvía a oírlos, pero a retazos. Las voces venían como de lejos, en una resaca de conversación. «Ni un fallo, ni uno solo, fíjese bien». «Exacto, mi lista». «Emergencia… contacto de emergencia. ¿Habla usted de contactos?». «Siempre la misma historia». «Mi lista, ya lo sabe usted». «Repito, ¿de qué coño de contactos me habla?».

A esto se llama estar dale que dale, charla vacía. Así era. Así fue, según la confesión de Mena, hecha de cigarrillos e indiferencia. Es verdad, ¿y ella? ¿Dónde está Mena?

«Puedo empezar con los contactos cuando usted quiera».

«¡La lista! Siempre la misma historia», decía el mayor.

«¿Y por qué tengo que tirarla?».

«Es que no hablas más que de eso: la lista, los contactos, coño. No hablas de otra cosa».

«Como quiera, pero creo que no perderíamos nada intentando contactar con alguien, para un caso de emergencia».

El mayor se encogió de hombros, cansado: «Estudiantes. En esa lista no hay más que una pandilla de estudiantes. Y hablando de estudiantes: ¿Estás seguro de que ninguno de esos tipos es del Partido? ¡Calma! ¡No me interrumpas! Comunistas, tíos de la Pide, izquierdosos, son infiltraciones que no podemos admitir. Eso es lo que quiero aclarar, Fontenova. ¿Está claro? Y no pongas esa cara, porque es así».

Madrugada. La luz del despacho y de la sala de los agentes ha ido palideciendo con la claridad cenicienta que viene de las ventanas. Horas de Elías poniendo fin a la velada de política trasnochada y mandando a los desavenidos a meterse en la cama.

Yse metieron.

Y se metió.

[En los *Autos* de las declaraciones de Mena quedó registrado: «Que la interrogada no tardó en darse cuenta de aquella animosidad del mayor (con relación al cabo) recordando una noche en que éste, discutiendo con Fontenova, descargó su ira contra el cabo Barroca, y éste se marchó furioso a su cuarto; que no puede reproducir con exactitud las razones y los términos de la referida discusión, pero que en el transcurso de la misma el mayor hizo referencias varias veces al capitán Henrique Galvão; que el arquitecto manifestó su descontento con la actuación del *Comodoro* (Dr. Gama e Sá) refiriéndose a una lista de posibles adheridos al movimiento, lista que había confiado al mayor; que en un determinado momento de la discusión el mayor adoptó ciertas actitudes más íntimas para con ella, actitudes que le parecieron destinadas a provocar al cabo y ver la reacción del arquitecto…»].

Tres

Elías Jefe interroga a Mena. Recapitulando…

El local es una de las celdas de la Judicial, doce palmos de suelo y una puerta con mirilla. ¿Qué hora es? Las tres y media quizá, o las once menos cuarto. ¿Se han abierto ya las margaritas, o estamos aún en la hora de las lechuzas? Misterio. Allí, en una celda privada en los subterráneos de la Judicial, el tiempo se deshace lentamente en la lucecilla-piloto que brilla en el techo de cemento. No hay horas ni deshoras (Mena no tiene reloj; anular cualquier punto de referencia al que pudiera aferrarse el preso forma parte de los hábitos policiales), no hay luna ni sol; dormida o despierta, puede Elías Jefe entrar en la celda y continuar: Recapitulando…

Invasión del espacio individual, así se dice. Violación del sueño y demás. Ya en la primera sesión de preguntas el jefe de brigada montó el escenario en el despacho, arrastrando sillones y mesas para quedar a sus anchas con Mena. Él, sentado en un rincón, ella en medio del despacho, a la intemperie. Después, pregunta a pregunta, Elías fue acercando más la silla. Palmo a palmo, como por azar. La detenida, sentada en soledad, cada vez más aferrada a su espacio íntimo, y él acercándose cada vez más, a cada pregunta. Como por azar. Eso puede hacerse con los pequeños movimientos de quien se inclina para oír mejor y avanza un poco la silla, o aprovechando el momento de coger cualquier objeto que se ha dejado caer, o yendo a la ventana y ganando un palmo más al sentarse de nuevo. Mil pretextos. Preguntas, siempre preguntas; al cabo de un rato, Elías estaba ya pegado a la prisionera, la cubría con su aliento de policía. Invasión del espacio individual.

(Elías, cuando acaba de interrogar a un detenido: «Entré por el tío adentro y lo reventé por las costuras»).

Pero Mena ni se cuida de defenderse. Si había estado esperando en el cuarto de su hotel hasta que la fueron a buscar, no fue por voluntad de «colaborar» —«colaborar» es un término policial que se aplica al soplón o a quien pretende resistir y se derrumba—; y Mena, no. Mena sólo quería verse libre de sí misma, y quizá fue por eso por lo que dijo «¿También esto?» cuando le pusieron las esposas y la encerraron aún más en sí misma.

Pero hay reglas, y aquella vez el jefe de brigada no tuvo la menor duda de que el rechace de Mena ante su proximidad la volvía extraña y le impedía hablar (aunque, reconocía, lo esencial ya lo había dicho Mena de entrada). Aparte de eso, la existencia de la detenida es confidencial y reservada por ahora. Órdenes del Director. Por todas esas razones y alguna más, Elías decidió interrogarla en una celda y a distancia conveniente, ella en el taburete, él a horcajadas en una silla, con los codos sobre el espaldar, como quien se asoma al mirador.

En la celda, siempre en la celda. El Director no para de recomendar: detención confidencial. En la celda. Es allí donde Elías la mete en vereda. Y siempre a horas súbitas. En cualquier momento puede despertar estremecida y dar con el polizonte aquel en la silla, vigilándola.

Despertar con la sombra de un policía en la cabecera es horroroso. Mena se inquieta, imagina traiciones del sueño, delirios y pesadillas que pueden comprometer a alguien mientras duerme. Si, además, el policía finge un aire de rutina y dice cuando ella despierta «Descanse tranquila, no ha hablado», entonces uno se siente atrapado y cree que sí, que ha hablado, y que si no fue esta vez será otra, u otra u otra, que tiene que ocurrir forzosamente.

Mena piensa: ¿es posible soñar con olores? Sólo con olores. Sin gente y sin voces. Llenar los sueños con un olor de hierba fresca tras la lluvia, con un aroma de bananas y limones encerrados en la oscuridad. Soñar con la infancia, aroma de la infancia, jabón Lifebuoy llegado de Salisbury y cuadernos escolares —nuevecitos, oliendo a papel—. Olor a manos de médico. Olor a pan en la boca del horno. Olor a padre, pipa y Aqua-velva. El cuero de las maletas, duro y liso por fuera, suave y blando, harinoso, por dentro. Madreselvas, el aroma nocturno de las madreselvas rodeando una casa. ¿Olores en sueños? ¿Es posible?

Durante semanas y semanas, Mena se había quemado por dentro pitillo tras pitillo, se había embrutecido con valium en un batallar contra los insomnios de la Casa de la Vereda. Temporal, ruidos de sobresalto allá fuera, y ella con los ojos encendidos en la oscuridad tumbada al lado del mayor, mirando fijamente la silueta de un gato de loza colocado encima de la cómoda con una peluca de mujer. El gato con la peluca en la cabeza, la peluca de los viajes clandestinos de Mena, reflejos platinados, ceniza y mechas. Hasta de noche lo adivinaba. Pero, extrañamente, el sueño le volvió en la misma noche del crimen. Sobre los disparos y la

sangre, el sueño se abatió sobre ella de golpe; y fue espeso y brutal, y duró una noche, y sólo una porque desde entonces fue ella quien no quiso quedarse dormida. Tenía miedo de soñar con el muerto.

Poco probable, observó el jefe de brigada en este momento de la confesión. Apuntó a la cabeza con un dedo: la psique, dijo. El organismo siempre encuentra la manera de defenderse.

De acuerdo. Pero ahora Mena duerme sin comprimidos, ahora que Dantas C desapareció de su horizonte nocturno, ahora vuelve a tener miedo de quedarse dormida: nada le garantiza que al despertar no encuentre la sombra de Elías inclinada sobre ella como una carcajada suspensa.

Sólo dos preguntas, susurra la sombra. Y empieza: Recapitulando…

[Instrucciones del inspector Otero.

- la identidad de la detenida sólo debe ser conocida por los inspectores;
- la detención debe mantenerse rigurosamente secreta hasta la obtención de los elementos fundamentales para la instrucción del proceso, y esto deberá hacerse en el más breve plazo,]

o sea, rápido, rápido, a ver si te espabilas, porque por encima de él está la ley, que es doctora muy llena de caprichos y no gusta de estas situaciones, y está la Pide, que todo lo sabe y todo lo manda y que puede venir a arrancar a la detenida del manto protector de la Judicial cuando le apetezca.

Elías Jefe: La Pide no va a meterse en esto hasta que hayamos puesto en claro lo del cadáver, con asesinos y todo.

Elías, tras el segundo interrogatorio, tenía ya en la mano todos los hilos con que se cosió el asesinato; sólo faltaba retesar el hilo, a ver lo que caía. Con lo que sabía y guardaba podía sellar el crimen y largárselo a los jueces a la primera ocasión. En cuanto a Mena: ya confesó por entero, cerró el mundo en que había vivido, para eso se había entregado; y, antes de entregarse, antes de haberse dado a la muerte, como se dice en la jerga policial, pasó por el piso de la Carretera da Luz y desgarró la imagen de aquella que había sido: cartas, retratos, agendas, todo; y fue al fin para dormir sobre ese campo lavado de memorias por lo que, ante un policía de uña macabra, hizo el relato por extenso de todo cuanto oyó, vio e hizo. Y esto una, dos, diez veces, hasta el punto de que, acordando en voz contada, alcanzó ese frío distanciamiento de los seres marcados por la fatalidad cuando confiesan las más terribles aberraciones.

Elías lo sabe por experiencia: a cualquier hora, en este mundo de subterráneos, hay siempre alguien que se deshace sobre un cadáver sacrificado, alguien a quien se sorbe hasta el tuétano para cerrar de una vez por todas un capítulo mortal. Y ese alguien, para asombro propio, nunca habla de sí, sino de otro que fue en tiempos; y lo hace despidiéndose del pasado con una mirada de increíble exactitud. Porque, del mismo modo que quien habita con un suicida se mata en vida, también el que mata no hace más que suicidarse en esa muerte. Eso, si no viene en cualquier biblia, podía muy bien venir, es más o menos la conclusión a que llegó el jefe de brigada tras muchos años de lidiar con cadáveres malditos.

Por lo tanto, cuando Mena habla, es ya como si estuviera a una infinita distancia de ella y de los otros. *Hueca* es el término. En cierto modo, muerta.

Pero, dice Elías para sí, confesión acabada es verdad iniciada, y esta chiquilla de los pavos reales (*sic*) no va a ir así, sin más, a la jaula de los archivados. Mientras no se la quiten de las manos no parará de arrancarle pluma a pluma:

Sólo dos preguntas, por favor.

Mena, aturdida, se enfrenta a él desde el fondo de la almohada. Allí lo tiene, otra vez, siempre, en su silla, junto al lavabo, sondeándola con aquellos ojos tristes.

Elías Jefe: ¿Recuerda por casualidad los libros que leyó mientras estuvo en la casa? Primera pregunta. Y, segunda pregunta, ¿en qué momento empezó el cabo a alejarse del mayor, y por qué?

Ahora, es todo oídos.

Mena recuerda una novela de Simone de Beauvoir, que compró en la segunda visita al abogado, y algunos números del *Reader's Digest* que encontró en el sótano de la casa. *La batalla de las líneas de Elvas*, pero ése lo había traído *él* de la biblioteca del Fuerte (*él*, aquí, quiere decir el *mayor*. Mena dice siempre *él* en los interrogatorios). En cuanto a libros, eso es todo.

Elías Jefe: *El lobo de mar*, ¿lo leyó?

Mena: Es verdad. *El lobo de mar*.

Elías Jefe: ¿Y el mayor?

Mena: ¿Cómo?

Elías Jefe: Pregunto si también el mayor leyó *El lobo de mar*.

Mena responde: No leía novelas.

Y entonces el jefe de brigada pasa al arquitecto: ¿Leyó *El lobo de mar*? ¿Cuándo? ¿Antes o después de haberlo leído ella?

Mena no lo sabe. ¿El arquitecto? Sí, es posible que lo haya leído. El cabo, sí, lo leyó. Además, el libro se lo había prestado el cabo.

Elías Jefe: ¿Y en qué momento empieza a apartarse del mayor?

Mena: ¿El cabo? Ya lo he dicho. Le dije ya no sé cuántas veces que el cabo estaba primero con nosotros, pero luego no pensaba más que en irse a Francia.

Elías Jefe: Luego, no. El pacto inicial era que lo harían llegar a París en cuanto dejaran el Fuerte, ¿no?

Mena aprieta el embozo de las sábanas contra el cuello. Cierra los ojos: Sí.

Elías Jefe: ¿Y, pues?

Mena: Usted lo sabe ya. Está cansado de saberlo.

Bernardino Barroca,
Desertor en lugar desconocido

Es una cosa, un masticar nauseabundo y que el jefe de brigada seguro que ya ni oye, ni siquiera necesita oír, porque lo tiene todo en aquellos papelitos donde va tomando notas para los autos. Pero la confesión de un detenido es música para el policía, y nunca está satisfecho, siempre quiere saber más. Oye y, confirmando los datos para su gobierno, sólo para sí, es como si estuviera afinando la letra de lo que tiene escrito en sus anotaciones. Lo que quiere saber ahora es cómo convencieron al cabo. Lo de las armas robadas. La fuga.

Gente como Barroca es dura de roer. No es Mena quien lo dice; es él, el jefe de brigada, que conoce muy bien a estos dos tipos ensimismados, meditabundos. Son gente a quien destetaron con vinagre, y algunos, como el de marras, lo siguieron bebiendo a lo largo de los años. Mala señal. Éste las pasó putas. Cazaba conejos a bastonazos y comía bellotas. Y, cuando se incorporó a filas, era tractorista, pero sin carnet. Años y años, él y nueve hermanos viendo cómo la tierra se iba despoblando camino de las lejanas *Francias*; uno tras otro se iban yendo los vecinos, y Barroca en su tractor, surco va, surco viene, repitiendo los campos. Esto lo supo Elías Jefe por boca de su fiel Roque, que anda ahora con su pandilla de muchachos siguiéndole la pista al cabo, pero fueron los viejos del lugar quienes se lo contaron.

Elías Jefe: ¿Está segura, absolutamente segura, de que el mayor conocía ya a Barroca antes de ir al Fuerte?

Mena vuelve a lo que oyó al propio Dantas C, y es siempre la misma versión, la misma: se conocieron en un regimiento de provincias, no sabe cuál, el día en que Barroca llegó de recluta con la cabeza rapada, entonces apareció ante él Dantas C, capitán con figura de ángel guerrero, capitán Dantas, ángel castrense, un militar que proclamaba que todo oficial debía tener un perfil doble, diablo en la guerra y misionero en el cuartel. Hablaba de los reclutas como si fueran huérfanos, huérfanos o viudos provisionales, mal amados y mal comidos. Era así.

El jefe de brigada va registrando lo dicho en dos tonos: el que viene de Mena y el que le insinúa la memoria, y en este paso por los cuarteles, puertas de armas y clarines, la memoria le trae música y Alentejo de su infancia, baladas de desertores:

> Oh Beja, terrible Beja,
> tierra de mi desgracia,
> eran las tres de la tarde
> cuando allí senté plaza.

Un destino negro este lamento. Estaba escrito en las líneas de la mano del cabo, tan cierto como que se llama Barroca. Y no iba a tardar en llegar la desgracia, y sobrevenía en Elvas, Fuerte da Graça, en el momento en que él, cabo y casi furriel, vio aparecer a Dantas C por segunda y última vez, y entonces sin galones y bajo escolta. En figura de ángel rebelde.

Siga, siga, dice Elías Jefe.

Mena enciende un pitillo, da una chupada en profundidad. Se endureció su rostro.

Elías Jefe: El cabo estaba dispuesto a quedarse con el mayor, pero se da cuenta de que el abogado anda haciéndose el desentendido, y se encierra en su cuarto a estudiar francés con el arquitecto. Hasta aquí, todo muy bien. ¿Y luego? ¿Participa en reuniones? ¿No participa en reuniones? ¿Tiene alguna discusión con el mayor? ¿Intenta huir? Todo eso es fundamental.

Y la detenida repite lo repetido, ya ni a sí misma se oye. ¡Oh, esa uña! Quiere olvidar esa garra, quiere liberarse de esa presencia, y por eso habla, no tiene más remedio; y así va, bajo el poder de esa uña, arrastrando su memoria fatigada, escena tras escena, adelante y atrás. Y el otro en su aparente ensoñación es todo antenas, vibraciones, se estremece a la menor brisa, a la menor contradicción. Allá en lo íntimo va

dibujando a Barroca en claroscuro: un bracero taciturno, por culpa del Alentejo que lo parió. Tipo astuto, cauteloso y duro; todos son iguales esos destripaterrones. Como tal, se entiende que se desunciera de las galopadas del mayor, incluso porque era sólo cabo de a pie, y no se encontraba a gusto en aquella historia de conspiraciones. Si, como va relatando Mena, el cabo Barroca se encerró en el cuarto a estudiar, lo hizo porque era en la dulce Francia donde estaba su guerra y no allí. Eso por un lado. Y por otro, porque no quería oír demasiado para no entrar en secretos: así, si le echaban la mano encima, cuanto menos supiera, mejor. Y que le llamen tonto.

La uña pasea y pasea. Es un pico de ave solitaria que sobrevuela el peinado de una calavera burocrática.

En este momento el cabo Barroca declamaba por voz de Mena su francés en 10 días: *voici le lit voilà la porte elle est en bois*, pero de repente venía de allá abajo un grito que ponía todo aquel papelamen en desbarajuste.

«Garde-à-vous, caporal!».

Era el mayor, el mayor con su bromita de mala uva, intimándolo a comparecer en la timba o a las noticias de la radio.

E iba. La radio, la baraja, la chimenea de la sala —*les jeux son faits*—. Tres hombres en torno de una mesa y una mujer que fumaba, que fuma, con aquel aspirar arrastrado que tanto molesta al jefe de brigada (dentro de poco la celda va a quedar llena de humo, el plato de hojalata que sirve de cenicero está ya a punto de desbordarse). Aquello no era una casa, era una pesadilla, recuerda Mena. Fumábamos como chimeneas.

«*Caporal*, ¿sabe usted decir canguelo en francés? ¿Y desertor? A ver, dígalo. *Qu'est-ce que c'est un deserteur, caporal?*».

Dantas C lanzaba sus dardos contra el cabo, pero quería alcanzar también de rebote al arquitecto. Elías diría que era matar dos pájaros de un tiro, si eso fuera lenguaje de tropa. Está convencido de que Dantas no era hombre para perdonar que el arquitecto hiciera de maestro al otro a puerta cerrada. Se sentía como un poco cornudo, valga la expresión. O, como oficial, traicionado por otro oficial conchabado con un cabo, con un diccionario y un libro de lectura por medio.

«*Ça va*, nuestro *caporal?*».

Esta acritud le venía en cualquier momento, nunca se sabía. Podía venir cuando el muchacho (el Barroca) se sentaba ante la baraja o cuando se disponía a comer: cuando, por ejemplo, una mañana apareció sin afeitar. «¡Vaya! El cabo se va a dejar barba de intelectual…».

En la mesa de juego, era peor. En la mesa de juego, cartas de azar, venganzas medidas. Mena dice: Jugaban fuerte. Pero fuerte aquí era todo, dinero, medias palabras, la cabeza baja. Y las apuestas ascendían a miles de reis en vales. Y venían los apartes, las ironías envenenadas.

«¿O sea que barbudo, eh?».

Dantas C se recostaba en la silla. Miraba con aire de especialista. Sí señor. Estudiaba las cartas valorándolas. Pero, por desgracia para el cabo, nadie le había dado permiso para dejarse la barba, y eso iba contra el Reglamento.

«¿Te ha pedido permiso a ti, Fontenova? Mucho me temo que nuestro *caporal* va a tener que raparse. ¡Venga! *Vite, vite*».

Elías Jefe: Por lo visto, el cabo tenía mano de tahúr.

Jugaba lo menos que podía, responde Mena. Y lo que ganaba era en vales. Los vales eran moneda corriente en la Casa de la Vereda. Los había por extenso, como documentos, o garabateados entre dos bazas, unos fechados, otros a la vista; en el montón, la policía encontró uno que decía: «Vale por una gabardina y una maleta de viaje para el cabo primera Barroca, firmado Dantas C»; la C, aquí, tanto quería decir Castro como Cien, como Comandante, Cóndor o Caballero, nunca se supo.

Dígame una cosa, pregunta Elías: cuando usted leyó *El lobo de mar*, ¿encontró algunas páginas subrayadas?

Mena hizo una pausa: ¿Páginas subrayadas?

Diario da Manhã:
«Dinero a espuertas en el cubil del crimen».

¿De dónde vino el dinero? La indomable prensa del país quería saber (14-4-1960) de dónde vino, quiénes eran los individuos[11], potencias u organismos que habían financiado al mayor Dantas. Y exigía a dos columnas, insinuaba barbudos de Cuba y moscovitas de calzón acampanado acechando tras el telón. Y repetía el enigma de la espía platinada, la espía, no lo olviden.

Eso del dinero a espuertas es sólo un bulo, rezongó el inspector Otero. Pero ha pegado bien, dijo el jefe de brigada, hemos llamado a varios periódicos, pero seguro que no rectifican. Por escrito, dijo el inspector, esas cosas se hacen por escrito, Fosas. Por escrito o de palabra, tiene que meter mano la censura, dijo el jefe de brigada. ¡Vaya!, dijo el inspector, ¡ya estamos con la censura! No me jorobes, Fosas, no me jorobes. Voy a hacer un comunicado y a ver cómo lo arreglan. ¿En qué términos va a ir el comunicado ese?, preguntó el jefe

de brigada. En los términos oficiales que exige la reposición de la verdad, respondió el inspector. Y el jefe de brigada: Y la Pide, ¿has pensado en la Pide? Inspector: ¿La Pide? El jefe de brigada: La Pide, la Pide.

Elías Jefe, a Mena: La Pide le va a hacer la vida imposible con eso de los vales. Pero, siga. Estábamos en lo del juego. ¿Seguro que todos los vales eran de juego?

Mena, declarando lo declarado, afirma que sí, y dice que la parte sustancial corresponde al mayor Dantas C y al arquitecto Fontenova. Y eso porque (¿será necesario repetirlo?) el cabo jugaba menos, se pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su cuarto, cosa que, en un momento dado, provocó la reacción violenta del mayor.

¿Reacción violenta?, pregunta Elías Jefe. ¿En qué momento?

Mena: Una noche. Estaba borracho.

Elías Jefe: ¿El mayor?

Mena se pasa la mano por la frente y se queda mirando entre los dedos una mancha de humedad que había descubierto aquella mañana en el techo. Tenía forma de lagartija, el color pardo y repelente de una lagartija inmóvil en el cemento, con los dedos abiertos, minuciosos y redondeados en puntas de ventosa. Suspira. Después cuenta: Estaba horriblemente borracho aquella noche.

Mena empieza así, el mayor en la sala, emborrachándose solo. Y debía de haber bebido como una esponja mientras iba escribiendo las cartas que ella tenía que entregar al abogado. Ésas. Las supuestas cartas de París, como dice Elías Jefe. Exactamente, pasó un tiempo haciendo borradores, y al fin lo consiguió. Las metió en tres sobres que había comprado poco antes de la fuga, unos así, cuadrados, y Dios sabe lo que le costó encontrar papel con marca de agua francesa; pero, en fin, el mayor cerró las cartas y los llamó a los dos, al arquitecto y a ella. Pero esto fue en la víspera de la primera visita de Mena al abogado.

Cuando el arquitecto entró en la sala, Dantas C fue derecho al asunto: «No pierdas más tiempo, Fontenova, el cabo tiene que quedarse aquí». Así, de esta manera. Tajantemente.

El otro se quedó boquiabierto. Y Dantas C: «El tipo ese sabe demasiado para que lo dejemos largarse. ¡Ni que fuéramos idiotas! Deja, pues, el francés, y ¡venga! ¡Rompan filas!».

Y les soltó un discurso inconcebible contra esos malditos currinches cuarteleros que sólo piensan en pegarse la gran vida y les importa un bledo lo demás, la revolución, todo, y habló del humanismo fácil de quienes se dejan arrastrar por esos tipos, habló de la puta piedad cristiana, y del miedo, y de la maldita bajeza de la gente, que son todos unos lameculos, y del instinto de deserción o lo que fuera. Mena sería incapaz de repetir ahora todo lo que dijo, pero una cosa era segura, que Barroca podía despedirse del francés, que no se exprimiera más la sesera porque de allí no iba a salir. Francia, a partir de este momento, estaba allí, en la Casa de la Vereda, decía el mayor Dantas C. Y para demostrarlo, cogió los tres sobres de manos de Mena y se los metió por los ojos al arquitecto:

«Paris-sur-Tage, Fontenova. Cuando la Pide agarre estas cartas, estamos todos en París».

Se sentó a comprobar el efecto causado. «Hombre, no es ninguna tragedia», dijo. Y empezó a echar humo al aire: «Paris-sur-Tage. No está mal, Paris-sur-Tage».

El arquitecto se dispuso a salir: «El caso de Barroca se resolverá. No se preocupe».

Dantas C: «Se resolverá, no. Está resuelto». Una bocanada más larga y profunda; una vaharada barriendo todo lo que el otro pudiera pensar. «Dile», volvió Dantas C, «que de esta casa no sale nadie solo, a no ser para el cementerio. Y que no quiero ver aquí malas caras ni cabreos, también eso».

Entonces pareció olvidar al arquitecto y a Mena, y pareció regresar a sí mismo, muy solo entre los brazos del sillón. «Son unos cagaos», le oyeron decir. Y luego: «Esto no me gusta nada. No hay nada que me jorobe más que ver las caras de miedo de esta gente». Pero Mena supone que en este momento Fontenova iba ya escalera arriba hacia el cuarto.

Elías Jefe: ¿Y usted?

¿Mena? Mena esperaba también, y en la primera ocasión salió. Antes de acostarse pensó en un baño caliente, un baño y el valium de costumbre aún sería mejor para relajarse, y ya estaba olvidada de todo entre nubes de vapor y el agua corriendo cuando le llegó la voz del mayor cantando a gritos en la sala. Cantando. Dantas C cantaba una canción de soldados, seguro que para que el cabo lo oyera desde el cuarto.

¿Un cantar de soldados?, se sorprende el jefe de brigada. Y Mena: *Auprès de ma blonde*, una canción francesa.

La conozco, de las películas, dice el jefe de brigada limpiándose las gafas con el pañuelo.

El humo del pitillo de Mena se desparrama por la celda. Perdido en medio, alguien bracea empuñando tres sobres con una alegría feroz.

BAÚL DE LOS RESIDUOS: DIVERSOS

Aquí está ella antes y fuera de la cárcel. Mena repensada de lejos y en silencio, en una sala con lagarto y

ventana alta, a través de los restos de los interrogatorios. Residuos. Baúl de los residuos llama Elías a ese sobre donde va guardando como una hormiguita ciertos datos sueltos del proceso, que servirán al buen policía para ir dando consistencia y figura a los actores. Copias de archivo, fotos, recuerdos personales, notas marginales, de todo hay en el sobre. Va repasando los papeles con mano nocturna y sagaz: parece como si se iluminaran y empezara a salir gente de ellos.

Declaraciones de la portera Emilia, que aún no se ha recobrado tras los hechos ocurridos:

No se ha recuperado, aún le cuesta trabajo creerlo. ¡Vaya con la chiquilla del quinto izquierda! La conoce desde hace años, desde el día en que su padre vino con unos amigos de África para comprar el piso a los dueños de la casa, al ahijado, por decir mejor, porque la casa está a nombre de su ahijado, y nunca tuvo la menor queja de la señorita Mena. También es verdad que ella no es persona que ande metiendo las narices donde no la llaman, ella no es de ésas, la verdad, cada uno en su casa. ¡Vaya con la chiquilla! ¡Quién iba a pensar en una desgracia así! Sabía, sí, lo del señor mayor, bueno, no es que lo supiera: lo veía de vez en cuando. No era hombre así, de andar charlando, pero cada uno es como es, a ella esto le daba igual, y la chica recibía también a otros amigos, compañeros de la universidad, como uno, al que llamaban Nelson, y otra, Norah, y Cristina, ésa menos, pero la verdad es que nunca tuvo idea de que en aquella casa pasara algo raro, eso podía jurarlo. La casa, si la quieren ver, está como la chica la dejó. O estaba, que ahora no puede garantizarlo, porque anduvieron por allí los policías revolviendo, así que… Después de que Mena se fuera a vivir a la Avenida de Roma, es decir, cuando se juntó con el señor mayor para vivir su vida, que eso no es cosa suya, le entregó las llaves. Mire, doña Emilia, usted se encargará de pagar los recibos y el teléfono y de todo lo demás como si yo estuviera aquí. De modo que, cuando llegaron los policías, allí no faltaba un papel, y la portera Emilia pondría las manos en el fuego.

Declaraciones de Marta Aires Fontenova Sarmento:

1. Ninguna. Se niega a hablar por impedimento de salud.
2. Lo menos que puede decir es que no es humano que anden aporreándole la puerta, que lo considera un abuso. Esos señores (la policía) saben perfectamente que no hay ley que les permita servirse de una madre para inculpar a su propio hijo, de modo que les ruega que hagan el favor de marcharse. Repite: los médicos le han prohibido terminantemente recibir a nadie, sea quien sea. Ahora vienen a molestarla, y hay gente tan baja, tan ruin, que hasta tuvo que desconectar el teléfono.

(Elías Jefe, en información al margen: «Cabe suponer que el corte de teléfono no ha sido motivado exclusivamente por las llamadas anónimas, que fueron ya detectadas por los servicios de escucha, sino para evitar que el hijo entrase en contacto con ella y permitiera localizar su paradero. De ser cierta, esta precaución sólo pudo haberle sido aconsejada por un abogado o por alguien relacionado con el hijo y con quien la declarante mantenga contacto)».

Conversación de Bar, extracto (Estoril, 18-4-60, 0.30 h, aprox).

Un individuo a quien llamaban «ingeniero Martins», cliente habitual de este bar, y otro no identificado, comentando el Crimen de la Playa del Mástil, del que hablaban los periódicos, se refirieron al padre de la amante de la víctima, al que llamaban «Chico» o «Chico Ataíde». El primero decía estar muy sorprendido porque Chico no viniera inmediatamente a Lisboa al enterarse de que su hija estaba comprometida en el caso («lo encontraba muy sospechoso», fue su expresión), a lo que el segundo, no identificado, respondió que «Chico anda metido en líos en (¿Durban?), pero que esta vez no es cosa de faldas».

Bromeando sobre el caso, recordaron algunos escándalos provocados en Lourenço Marques por Ataíde, y el ingeniero Martins dijo que «en medio año había dejado la colonia sembrada de cuernos (*sic*), dicho sea en su honor». El segundo cliente se mostraba bastante conocedor de la vida íntima de Ataíde, que, por lo que dio a entender, vivía solo, o estaba separado, y que, por lo que fuera, nunca se había cuidado demasiado de su hija, aparte de una ayuda material que, dijo, le pasaba y que le permitía vivir desahogadamente. Lamentaba (con cierta ironía) que la muchacha hubiera caído en manos de un compañero de calaveradas de su padre, pues eso hacía que la situación resultara particularmente desagradable, a lo que el ingeniero respondió que «el mayor hizo bien, porque la cosa valía la pena». Y añadió: «Esto es fatal, como el destino: el papá se larga, y la moza se organiza una juerga».

La charla derivó hacia asuntos de tipo comercial, pero poco después volvió a abordarse el caso del tal Ataíde, de quien ambos decían que «se había llevado un golpe como para destrozar a cualquiera». Como ya llevaban unos cuantos güisquis encima, empezaron a discutir en tono confuso sobre casos de celos (o

presentados como tales) y en el transcurso de la discusión el ingeniero no se cansaba de repetir: «Cuando un padre se encuentra a la hija en cama con un fulano de su misma edad, los celos lo matan. Estás de acuerdo, ¿no?».

A esto el cliente no identificado respondió «claro, claro, pero no debió de ser por eso por lo que no vino a ver qué le pasaba a la chica» y, acercándose más al ingeniero, dijo con toda claridad: «Chico Ataíde está preparándolo todo para largarse con su hija al extranjero. Hay una organización ahí, tras toda esa gente. Ya verás como el día menos pensado aparecen todos en Francia».

La charla quedó más o menos ahí, pues llamaron al teléfono desde Luanda al ingeniero Martins. Éste, al despedirse del amigo, dijo: «Si me pasa a mí eso, los mato a palos a los dos».

Firmado: Tony Clemente, barman de 1.ª clase
Hotel Continental, Estoril
Ing. Martins: STI, SARL - Administración.

Aldina Mariano:

La declarante es analista-ayudante en el Centro Regional de Rastreo. Vivió maritalmente con el arquitecto entre enero y noviembre de 1955; tenía éste veintiún años aún no cumplidos y ella diecisiete (información de Silvino Roque, agente de 1.ª clase).

En la fecha en que se conocieron había dejado la casa de sus padrinos, donde vivía desde su llegada a Lisboa. Motivo: los malos tratos que le eran infligidos (coacción y agresiones corporales) como represalia por «cierto accidente de su vida» (no especifica más, pero fue, sin duda, un aborto provocado) en virtud del cual estuvo internada en el Hospital de Santa Bárbara. En este Hospital conoció al arquitecto. Aldina había conocido poco antes a un individuo que dijo ser visitador médico, casado y con divorcio litigioso en los tribunales. Relación clandestina, sin embargo, y casi ocasional. Quizá a consecuencia del aborto este individuo recurre a un amigo de confianza, el arquitecto. Razón alegada: la imposibilidad de prestar asistencia a la enferma temiendo que este incidente acabara interfiriéndose en su proceso de divorcio, tanto más cuanto que empezaba a verse presionado por chantajes por parte del padrino de la muchacha. Intervino, pues, el arquitecto y cumplió escrupulosamente con lo que de él exigía la situación. Se enfrentó tajantemente a las presiones del padrino chantajista (agravantes de minoría de edad en la muchacha, superioridad económica y social del seductor, etc.) y no sólo elude las responsabilidades de su amigo, sino que carga personalmente con ellas. Cosa que no deja de ser extraña, pero, en fin… Naturalmente, ocurre lo inevitable: viviendo juntos en el cuarto alquilado donde ella tenía su morada, por la zona de Almirante Reis. El arquitecto no deja de visitar diariamente a su madre durante este período…

«… ocho meses de una vida llena de cosas inolvidables», recuerda Aldina Mariano, «pero que desde el principio me pareció algo un tanto forzado, una cosa, no sé, que él se había impuesto a sí mismo. Quizá por ganas de protegerme, o por desafío, no sé. Había, y hay, un amigo suyo del instituto, el padre Miguel, que es jesuita y con quien me llevaba bastante bien, y el padre Miguel decía Renato tiene una necesidad terrible de ponerse a prueba, elige siempre el lado menos cómodo. Y hoy creo que era bastante así. No es que nuestra relación fuese sólo una prueba de comprensión y nada más que eso, no. Lo que ocurría es que había realmente una preocupación por ayudar. En todo, incluso en los momentos más íntimos, una preocupación, un deseo de proteger. Es impresionante cómo el tiempo nos hace comprender ciertas cosas, sólo ahora me doy cuenta de cómo ya entonces me dolía eso, el que yo le gustara por esa necesidad que sentía de proteger. Es verdad. Yo tenía como un presentimiento, me sentía a disgusto, por no decir desgraciada. En fin, todo acabó como tenía que acabar, pero fueron ocho meses de mi vida que no es posible olvidar. Si no hubiera sido él, no sé si habría aguantado. Sólo quien pasó por aquello, Santo Dios. Ahora estoy aquí, en mi sitio. Fue Renato, el arquitecto Fontenova, ah sí, fue él quien me ayudó a estudiar y a salir adelante, hasta cuando ya nada había entre nosotros. Por lo menos, le debo eso. Hoy estoy aquí, tengo mi independencia, pero dudo que estuviera así si no le hubiese conocido. Todo esto lo digo para que no haya confusiones cuando hace un rato dije que no volví a ver al arquitecto desde que lo detuvieron, e incluso antes, mucho antes, hacía meses que no le veía. Esto es rigurosamente cierto. Pero también me siento en el deber de confesar que si por casualidad hubiera venido a mi casa, yo nunca le habría cerrado la puerta. Costara lo que costara».

BAZAR ORTOPÉDICO

Elías en el Largo do Caldas. En esta plaza se apeó ella del taxi.

Ella es Mena, tres meses atrás, en invierno, no en una mañana como ésta, inundada de sol. Fue en el autobús

desde la Casa de la Vereda hasta el viaducto Duarte Pacheco, última parada a la entrada de la ciudad, y desde allí fue hasta el Campo de Ourique, a coger un taxi. Impermeable empapado, un pañuelo en la cabeza, pegado a la falsa cabellera, viendo el ir y venir del parabrisas. Elías se hace idea de lo terrible que debió de haber sido para ella esta mañana: es más fácil pasar un autobús por el ojo de una aguja que dar con un taxi libre en día de lluvia.

[«La interrogada», se lee en los *Autos*, «efectuó el recorrido de acuerdo con las instrucciones recibidas (…) en Lisboa, fue en taxi hasta el Largo do Caldas y desde allí a pie hasta el despacho del Dr. Gama e Sá, en la Rua do Ouro, adonde llegó hacia las diez y media de la mañana»].

evitando, como dice Elías, la Rua da Conceição, ya que, como todo el mundo sabe, esta calle es ruta obligada de los agentes que van de la central de la Pide a la cárcel de Aljube. Legua de la Muerte podría llamarse a aquellos centenares de metros que van de las celdas a la tortura.

Pero Elías no ha venido al Largo do Caldas para reconstruir los pasos de Mena en la mañana en que visitó por primera vez al abogado. Se dirige allá, es cierto, le ha llegado la vez de investigar lo que dice el Ilustrísimo Gama e Sá, pero si pasó por allí fue porque yendo de casa a la Rua do Ouro, la plaza do Caldas le queda en camino de diligencia, como se dice en servicio. Ya está cerca de casa, se sabe la plaza palmo a palmo, el Largo de Caldas, con una barbería de un solo sillón y espejo lleno de moscas, con ebanistas trabajando en la trastienda, ebanistas que nunca se ven, sólo se oyen, y con el caserón de las ventanas cerradas donde se ve de noche una lucecilla que va y viene. En una mañana de sol como ésta, el caserón tiene siempre un friso de palomas emproadas a lo largo del alero, pero no vale la pena mirar, es siempre igual. Del otro lado, sí, del otro lado está la Rua da Madalena, en bajada, es la feria de los ortopédicos. Ahí nunca falta qué ver ni en qué meditar.

> «Hoy, gracias a la Ciencia, podemos reconstituir las partes muertas del cuerpo humano. Podemos animarlas con energía motora y restituir sus fuerzas y las expresiones que fueron suyas naturales». Eminente profesor Hasaloff, de Viena de Austria.

Calzada pina, cada tienda con su carrito de inválido a la puerta, como si estuviera a la espera de la orden de marcha hacia un *rally*-sorpresa. Vistas desde lo alto de la calle, aquellas sillas resplandecientes parecen dispuestas a rodar en cualquier momento por el plano inclinado abajo, ganando velocidad, altura, y desapareciendo como máquinas locas, sobrevolando los tejados de la ciudad. Al ponerse el sol, se recogen domesticadas, pero quedan los escaparates iluminados, porque estos escaparates son a todas horas como los sagrarios de los exvotos en el camino de quien pasa. Exhiben miembros articulados, corsés dramáticos que recuerdan instrumentos de tortura, pescuezos de metal, Prótesis & Fundas Medicinales. En una de las vitrinas, en marco de velludo, como una reliquia, está el profesor Hasaloff pronunciando sus palabras redentoras sobre las partes muertas del cuerpo.

Está también el coche de la mano cortada. Elías nunca pasa por allí sin echar una mirada. Y, es fatal, estacionado ante la misma tienda, sin alejarse una pulgada, allí está el viejo Oldsmobile con el cartel *Bazar Ortopédico / Presupuestos gratis* colocado en el cristal de atrás. Y la mano. Siempre la mano, posada en el volante, de goma plástica, morena y casi terrosa y con una muñeca velluda que termina en un puño de camisa sin manga. Tiene todo, la mano: arrugas, uñas, pelos implantados en los poros; en el dedo correspondiente se ve incluso una alianza.

Elías comprueba invariablemente: los neumáticos del Oldsmobile están hinchados, la carrocería sin las capas de polvo de los automóviles abandonados. Parece como si viajara sin que nadie se diera cuenta, como si a horas misteriosas y por lugares inconfesables se desplazara de un lugar a otro, conducido por la mano cortada. Y allí está cuando por allí se pasa: parece uno de aquellos heroicos automóviles de los viajantes de antes, coches polvorientos que recorrían las provincias desvalidas, orgullosos de las mercancías que llevaban. Ortopedias, presupuestos gratis. Y la mano, que está hueca y que podría ser una mano-guante para revestir otra mano de carne con los mismos pelos, las mismas uñas y los mismos poros, la mano continúa sin cuerpo, pero fiel en su puesto. Colocada sobre el volante como una marca de posesión: el Oldsmobile es suyo.

En los vagabundeos de Elías al azar por el Largo do Caldas, siempre hay una parada indefectible, la mano. Después bajará por Rossio, Restauradores, Parque Mayor, o, en sentido inverso, rumbo al Tajo. Así va hoy, Rua Augusta abajo. Semáforos y relojes, filigranas, *souvenirs, change-exchange*, maniquíes y opulencias bancarias, y, muy al final, se alza el triunfal arco de piedra, puerta de la capital y del Tajo, todo gloria barroca irradiando bendiciones sobre el tráfico y el comercio, *Ad Virtutem Maiorum*. Muy en lo alto, está el reloj solemne, gobierno de ciudadanos, las diez y media. Hemos llegado.

Elías hace una pausa para ordenar ideas. ¿Ordenar ideas? El abogado queda a dos pasos, sólo tiene que doblar la Rua do Ouro y entrar en la primera puerta con limpiabotas.

En el portal, caballeros leyendo el diario en los sillones del limpiabotas, olor a cremas de zapatería, una escalera de madera vieja, es allí. Sube entre paredes de estuco resudado, con el ruido de la calle resonando tras él, peldaño a peldaño, los pregones de la lotería, los frenazos de los automóviles, los paños de sacar brillo estallando sobre el barniz del calzado. Y cuando es recibido allá arriba se ve en otro mundo, sillones de cuero y silencio alfombrado; se nota un perfume tibio, olor de cigarro habano, y la sala de puertas acolchadas, en penumbra. Elías está sentado ante una mesa de caoba, una extensión austera que cruza con un brazo para presentar un documento.

Se trata de esta carta. ¿Reconoce usted letra y firma?

En el otro lado despuntan dos manos lentas; blancas y lisas, relucientes. Anillos, uñas laqueadas. Más arriba, una corbata temblando en seda, y todo el pecho, que es inmenso, resplandece contra el respaldo de un sillón. Por último, la cabeza: gafas destellantes, piel lozana, barba pulida con *after-shaves* y toallas a vapor.

Abogado Gama e Sá: Parece realmente la letra del mayor Dantas Castro. Lee y relee la carta. Sin prisas. Pasándose la mano por la barbilla. Elías Jefe: La carta va dirigida al abogado de la defensa y remitida desde París.

Sí, sí, ya veo, y el abogado asiente mientras lee.

Amigo y doctor

Ah las traiciones, ah las cobardías de los galones y de las estrellas, era lo que la carta decía. Pero antes agradecía la inestimable ayuda que su abogado y amigo le había prestado tan inteligentemente, y se disculpaba por no haberle podido manifestar antes su gratitud. Decir, sin lisonjas ni formalismos, el mucho honor que había significado para él haber tenido como defensor a una personalidad de tanto prestigio. El destinatario, el Amigo y Doctor. Alguien que, junto a saber y competencia, había mostrado la más humana y espontánea dedicación. Doctor y Amigo. Se había ganado su fidelidad para siempre. Por eso, el deber de una justificación que el mayor sabía innecesaria, pero nunca demasiado recordada, etcétera. Elvas; era con relación a la fuga de Elvas. Él, Dantas C, no quería por nada en el mundo que subsistiera la menor duda de que la operación hubiera sido dictada por desesperanza, y menos aún por no confiar en la defensa. Todo menos dudar, aunque fuese por un instante, de la capacidad del jurista y amigo. Doctor. Por otra parte, Dantas C no había huido. Sólo había buscado otro espacio de lucha, como demostraría en breve, y que se preparasen los traidores. Sabía que esa taifa de vendepatrias andaba pavoneándose por los estados mayores con los galones conquistados a costa de camaradas con quienes habían firmado un compromiso de honor. Lo sabía. Estaba al corriente. Aunque lejos de la patria, Dantas C la vivía por dentro, aún no había olvidado al mayor del monóculo[12] que se había prestado a la indignidad de mandar la escolta que le llevaba a la prisión, a él y a otros oficiales. Mucho se podría hablar de eso. Y se hablará un día, seguro. Siendo así, y visto que continuaba imperando la servil condescendencia, y que el gobierno había impuesto la corrupción como arma de elite, ni él ni los otros camaradas detenidos podían esperar justicia del tribunal. Eso lo escribía ahora. Preveía toda clase de aplazamientos, interposiciones y trampas para ir posponiendo el juicio. Eso lo había previsto incluso el Doctor y Amigo. Y no se lo había ocultado. Favor que le debía. Pensó entonces que, contra el silencio, sólo el escándalo podía resultar. Concibió un plan, y fue bien acogido. Hacer algo que alertara a la opinión del país. Por consiguiente, explicaba, al realizar la evasión estaba seguro de que no sólo beneficiaba a los camaradas que quedaban en el Fuerte, sino que reavivaba la consciencia de los militares honrados. Que los había, afirmaba Dantas C. La institución militar no estaba totalmente desmoralizada, como iba a demostrarse, y él lo sabía muy bien. No daba razones, pero prometía demostrarlo de inmediato. A los cuarenta y siete años, lejos de la patria y de los suyos, se felicitaba no obstante por ver que no le faltaba apoyo entre los exiliados errantes. Y juraba que la hora del regreso no estaba lejos. No le detendrían las dificultades, pues no hay nada peor que el espectáculo de la cobardía que en Portugal se comprueba a cada paso. La carta se despedía del Doctor y Amigo con las protestas de más viva gratitud y dejaba una dirección: Apartado 300, París VII.

Abogado Gama y Sá, devolviendo la carta: Sólo un loco podría enviar una carta como ésta por correo.

Enciende un habano, el pecho majestuoso se dilata aún más con la primera bocanada. Es realmente un Doctor *Habeas Corpus* radiante en el despacho noble, piensa Elías.

Increíble, dice. Increíble, no tengo otra palabra.

El jefe de brigada imagina a Mena, tres meses atrás en este despacho: ¿Sentada en la silla donde él está ahora? ¿El incienso de un habano ascendiendo de los mismos dedos acribillados de brillantes? Pregunta: ¿Es la primera vez que usted ve y sabe de la existencia de estas cartas?

¿Cartas?, se sorprende el abogado. ¿Es que hay más?

Elías, es mejor no contestar de inmediato, pasea la mirada por la sala hasta la puerta (que está cerrada e

impresiona por el almohadillado contra el ruido y por el batiente dorado). Piensa en Mena otra vez. Y luego, como quien no quiere la cosa: Es posible que el mayor haya escrito otras cartas como ésta, ¿no cree?

El *Habeas Corpus* se recuesta en el sillón: Todo es posible, mi estimado señor. Envía una bocanada de humo a distancia. Pero esto es una imprudencia, repite; y, entonces, el jefe de brigada se deja prender por el rastro del cigarro y, no hay duda, ve a Mena. Mena a la entrada de la sala. O como si estuviera.

Incalificable, resopla el abogado. Una carta así, en estos momentos que vivimos.

Mena. La puerta cerrada y ella dentro, empapada de lluvia. Temblaba en el agua, muy erguida, había un pequeño lago a sus pies. Y, sin embargo, entraba el sol por la ventana y la cabellera platinada irradiaba una luz gélida. Tenía tres sobres en la mano, tres recados blanquísimos, casi luminosos, y el agua la contorneaba deslizándose por ella abajo. No paraba de cubrirla, el agua. Nacía de ella.

Elías Jefe: Perdón, no le he oído.

Abogado Gama e Sá: Digo yo que es una imprudencia.

Elías Jefe: Una imprudencia calculada, quizá. Nada le asegura que esa carta haya sido escrita en París.

Abogado: ¿Asegurarme a mí? ¿Y qué me importa eso?

Dijo esto mirando a lo lejos, con otra vaharada de puro. (¿Habría visto a Mena?).

Elías Jefe: Sabemos que el mayor no salió del país, señor abogado. El truco de las cartas del extranjero no es muy original.

Es ingenuo, dice el *Habeas Corpus*. Un expediente ingenuo. El mayor tenía la obligación de saber que la policía dispone de informadores en París para comprobar estas cosas.

Apoya las manos en la mesa, la boca medio abierta, el puro colgando. Los dedos claveteados de anillos y brillantes encandilan la amplitud del tablero de caoba. Muy bien, dice. ¿Algo más?

Elías Jefe: Una pregunta sólo. El problema del dinero. ¿Nunca le pidió dinero el mayor después de su fuga?

No veo al mayor desde que lo visité en la cárcel por motivos profesionales, fue la respuesta.

Elías Jefe: Quien dice el mayor, dice un intermediario.

Abogado Gama e Sá: Nunca.

Elías Jefe: ¿Ni por teléfono?

El *Habeas Corpus* acomoda una sonrisa como quien dice, imprudencia sí, pero no hasta ese punto; pero el jefe de brigada se mantiene en la misma, con la mirada apagada, a la espera. Entonces el otro deja el puro en el cenicero: todo indica que va a ganar tiempo.

Sabe usted muy bien, comienza ajustándose las gafas con los dedos (en este movimiento, Elías cree haberle percibido una mirada de reojo hacia el lugar donde estuvo o debió de estar Mena), sabe usted muy bien, dice el abogado, que en política las reglas son rigurosas. Hay canales propios, normas que observar. (La voz suena levemente alterada, tanto puede ser dirigida a él, jefe de brigada, como a un punto más distante en el que permaneciera ondeante la silueta de Mena). Un mínimo de prudencia, diablo. Usted lo sabe, o por lo menos debería saberlo. No se aborda a una persona en cualquier momento y lugar y mucho menos a un hombre público como yo. No es cosa de llegar aquí y largar la mano pidiendo cuartos.

Se levanta.

Elías Jefe se levanta también: Sí, pero a veces hay sorpresas.

Dijo esto y le clavó una mirada certera para ver el efecto. Y luego, como quien no quiere la cosa: Se me acaba de ocurrir una idea que no deja de tener su gracia.

El abogado: ¿Sí?

Elías Jefe, ya con la mano en la puerta: La amante del mayor, señor abogado. No sería raro que apareciera cualquier día por aquí.

El abogado lo despide con mano blanda: Amigo mío, sorpresas así no se las desea uno ni al peor enemigo.

Y se acabó la charla. Elías baja las escaleras.

De nuevo los peldaños desgastados y el gallinero del limpiabotas. Pero al darse de cara contra la calle se estremece: Llovía. ¿No estaba lloviendo? Sonríe para sí, sólo faltaba que ahora apareciera Mena parada en medio de la escalera, chorreando agua silenciosamente como una dama del lago.

Se queda en la puerta contemplando el tráfico, gente corriendo. De vez en cuando mira el friso de caballeros sentados en aquella tribuna del portal, cada uno con su zapato en el aire como si estuviera dando la bendición con el pie al limpiabotas arrodillado. Todos leen el periódico, no se quieren contemplar, por lo visto, en el espejo de la pared donde están escritos con jaboncillo los premios de la lotería y Muchas Gracias señores Clientes.

El aguacero es uno de estos chubascos de abril aguas mil que caen en pleno sol y a goterones. Lluvia alegre, capricho de poca duración para que lo cuenten los turistas. Mientras no escampa, Elías se exhibe en una mesa de la terraza del Suizo con un cortado y una tostadita, viendo pasar a los rateros. Mientras tanto, en el bolsillo lleva algo más urgente, un resguardo de casa de empeños que tiene que comprobar,

[«… la interrogada, tras salir del despacho del Dr. Gama e Sá, y siempre oculta bajo el mencionado disfraz, se

dirige al despacho de un prestamista de la Plaza da Figueira, número 118-F, entresuelo, donde dejó algunos objetos de uso personal. Tal decisión la tomó para compensar la escasa cuantía de 3.500 escudos que el abogado le había dado, por lo que a la salida del despacho rompió la carta que llevaba, y que hacía referencia a la misma cantidad. Interrogada sobre el tema de la carta, responde que recuerda que se refería a enlaces con militares ocultos bajo nombres cifrados que no identifica, a no ser el de Río Mayor o tal vez Río Grande, éste con empleo de coronel; que en la carta se aludía también a remesa de fondos, mapas geográficos y documentos falsificados, especialmente tres carnets de identidad, un pasaporte y un permiso de conducir, todo esto tenía que propocionarlo oportunamente el Dr. Gama e Sá, tras aviso por medio de una señal telefónica que habían combinado», *Autos]*.

vuelve hacia la Plaza da Figueira, la de los gitanos de todo el año, gitanos de camisa abierta barateando cortes de traje, gitanos ofreciendo relojes en el hueco de la mano, gitanas rodeadas de hijos cogidos de la falda, masas de gitanos; y abriéndose paso entre ellos, Elías da con el establecimiento del citado prestamista. Se acerca al fulano, ceniciento y sarmentoso, y le presenta la papeleta y la placa de la Judicial, para mayor diligencia.

El hombre tiene sobre los labios y la nariz puntitos de grasa negra, parece uno de esos pepinillos en vinagre que se ponen de entrante. ¿Sólo esto?, pregunta; y ni pestañea; luego va a rebuscar entre los objetos colgados: encendedor y pitillera de oro chapado, un alfiler antiguo con diamante, una cadenilla de oro, en total 10.087 escudos, descontado impuesto.

Elías coge la cadenilla, empieza a pasarla con los dedos y se la enrolla en la muñeca. Es una cadena delicada, en forma de pulsera, pero en una bella pierna de mujer vale como un compromiso público de pacto de cama. Tras el mostrador, el usurero observa el deslizarse de la cadenilla entre los dedos del policía, cómo se la ciñe a la muñeca, y la pasa por la palma de la mano, esa lentitud, ese voltear. Cómo la recorre toda ella con dos dedos y luego en la muñeca, y, mientras tanto, la uña mágica va perdiendo brillo y la mirada se va haciendo mortecina tras las gafas.

Cuatro

«En esta hora sombría de la vida nacional, nosotros, Oficiales de las Fuerzas Armadas, tomamos la decisión de, en defensa del honor de la Institución Militar, declarar al País:

»

2. Nuestro camarada, el mayor Luis Dantas Castro, estaba en posesión de la medalla del Mérito Militar, y en su hoja de servicios constan varias citaciones y recompensas. Era un oficial de acusado espíritu militar, valeroso y de elevadas condiciones para el mando.»
3. Educado en un ambiente católico, se afilió, siendo estudiante, al Centro Académico de la Democracia Cristiana. En las Fuerzas Armadas no manifestó preocupaciones políticas hasta que, indignado con la sumisión impuesta al Pueblo y al Ejército por el totalitarismo salazarista, participó, con docenas de camaradas y civiles, en un pronunciamiento militar, a consecuencia del cual fue preso y detenido en la Penitenciaría de Trafaria. Se comportó con valor y dignidad, denunciando las interferencias de la Pide en el proceso. Trasladado al Fuerte da Graça, en Elvas, logró evadirse en compañía de un alférez de Milicias, el arquitecto Renato Manuel Fontenova Sarmento.»
4. El cadáver del mayor Dantas Castro fue hallado "por casualidad" y en circunstancias misteriosas de las que la Prensa dio noticia en su día. La Nación tiene derecho a preguntar: *¿Quién lo mató, y por qué?»*
5. El mayor Dantas Castro se había evadido del Fuerte de Elvas para unirse a los camaradas que permanecían en libertad, con intención de reorganizar las fuerzas comprometidas en el abortado levantamiento. Con este propósito se puso en contacto con personalidades destacadas de las Fuerzas Armadas, y urge, en consecuencia, saber: *¿A quién interesaba la muerte del mayor?*»
6. Los asesinos enterraron el cadáver a poca profundidad, sin duda para facilitar su hallazgo. Eligieron una playa para hacer creer la versión de la fuga del mayor a París y su posterior regreso a Portugal, cuando lo cierto es que nuestro camarada no se ausentó del País. *¿A quién interesa que se divulgue esta explicación?*»
7. Nuestro camarada fue muerto porque era necesario eliminar a un combatiente sincero y valeroso, y porque interesaba, con este castigo, advertir a sus compañeros de lucha. *¿Quién lo mató?* La Nación sabe quién mata a los antisalazaristas, los militares que sirven al País tienen ahora una tarea: vengar la muerte de su camarada».

El texto lleva la firma «F. A. I. —Frente Armado Independiente». Y viene en fotocopia con un sello: PIDE, Policía Internacional y de Defensa del Estado— Departamento de Investigación. En la parte alta, alguien anotó con mayúsculas: *Documento A*. ¿El Director?

Documento B. Carta mecanografiada (original) dirigida al Director de la Policía Judicial, Lisboa:

«En este país sin prensa y sin libertad nadie da crédito a vuestras "perspicaces" investigaciones sobre el caso de la Playa del Mástil. Mientras la tenebrosa PIDE sigue cometiendo los crímenes más repugnantes, vuestra actividad no hace más que encubrirlos. Firmado: Un Portugués».

Documento C. Postal escrita con letras mayúsculas dirigida a la Policía Judicial, Lisboa, original:

«EL ASESINO DEL MAYOR ESTÁ EN LA CALLE ANTONIO MARÍA CARDOSO. ES DE LA PIDE».

Documento D. Fotocopia de un artículo del diario brasileño *Tribuna Popular*, pág. 2, del 13-2-1960. Tiene el sello P. I. D. E. —Archivo, y reproduce en primera página y a una columna el retrato del mayor Dantas C con sonrisa abierta y camisa de lana (la misma con que apareció asesinado):

«Río (Especial). —Círculos de la oposición radicados en Guanabara responsabilizan a la policía de Salazar del asesinato del mayor Dantas Castro, cuyo cadáver fue descubierto recientemente en una playa de los alrededores de Lisboa.

»Tras su espectacular evasión del presidio donde esperaba juicio, Dantas Castro se había domiciliado en Francia con objeto de activar la resistencia armada en su país. La versión oficial acusa a la amante de Dantas Castro y a dos compañeros de la víctima, atribuyendo el asesinato a disensiones intestinas. Los asesinos habrían actuado alarmados por el regreso clandestino del mayor a Portugal. Se cree que en el asesinato están comprometidos grupos de la oposición que rivalizan con el Movimiento dirigido por el mayor.

»No obstante, fuentes independientes y en general bien informadas aseguran que Dantas Castro fue muerto por la PIDE, policía especial de Salazar, en un encuentro preparado con falsos elementos revolucionarios. Hasta el momento no se ha encontrado la pista de la amante y de los dos compañeros. Personalidades contactadas por *Reportaje* admiten con la mayor reserva que éstos hayan actuado en connivencia con la policía, aunque, de ser así, el crimen haría ya mucho tiempo que estaba planeado.

»De momento, el caso presenta interpretaciones controvertidas en sus detalles, empezando por la evasión del mayor del Fuerte donde estaba recluido. Esta evasión fue saludada por la oposición como una sensacional victoria, aunque, por otra parte, beneficiaba también al Gobierno al impedir que el líder militar fuera llevado al tribunal e hiciera revelaciones comprometedoras sobre la corrupción e inestabilidad del Ejército salazarista. Éstos son los puntos de vista de algunos de los entrevistados, que nos han transmitido sus hipótesis al respecto. Su conclusión es que si la PIDE supervisó la fuga de Castro del presidio, es seguro que los dos militares que se evadieron con él actuaban ya entonces como agentes suyos. Y, lógicamente, serían también ellos quienes, tras la fuga, inducirían al mayor a trasladarse a París con el propósito de conocer a través de él las redes de enlace de la oposición exterior, que interesaba mucho a la policía…».

… Este *dossier* no hay por dónde cogerlo, resume el inspector Otero, empujándolo hacia un extremo de la mesa, sólo es basura y politiquería barata. Llamar documentos a eso, sólo se le ocurre a un cretino. ¿El Director?

Saca un cigarrillo, golpea un extremo contra la pitillera, los puños de la camisa aparecen muy dignos y almidonados. Encendedor radiante, Dupont de chasquido sonoro y llama pronta. Da dos largas y delicadas chupadas mirando de reojo el *dossier*: basura. Una colección de papeles venenosos, denuncias, rumores sin fundamento, letanías libertarias, excomuniones y otras acedumbres que los fanáticos de la trama política meten bajo las puertas de los que trabajan. Son estas hojitas las que envenenan al país; están impresas en mierda simpática y sólo se leen a contraluz. Y, encima, dejan hijuelas. El Director PJ, en el fondo del pasillo, puerta de enfrente, apenas le dejan hojas de ésas sobre la mesa, las ahuyenta hacia el despacho del resignado inspector a sus órdenes. Que es él, Otero. Brazo responsable de la Judicial, con licenciatura en leyes y poderes de firma.

Pero el Director Judicial Judiciaribus tampoco engaña ya a nadie. Todos saben, y comentan en voz baja, que es un moscardón de servicio completo (Gran-moscardón, si atendemos al grado y la patente. Un gran moscardón de vuelos varios, con escalas en la Pide, en la Censura, en los entresijos de la nación). Eso es cosa de Otero, se dirá. Pero el caso es que moscardones de tanto peso lo lían todo y engrosan el estercolero.

Otero va a la ventana; hace una mañana de sol, lo que no quiere decir que esté la mierda en reposo. Al contrario, el sol fermenta la podredumbre y multiplica las larvas, y cuando el ciudadano menos lo espera sólo sobrevive a base de ponerse de puntillas y con mierda hasta el bigote. Mierda subversiva, que es la más viscosa. Y nada de ondas, nada de ondas, para que no desborde: al menor gesto, al menor esbozo de protesta, la mierda política se mete en el cuerpo del desgraciado y, tras llenarlo hasta las entrañas, se seca rápidamente y se endurece transformándolo en estatua para los curiosos de la tortura.

Para el carro, murmura el inspector Otero para sus adentros. Para el carro.

A QUIEN INTERESABA PROLONGAR LA MUERTE DEL MAYOR

es ante todo a la Pide, es ella quien está en medio de este berenjenal de denuncias y maldiciones, y hará lo posible por quedarse al margen, pero sin dejar de azuzar a la Judicial con cartitas en secreto, fotocopias y panfletos, todo el estercolero. Entre tanto, Roque y *su equipo* andan por fronteras de España y arenal de Portugal en busca del cabo y del arquitecto, y suerte tendrán si no vienen cargados de plomo. Pero si vuelven enteros, como es de desear, y traen a punta de pistola a los dos saltabardales, no van a tener ni tiempo de dejarlos a los pies de la Judite, porque saltará la Pide y, con licencia, cargará con ellos para sus pagos. ¡Vaya si lo harán! Se llevará a Mena, al arquitecto, cargará con todo, como un barrido de feria.

El inspector Otero piensa: que se los lleve, que se los lleve, y buen provecho le hagan.

Quien se dé el trabajo de estudiar el Proceso Dantas C (Tribunal Comarcal de Cascais) comprobará sorprendido la casi total ausencia de la Pide a lo largo de los ocho volúmenes. El caso lo siguió de punta a punta, eso se ve; los moscardones anduvieron por allí, pero con el terciopelo de sus patas peludas, y sólo en

una u otra página clavaron su aguijón, pero entonces lo hicieron hasta la ceguera. Fuera de estos capítulos, que son raros, y cierto número de comunicaciones, avisos y otras menudencias, el cuerpo de la fábula fue alzado pieza por pieza por la mano sagaz del jefe Elías Santana y su uña mágica. Suyo es el método, y suya también la prosa (interrogaba y hacía de escribiente, tenía sus notas privadas, versiones para uso propio y versiones oficiales). Elías fue, en realidad, el cronista fiel y minucioso de los sucesos que tuvieron lugar en esta parte del mundo, e hizo de ellos relación para instrucción de la Justicia y misericordia de los creyentes.

En opinión de los periodistas más vinculados a la Policía Judicial, este hurón y amanuense del crimen es persona no explícita a los ojos de la Institución. Los inspectores se apoyan en su pericia de muchas muertes; tiene reglas muy personales, se dice, pero es corto de ambición, nadie sabe por qué. De ahí la discreta tolerancia que los superiores conceden a su independencia.

«Escucha al viento sin pasión, pero también sin temor. Busca sus huellas en el desierto más inhóspito, aquél donde no hay ni huevo de serpiente ni calavera de camello, ahí estarás en la senda de la verdad, y pronto se te abrirán las puertas del misterio» —palabras de Moisés según Elías, o garantizadas como tales—. Las tomó como un consejo llegado de los tiempos en que Dios resucitaba a los muertos para no dar trabajo a la policía (comentario de Elías Jefe, en su propio estilo) y en sus primeros años de investigador tuvo siempre la cita muy a la vista, bajo la cobertura de cristal de su mesa de despacho. Parece que la advertencia profética le llegó siendo niño en el Colegio de Santiago Apóstol, por boca del profesor de Historia, capellán de la Armada, y que apareció ante él muchos años más tarde olvidada en un cuaderno de la infancia. Copiándolo en caracteres de la Judicial y en el auténtico teclado de los atestados, hizo de esta cita regla de oro del agente que se precia.

Escucha al viento sin pasión… Todos los policías tienen su leyenda, y cada «hombre de la Casa» acaba siendo conocido al cabo de los años por una imagen curiosa o, dispensando, por un lugar común del mundo del crimen. El jefe Elías Santana será Fosas, y ésa es la definición que circula de él en la Judicial y archipiélagos adyacentes. Pero si en su alma desierta no hay, como suele decirse, sino voces de difunto e imágenes del pasado indescifrado, también en el sueño aparente en que se mueve no hay más que vigilancia y lectura, una lectura segunda de lo que le cuentan y de lo que ve. Savater, ministro del Tribunal de La Rota, escribió (*Memorias*, tomo II, Zaragoza, 1907) que «*por mucho que se intente despreciar a los mitos personales que personifican al buen investigador, hay que aceptar que tampoco existe exageración sin verdad ni fama sin razón*». Y es éste el caso. La opacidad y el desencanto con que Elías se reviste son su capa de inquisidor, y con ella hace frente a las figuras del crimen, «sin pasión y también sin temor». En su actuación en el caso Dantas C están bien probados ese aire apagado con que sabe inmovilizarse al acecho de la presa y la sorprendente brusquedad con que después descarga el golpe.

Al correr de las hojas del proceso, ningún magistrado podrá permanecer indiferente ante la laboriosa precisión de Elías Santana en la trama de las investigaciones. Con todo, una atenta relectura de los autos y un análisis de las fechas y las confesiones de Mena llevan a concluir que EL JEFE DE BRIGADA ESTABA EN POSESIÓN DE TODA LA VERDAD DESDE LOS PRIMEROS DÍAS.

Y lo estaba. Sólo lo negará quien no quiera verlo. Tras las primeras declaraciones de Mena, se interrumpen las diligencias («debido a lo adelantado de la hora esta diligencia se interrumpe, y será proseguida oportunamente») y, luego, se van espaciando las fechas, de modo que la materia criminal queda más escalonada, repartida.

Siendo así, ¿a quién interesaba prolongar la muerte del mayor?

El agente Silvino Roque (el mismo que acompañó a Otero en la detención de Mena) admite que ésta ya en el segundo interrogatorio confesó plenamente. Asistió a la ofensiva inicial de Elías Santana, no vio más, pero se dio cuenta de que todo iba a ser rápido. Comprende, también es verdad, que el jefe, tras apurar su cuenta de maleficios, tenía que trabajar a la detenida *de ocultis* y por lo fino, lo que se justificaba dado el natural denuedo de la policía en materia tan caprichosa. Le interesaba que Mena saliera de allí debidamente trabajada y por escrito, y, muy naturalmente, quiso ir más lejos, Dios sabe a dónde. Como dijo el agente Roque, en este sentido nadie puede adelantar gran cosa: habitualmente Elías interrogaba a solas y, por lo general, fuera de las horas de servicio.

Hoy, 1982, vemos claramente a Elías Santana como un policía que, dueño al fin de toda la verdad, se entretiene en deambular por los márgenes en busca de otras luces y otras reverberaciones. ¿Qué es lo que busca? ¿Una faz contradictoria en la confesión? ¿Aplazar la verdadera muerte del mayor mientras no aparecen los fugitivos? El inspector Otero dice: Nunca conoceremos el material que Elías Santana tenía en su poder. Se sabe sólo que fue reuniendo de manera paciente notas y fotografías en el llamado baúl de los residuos, y que este material lo guardaba para sí muy celosamente. Hasta el momento de cerrar el proceso (fecha de captura del cabo y del arquitecto, se desprende de los autos) el jefe de la brigada no dejó de rebuscar por cuenta propia y de ir amontonando datos. Baúl de los residuos, menudencias que muestran el tempero del crimen. Sería con estos papelorios con lo que —preveía Otero— iba preparándose Elías para amontonar veinte misales de autos y confesiones para el entierro, podríamos decir, de Mena y sus dos compadres, con todo el ceremonial y matadores.

Pero cuando llegó al fin el proceso y lo vio en cuatro volúmenes de a cuarta, el inspector empezó a entender lo que pasaba. Estaba allí el peso de una información bien fundamentada. Pero resumida. Era densa y concisa, sin una repetición que no fuese intencionada, e impecable en su metodología, en su articulación a toda prueba. Para llegar a aquel remate había tenido que dejar fuera mucho material, y qué especie de material, se preguntaba el inspector. ¿Tendría el Fosas en su casa un segundo proceso de Mena y lo guardaba quizá para sí?

A eso, sólo el lagarto Lizardo sería capaz de responder.

Memento mori

Ese que veis ahí, hermanos, quizá con una calavera a sus pies (Elías no lo distingue bien), devora el pan de los muertos junto al sepulcro que lo ha de devorar a él un día. Está apoyado en el azadón, se alimenta y medita. A su sombra y a la de los cipreses duermen las almas sufridoras en su escritura de mármol y sus firmas de cruces, y es éste el campo eterno de los humanos, y cómo ha crecido, Señor. Cementerio, jardín de lápidas. Crece y se multiplica a cada hora ante el enterrador fatigado que come el triste mendrugo de la mañana, él es el pastor que cuenta su rebaño de piedra tendido al sol por la colina, su vista sólo se detiene en la línea del río, allá lejos.

Elías está sentado en una silla plegable, en el umbral del panteón de la familia, con el termo del café con leche a los pies. Limpió ya el polvo de los nichos y los adornó de nuevo con blancos manteles de encaje, volviendo a colocar en cada uno, añorados padres, añorada hermana, la respectiva fotografía. Barrió el suelo con la escobilla, quitó el polvo, cambió de lugar las flores. Ahora, mientras lee el *Diario de Noticias* de este domingo, 17 de abril, en la paz de una callejuela de nichos, echa una mirada al enterrador: está en medio de una cuesta sembrada de cruces por donde vagabundean visitantes solitarios, y en el horizonte se ve el Tajo convertido en mar de escamas de plata.

¿Por qué razón los cementerios han de estar siempre en lugares altos, desdeñosos para con los mortales? Elías lo atribuye a una regla antigua: miedo a la peste. Vapores y carroña de difuntos sólo los purifica el suelo santo de las iglesias. O los vientos. Los vientos de allá arriba se lo llevan todo.

Anda una mariposa por ahí, otra más lejos, primavera de tumbas. Elías sigue esos relumbres de lentejuelas.

Pero volviendo al sepulturero.

Volviendo al sepulturero. Elías alarga la vista por toda aquella vertiente que es como un tendedero de cadáveres cubiertos con una sábana de tierra. Camposanto le llaman, campo raso y florecillas. Pero a medida que se va subiendo la cuesta se acaba la muerte rasa y empieza la ciudad de los mausoleos: hileras de cipreses y obeliscos, vitrales solemnes, portones guardados por angelotes de piedra. En los hastiales barrocos están grabados nombres de familia y las iniciales R. I. P., los mismos nombres y las mismas iniciales que vinieron ya en el *Diario de Noticias*, página de las esquelas (que es otra sábana de muertos, esa página: columnas y columnas de cruces de arriba abajo); y hay frases del periódico que se repiten en el mármol de los sepulcros o viceversa, el eterno descanso de los que se han ido y el recuerdo de los que quedaron; y retratos que son iguales en la noticia de las *Necrológicas* y en la moldura piadosa expuesta encima de los restos mortales.

A la puerta de este o aquel panteón se amontonan crisantemos podres, allá dentro andan señoras con velos por los hombros en un ajetreo doméstico. Elías conoce a las de los muertos vecinos, pero ni buenos días ni cómo está usted, cuando va allí es para estar tranquilo, para recoger su espíritu. Las ve llegar y hablar bajo y con voz de luto ante la puerta de sus difuntos, pero él permanece allí, indiferente, sentado en su sillita de lona.

En esto está cuando aparece una perra por lo alto de la callejuela, seguida por una turba de canes ladradores. Una cachorrilla minúscula, evidentemente en celo, que se acerca con un trote torpón, indeciso. Tras ella, la jauría se encrespa, hierve a dentelladas, y más atrás aparece aún un perdiguero cojo de baba colgante. Y la cachorrilla, *tréquele-tréquele*, sigue avanzando, un poco al azar, como de mala gana. Descansa un rato, se sienta. El cortejo de canes forma corro a su alrededor. Es un jadeo de lenguas colgantes, a la espera. Algunos acechan su paso entre las tumbas, otros acercan el hocico a las posaderas de la perra, para hacerla levantarse y probar suerte; a falta de algo mejor, los perseguidores desalentados montan sobre el cofrade más a mano e intentan gobernarse como pueden. El perdiguero observa a distancia, rascándose la barriga con la pata coja, lleno de convicción.

Elías busca una piedra. Aún vuela en el aire y se oyen ya los gemidos de toda la pandilla, a la carrera cementerio abajo, patas para qué os quiero. Elías vuelve al *Diario de Noticias*.

Pero este periódico, dicho sea de paso, cada día se parece más a una hoja mortuoria, paz a su alma. Correo de muertos. Ya no es sólo la página de cruces, de misas del séptimo día, *Agencia Magno Funeraria*, y sus muchachos de ceremonial, es la velada en honor del Soldado Desconocido, es LA REVUELTA EN LA INDIA, y el naufragio en Goa, eterna saudade, es el PRESIDENTE THOMAZ, otro muerto. Un cementerio impreso, pura y simplemente un cementerio tipográfico todo aquello. Y el Thomaz en una foto a dos columnas parece un pene

decrépito vestido de almirante. Y está páginas después lo de Chessman, el Chessman de la silla eléctrica, últimos párrafos; y otro terremoto anunciado para Agadir, a ver si cumplen los sismólogos; y accidentes en la carretera, que San Cristóbal no puede estar en todas partes; hasta la foto de un CON-GRIO CALIENTE PESCADO en sesimbra tiene la escenografía de una fiesta macabra: la presa colgando de un gancho, cortada a hachazos, y una fila de curiosos midiéndose con ella para la foto. *Memento Mori*. El director del Colegio de Santiago Apóstol, cuando recordaba a un muerto, empezaba siempre con *Memento Mori*, y Elías y los otros chiquillos de catón y delantal completaban el coro: *Pulvis-est* (pausa). *Et-in-gloria-tran-sit* (amén).

Ahora la perrilla encelada vagabundea por los desmontes con toda la pandilla tras ella. El sepulturero mira desde lo alto, apoyado en el azadón. No se ven más que colas como comas moviéndose entre tumbas y crucifijos de piedra, y hay una polvareda de mariposas luciendo estremecida al sol.

Elías recuerda que una vez vio a un congrio que comía de la mano del cuidador en el Acuario Vasco de Gama. Era enorme, pero no se podía comparar siquiera con el gigante del *Diario de Noticias*. Una serpiente violácea abocando tajadas de pescado, y, mientras las tragaba, el cuidador del acuario contó que eran animales de hambres insaciables, especialmente teniendo en cuenta que son sedentarios, y que a veces acaban cayendo en las garras del bogavante, animal laborioso y dotado de tenebrosa memoria. Contó que el bogavante sirve al congrio que habita en guaridas sumergidas y que explota su gula, y le lleva comida a todas horas; durante semanas y aun meses la existencia del bogavante permanece unida a esa serpiente estúpida de pesadilla; la vigila, y, viéndola engordar, sigue alimentándola hasta saber que la tiene prisionera, hinchada de más para poder salir por la boca de su guarida. Entonces, continuó el cuidador, el bogavante aparece por última vez en la boca de la covacha, pero no lleva ya comida, lleva las garras por delante, y las clava en el gran monstruo al que durante tanto tiempo estuvo alimentando.

Alboroto al otro lado del cementerio. El sepulturero, enarbolando un balde, corre tras los perros. Les ha tirado cal a los ojos, y los animales corren aterrorizados, gimiendo. Algunos pasan junto a Elías como locos. Corren y arrastran los hocicos y la lengua por el suelo.

ELÍAS, TARDE Y NOCHE

Elías va a pasar el día en casa. Cena, luego cine, pero hasta entonces tiene la ventana: alegría activa en el Tajo, paseos en Ginjal, gatos de tejado y una radio transmitiendo un partido de fútbol; un vecino en pijama dando de comer a las palomas. Tiene a su reptil: Lagarto Lizardo, quién te pintó. Tiene, al fin, un sobre grande y engomado, llamado el Baúl de los Residuos: mete allí la mano y saca cosas muy curiosas. Relatos, notas, fotos; hasta poemas.

«*Oye las cigüeñas / oye su pico, que late intermitente…*». Son odas de Mena, caligrafía amplia con los puntitos de las íes en pequeños círculos, donde se habla de cigüeñas como en esfera de madera y de la Autora aproximándose al sueño redondo de Alguien para penetrar en él, en el sueño y en el cuerpo de ese alguien, se entiende. Hay otros escritos, más poemas, pero éstos sin rima de cama: apuntes y trozos de testimonios. Fotos, también. Dos al menos, la de la muchacha en la piscina con guardia de honor de pavos reales y la de los dos cazadores en el río de los hipopótamos. Y más cosas, muchas más. Una postal con la diosa de la fecundidad, indios del Perú. Otra remitida desde Taormina, Italia, donde alguien que no firma escribe con mayúsculas: «No hay hombres impotentes, hay mujeres incompetentes» (la postal debe de haber estado clavada mucho tiempo en una pared, porque tiene los cantos perforados y con sombra de herrumbre de las chinchetas). Un pase de Twenties Cocktail Bar. Un programa del Teatro San Carlos, con un número de teléfono circundado tres veces con un trazo de lápiz. Todo residuos del piso de la Estrada da Luz. Nada que se cite en el proceso, ni los papeles, ni los retratos, ni esa página (fotocopiada) de una revista que apareció dentro de una carta del Hotel Ariston Palace, Barcelona. Pero eso de la página de la revista (*Erotika*, se llama) exige ya otra lectura y otro talante, tiene una nota del mayor que va a dar mucho juego todavía. *Andante, andante*, dice Elías. Ya llegaremos.

Breve descripción de un paisaje:

La luz viene en vertical, opaca (humedad muy intensa) y monótona, distribuida por igual desde el cielo sin nubes hasta las aguas del río donde se bañan los hipopótamos. Aguas cenagosas, desde luego (no hay reflejos visibles). Hora probable: medio día solar (nula proyección de sombras). En el horizonte, alto, el río se confunde con el cielo. Las aguas fluyen de izquierda a derecha de la foto, a juzgar por la disposición de una barca anclada a poca profundidad. Vistos con lupa, los hipopótamos presentan hocicos que parecen de caricaturas. Hay bandadas de minúsculos pajarillos revoloteando sobre ellos.

Más hacia acá, está la orilla verde de hierba, con manchas distantes que vistas con lupa parecen cenagales. Sentados en un tronco rastrero se ve a dos cazadores, uno de sombrero colonial, otro de gorro militar con

camuflaje de campaña. El primero lleva gafas de sol y barbita corta entrecana, mientras que el bigote es de un negro retinto. El otro afirma el rostro cenceño a contraluz; la mirada revela cierta ironía; fuma; tiene unos prismáticos contra el pecho. Ambos sostienen un vaso que parece ser de güisqui a juzgar por la botella que está en el suelo y que tiene la línea panzuda inconfundible del scotch Dimple. Miran en la misma dirección.

Del paisaje forman parte algunos negros descalzos y con la camisa fuera de los calzones. Son seis en total. Están de pie tras los cazadores y sonríen para la foto. Uno de ellos levanta muy alto una carabina en cada mano, sostenidas por el cañón.

Esta divergencia de direcciones en la mirada —la de los nativos y la de los viajeros— demuestra que el conjunto humano se sitúa en el paisaje en dos grupos con propósitos distintos. Los dos cazadores se afirman en una actitud de forasteros, interesados por los hipopótamos y por el conjunto natural; los nativos dirigen su atención a la cámara, procurando registrar su propia presencia humana. Para unos, lo exótico está en el paisaje; para otros, en la máquina.

Límites: El paisaje se cierra a la derecha con dos árboles majestuosos que ocultan el horizonte del río, y a la izquierda se corta bruscamente en el desarrollo de los ribazos de hierba. Fotografía en blanco y negro, 18 X 24, tomada con un ángulo de 45 grados con relación al eje del río.

Detrás, escrito: *Hoz del Save. Mozambique, 10-2-54*.

(Procedencia del documento: Viuda del mayor Dantas Castro, foto cedida a título de consulta a la PJ.).

María Norah Bastos d'Almeida, profesora de segunda enseñanza:

Empieza declarando que le parece repugnante toda la especulación realizada en torno a un caso personal que ni siquiera fue examinado a fondo. En cuanto a los periodistas, lo menos que puede decir es que son siniestros. Sí, siniestros. Repelentes. Tanto jaleo en torno de la muchacha, ¿por qué? ¿Porque se fue a la cama con un casado? ¿Y sus madres (las de los periodistas) con quién se han acostado? Son siniestros. Una pandilla de frustrados que hasta en la cama tienen miedo de la censura, y ella, como declarante, no ve qué hay de mal en hablar de la censura, si hasta los propios periódicos ponen «Visado por la Comisión de Censura». Lo que le fastidia más no es el que esos tipos hagan periodismo sensacionalista, desgraciadillos, de algo han de comer, lo que le fastidia es que se den tanta maña en arrear palos a la pobre gente pero se achantan como perros cuando alguien les alza el palo. Pero la verdad es que no son sólo ellos los que andan haciendo la puñeta a la gente, aquí lo que más hay son moralistas, tíos dispuestos a echarle el sermón al lucero del alba. ¡Si lo sabrá ella! Hasta da asco, tanto tío predicando moral por esta tierra. Habría que pasteurizar el país con mierda de punta a punta, como ya decía Mena a su amiga. Sí, sí: ponga mierda. Mierda es un sustantivo como cualquier otro. Un sustantivo común, común a todos los animales, menos a los ángeles. ¡Dios! ¡Y qué harta estoy de esta historia! Mire: es que ya me da náuseas. Hablar de Mena, ¿para qué? Sí, anduvieron juntas desde chiquillas, fueron juntas a la escuela, ¿qué importa eso? Lo importante es que es una chica dura, sin miedo.

Póngalo, póngalo: sin miedo. Una chica que carga con lo que ha hecho y no lo que esos mierdas quieren dar a entender. ¿Una imbécil, Mena? ¡Para partirse de risa! ¡Imbéciles serán las madres que los parieron! Ésas sí que son imbéciles. Ya verá además cómo Mena aguanta. Se ha metido en un lío como para que se cague cualquiera. La metieron, quiero decir, y no hay quien le eche una mano. Pero Mena es dura, Norah lo sabe. La conozco. Fuimos juntas al instituto, en Lourenço Marques, y luego en Lisboa, porque su madre murió alcoholizada en un hospital de Rodesia, y hubo complicaciones. O en Johannesburgo, no sé. Muerte por cirrosis o algo así. Mejor, claro, porque por lo visto la mujer era de alivio, le hacía la vida imposible a cualquiera, menos al marido, que ése no era tonto y sabía arreglárselas. No se entiende que los periódicos no hablen de esto, de aquella madrecita castradora que es un tema predilecto de esos moralistas de vía estrecha. Por lo que sabe la declarante dos de los tíos más sórdidos del diario católico A *Voz* sacarían tajada del caso, y habría que verlos luego, predicando contra la disgregación de la familia cristiana con las chicas del Muelle de Sodré, que es adonde van a consolarse después de rezar el Te Deum con el director. Pero nada de esto le sorprende, declara. Este sistema de salir de apuros es anormal aquí, porque los portugueses son gente de alivio fácil y se contentan con eso. Ella, francamente, lo único que desearía era preguntarles a ésos y a otros *comemierda* que andan metiendo las narices en la vida de Mena y revolviendo en este asunto macabro: Oye, tío, ¿tan necesitado estás que tienes que inventarte una mujer?

Declaraciones de Francisco Ataíde, ingeniero:

Ante todo, quiere dejar muy claro que comparece ante la policía por propia iniciativa y sólo para esclarecer la situación de su hija, Filomena Joana. Como demuestra exhibiendo el pasaporte, ha llegado esta misma mañana de Johannesburgo, donde estaba en viaje de negocios. Las informaciones de que dispone se reducen a las noticias publicadas por los periódicos, y sólo llegaron a su conocimiento el día anterior por medio de una llamada telefónica del secretario de la embajada de Portugal en África del Sur. Sobre las sospechas que recaen sobre su hija, las considera, evidentemente, precipitadas y pura especulación, pero

afirma estar a disposición de la policía para establecer la total e imparcial verdad de los hechos. Sólo entonces, y de eso está seguro, se presentará su hija a las autoridades. Espera que, llegado el caso, le sean debidamente garantizados los derechos reconocidos por la ley. Exige la entrega de todas las pertenencias aprehendidas y el levantamiento de los sellos del piso de la Estrada da Luz. Hasta entonces no le parece conveniente adelantar cualquier tipo de esclarecimiento sobre sus relaciones con el fallecido mayor, a quien, efectivamente, había conocido en las aulas de la Academia Militar, pero con quien, a partir de la época de sus estudios, sólo tuvo ocasionales y distantes contactos. La fotografía que le fue presentada para identificación corresponde exactamente a uno de esos encuentros. Cree que debió de ser por enero o febrero de mil novecientos cincuenta y cuatro, y se la hicieron con ocasión de una cacería en el Valle del Save, en Mozambique, un poco al norte de la reserva de hipopótamos.

Como en las otras sesiones de revisión de residuos, Elías deja para el final el retrato de Mena con Fondo de Pavos Reales. Lo contempla sentado en la mesa, teniendo a mano izquierda al lagarto Lizardo en su desierto encristalado y, enfrente, la noche en ventana hacia el infinito.

Mira la foto insistentemente y en silencio. Con la gravedad con que, de niño, miraba la imagen (en negativo) de la Santa de los Cuatro Puntitos que una vieja criada llevaba en el bolso del delantal,

DEVOCIÓN DE LA HERMANA MARÍA
DEL DIVINO CORAZÓN

Mire atentamente los 4 puntos que se ven en la imagen, y cuente hasta 20 sin desviar la mirada, ante una pared blanca.

Cierre los ojos y ábralos inmediatamente.

Verá aparecer en la pared la Milagrosa Hermana María del Sagrado Corazón, Esclava del Señor.

(Prohibida la reproducción).

Acercando la foto a la sombra parece como si el cuerpo de Mena se pusiera en movimiento. El pelo se hace menos oscuro en contraste con la piel (resulta platinado, una peluca de color ceniza) y el biquini es poco más que una mancha; se adivinan senos curvos, terminados en gota de miel, y la masa negra del pubis entre los muslos. Cabello platinado y pubis negro: qué maravilla. Mena es una extensión de belleza con un discreto trazo de oro como firma en una de las extremidades —la cadenilla del tobillo que Elías tuvo en sus propias manos en su visita al prestamista ceniciento—. Ésa, la cadenilla, sigue en poder del usurero desde aquella mañana lluviosa en que Mena se la llevó. Pero entonces era invierno, invierno cerrado, y la Plaza da Figueira barrida por el agua era una plaza abarrotada de gitanos que se recogían corriendo en los portales. Gitanos con pinta de contrabandistas que habían ido a los saldos de las tiendas próximas y cargaban cortes de traje llevando tras ellos a mujeres e hijos en tropel. Mena pasó entre ellos y las maldiciones que lanzaban contra aquel tiempo que perturbaba su holganza de nómadas. Al llegar al altillo de la tienda ni vaciló ni discutió. Se inclinó y se llevó la punta de los dedos al tobillo marcado: Adiós, ajorca de oro; adiós, voto de alcoba, regreso a mi natural.

Al natural de Mena, pensaba Elías. A la verdad de aquel cuerpo sobre un fondo de pavos reales. Sin la rúbrica de oro, la piel desnuda, Mena en rigor total. Pero Elías tampoco ignora que eso fue lo que la fastidió cuando cierto día se vio tendida y desnuda en un confuso escenario de vigas y sábanas por el aire.

[La interrogada había dormido sola aquella noche en el desván, pues en el dormitorio no podía conciliar el sueño con las entradas y salidas del mayor. La agitación de éste tenía algo que ver con una discusión con el arquitecto, discusión que, por lo visto, duró hasta la madrugada. La interrogada desconoce el tema o temas debatidos entre los dos, por haber ocurrido todo, como antes declaró, en la sala de estar y en voz baja, hallándose ella en la cama. Confirma, no obstante, haber oído al mayor pronunciar palabras como «porquería de lista», o más exactamente «mierda de lista», en una de las ocasiones en que subió al cuarto para buscar en el cajón de la cómoda entre los documentos que tenía guardados bajo llave. Añade que está convencida de que el mayor se refería a la lista de los estudiantes y amigos del arquitecto que éste pretendía que fueran

incorporados al Movimiento. Confirma lo ya declarado con relación al mapa militar, cuya procedencia efectivamente desconoce. Aclara que el mayor, en las sucesivas subidas al cuarto, iba mostrándose cada vez más irritado. Que daba muestras de contrariedad al verla despierta, quizá temiendo que hubiera podido oír algo. Que tal suposición carecía de fundamento por las razones apuntadas, pero, pese a todo, el mayor le dijo que se levantara y se fuera a dormir al desván, diciendo que «si no, vamos a estar fastidiándote hasta la mañana». *Autos]*.

Y, por la mañana, Dantas C, barba de púas y los ojos en llamas, sin afeitar, entró como un huracán directamente hasta el jergón de Mena y, tirando de las sábanas bruscamente, indicó el tobillo sin ajorca.

«¿Y ahora qué?».

El cuerpo desnudo. El cuerpo que Elías contempla (y completa) en la fotografía de la piscina pero desnudo y por entero. Y el rostro era el mismo que se sobreponía a la luz y al paisaje, pavos reales, fotógrafo, mundo; sólo que estaba blanco como la pared entonces, y yacía en un jergón entre un voltear de sábanas.

«¿La cadenilla?».

La frialdad con que el mayor lo preparó todo es lo que más admira a Elías. Tanto tiempo callado, tanto tiempo sabiendo que Mena no tenía ya la cadenilla, viéndola con pantalones, siempre con pantalones, sin reparar en las precauciones de la chica al desnudarse, y callar, no decir nada, para caerle encima, triunfal, cuando ella menos lo esperara:

«La has vendido. Has querido soltarte de mí, puta de mierda».

Mena a merced de él, transida; la boca del hombre contorciéndose entre las vigas que subían hacia el techo.

«Soltarte de mí, ¿eh? Querías traicionarme, ¿verdad?». Le arreó una patada al cenicero. «¿Sabes qué significa traicionar a un hombre, puta de mierda?».

Se le ocurrió una idea. Salió a grandes zancadas. No tardó nada, volvió con un cubo de agua y una escoba. Pero tropezó con Mena, levantada ya, en bata, y soltó un grito:

«¡Desnuda, puta!».

La desnudó a viva fuerza. Tras la bata, arrancó mantas, sábanas, todo a lo lejos, todo al pasillo. Luego se quedó en la puerta, con los ojos cerrados, dominándose. «Traicionarme a mí esta puta». Jadeaba.

Mena, de pie, envuelta en sus brazos. No era frío lo que sentía, era la desnudez como impotencia final; desde la puerta del cuarto, Dantas C la medía como si ella fuera un espectáculo miserable.

«Traicionarme». (Tono frío, susurrado; hablando con otro alguien). «Y seguro que desde hace mucho tiempo. ¡Sabe Dios cuánto tiempo lleva traicionándome este pingo! ¡Sabe Dios hasta dónde me habrá traicionado! ¡Sabe Dios!». (Aumentó el tono de voz). «¡Y con qué fines! Y no tiene una explicación la maldita puta… Ni una disculpa. Nada. Orgullo de puta, ¿eh? Tu orgullo de putita, ¿no? Calla. Mejor que no hables, mejor que no sigas mintiendo. ¡Ten al menos ese resto de vergüenza! ¡Cállate!».

Pero Mena ni siquiera intentaba hablar, no podía, se sentía seca y vacía por dentro. Se volvió hacia la ventana: desnuda tras la ventana, ¿fue entonces cuando el albañil la vio? —Pero, no; entonces no tuvo tiempo, porque fue como si el mayor le hubiera escupido a la cara. Se lanzó sobre Mena y la hocicó contra el cubo—.

«¡A fregar el suelo! ¡Rápido!».

Un momento de espera. Él y ella recortados en silencio. Ni un gesto, ni respirar. Después, el estruendo de la puerta. La vuelta de la llave en la cerradura, la casa estremecida, con el mayor como loco escaleras abajo. Y después, calma. Una luz muy exacta de sol de invierno (la única mañana de sol de aquel lamentable invierno) avivando las aristas y la tosquedad del cuarto, ahí está la Mata Hari que los periódicos inventaron, esos charlatanes, dice Elías dirigiéndose al lagarto Lizardo. Ella se le aparecerá al albañil a mediodía, si es que el individuo ese no miente. Aparece completamente desnuda. Y exactamente al mediodía solar, con el cénit, que es la hora en que los albañiles se hacen su paja campestre. ¿Quién nos dice que en medio de estos árboles de la fotografía no hay otro mirón escondido? Elías habló en voz alta, a veces ni siquiera sabe que está hablando, pero, pasado un instante, le llega el eco. Ocurre esto cuando las palabras se habitúan a estar entre paredes y andan sueltas, y muy especialmente cuando se vive solo con un lagarto como Lizardo, que es una criatura de silencios barrocos. Lizardo tiene el privilegio de aceptar y devolver a su amo todo lo que él dice, y en esos momentos Elías se siente como realmente es: un hombre que se oye de memoria sorprendido.

Limpieza general de la jaula del reptil y nueva ración de insectos. La orina blanquecina y pastosa empieza a ser menos espesa con la amenaza de los calores; hay que recubrirla. Sigue el rancho, que ha de ser vivo y bien a la vista, dado lo escrupuloso del animal. Elías dispone de un proveedor de confianza en la persona servicial del dueño de la frutería del barrio; tras la última rebusca entre la podredumbre le trajo provisiones para una semana, y en el futuro le ha de traer más aún, si esta ciudad mora tiene los calores que merece. Calor, calor. Lizardo no hace más que soñar con el calor.

Luego, la cena del propietario. Elías se la prepara en dos tiempos en la cocina: harina de maíz con rodajas de plátano y té Número-Cinco (de tomillo y semillas surtidas, Herboristería del Intendente).

Cine en Odeón.

Las doce y media de la noche. A la salida del Odeón ve un Volkswagen de la PSP a la puerta del *cabaret* Arcadia para dejar al capitán Maia Loureiro, de abrigo de pelo de camello. Loureiro va y viene todo el día por la ciudad dirigiendo el tráfico con cara de mal bicho, y de noche se esconde en las putas aún con peor cara. Más de madrugada llegarán los condes Tropelías, y habrá champán hasta que llegue el rey don Sebastián en su caballo marroquí. *Andante, andante*, que un jefe de brigada se contenta con su té, que no va nada mal, que lo calma a uno.

El té en la cervecería Ribadouro: Esto no es una cervecería, es una bahía de hollejos de altramuces con jarras a la deriva, chulos del Parque Mayer matando el aburrimiento ante un buen centollo, taxistas combinando su timba en un casino clandestino por el barrio de Arroyos o hacia Campolide, que son bancas de entendidos, donde la policía hace la vista gorda. Un chulillo de coristas echando bocanadas de humo a distancia mientras espera. Doña Lurdes, comadrona-abortista. Maestros de obras regoldando ruidosos. Oh, señores.

Entre tanta mugre, un té y una buena tostada siempre caen bien. Indispensable tras un tecnicolor imperial, con zares y balalaikas y rasputines barbudos. Primeros tragos con el pan empapado. Dos o tres fragmentos del vals de Chaikovski recordados entre dientes.

Mediada la tostada, llega el pintor Arnaldo, que anda cumpliendo la penitencia de novio de la esfinge sirviendo poemas sociales a domicilio. El que faltaba. Ni entra siquiera: Desde su altura, guante y carnet en mano, declama sus versos desde la puerta, y da la vuelta y se va. La mesa de los maestros de obras mira alrededor a ver si lo entienden; por si acaso, pide otras langostas.

Elías siente que el sueño le va empañando los cristales de las gafas. Echa el cierre, vuelve a abrir los ojos, un minuto más, y comprueba que le queda aún batería para unas horas de insomnio, policía de noches. Ahora, resignada la pestaña, orienta las antenas hacia unos practicantes de las artes y de las noches que andan incubando literatura de sobaco con un aire lleno de gravedad. Se sientan en un rincón, con su libro bajo el ala, en compañía de unas mocitas universitarias que (es la uña de Elías la que se lo advierte) navegan convenientemente artilladas con cartucheras de píldoras. El jefe de brigada recorre el grupo con la mira opaca del somnoliento, señal de que lo está observando todo con minucia. Le interesa una figura, sólo una, la muchacha alta que fuma en boquilla, medio oculta: ¿la amiga de Mena?

Mientras confirma y no confirma corazonada, sopla en sordina el vals de Chaikovski con el que el zar embaucaba a las *natachas* del filme del Odeón. Olor a malta y a fermentación, la espuma creciendo. Altramuces para dar y tirar entre las cañas. Hay un hervidero de patas de mariscos en la línea de la barra que Elías recorre con los ojos para llegar a la mesa del personaje. Que es precisamente ella, la amiga de Mena, la reconoce al fin viéndola levantarse para ir a los lavabos. Norah d'Almeida, la que hizo aquellas declaraciones como si la emprendiera a mandobles.

Crece la espuma, crece la espuma; como dice el otro, aquí en el Ribadouro por cada cerveza que se embroca se mean dos, y queda aún otra para un regüeldo. Seguro. Pero, añade Elías, esta universidad de los altramuces parece el valle del Juicio Final.

A las tres de la mañana, con el cuerpo al catre.

Relectura en diagonal de *El lobo de mar*. «Somos ya todos hombres muertos», dice uno de los subrayados del cabo Barroca.

Memento Mori, como decía el cura, remata Elías cerrando el libro. Apaga la luz.

Cinco

Inesperadamente (dice el *Diario da Manhã*. El Caso de la Playa del Mástil, 3.ª página, *VISITA A LA MANSIÓN DEL CRIMEN*), la Judicial volvió a desplazarse a la Casa de la Vereda, acompañada esta vez por peritos en detección de minas y explosivos y por el comandante de la Policía Militar. Fuentes no oficiales atribuyen esta operación a informaciones que habrían llegado recientemente a conocimiento de las autoridades y que por su importancia podrían desviar el rumbo de las investigaciones. Mientras tanto, circula con insistencia el rumor de que la policía está desde hace tiempo en posesión de un diario del fallecido mayor.

Elías Jefe, volviéndose hacia el periodista que toma notas: Diario es demasiado. Hay un cuaderno vulgarísimo. Eso es lo que hay.

El periodista que toma notas: ¡Ah! ¿Sí?

Elías Jefe: Un cuaderno con la indicación *Instrucciones*, si es que eso tiene algún interés para su noticia.

El periodista: ¿Son notas personales?

Elías Jefe: ¿Lo del cuaderno? No lo sé. Pregúntele al inspector.

Están al sol en la terraza, frente a la casa. El jefe de brigada parece poco interesado por la cuestión, balancea por el asa una cartera de piel. Lleva una flor silvestre en la solapa.

El periodista: ¿Dónde lo encontraron? ¿Se puede saber?

Por ahí, responde Elías. Pasan soldados, algunos cargan palas y cruzan bromas en voz alta. Hay un agente con las manos en los bolsillos guardando la puerta de la casa; de vez en cuando silba para un mirlo que canta dando saltitos en el pinar.

El periodista, escribiendo: Cuaderno de trabajo; sólo instrucciones militares y cosas de la organización. ¡Okey! Ninguna nota política, no hay referencias personales… ¡Okey! Ni siquiera la amante; nada que se relacione con la amante, ¿no?

Queda con el bolígrafo suspenso sobre el bloc.

Elías se lleva la mano al pelo ralo mientras mira las nubes. Y, de repente:

Amigo, dice poniéndole la mano en el hombro al reportero, aquí para nosotros, el cuaderno estaba lleno de cuadraditos de esos de jugar a barcos…

Atraviesa el patio con la cartera balanceándose. Ahora se ha inventado un diario el pendejo ese, desahoga cuando pasa junto al agente que vigila la entrada de la casa; y sigue, aprieta el paso para unirse al inspector, que anda por el primer piso acompañando de cuarto en cuarto al comandante de la Policía Militar.

Piso de arriba, zona de los dormitorios. Está el descansillo y el corredor, con el cuarto de baño al fondo. La puerta de al lado era la del dormitorio de matrimonio. Con perdón. Lo primero que salta a la vista es la situación estratégica. En efecto, el cuarto está no sólo distanciado, sino también protegido de la entrada por la escalera, y tiene un árbol al alcance de la ventana como salida de emergencia. Ha sido alterada la disposición de los muebles; por los enchufes de las lámparas se ve que cambiaron de sitio la cama para que quedara vuelta simultáneamente hacia la puerta y la ventana. La razón fue ésa, no puede haber sido otra. En todo caso, lo más significativo sigue siendo el árbol; fíjense: las ramas han sido podadas, el corte es reciente, aún está a la vista. A la menor alarma, bastaba deslizarse y desaparecían en el pinar. Tres, cuatro metros, un salto de nada. Además, los criminales eran gente de buena complexión física, empezando por la amante del mayor, que, aparte de joven, hacía gimnasia. Tenis, caballos, deportes de invierno en España y en la Sierra da Estrela.

Y en la cama, por lo visto.

Sí, parece que sí.

El comandante en visita observa de paso y sin tocar. Se inclina ante el gato de loza que está sobre la cómoda, observa: hay un orificio de proyectil atrás, en la pared. Calla y sigue. Es un militar de inspección, un coronel que en uniforme de paseo pasa revista a los locales.

El dormitorio, por lo que está oyendo, funcionaba como alcoba y caja fuerte. Así, el ropero, aquel armario redondeado, con los encajes desencolados, descomunal, el ropero era, digamos, una especie de arsenal de las municiones, y en uno de esos cajones (el inspector llama la atención para la cómoda) estaba encerrada la documentación. Él, el mayor, Dantas C, hasta cuando dormía quería tenerlo todo bajo los ojos.

Pero el coronel se interesaba más por unos trazos de yeso que descubre en el suelo. Elías no ve qué interés puede haber en media docena de señales que los expertos del laboratorio dejaron para marcar algunas

manchas de sangre. Es sólo yeso acumulado, polvo de nada, y ahora no indica la menor cosa. La sangre está ya más que clasificada, más que archivada y perdida en el olvido. Pero cabo de guerra es cabo de guerra y cuando huele la sangre no la suelta por nada.

¿Sangre de la víctima?

De la amante, informa el inspector Otero; y el coronel suelta un gruñido de entendido. Aparte de cabo de guerra es un comandante de la PM (Policía Militar).

Hay indicios de que últimamente el mayor sufría perturbaciones, explica, o, como quien dice, elucida el inspector Otero, que sin que nadie se lo pidiera, se puso a hablar en tono de conferencia de prensa (era de esperar, piensa Elías, lo hace siempre), y, efectivamente, prosigue, todas las señales de violencia que encontramos por ahí, como el tiro en la pared, la puerta hecha pedazos a patadas ahí arriba, todo eso son exteriorizaciones de una crisis de personalidad que tiene mucho que ver con una necesidad de afirmación casi patológica.

Coronel: Afirmación y violencia. Una cosa explica la otra.

Otero: Indiscutiblemente.

Coronel: Y me pregunto si no fue precisamente por eso por lo que se metió en política.

Otero: ¿Por necesidad de afirmación? Sin duda. Mi profesor de Derecho Civil solía decir que la política es la proyección de la frustración individual sobre lo colectivo.

Coronel: La política, se quiera o no, acaba destruyendo siempre al individuo.

(Tal para cual, resume Elías, están hechos el uno para el otro, no hay más que verlo).

Y, metidos con lo de la política, el coronel lamenta que las cosas resulten claras a los ojos de cierta gente cuando ya no hay remedio. Claras, es decir, lógicas. Más aún, dice, ni con toda la lógica no consigue relacionar al mayor Dantas, a quien conoció, con la brutalidad de lo ocurrido.

Otero comprende. Reacción normal, la del coronel. Todos aceptamos la muerte dentro de una secuencia natural, pero no como una ruptura imprevisible. Para ser más explícito, Otero dice que es como si sintiésemos también la amenaza de una ruptura en nosotros mismos, la verdad es ésa. Por el modo como se ajusta los polaroids a la nariz, Elías prevé que se está preparando para una de aquellas charlas en punto muerto que suele engranar ante ciertas personas. Y ante un comandante de la PM va a ser una gozada. Otero, en su condición de licenciado metido en esos cenagales de disparos y navajazos, anda pensando constantemente en aliados. Aliados en el ministerio público, aliados en todas las policías, sean civiles o militares, políticas o eclesiásticas, lo que él quiere es que no le incordien; y el jefe de brigada ni le oye. En este momento está más interesado en el gato de loza.

Como la luz cae oblicua, se ven nítidamente los colores y las formas. Es un bicho mal amañado, una chapuza barata. Salió de la misma hornada de donde salieron otras estatuillas de feria como la imagen de Juan portugués, la Piedad del Padre Cruz, la gitana de la suerte. Esto jamás fue gato de salón. Nacido del mismo barro que esos tristes muñecos y viajado en las mismas pajas por los calendarios de las ferias, estaría mejor sobre una mesita de cañas. Pero lo pusieron allí. Realmente, sólo un capricho del destino vinculado al misterio de los gatos lo podía haber traído a aquella cómoda burguesa.

La voz del inspector está narrando un episodio cualquiera de un cura asesinado en una fábrica de cirios. «Lo encontraron ahogado en la caldera de licuar la cera», dice.

Por encima del gato pasean dos moscas. Elías repara en que van de pareja. Cuando levantan el vuelo se cruzan en curvas serenas, pero, si por casualidad se rozan, se apartan con un esguince rápido. «Como era en invierno cuando lo tiraron a la caldera el cura se enfrió inmediatamente y quedó convertido en una estatua de cera», sigue la voz del inspector.

Pero el coronel acababa de salir. El jefe de brigada se aparta para darle paso, él y el inspector avanzan lentamente por el comedor a paso conversado. Elías siempre lo ha dicho: todos los curiosos se relamen por un crimen, la cuestión es sabérselo mostrar. En este momento, cartera en mano, se siente disfrazado de ordenanza de un inspector que a su vez anda disfrazado de cicerone. Un cicerone que llega hasta las altas conjeturas, hasta la guarida del crimen, si así se puede llamar, y que una vez allí, abre las puertas de la Historia y anuncia: Aquí tenemos el desván.

Desván, buharda, lo normal en estas viviendas recatadas. Un techo en pendiente, vigamen visto, periódicos en pilas, una banqueta que debe de ser de cocina, porque tiene el asentadero quemado en círculo por los fondos de una sartén, un cenicero-anuncio Vinos del Convento Licores, un jergón arrumbado contra la pared y ¿qué más? En aquella ventana se aparecía la mujer de que hablaban los periódicos.

¿Desnuda?

A veces sí, responde Otero abriendo los postigos.

En el pinar se mueven soldados con palas y detectores de metales; si miraran hacia la ventana aún encontrarían quizá paquetes vacíos de pitillos SG, tubos de valium y de Saridon, que eran las municiones preferidas por la amante del mayor. Había muchos, dice Otero, lo que prueba que la chica permaneció en este cuarto durante largos períodos y en fuerte estado de ansiedad.

La buhardilla hiede a moho (Elías: a ratones, nada de moho, de ratones sabe un rato), todo aquello, el

jergón, las paredes desnudas, todo aquello recuerda un aislamiento a pan y agua. Aguantar un invierno en un cubículo semejante no debe de haber sido cosa de broma.

El coronel se acerca a la ventana. Atardecer. Rumor de pasos entre los pinos, pájaros punteando el ramaje. En un ángulo, a la izquierda, un aeromotor pintado de minio; en lo alto, una estructura de hierro: desde allí vio el albañil a la mujer desnuda.

Coronel: La amante, claro.

Otero se sienta en una banqueta tan baja que las rodillas le quedan casi a la altura del pecho. Se ven los calcetines de nailon: retesadísimos. Asoma un pedazo de piel en las canillas: blanca y dando una impresión de intimidad frágil. Se oye el mirlo de antes. Otero se siente como si no tuviera nada que hacer.

Tras lanzar una mirada prolongada al paisaje, el coronel de la PM se vuelve hacia la casa. De espaldas a la ventana con las manos apoyadas en el alféizar, se mira la punta de los zapatos: Nunca se le ocurriría dedicarse a un trabajo como éste.

Otero: Es el servicio. Hay que hacerlo.

Coronel: Desde luego.

Y Elías Jefe, en la puerta: Servicio a la carta, el de los restaurantes, y, aun así, puede caer una mosca en el plato…

Coronel, sin quitar los ojos de la punta de los zapatos: ¿Cómo?

Digo yo que sólo en los restaurantes se elige el servicio, responde Elías.

Ah, dice el coronel. Y volviéndose hacia el inspector: Estuvimos juntos en la Academia Militar. Ya ve lo que son las cosas. Eso no se olvida nunca.

Otero: Desde luego, desde luego.

El comandante PM recuerda: la última vez que vio a Dantas fue en Mozambique, en 1954.

Hay una foto más o menos de entonces. Una foto de caza, dice el inspector.

Comandante PM: Lo que son las cosas. Sigue recordando. Se habían encontrado en el palacio del gobernador, Dantas C acababa de llegar de una inspección en el interior. Era en enero o febrero de 1954. Es curioso ver cómo el tiempo hace revivir ciertas cosas.

La foto a que me refiero, dice el inspector, fue tomada junto a un río lleno de hipopótamos. El mayor aparece al lado de otro hombre que es, según parece, el padre de su amante.

El coronel PM: ¡No me diga!

Inspector: Eran amigos.

Coronel: ¡No me diga! ¿Fue entonces cuando Dantas conoció a la chica?

Inspector: Probablemente.

Elías sabe que no, pero lo deja correr. En el 54, Mena andaba tomando apuntes en la Facultad, y hacía vida nocturna con la pandilla de su clase. La cosa no ocurrió hasta Navidad del 57, cuando vino el padre a pasar las vacaciones en la metrópoli (datos de Mena). Navidad del 57, y a la hora del *gin* en el viejo Avenida Palace. Elías tiene una visión barroca del Avenida Palace: columnas y camareros viejos, un sitio inconcebible para dos predestinados a conocerse. Pero era allí donde el padre de Mena hacía tertulia con los amigos, y entre ellos estaba aquel mayor enviado de Belcebú, y lo demás, ya se sabe, Elías deja correr la charla. Ve caer la tarde melancólica y el coronel no parece dispuesto a romper filas.

Coronel PM: Es curioso. Aún hace poco vi una foto suya en la *Revista Militar*. De alférez o aspirante, ya no me acuerdo bien. Andaba buscando yo unos datos y de pronto aparece Dantas, muy erguido, en una tribuna de la Mocidade Portuguesa[13].

La luz de fuera se deshace en las espaldas del visitante; el cuarto se carga de sombras. También las voces se han ido amortiguando, o eso parece. Elías tiene la impresión de hallarse en una antecámara funeraria donde las conversaciones se disuelven mientras el tiempo fluye.

Tiene gracia, dice el inspector Otero, o por lo menos eso me parece a mí cuando uno retrocede unos años en la vida del mayor. Si sabemos su dedicación abnegada a los soldados, su idealismo, su sentido de la justicia, si conocemos todo esto, una verdadera obsesión para él, no puedo dejar de recordar la frase de la viuda el día en que vino a reconocer el cadáver. En el momento en que levantaron la sábana, la viuda dijo algo así como «sólo creía en los soldados, y fue un soldado quien lo mató». Más o menos, fue eso lo que dijo. Y si por un lado parece una acusación al idealismo del mayor, por otro también hay idealismo por parte de ella en los términos en que acusa al cabo, ¿no cree?

El coronel: La verdad es que no fue sólo el cabo quien lo mató.

No fue sólo el cabo, continúa Otero, está claro que no fue sólo el cabo, pero para la viuda es el cabo quien personifica el crimen, si me permite expresarme así. Es el soldado el que mata al padre de los soldados. De ahí la gran traición.

El coronel se endereza, mete un dedo en el bolsillo del chaleco. Mi querido inspector, empieza a decir, el idealismo puede dejar de ser una virtud militar para convertirse en un instrumento de terror. *Ipsis verbis*: terror. No es preciso citar ejemplos, las revoluciones están llenas de ellos. Pero, y aquí está la clave, en esa transformación hay siempre una raíz puritana, dele las vueltas que quiera pero hay una raíz puritana. Y con

Dantas fue eso lo que ocurrió. Aunque parezca extraño, el mayor Dantas, en la Academia o en el cuartel, o en sus aventuras, con mujeres, en todo, absolutamente en todo, el mayor Dantas era siempre un idealista.

Otero: ¿Con las mujeres también?

Coronel: Lógico. No hay persona con más reglas en materia de mujeres que el *correfaldas*.

En este remate del discurso, el inspector se había levantado ya y se sacudía los pantalones con la punta de los dedos. Cierra la ventana. En el silencio que cae sobre el desván reconoce Elías que los soldados seguían en el pinar. ¿Bajamos?, pregunta la voz del coronel.

Elías se anticipa y sale al descansillo. Descubre un caracol en la pared, junto a la escalera (¿por qué, un caracol?), pero está muerto y reseco, y no consigue arrancarlo al principio; cuando al fin lo despega, es sólo caparazón y una película de babas muertas. Hay una humedad de miedo aquí dentro, dice el inspector Otero cerrando la puerta. Elías alza la nariz hacia el techo, rezongando. Las tablas de la pared están cubiertas de verdín de insecticida, pero a lo largo del zócalo hay una orla de serrín amontonado por la carcoma. Elías piensa en la palabra *harina*. Y luego: capullo de gusano de seda.

Bajan en fila india. Otero casi encima del visitante. Está bien eso del puritanismo del mayor, coronel. Van los tres en hilera. Cierra la marcha Elías.

Otero: Pero allá arriba encontramos un documento que no parece abonar ese puritanismo. Ahora están en el pasillo. El visitante se vuelve: ¿Documento?

Se paran. Elías deja que el inspector explique al visitante que se trata de una página pornográfica encontrada en el montón de periódicos del desván, una hoja llena de párrafos *ab aberratio*, si me lo permite. Claro que el coronel lo permite. Elías sigue. *Andante, andante*. Más allá se para en la puerta del cuarto de Mena y del mayor: casi apagándose en la penumbra, el ángulo reluciente de la cómoda, la mancha del armario amontonada en la pared más sombría. Entre tanto, sigue la voz de Otero sentenciando en el fondo del corredor: cuenta que en la página encontrada en el desván había una historia de ascensor con subidas y bajadas al séptimo cielo (risas), una de esas historias ab libido libidinosas, permítasele la expresión, historias de cunnilingus y otras depravaciones, una hoja que el mayor envió a su amante con una dedicatoria comprometedora. Tenemos el original, afirma. Y, además, con ilustraciones minuciosas. El coronel: ¿Sí? ¿Qué ilustraciones?

Mientras siguen con su charla, Elías pasea una mirada distraída por el dormitorio. Otra vez el ángulo de la cómoda; y el gato. Después una sombra de claridad, que no es ya ni claridad, es memoria, le indica la cama, y en la cama hay dos puntos brillantes —podían ser los ojos de un animal—. Elías aguza la mirada sabiendo de antemano lo que va a encontrar, que es a él, al mayor. Al mayor tumbado a lo ancho y apuntando la pistola contra la cabeza del gato. En la vaguedad de la penumbra fluctúa la boca de Mena, abierta con horror.

El diablo en el ascensor

Es una hoja arrancada de una revista (*Erotika* es el título que encabeza la página) impresa con el gusto clásico y en el buen papel de las publicaciones llamadas preciosas, que alguien había guardado dentro de la carta de un hotel de lujo.

Una de las caras está ilustrada con trazos modernistas: una mujer elegante, de cabello corto en trazos negros de tinta china; el amante, a sus pies, la abraza por los muslos. Bastón y sombrero caídos en el suelo. La divina tiene el perfil arqueado hacia atrás, los ojos cerrados, los labios entreabiertos en éxtasis. Una de las manos caída; de los dedos cuelga un guante del bienamado. Con la otra alza contra el pecho el vestido hasta la cintura, mostrando los muslos y el vientre. Elías se fija en un detalle: el pubis está dibujado con puntitos negros. La ilustración va firmada: Jauffret/1959.

El *texto* (Traducción de José Cardoso Pires):

«[…] Ya al entrar, querida mía, lo que me deslumbró fue la maravilla de la escalinata, con aquellos peldaños floreados y el pasamanos de bronce. Se abría en abanico sobre el salón, con un gran ángel de mármol a cada lado, en guardia de honor a quien subía. ¡Qué maravilla aquellos ángeles! No puedes imaginártelo. Alzaban la tulipa de cristal de la que brotaba una claridad eléctrica, y a pesar de sus grandes alas eran de una elegancia indescriptible. Después, la expresión y la ternura inteligentes que había en estas estatuas me seducían aún más porque al mismo tiempo las distanciaban de la belleza celestial de los querubines, y no del todo celestial. Añade a esto el techo con bóveda de cristales de colores, y comprenderás el espectáculo que era aquella escalinata de ángeles y ornatos bajo un cielo de mariposas gigantes y caprichos vegetales sabiamente iluminados.

»Aquello, Melanie, era para nosotros un permanente encanto, cómo puedes imaginar. Tanto yo como Gaston-Philippe encontrábamos en el hotel las seducciones de gusto y de la imaginación que hacen vivir al arte. Pero, más que eso, lejos de París y en el centro de otra gran ciudad, sentíamos una intimidad clandestina que nos excitaba y nos hacía aún más cómplices a ambos si esto es posible. Ya teníamos nuestro rinconcito en el salón-bar y le llamábamos *El Gabinete de la Maja Desnuda*, por una estatuilla que había allí y que era una venus de alabastro sosteniendo por los hombros un chal de cuentas de cristal. *Preciosísima*, como diría uno de los elegantes de aquí, de las Ramblas.

»[…] La ciudad nos fascinaba en todo, absolutamente en todo. Rara era la noche en que después del cine o del concierto no pasábamos por la Bodega Bohemia, donde se reunía una *gauche divine* realmente diabólica. Se juntaba allí una gente que no puedes imaginar, desde "*borrachos y pianistas muertas*"[14] a feministas y magos *amateurs*. Nos levantábamos tardísimo y casi sin dormir, como puedes comprender, pero a cualquier hora teníamos siempre esperándonos el Barrio Gótico y los más sabrosos mariscos para templarnos. Y si no era el Barrio Gótico, eran las tabernas de marineros que abundan a lo largo del puerto, cosa que aquí, para nosotros, tenía el atractivo canalla de las excitaciones ocasionales».

Yo andaba como suspensa. Era una levedad de cuerpo satisfecho, una laxitud que sólo se conoce cuando se tiene la certeza de estar en posesión de todas las capacidades que el amor exige. ¡Y qué engañadora y qué ingeniosa es esa laxitud, Melanie mía! Nos vacía, sí, nos deja con una temperatura tibia y sublime, pero una temperatura perversa que nos hace cada vez más propicias a nuevas embestidas […]. Comprenderás ahora aquel silencio mío. El agotamiento del paseo, los refinamientos del vino y de la cena y el coñac que el camarero puso en mi mesa habían empezado a apoderarse de mí, insinuando una pasividad que me hizo sonreír. Esperé. Poco después, íbamos a encontrarnos con el cónsul en el Ateneo, y yo ya había ido al dormitorio a cambiarme para llegar a una hora diplomática. Pero, curiosamente, Gaston-Philippe no se mostraba nada preocupado. El bar del hotel estaba vacío y él repetía coñacs, hacía bromas, me contaba historias privadísimas con aquel lenguaje de burdel que utilizábamos para hablar de las cosas serias. Parecía enteramente entregado al momento.

»Y, de súbito, se calló y posó sus ojos en los míos con una dureza casi terrible… Mantuve su mirada. Cuando vi que se levantaba, me levanté. Después lo seguí, cogiendo la mano que me tendía, y me dejé llevar hasta el ascensor.

»A veces me asombra, Melanie querida, la exactitud con que estos momentos me vienen a la memoria. Estoy viendo el ascensor. Es como si hubiera sido ayer. La caja de rejas trabajada en cobre, la puerta de vidrios opacos con unas flores labradas que parecían jarros de Oriente. ¿Y los espejos a los lados? ¿Y el banquito de terciopelo en la pared del fondo, tan virginal y tan romántico? ¡Oh, era una cestita de arcángel aquel ascensor, todo esmaltado en blanco y oro! Pero lo más inolvidable era la máscara del diablo que había en el techo, mirándonos desde allí. Asustaba y enternecía. Tenía unos cuernecillos de fauno, salidos del conjunto de la figura, que estaba tallada en relieve dorado y con una mascarilla roja. Tantos detalles… ¿No te parece extraño?

»Todo pasó fuera del tiempo y del espacio. ¡Todo, *ma chérie*, todo! Apenas habíamos cerrado la puerta cuándo Gaston-Philippe se pegó a mí y empezó a recorrer locamente mi cuerpo con sus manos. Me envolvía, me ceñía con un brazo mientras buscaba con el otro mis muslos y mis nalgas bajo la ropa. ¡Yo misma levanté el vestido, pegándome más a él, y puedes imaginar su sorpresa cuando sintió en sus dedos la verdad de mi vientre!

»Sí, Melanie mía, ¡yo iba desnuda bajo el vestido! No me preguntes por qué, pero en el bar, por un impulso inexplicable, había ido al lavabo con ese propósito. ¿Un presagio? Sólo sé que me sentía feliz con la certeza de mi instinto, felicísima. El asombro, el deslumbramiento de Gaston-Philippe por aquella sorpresa no tuvieron límite, y yo lo sentía a través de su mano, que era grata y ardiente. ¡Y qué hábil su mano! ¡Qué imaginativa y qué experta, Melanie! Penetraba con tales secretos que me llevaba más allá de la ascensión del mismo ascensor y me agotaba y me hacía hundirme a medida que volvíamos a bajar.

Imposible calcular las veces que recorrimos hacia abajo y hacia arriba aquellos cinco pisos. ¡Una verdadera escalera del Paraíso! Subíamos y descendíamos, volvíamos a subir… Nuestro viaje parecía no tener fin, pues Gaston-Philippe era uno de esos amantes afortunados en los que el *amour fou* va unido a un talento práctico ajustado a las circunstancias, y maniobraba el botoncillo del ascensor en el momento exacto en que iba a detenerse.

«¡Pero lo más enloquecedor fue cuando se puso de rodillas, abrazado a mis piernas y, abriéndome toda al mismo tiempo, ni sé qué pasó, con el rostro hundido entre mis muslos! Entonces me sentí atravesada por algo muy vivo y voraz, por una espesura envolvente y sutil que me descubría por dentro y me dilataba succionándome. ¡Y eran más cosas, mi querida Melanie, los dientes recorriendo pelo y músculo, el calor del rostro contra mi vientre, las manos explorándome las nalgas, tantas cosas!

»Yo, de pie, con una pierna por encima de su hombro, me veía en el espejo y no me reconocía. Olvidada de mí, liberada de mí por el espacio…».

La *Dedicatoria o Mensaje*: Al final de la página Dantas C había escrito: «Como ves, no fuimos sólo nosotros

los descubridores del ascensor…».

Lo que indica que fue el mayor quien descubrió aquella página libertina, entregándosela después a Mena con dedicatoria al margen, con caligrafía subrayada. Ella, queda claro, apreció el envío, porque lo guardó muy bien doblado en el menú del

HOTEL ARISTON PALACE
BARCELONA

y nunca más se deshizo del recuerdo. Lo llevó entre las pocas cosas que la acompañaron a la Casa de la Vereda, y en la Casa de la Vereda debió de haberse agarrado a aquella hoja en el desván de la soledad. Porque no es casual el que los *cabinets de lecture* sean a veces tan poco confortables. Ni que un texto secreto como aquél haya sido intercalado en las páginas solemnes de un menú de cinco estrellas. Si después quedó olvidada la hoja entre periódicos y ratas, fue porque antes de la hora del crimen ya Dantas C había dejado de estar vivo para Mena.

La *Carta*: Formato 16 x 29 cm. Cartulina granulada con un dibujo a pluma representando la fachada del hotel. Cinta de seda. Aparte del menú, impreso en sepia en separado, se incluyen seis páginas con fotografías y la historia del hotel. La carta se refiere a la *Cena-concierto, 12 de septiembre de 1958. Salón-Buffet: Elena Krautz (arpa). Alfonso Ortiz (violoncelo) y Cisneros (flauta)*.

Elías Jefe se detiene (es su vicio) en las fotos. Detalles del *hall* y de varios salones. La pérgola, con vitrales coloreados, columnas de hierro terminadas en formas de junco, guacamayos balanceándose, pantallas de cristal pintado, un camarero con delantal. El «Salón de los Duques Cantábricos». Éste aparece rodeado de paneles fin de siglo con figuras femeninas representando cada una (se lee en la leyenda) las estaciones y los meses del año. A ambos lados de la entrada se ven dos moros de bronce de tamaño natural sosteniendo en lo alto una linterna. Biombos con grandes flores pintadas distribuidos por todo el espacio.

Elías Jefe pasa estas hojas de la carta, pasa otras, pero vuelve siempre al dibujo de la cubierta. Coronando la arcada de la puerta del hotel hay una máscara salida de los sillares y apenas apuntada, indecisa, ¿un sátiro?, ¿un dios de la mitología?

No, el diablo con una máscara de carnaval. Elías había jurado que si aquella figura no hubiera sido labrada en piedra, los cuernos serían dorados y la máscara roja.

A veintiún días de abril y por orden del Sr. Inspector, procedieron los agentes Roque y Otro a la detención de MARTA AIRES FONTENOVA SARMENTO*, viuda, de sesenta y tres años, residente en Travessa da Lapa número diecisiete, letras A y B, en Lisboa.*

A cuyo domicilio llegaron a las nueve treinta de la mañana, habiendo sido introducidos en una pequeña sala donde aguardaron a que la citada señora viniese a recibirlos. Mientras esperaban, observaron que la casa daba por la parte de atrás a unos jardines de embajadas, por lo que Roque consideró la posibilidad de que el arquitecto, desesperado, pudiera refugiarse allí y solicitar asilo político.

La salita tenía mucho de mano femenina, el techo era aconchado, con pintura de flores, y en un extremo de la sala había tres sillones de orejas y un tablero de ajedrez hecho de nácar. En el centro, sobre una mesa redonda, inglesa, dos grandes álbumes, Les Trésors de l'Orfevrerie. Un contador a la derecha de la entrada. En la pared, un retrato del arquitecto en camisa de cuello alto y barba corta, y dos bodegones con la firma de Martha.

Roque y el Otro lo registraron todo, componiendo un aire profesional. Aunque nadie los observara hacían lo posible por mostrar indiferencia ante la distancia y la altivez con que aquella casa los recibía, y apenas hablaban. Cuando más, alguna palabra relacionada con el servicio, como agentes en función, y generalmente se limitaban a permanecer frente a las ventanas, con las manos a la espalda: preferían mirar allá fuera y los árboles, que son de todos, a tomar consciencia del confort y holgura del adversario. Su instinto de policías les decía que en ciertas ocasiones la ignorancia con relación a los valores del prójimo es una gran arma para vencer la inferioridad social (Elías Jefe decía, por ejemplo: «Con inteligentes quiero vérmelas», porque había aprendido que los escrúpulos, el orgullo y hasta la vanidad del preso inteligente es lo que le pierde muchas veces. Jamás, enfrentado con uno de estos individuos, dejaba Elías transparentar sus gustos y sus lecturas. Esto supondría una aproximación que no le interesaba. Lo contrario, sí. Mostrarse ignorante, rutinario, insensible. «Si quieres agarrar a un preso, deja el amor propio en casa», era otra de sus reglas).

De manera que Roque y el Otro, su acompañante, estaban debidamente alertados para enfrentarse a la citada. Cuando entró, venía del brazo de una criada y, para más aclaración, en bata. Ambos se dieron cuenta de que iba a negarse a seguirlos apoyándose en el hecho de no ir vestida. Roque entregó la orden de detención, sin decir ni buenos días ni buenas noches, para que la mujer fuera entendiendo con quién tenía que habérselas. Ella se puso las gafas, que llevaba al cuello colgando de una cadenilla de plata, pero llamaron a la puerta y apareció un abogado. Venía en plan profesional, se veía en su cara. Impedimentos, razones de enfermedad, edad, trampas en letra pequeña y con revueltas ganchudas, que es como se dibujan esos párrafos. Muy bien, muy bien, pero Roque traía una orden, y entre una orden de la Benemérita Judicial y las razones de una señora consternada hay algo que sólo el martillo del juez debe apreciar, como diría el jefe Fosas si estuviese allí. Nada que hacer, pues. Cúmplase. Y Roque iba ya a tender alegremente el guante a la paciente cuando del teléfono saltó la voz del inspector comunicando: contraorden, que la detenida sea conducida al Hospital de Santa María e internada en habitación individual con guardia a la vista.

Así dejó ella la casa donde tuvo marido y donde engendró un hijo. Un hijo único y tardío que jugó por aquellas salas de tierna penumbra, mostrando los trofeos que el padre, campeón de tiro y florete, guardaba en armarios de cristal; indicando las armas que se perpetuaban en lugar de honor en las paredes, las acuarelas y los óleos que ella misma había pintado de joven y, al fin, llevándolo de la mano hasta el cuarto de planchar, donde estaban los armarios del abuelo astrónomo y almirante. En lo alto de un armario de puertas de cristal, sobre rollos de mapas, volúmenes encuadernados en tela inglesa y montones de papeles amortajados, allá, en lo alto, tocando el techo, se alzaba una cabeza de yeso, uno de esos modelos que los estudiantes de Bellas Artes (la señora de la casa, en sus tiempos) pasan a carbón en papel Ingres, copiando la ceguera y la muerte que están en los rostros. Pero después de haberla copiado veces y más veces en su juventud, siendo ya viuda la cubrió con la armadura y la visera de esgrimidor con que el marido en veladas gloriosas se había enfrentado a los adversarios a la reducida distancia de un florete. A causa de esto, el pequeño Fontenova, con calzón corto y bata de colegial, pasaba de largo por el cuarto de la plancha porque era allí donde estaba, muerto y vigilante, el verdadero padre, oculto tras una máscara de rejilla.

Esas cosas y todo lo demás, durante tantos años, era lo que dejaba la mujer tras ella en la mañana de un veintiuno de abril, atravesando la ciudad en un taxi, entre dos agentes. Iba arrastrada en el cerco que intentaban tenderle al hijo. Para el general entendimiento era la madre que cumplía un doloroso capítulo del destino, para otros no pasaba de ser una criatura que había dado cuerpo en su seno a la simiente de un asesino.

[Marta Sarmento estuvo detenida doce días en el Hospital y tres en los calabozos de la PJ. «Hechas las necesarias identificaciones», se lee en el Proceso, 2.º vol., «rechaza cualquier participación directa o indirecta en el crimen, negándose a admitir, por el conocimiento que tiene del carácter, sensibilidad y cultura de su

hijo, que pueda ser éste el autor o uno de los autores del homicidio. […] Instada una vez más sobre la materia de autos, confirma lo que anteriormente dejó dicho. Y siéndole presentada la carta anónima[15] donde se dice haber sido visto su automóvil en las inmediaciones del lugar del crimen, responde que rechaza ésa o cualquier otra prueba que no esté debidamente comprobada; que atribuye la referida carta a venganzas personales de alguien a quien desconoce, o al acto irresponsable de individuos de naturaleza enfermiza, que, dado el estado emocional en que se encuentran, no pueden, como desearían, pronunciarse con rigor sobre las cuestiones que le son planteadas».].

Desde la Judicial, la madre-viuda volvió al hospital. Pasos blancos en el corredor, ambulancias en el patio, una tras otra. Vecina de la muerte estaba ella, vecina como nunca: una mujer al otro lado de un tabique medianero con la muerte y la sangre. Pero durante todo este tiempo, día tras día, una criada le hacía llegar al cuarto tres las más bellas rosas de abril.

El dedo en llamas

Elías va pasando las páginas del proceso, casi no interroga, deja correr el tiempo. Sentado a horcajadas en la silla, con los codos sobre el espaldar, se prepara para aguantar el tiempo que sea preciso. Cuente, dice. Comience por donde quiera.

Mena está sentada en el taburete, contra la pared, las manos cruzadas en la nuca. Hoy lleva un jersey sin mangas sobre la piel: asoman mechoncillos de pelo por las axilas. Inclinado sobre el respaldo, el policía estudia a la chica con ojos de miope.

Mena. Los brazos erguidos alzan sus senos, que parecen sueltos, y realmente lo están (sin sostén, visto como le cae el *pull-over*), y los pelos del sobaco son de un negro seco y agreste, tan negro como es, seguro, todo su pelo en lo más privado del cuerpo, y con un gusto acidulado, tenso. El jefe de brigada, con un movimiento paciente, saca un cortaúñas del bolsillo.

Silencio. El silencio del preso y el insomnio del policía, esperemos.

Elías extiende la mano para apreciar la uña gigante. Le da una vuelta a contraluz como si fuese un diamante, la mira y la admira y va pensando al mismo tiempo que sólo las intelectuales y las campesinas dejan crecer así, en libertad, el pelo del sobaco. No era la primera vez que lo observaba. Pero en la chica de los pavos reales había una indiferencia humillante en esa despreocupación con que ponía a la vista aquellas emanaciones secretas de su cuerpo. ¿Habría realmente esa indiferencia?

Mena enciende un pitillo, uno más. La uña. Aquel estilete, aquella fantasía macabra. ¿Qué rencor o qué provocación alimentan aquella arrogancia? Él va trabajando la uña aplicadamente, tal vez para volverla más digna del sello que lleva en el mismo dedo, tal vez para despreciarse aún más, si es ése su truco de policía, ¿quién le podría decir que no? Le da vueltas, la va tratando con las atenciones con que trataría un objeto personal, no una extensión de su naturaleza. La limpia, le pasa el filo, la frota contra la manga de la chaqueta, sacándole brillo.

Pero en medio de este remirarse, deja caer una pregunta: ¿Quién fue el que cortó la electricidad aquella noche?

Mena sonríe cansada, piensa: No vale la pena. Y el jefe de brigada se guarda el cortaúñas y se dobla contra el espaldar de la silla, la cabeza colgando, a la espera. En aquella posición tiene en la media línea de la mirada una mancha en el cobertor y la exactitud de un tobillo saliendo del azul de los vaqueros de Mena, allí donde tiempo atrás llevaba una cadenilla de oro que la ataba a su amante. Empieza a balancearse adelante y atrás.

Mena: ¿Que lo cuente todo otra vez? ¿Es eso lo que quiere?

Eso es, responde Elías Jefe hacia adelante y atrás. Que me diga si fue el arquitecto el que cortó la luz aquella noche.

Mena: ¿Cómo iba a cortarla, si no salió de donde estábamos? Creo que le he dicho ya un montón de veces que estábamos todos en la sala cuando falló la luz, ¿no? ¿Cuántas veces se lo he dicho ya?

Elías sigue balanceándose: Es una pena, dice, una pena.

El policía cabalga sin moverse del sitio. Mena se consume en humo. Dios, ¿cuándo acabará esto?, se pregunta.

Elías Jefe: Era una buena manera de experimentar, ¿no?

¿Experimentar?

Bueno: ver cómo reaccionaba el mayor en caso de peligro, ¿no?, insiste Elías Jefe.

Mena suspira. Espantoso. Avanza la cabeza, vencida. Realmente espantoso. El jefe de brigada acechándola como un sapo sobre la silla y preparándose para un largo silencio. Espacio mudo, qué cosa tan ridícula. Una persona jugando a los silencios con un policía, quién lo iba a decir. Y, a fin de cuentas, para nada, porque,

mierda, él lo sabe todo, mierda. Mena hace tiempo ya que confesó, pero el tipo ni así la deja en paz. Se lo voy a decir, decide. Echa una bocanada de humo a lo lejos. Le voy a decir que hable o no hable, este juego es una idiotez, algo tan estúpido como esa actitud de policía tan estudiada que no llega a ninguna parte.

Mena: Es ridículo. No veo qué vamos a sacar de estarnos aquí repitiendo lo mismo una y otra vez.

Elías Jefe: Yo tampoco. Sólo sé que cuanto más tarde hable más tarde cerraremos los autos.

Mena se encoge de hombros: hablar, repetir. ¿Y repetir qué? ¿Lo del corte de la luz? ¿Pero qué corte? La luz falló; eso es todo, nadie aflojó los plomos, nadie quiso experimentar con el miedo de nadie. Esta gente tiene una imaginación siniestra, la policía. Es una gente horrible. Mena no se va a pasar la noche entera allí, quiere verse libre de él, hablar, decir algo, lo que sea. Es horroroso tener que volver a empezar, repetir lo ya repetido. Pero ¿por dónde empezar?

¡Oh, mierda!

Mena: Por el momento en que empezamos a cenar, ¿vale?

¡Con qué desprecio le preguntó aquello! Pero el jefe de brigada se enfrenta a ella, la mira tranquilo, con sus ojos tristes y pacientes. Usted es quien lo sabe, dice.

Está bien, repite ella, está bien. Vuelve a empezar, pues. Pero un poco antes, con lo de la llegada del mayor tras su contacto clandestino, cuando el mayor se sienta a la mesa a beber coñac, empapado. Desde este momento al corte de la electricidad pasaron aún dos horas, vuelve a decir, y durante todo este tiempo nadie salió de la sala. El mismo Dantas C sólo se quitó la gabardina, y ni siquiera fue al cuarto a cambiarse de ropa. Todos nos dimos cuenta. Se sentó, empapado y todo, y se bebió tres coñacs de golpe.

Vestido de cura, claro. Pero eso tampoco tiene mucha importancia, ¿o la tiene? Lo que venía es blanco de frío, aterido hasta los huesos, impresionaba verlo. Por eso empezó a beber coñac tras coñac, de un trago. De todos modos, en medio de una copa, se detuvo, miró la bebida y dijo: «Ya ves, Fontenova, hasta sin teléfono puede uno mantener los contactos que quiera y cuando sea preciso». «Muy bien», respondió el arquitecto, «eso me tranquiliza». Y él: «Pues eso. A ver si te convences de que no somos un montón de moscas colgadas del teléfono».

Es difícil describir punto por punto aquella conversación durante la cena. Es imposible, asegura Mena. Era la primera vez que el mayor salía para un contacto, habían quedado inquietos todos, a la espera. Y seguían inquietos. Inquietos porque tardó en llegar, inquietos luego porque no decía qué había ocurrido.

[Sobre esto, los autos son breves. Registran: hubo una reserva inicial. «Progresivamente el mayor fue abandonando su actitud de reserva inicial, pasando luego a exponer algunas cuestiones relacionadas con la ayuda que les estaba prestando o no el llamado *Comodoro* (Dr. Gama e Sá)»].

Pero Mena no conoce la redacción final de las confesiones, el resumen de ella y de sus compañeros en papel judicial. Y continúa, tiene que continuar, está la uña aquélla, un corvejón, un acicate, espoleándola. Dice: Es infernal todo esto.

Mientras tanto, Dantas C llevaba ya mediada la botella y seguía bebiendo. Endurecido por el invierno, empezaba a abrirse al *brandy* tibio. Poco después, con la cara brillante, parecía a gusto, satisfecho como raramente lo estaba. Recordaba el encuentro, pero luego, a media frase, ponía prudencia en sus palabras. Del encuentro pasaba a los proyectos, tomaba confianza y arrancaba de nuevo. Ideas. Esquemas que iban mucho más allá de lo que a ellos concernía, a otros terrenos, sobre otros implicados. Y daba órdenes, avisos. Recordaba un sacerdote de guerrilla acabado de llegar en plena tempestad, alguien que venía a revelar un mundo de jinetes y generales conspirando en el caos y el terror. «Hay que tener la cabeza fría», clamaba, «hay que saber aguantar. Ahora, hay que aguantar».

«¿Y la lista?», se oyó entonces.

El arquitecto. Él tenía que ser. La palabra cayó como una pedrada. La lista. Lista negra. (Fue aquella noche cuando por primera vez el mayor le dio ese nombre, aclara Mena). Un tema maldito entre los dos, la lista negra. Pero el arquitecto volvía a la carga. Seguía sin entender la razón de que no se aprovechara aquel grupo. ¿Qué lógica era ésa?

«¿Cómo has dicho?», le preguntó Dantas C. Fue hacia la chimenea y volvió. «Lógica. Hablas de lógica, Fontenova. ¿No sabes que eso de la lógica es una patata caliente en la boca de los impacientes[16]?. No sabes, no te interesa, nunca has pensado que está la lógica de los otros y que los otros no confiarían lo más mínimo en tu lista. Que eran muy capaces de dejarlo todo plantado. Y ahí está lo grave. Habría que ver entonces qué es lo que hacen esos intelectuales. ¡Carajo, Fontenova! ¡Y vienes hablándome de lógica!».

Es posible que el mayor no haya llegado a decir estas palabras (ni éstas ni otras aproximadas, advierte Mena) y no fueran dichas porque de pronto falló la luz. Fue entonces cuando falló.

Escaleras subidas a ciegas, órdenes a gritos, chasquido de encendedores, en menos de nada estaban ya los hombres ocupando sus posiciones. Callados, apuntando las armas contra el vendaval que cargaba contra la

casa. Se sentían acorralados por una bandada de policías llegados quizá tras los pasos del mayor cuando volvió de su encuentro clandestino. Y, en este silencio, sonó el teléfono. Una vez. Un tintineo violento, sólo uno. Pero sonó, de eso nadie tuvo la menor duda, y siguió resonando en la oscuridad con una estridencia de terror, como una alarma que formara parte de una trampa que les tendieran.

¿Cuánto tiempo, minutos, eternidades, duró aquello? Mena sólo puede decir que se encontró en un rincón de la sala con un revólver que le metieron en la mano, y aquí se para. No sigue. Viento, tinieblas, los leños ardiendo en la chimenea.

De pronto, tal como había desaparecido, volvió la luz. De golpe. Sin amenazas.

Elías Jefe: Claro, como cuando se pone un fusible. Pero no tiene importancia. Siga.

Mena no sigue. Bueno, a ver, vuelve a la carga el jefe de brigada; y se da cuenta de que ella está de nuevo resistiendo, ¡vaya por Dios! Y se dobla en la silla, con los ojos cerrados, dando tiempo.

Poco después se oye un chasquido seco, trec. Es él. Trec. Trec. Es el policía estirándose los dedos hasta hacer estallar las articulaciones. Tira de los dedos, uno tras otro, como si se estuviera quitando un guante. Trec. Trec. Mena se muerde los labios. Aquel dislocar de huesos, aquella uña fantasma. Bien, siga, ¿qué pasó luego?, continúa preguntando el policía, dedo sí dedo no. Trec, trec. Y, al fin:

Cuando volvió la luz y fueron todos a la sala, ¿quedó alguien allá arriba?

Mena ve de lado las manos caídas sobre el respaldo de la silla. Antes de que él empiece, responde.

Naturalmente que corrieron todos a reunirse, dice. Querían verse, saber si estaban vivos, discutir lo que había ocurrido. Se pusieron a recordarlo todo desde el principio, hablaron de sus reacciones, hicieron conjeturas, contaron los instantes de cada uno. Recordaron los movimientos, cualquier minucia fue analizada, pero, curioso detalle, nadie habló del sonido del teléfono.

Ella misma tuvo consciencia de eso mientras hablaban. Le pareció curioso. Daba la impresión de que estaban de acuerdo para ignorar aquel detalle, como si hubiera sido algo que los avergonzara o no pasase de una superstición de aterrorizados. Y el caso es que el teléfono seguía allí, a la vista, haciendo por ser recordado, pero ellos seguían como si no existiera.

El mayor, lápiz y papel en mano, empezó a anotar. Tiempos y distancias, trazado de desplazamientos, accesos, puntos de defensa. Mena lo reconoce: parecía otro hombre. Hablaba con precisión y parecía feliz. Acabó señalando para el día siguiente revista de armas e inventario de ropas y objetos de emergencia.

Fue entonces, salvo error, cuando Fontenova habló del problema del cabo: el chico aquel no podía seguir vestido de capote y botas de uniforme, era evidente.

¡Diablo, buena la hiciste! Dantas C cambió de expresión. «Lo de la ropa del cabo llegará en su momento», respondió.

Nadie dijo palabra. Mena quiso poner la radio, para cubrir el silencio con música o con lo que fuera, pero él, «ten paciencia», le cogió la mano. Y a Barroca: «No pongas esa cara, hombre. Tranquilo. No vas a andar desnudo, no te preocupes».

«Pero», empezó el cabo; y el mayor, muy rápido: «Pero, qué; a ver, di, qué. Di lo que tengas que decir».

«Si nos atacan, mi mayor…».

«Está bien, si nos atacan, ¿qué?».

«Es un decir, mi mayor. Si nos atacan, ¿salgo así?».

Dantas C se echó a reír. «Saldrás muerto, Barroca». Cargó de nuevo sobre el coñac, con un repente. «Saldremos todos muertos, o no sale vivo ni uno de los que nos ataquen». Y, volviéndose al arquitecto: «A ver, Fontenova, di tú».

Fontenova, al fin, no dijo nada; no tenía importancia. Fue a sentarse en el otro extremo de la sala.

Segunda sesión de *brandys*, esta vez con el mayor en la boca de la chimenea, aprovechando para secarse los zapatos, ¿le ha dado ahora el frío?, el caso es que cambiaba de pie, lo acercaba a las llamas, lo apartaba, y en ese movimiento se le veía el bulto de la pistola pesándole en el bolsillo de la chaqueta. «Sí, señor», decía de espaldas a la sala. «Nunca pensé que lo de la ropa del cabo fuese tan urgente». Dejó pasar unos instantes. «Urgente, ¿por qué, Fontenova?».

Hablaba para las llamas, seguro de que así le oían mejor. «Me sorprende, Fontenova. Palabra que me sorprende. No sabía que Barroca tuviera su francés tan adelantado que precisara ya un traje de paisano». Y luego: «Haciendo la maleta, *pas vrai, caporal?»*.

Se operó entonces un cambio repentino, cuenta Mena, porque dejó la chimenea sin más y volvió a la mesa, al papel y al lápiz. «Fíjense», dijo convocándolos a los tres.

Sobre el plano de la casa empezó a explicar, precisando punto por punto, las diversas situaciones que podían presentarse. Entonces comprendieron: en cada movimiento Dantas C tenía un lugar para el cabo. El cabo cubriendo esta zona, el cabo allí, como apoyo, el cabo protegiendo a Mena, el cabo, el cabo. El París del cabo estaba allí, amarrado a la Casa de la Vereda, que no pensase en escapar. Allí. Paris-sur-Tage, ¡vaya chiste imbécil! Y de nuevo era impresionante la claridad con que exponía, se notaba en él aquella felicidad dramática de la que hacía un rato había hablado Mena.

(Felicidad dramática, ¿dijo realmente esto? Elías medio cierra los ojos blandos en este punto del relato de

Mena. En algún lugar de *El lobo de mar* hay un subrayado que relampaguea en su memoria: «Estaba-viviendo-plenamente-en-el-auge-de-la-pasión». Así, como un mensaje, y en frase textual, tan cierto como se llamaba Fosas y se hacía el distraído. El personaje subrayado era un marinero-diablo, alguien que se pasaba el libro planeando una venganza y desafiando la muerte y el poder. Igual que el otro. ¿No está Mena describiéndole al mayor planeando audacias y emboscadas en plena felicidad? Elías, por más que dude, no puede dejar de pensar en el cabo. El cabo sabía perfectamente lo que subrayaba[17]).

Dantas C exponía sobre el papel y con trazos calculados, pero al correr de las palabras le pasó Barroca por su horizonte, allá atrás, apartado del grupo, junto al armario. Fue como si lo sorprendiera en una maniobra a escondidas apuntalado allí, en la penumbra: «¿Qué es eso? ¿Estás haciendo guardia al teléfono?».

(El teléfono una vez más, piensa Elías. El teléfono pasó a ser el tema clave, ya lo sabemos. ¿Y después?).

Después Barroca aprieta los dientes, se pasa la mano por la boca. Una manaza cuadrada, mayor que él, Mena siempre tiene presente esa mano cuando cuenta esta escena; y encima de la mano, dos ojos increíblemente secos y directos. Nadie arriesgaba un gesto, el menor sonido. Están armados, se inquietó la chica. Para colmo, estaban todos armados en aquella sala.

Pero, lentamente, con la cara erguida, el cabo empezó a bajar la mano. Muy medido aquel deslizarse. La dejó caer, quedar suelta e inútil a lo largo del cuerpo, y con la misma lentitud se encaminó hacia la puerta. Allí se detuvo. De espaldas al otro; ofreciéndose, se diría que se estaba ofreciendo. Luego, sí, se apartó. Al fin se fue.

Dantas C quedó atento a los pasos que martilleaban peldaño a peldaño la subida de las escaleras. «¡Moscas!», rezongaba, «son peores que moscas». Ahora era en el techo, las botas del cabo prolongándolo por encima de ellos, batiendo en la buhardilla. Y el mayor: «No hacen más que eso. Pegados todo el día como moscas al teléfono».

En esto desanduvo su camino de la cocina a la despensa y empezó a revolver armarios y cajones. El lacre, dice Mena, andaba buscando la barra de lacre. Nunca hubiera imaginado nadie que hubiera tal cosa en aquella casa.

Pero la había, y antes de lo que pudieran suponer, ya el mayor avanzaba hacia el teléfono con la barra roja en la mano y el encendedor llameante. Hablaba solo. Decía: «Se acabaron las tentaciones, punto final». Llenó los números del disco con gotas inflamadas, pero sin dejar de rezongar: «Sellado; se acabó la pesadilla; se acabó la tentación», todo esto como una letanía, un murmullo de castigo. Cuando cubrió la última cifra y se volvió hacia Mena y Fontenova, llevaba la mano en llamas. Se le había pegado el lacre a los dedos.

Mena lo reconoce: su primer impulso fue correr hacia él. Pero Dantas C observa la mano con curiosidad, como si no fuera suya. Después se pone a apagarla dedo a dedo hasta la llama del índice. Ésta la levanta muy alto, para que todos la vean y la recuerden. Sin prisa. Vestido de negro, de alzacuello y dedo en llamarada, tenía un no sé qué de iluminado, de sacerdote celebrando un ceremonial purificador por el fuego, o algo así. El teléfono brillaba a sus espaldas con los reflejos de la chimenea, y pronto aparecería ante Mena como la cabeza de un insecto monstruoso con una corona de dientes sangrantes.

Mena: Y eso es todo.

Y lo fue. Que recuerde, ni ella ni el arquitecto añadieron nada a la escena que acababan de presenciar, y Mena estaba deshecha. Quería (quiere) acostarse, acabar el relato.

Y no dijo más, se lee en los autos.

Hasta las moscas largan el vuelo

En la hoja del 22 de abril de la agenda hay anotada una reunión muy de mañana en el despacho del inspector. Asunto: la inmediata detención del abogado, sus determinantes y sus condicionamientos.

A Elías, que llegó con retraso por causa de un resfriado, parece molestarle la presencia del jefe de la secretaría. No está muy claro cuál es el papel del tipo aquel en una reunión de policías, a no ser para poner el sello o irle con el cuento al director. Otero, inspector de homicidios, hace una introducción acerca del *homo politicus*, si es que puede llamarse así. Pensando en el abogado dice que el *homo politicus* es un animal que tiene padrinos en el cielo y ahijados en el infierno, por no hablar del purgatorio, que es donde se junta toda la maraña de conspiradores en *part-time*. Por eso y por otras cosas resulta que: Cuando un cadáver huele a política, hasta las moscas se largan, como suele decir, y muy acertadamente, aquí el jefe Santana. El tipo de la secretaría hace gestos como quien está en la clave del asunto.

Por otro lado, continúa Otero, Gama e Sá, en su condición de hombre de leyes, tiene trucos de sobra, entendiendo por trucos todas las raposerías de los códigos y demás. En esto de la jurisprudencia, decían los antiguos, la ley para los enemigos y la amistad para nosotros, y sólo Dios sabe adónde puede llevar un principio de éstos. El jefe de secretaría indica hacia el infinito con un alzar de ojos.

Elías, para sus adentros: Cuál es el papel de ese tío, etcétera, etcétera.

Saca un vaporizador y lo descarga tres veces en su garganta. Hombre, le dice el inspector con cara de asco, eso ya no se arregla ni soplando, lo que usted precisa es un recauchutado general.

Pero, como iba diciendo, el inspector lamenta informar que la policía había dado rienda suelta al abogado, dejándolo navegar a sus anchas en el dulce calendario del día-a-día, con la esperanza de que se confiara y diera pistas, pero el caballero ese, ni así. El caballero, casa-despacho, despacho-casa, amante de negocios y comilonas de por medio, era una agenda abierta. Moviéndose con perfecta tranquilidad o como si así fuese, no metió la pata ni una vez siquiera, pese a los ojos mil de la Judicial, que lo seguía con ganas, pisándole la sombra, y pese también a la escucha telefónica al minuto que le pusieron.

Frente a esto, concluye el jefe de brigada, no nos queda sino aguardar e ir tendiéndole trampas por si acaso. ¿De acuerdo?

De acuerdo, responde Otero.

Sentado y con las piernas cruzadas, el jefe de brigada se acaricia la calva peinada en cortinilla. Tiene sus dudas.

Otero: Si lo detenemos ahora, el hombre va a pensar que fue por denuncia de la madre del arquitecto y se nos libra con cuatro trucos…

Elías: Eso habría que verlo.

El inspector consulta con la mirada al jefe de la secretaría, pero el jefe de la secretaría se comporta como un testigo enigmático, todo oídos y boca cerrada. Visto esto, Otero vuelve a dirigirse a Elías: Además, está la persona que usted sabe, y el abogado nos va a permitir controlar los informes que ella le ha dado. ¿No cree?

Elías, que ve al inspector pestañeando tras los cristales oscuros de la polaroid internacional, adivina en esta charla al director Judiciaribus en jugada sesgada. Se entretiene un momento acariciándose el lustre de la calva. Veremos, repite. Veremos, como dijo el ciego cuando se quitó las gafas oscuras.

Sonrisa malvada del inspector. Gafas oscuras: eso va por él, pero en tecnicolor polaroid. Se hace el desentendido. Piensa: ¡Vaya tío ladino! Y se recuesta en la silla. Tiene la orden de detención al alcance de la mano, dispuesta para la firma, pero quiere oír primero, conocer opiniones. ¿Opiniones? Elías no acaba de entender por qué diablos está el tipo aquel de la secretaría metiendo las narices en el caso. ¿Vendrá como consejero, llamado de urgencia a los debidos efectos?

Otero: Cabe esperar una reacción en cadena. Detención de la madre del arquitecto, detención del abogado, ya veréis cómo los que quedan sueltos acaban cayendo.

El jefe de brigada continúa ensimismado. Sigue pasándose la mano por la calva, ordenando los cuatro pelos, a ver si pone orden también en la cabeza. Pero, no. Sigue dudando de las ventajas de la detención del abogado sapientísimo. Se acuerda de Roque, de Roque y sus muchachos, que andan por los barrancos de la frontera y por las tabernas de los muelles tras la pista de los dos errantes. Cansados de darles a las medias suelas, pero llenos de salud, Dios los bendiga, porque esto de dormir con las cabras y enamorar a las gaviotas da disgustos pero ensancha el pecho. La paciencia del artista tiene esto.

El inspector tiene ya la pluma en ristre. Va a firmar el autógrafo de los dramas. Despacha el *Manuel F. Otero* en un abrir y cerrar de ojos, y al final da una vuelta para cortar la t, y le pasa la orden de detención al jefe de brigada:

Reacción en cadena, reacción en cadena. Hay que sacar partido de la detención de la madre del arquitecto.

Lógico, concuerda Elías. Madre sólo hay una, y Dios sabe el trabajo que da un hijo.

Otero es hombre de oído ingrato para tales chanzas, pero el jefe de secretaría ni se entera: muestra la cara cerrada como una sentencia de cadena perpetua. Ahora, al verle levantarse, recuerda Elías que el fulano es cojo. Lo había olvidado ya: uno de esos cojos que andan de través llevando una pata a remolque y dando con la otra de plano en el suelo. Allá va, pues, pasillo adelante, y cada día avanza arrastrando más la pierna, el desgraciado. También, del mal el menos, entró mudo y salió callado. Ahora, sí, Elías y el inspector están al fin entre policías. ¿Por qué se ha hecho eso?, pregunta.

Porque así lo quiere el director, responde Otero.

Pero quien lo firma eres tú, dice Elías.

Otero: Es un requisito sólo. En el Ministerio ya saben que no estamos de acuerdo con lo de la detención de la mujer, por eso llamé a los de la secretaría.

Elías: ¿En el Ministerio?

Otero, abierto en una sonrisa: ¿Es que crees que soy tonto?

Visto desde el fondo del sillón de Elías, el inspector aparece atrincherado tras los archivos, con el retrato de Salazar en el infinito de la pared. Está tranquila la casa. La luz de la mañana va revelando el despacho y, caso raro, no se oyen ambulancias alborotando.

Pero, como si lo hicieran adrede, de pronto se levanta una tempestad de gritos, pasos y carcajadas en el comedor. Elías mira el reloj: la hora punta, hora bulliciosa de entrada de artistas y figurantes en los camerinos de la Judicial. Policías de muchos olfatos y mayores desencantos, restauradores de desgraciados escenarios: soplones que vienen a largar su bobadita o cualquier chivatazo secreto; mecanógrafas mascando su chicle y soplando *ideícas* de fotonovela *en fumetti* por las boquitas, ay hijas. Bien, se despide Elías. Voy al médico.

Fosas, le llama Otero cuando tiene ya la mano en el pomo de la puerta. El jefe de brigada se vuelve. No le aprietes mucho, recomienda.

Ya lo sé, dice Elías. Cuando las llamas suben demasiado alto, hasta los ángeles tienden la mano al diablo.

El inspector: Pues ya sabes…

ANOCHECER,

«hora en que los murciélagos ensayan sus vuelos de seda», frase de Elías Santana, jefe Fosas.

En la sede de la Judicial ha empezado el baile de sombras soliviantadas. Los diarios vespertinos, o los que como tales se presentan, han dado ya la noticia de la detención del *Habeas Corpus*, y el inspector se sube por las paredes porque ya han venido a incordiarle en masa los del Colegio de Abogados. Pernea y sopla como siete fuelles: Ya tenemos la bronca encima, maldita sea, ya tenemos la bronca encima.

Es inútil hacerle ver que el muy zorro del *Habeas Corpus* hace tiempo ya que debería estar bajo la zarpa de la Benemérita Judicial. Que aunque hubiera sido detenido en la calle y sin testigos, lo tenía ya todo preparado: secretarias, correveidiles y pasantes, todo preparado para que el escándalo resonara en los periódicos y demás laberintos de la sabiduría. Que son gajes del oficio, que no hay que desesperarse, porque quien tiene las llaves de las esposas siempre está a tiempo de soltarlas, como dice Fosas.

Pero, no. Otero no hace caso, y lo peor es que mañana va a verse metido en otra igual. Otero, con su manía de tirar por las rodadas a los otros, de alinearse con quien sea, acaba siempre llevándose el batacazo. Pero él sigue. Si alguien toma el pelo a un compadre, Otero se ríe hasta que se le caen los dientes. Se agarra al palabreado oficial y, acabado el párrafo, todo son ya enmiendas y raspaduras. Y cuando es el Director Judiciaribus quien dice algo, entonces Otero pierde la continencia, y así va de lío en lío, y cuando se da de narices con el problema, no se le ocurre nada mejor que pegar berridos y soltar puñetazos a la mesa. Y esto es precisamente lo que está haciendo. Aún está ahora en el despacho desfogándose.

Elías lo ha dejado entregado a su mal perder y, con la historia del resfriado, que es la madre de todos los males del cuerpo, dice que va a cambiar de aires. A la cama va. De camino, se paró en una lechería a hacer balance de la jornada.

Resultado del balance de Elías: una mañana a remolque del brillantísimo abogado.

Se ve de nuevo con el abrigo encima, como una albarda, Rua Augusta abajo, Rua do Ouro arriba, y entra aquí, espera allá, ahora Banco Burnay, ahora manicura-barbería, una mañana perdida. El chófer Punto-Muerto al volante de la furgoneta. Punto-Muerto llevándolo de un sitio a otro, y Elías, la mano en el bolsillo del abrigo y el vaporizador engatillado siempre, siguiendo como un perdiguero la sombra del *Habeas Corpus*. Oliéndole los calcañares, podría decirse. Y el *Habeas Corpus* de proa alzada, desfilando solemne. El *Habeas Corpus* saludando a diestro y siniestro, con un romeo-y-julieta en la boca, a la puerta del estanco, para fastidiar.

En la Rua do Carmo se paró ante el escaparate de la Librería Portugal (ahí estuvo el jefe de brigada a punto de echarle el guante, pero se contuvo: Aguanta, Fosas, que el tipo es de armas tomar. Aguanta), y como si se navega de bolina no son las brisas quienes mandan, se dejó llevar a rastras por la corriente.

El doctor brillantísimo iba muy apurado surcando la mañana. Subió Chiado arriba (subieron, más exactamente) en navegación de crucero. En la estela fulgurante que el *Habeas Corpus* dejaba tras él, Elías Santana tuvo ocasión de observar que, guardadas las debidas distancias, el Chiado, picadero de elegancias, era una calzada de cementerio rico en permanente romería. Casas de cantería, portales labrados, iglesias, floristas. Marques-Salón de Té tenía una fachada de mausoleo parisién de los tiempos del cancán de las tuberculosas; más allá había una joyería pequeñita con el recato de un sagrario, terciopelos y pedrerías; libros en el escaparate de Sá da Costa, tumbados como lápidas mortuorias y medallones de fallecidos académicos; en lo alto del calvario, una estatua chorreando cardenillo en la que un muerto ya olvidado está dedo en ristre hacia los viandantes como diciendo: Pecador que me ignoras, en breve te unirás a mí y entonces seré yo quien me ría. *Pax tecum*.

Chicago, el viejo de la estatua, es una figura de la infancia de Elías. Chiado, solterón y poeta jocoso, bohemio e imitador de voces, ¿puede exigírsele algo mejor a un lisboeta? Y, para más, fraile. Lo pusieron en aquella plaza y lo pusieron muy bien, porque es allí donde aguza la sonrisa cáustica que nos lanza a todos los mortales, sentado en aquella banqueta, en un barrio de iglesias y librerías, entre lo sagrado y lo profano, frente a A Brasileira, *café des artistes*.

Pues fue precisamente en la Brasileira donde el abogado entró.

Abordó, humeante, una mesa de caras conocidas (que el jefe de brigada en comisión de servicio no supo identificar, pero le pareció que se trataba de individuos vinculados a la oposición política y a los tribunales) a

poca distancia de un grupo de artistas (por su aspecto bailarines, y probablemente del Teatro San Carlos). Elías, sin perderlo de vista, se sentó junto a la ventana.

Mañana de violetas en los cestillos de las floristas ambulantes y elegancias de paso perfumado; marquesas de *pendantifen* mesas petitorias; la estatua del poeta sátiro; *Habeas Corpus* soltando humazo. Como siempre que venía a la Brasileira, el jefe de brigada reconoció a varios *pides* entre los frecuentadores (y sabe que son gente de la Pide porque alguno de ellos ha mantenido contacto con la Judicial por razones de servicio), pero normalmente permanecían poco tiempo en el café, eran gente de entrar y salir, y por lo general iban a la sede de la Organización, localizada a dos manzanas de allí. Es de subrayar la presencia del agente Seixas[18], de la referida Pide, en la misma mesa donde todas las mañanas el Dr. Soares da Fonseca toma café con algunos diputados.

¿Cuánto tiempo estuvo Elías en A Brasileira? Por sus cálculos, media mañana. Media mañana y dos aguas minerales, con el brillante doctor imperante a pocas mesas de distancia y con el corpachón terrible de Seixas contra la pared del fondo. Afortunadamente tenía una mesa con vistas al Chiado, «*boulevard*» y estatua de poeta con elegancias transeúntes; y con la furgoneta de Punto-Muerto estacionada en los alrededores, bien a la vista.

Este viejo de la estatua era uno de los fantasmas de su infancia, para él era igual a un brujo desdentado que había en Elvas, uno a quien llamaban el Esplérido, y que tenía el cuerpo por dentro como un rebullir de gusanos. No son gusanos, son espinillas, lo tranquilizaba su padre. Pero Esplérido, cuando los chiquillos lo miraban de lejos con cara de terror, se exprimía las alas de las narices con dos uñas y empezaba a sacar por los poros hilillos blancos como gusanos retorcidos. Y se reía, el muy bellaco. Tenía la misma risa carcomida que el viejo inmortalizado en la estatua de bronce.

Elías tiene ese instante muy bien recortado en la memoria: fue una vez que su padre lo trajo a Lisboa. Cuando atravesaron el Tajo había delfines saltando en el agua, y los pasajeros del barquito los señalaban con el dedo, palmoteando, parecía un circo al natural. Y al otro día lo llevo al Tribunal de la Buena Hora, que tiene un nombre muy bonito, Buena Hora: en casos así, a un lugar de sentencias le llamamos de la buena hora y a la campa de un cementerio la llamamos de los placeres. Y luego aquella mañana, al volver del tribunal, dieron con aquello. Él, Elías pequeño, se quedó mordiéndose el dedo, desconfiado, pero su padre le explicó que el viejo aquel era un poeta muerto hacía muchos años y que no hacía daño a nadie. Había más. Poetas era lo que no faltaba en nuestra historia, ya lo aprendería un día.

Elías, a aquella edad, no había empezado aún la escuela y estaba muy lejos de imaginar qué era eso de un poeta. Le metían miedo la risa ruin y las lágrimas negras que corrían por la cara de la estatua. Y como el personaje de Elvas era igual al personaje en bronce que estaba en Lisboa, acabaron por complicársele los sueños; principalmente por el hecho de que éste vestía una toga de juez o algo por el estilo. Muchas muchas veces se quedaba mirando a su padre, lleno de recelo, convencido de que había en él señales ocultas del viejo de la estatua.

Pero en la lechería del barrio:

En la lechería del barrio mientras Elías hace balance de aquella mañana en A Brasileira del Chiado, *café des artistes*, había un silencio en la sala de lectura. Los clientes estaban, y están, sentados, abiertos sus diarios, y el local es demasiado alto, tienda de edificio antiguo con florones y fecha de fundación. Elías va a orinar, conoce el camino. Pasa junto al mostrador, la mampara encristalada y, al fondo del minúsculo corredor, se abre un arco de cantería con seis o siete peldaños, y encima de ellos un inodoro modesto con tapa de madera. Como un trono de altar. Elías se imagina la gloria de un ciudadano sentado en lo alto de la escalera, con los calzones por los tobillos, desovando.

La lechería iba anocheciendo a ojos vista. Los clientes están periódico en alto intentando recibir la escasa luz que viene del techo, pero van a tener que alzarlos cada vez más y subir tras ellos hasta quedar de pie y con los ojos llorándoles.

Entran dos locos mansos del manicomio Miguel Bombarda, que está al lado. Se nota que vienen de allí por las cabezas rapadas, la palidez cadavérica y la ropa de internados; siempre les quedan cortos los pantalones, apenas les cubren las canillas, y llevan cordeles a modo de cinto. Los locos mansos dan una vuelta por las mesas, gesticulando, tapándose la boca con dos dedos. Piden pitillos, eso es lo que quieren decir.

Los clientes se esconden aún más tras los periódicos, y los locos empiezan a recoger colillas del suelo. Después van al mostrador y piden un vaso de agua. Beben sin ganas, sin levantar la cabeza y haciendo pausas y respirando dentro de los vasos. Como los caballos, piensa Elías abriendo el *Diario Popular*.

No lo llega a leer porque aparece el dueño de la lechería con una escalera de mano y la monta en medio de la tienda para colocar un tubo de neón en el techo. Demasiado largo, piensa de inmediato Elías; desmesurado para un establecimiento de aquel tamaño. El dueño de la lechería llega al último peldaño, alza el tubo de cristal en las dos manos, hace rotaciones de tronco a izquierda y derecha. Parece un equilibrista orientándose. Los clientes levantan los ojos del periódico, asistiendo a la ceremonia.

Y, con un arranque brusco, ¡hop!, la barra entra en una cavidad, entra en la otra, hace contacto, la chispa brota velozmente dentro del cristal y ¡luz! La luz estalla fortísima. Música. Alguien ha puesto en marcha el tocadiscos. El aparato aturde desenfrenado.

El local ha enloquecido con tanta luz y tanta música, con el agravante de que el camarero del mostrador se ha puesto a exprimir naranjas con el cacharro eléctrico; las ataca frenético, como quien tritura piedra. Elías piensa: Lechería Metralla, pastelillos y refrescos. Y sueña con mantas de lana espesas y una escudilla de lechemiel.

Aquellos ojos negros…

que giran en la máquina de los discos son de Nat King Cole. Siempre que oye la voz de este negro brillantina piensa Elías en el éxito que podría tener él cantando fados de Coimbra en el trópico. Ángeles criollos de la Catedral Vieja, bananeros en el parque universitario de Coimbra. Sería bonito. Pero el negro King Cole no tiene hoy su mejor noche y está acabando con las meninges del personal. Visto esto, *andante*. Elías se pone en marcha hacia su casa.

Cuando entra en el taxi, el cuerpo le pide cama sin demora. Desliza su estremecimiento febril por el nocturno más triste de la ciudad. Intendente, Socorro, Calle de Franqueiros. Saber que mañana va a quedarse en casa, él y su resfriado, le inquieta. Ahora, con la detención del abogado, hay que acelerar los interrogatorios de Mena: «Prepárese, hemos detenido al abogado».

El chófer es de ésos a lo chulo, de gorra sobre los ojos. Elías conoce el género. El taxímetro: triquitraque, triquitraque. Y él, Elías (la próxima vez que entre en la celda de Mena): «Prepárese, el abogado está ya preso». Así, de pronto, para empezar. El *Habeas Corpus*, rutilante doctor, jurisperito, de puro en boca. El taxímetro: triquitraque, triquitraque. Mierda, mierda y más mierda (lo acompaña el inspector Otero, con sus bigotes sañudos). Triquitraque, triquitraque.

Triquitraque, triquitraque. A Brasileira, *café des artistes*, Seixas, el Torturador, con aquellas gafas negras y aquella nariz hendida de perdiguero. Sentado entre los padres de la patria, imagínate. Doctores de manos limpias, hermoso friso. Y triquitraque, el taxímetro traqueteando. Té Pectoral San Onofre, altea y azahar, Herboristería del Intendente. El conductor lleva a la Virgen de Fátima y a los tres pastorcillos pegados en el *tablier*. Durante el viaje, y luego, cuando Elías sale del taxi, no mira ni una sola vez la ciudad que recorre hastiado como si fuera una ramera costrosa.

Elías sube los ciento treinta peldaños, descansillos aparte, y cae derrengado en la cama.

Le dio un febrón de caballo

Le ha dado un febrón de caballo, comentó el inspector hablando con la mecanógrafa cuando el jefe de brigada llamó desde la sala del lagarto comunicando que estaba entre sábanas. Eran entonces las once de la mañana más o menos, hora perfectamente legal para que ambos pudiesen empezar a tantear al brillante abogado, pero a Fosas le dio aquel escalofrío supitaño y se quedó en la cama incubando el termómetro entre vahos de herboristería y sudores de sábana. Ante esto, Otero sólo tiene una opinión: mierda, que es palabra adecuada para cualquier imprevisto o incordio súbito. Pese a todo, le desea que mejore.

Por la tarde, Elías saca ya las narices de la humareda del cuarto. Llegado el crepúsculo, está ya en la sala, con la estufa de petróleo y el cazo de las vaporizaciones. Poco después oye música: *El barbero de Sevilla* en el plato del tocadiscos. La cosa se va arreglando, unas pastillitas y ya está.

Relee el *Diario Popular* de la víspera. Un olor a eucalipto por toda la casa. En media docena de líneas de última hora, la noticia de la detención del abogado, que en la letra impresa responde por el nombre de Ilustre Hombre de Leyes. Allá él. A Elías le importa un bledo. Pero cree que no hay motivo para tanto follón. Adelante. *Andante, andante*, dice en voz alta (señal de que se siente mejor; cuando Elías está enfermo, nunca habla solo, pierde brío). *Andante*. Vuelve al diario. Suscripción Nacional para la compra de un barco de guerra contra los hindúes; inicia la lista Thomaz Presidente, que declara que el barco se llamará Alburquerque, que tiene que llamarse Alburquerque, Terrible Alburquerque, eso seguro, y que va a vengar el barco del mismo nombre que los salvajes hundieron.

Bueno. Ya está bien. Elías dobla el *Popular*. Como no sabe qué hacer, se sienta al teléfono y marca un número determinado.

—¡Hola, guapa!

—¡Vete a la mierda!

—Pues mira: estaba pensando en ti.

—Déjame en paz, que soy una señora casada.

Desde hace meses siempre empieza así la cosa. De vez en cuando, el cuerpo se siente solo, y Elías marca el número misterioso y pega la hebra.

—Oye, ayer te vi.

—Pues yo también, tiene gracia.

—Ibas con el novio.

—¡Uy! ¡Qué mentira! ¿Con cuál de ellos?

—Con el que te pegó las purgaciones.

—¡Ordinario!

Ruido de que cuelga. Elías, siempre con la boca caída vuelve a marcar.

—¿Te parece bien hacer eso? ¿Plantar así a tu cariñito?

—Ya le he dicho que soy una señora casada.

—Entonces irás lavadita de bajos…

—Toda yo voy lavadita, mi amor. Toda yo. ¿Y tú? ¿Sabes una cosa? Hoy no estoy para tonterías…

—Tampoco yo. Estoy malito (Elías se mira la uña gigante).

—¿Qué te pasa, mi amor? ¿Te han dado por el culo?

—Más o menos.

—Bueno, pues hijo, ya sabes: con nata, hijo, con nata…

—¿Tú te pones nata?

—Siempre, hijo. Mucha. Mira, voy a cortar, que llega mi marido.

—Pues dile que se ponga.

—¿Qué?

—Que se ponga. Tu marido.

—¿Qué?

—Pregúntale al tío si quiere que le eche una mano.

—¡Ay, mi amor! Ven, ven de prisa. ¿Sabes cómo estoy? Mira, estoy encima de la cama, así, estilo *queen anne*, pero tú ya lo sabes, mi amor, ya has estado aquí, ¿te acuerdas?

—Cuando te la metí a gatas. ¡Claro que me acuerdo!

—Pues mira, yo no.

—Seguro que sí.

—¿A cuatro patas? ¡Me encanta! Y debes de haber estado muy torpe para que no me acuerde.

—Llevabas un camisón castaño, transparente.

—Debe de ser un error. A mí me tiran los colores oscuros. No me cae bien el castaño. Pero es igual, fue como dices.

—Llevabas un liguero que no quieras saber cómo me puso.

—¿Un liguero?

—¿Y cómo estás ahora?

—¿Qué?

—Que cómo estás ahora, putita mía.

—Pues tu putita tiene a Sheik sobre las piernas, Sheik es mi *basset*.

—¿Basset o lulú? ¡No me digas que no tienes ya el lulú! ¿Lo mordió el veterinario?

—Siempre tuve un basset. Está aquí, quietecito, y yo llevo unas medias ciclamen, de seda, de ésas con tiritas de plata, ya sabes, y llevo también una cintita de plata al cuello. Sólo las medias y la cinta, querido. La nena no lleva nada más, nada más. Absolutamente nada.

Le duelen los ojos, le duelen las gafas, y el quebranto de la noche le penetra hasta los huesos. Vuelve a la cama. No duerme ni lo intenta. Se queda macerando el verdín de la fiebre con las bisagras tiesas.

A las tantas, despierta. Le sangra la nariz. Madrugada. Adivina la madrugada por el cristal de la puerta. Va al cuarto de baño para cortar la hemorragia.

Aturdido, con la lengua de corcho, ante el espejo del lavabo. Tiende la cabeza atrás y alza el brazo, como un ciego pidiendo paso. En esa postura le es difícil verse, tiene que forzar la mirada a lo largo de la nariz, donde se empapan dos mechas de algodón. El poco pelo de la calva está erizado en un plumaje de pájaro desmedrado. Detrás, al fondo, se refleja la blancura del inodoro contra la pared de azulejos; cortando el espejo cae a plomo la cadenilla con su pomo de porcelana. También blanco, el pomo. También reluciente.

Elías mete la cabeza bajo el grifo. Cuando se endereza de nuevo, parece como si se le bloqueara toda la masa del cerebro y tiene que agarrarse al lavabo para no caer. De nuevo con la cabeza hacia atrás, el brazo en alto, recomponiendo aquel vacío en sí mismo, aquella sordera blanca y mundo blanco, baja los ojos, los fuerza a seguir la quilla de la nariz hasta el espejo y da de nuevo con la pared de azulejos al fondo, con la taza del retrete. Y allí, sentada, está ella: Mena.

La vio como si supiera que ha estado siempre allí, sentada desnuda, con los codos sobre las rodillas. Los reflejos de la luz la disuelven ahora en el vidriado de los azulejos, muy pálida.

Pero hay una sombra que atraviesa el espejo tras él. Lleva el brazo levantado como Elías (podía ser su sombra misma, desplazándose, abandonándolo) y en la mano erguida tiene un dedo en llamas. Llamas, no, sangre. Eso, sangre. Y cuando Mena se acerca, ella, que estaba ya a la espera de ese dedo con la boca tendida como un animal amaestrado, lo recibe y lo chupa. Lo chupa con una cadencia obediente y somnolienta.

Elías reacciona. Se acerca más al espejo hasta ocuparlo por completo con su rostro, y se mira demoradamente. Cara a cara consigo, pero incapaz de pensar, sólo verse. Cuando se cansa, se concentra en una última y silenciosa mirada con la dureza de quien se vuelve de espaldas a un hermano.

Se dirige entonces al retrete y empieza a orinar. Con el brazo en alto, siempre con el brazo en alto, descarga un jarabe ardiente y rubio en chorro estrepitoso —de caballo—. Lanza hasta la última gota en arrancadas bruscas casi dolorosas, que perforan la espuma acumulada en el fondo de la taza.

De cara al techo, casi solemne, quien lo viera diría que estaba deshaciendo con su orina algún residuo de memoria que quería olvidar.

El palacio sin puerta

Pero el jefe de brigada es hombre de muchas noches y pocas camas: a la primera bajada de termómetro está ya a la puerta de Mena. «Prepárese, ha sido detenido el abogado», era así como había decidido entrar.

Mena lo oye sin un estremecimiento. Sentada en la manta, con los pies cruzados, las rodillas abiertas en proa, así estaba cuando él llamó anunciándose y la acechó por la mirilla. Así estaba y así se quedó.

Elías Jefe, acomodándose en la silla, todo él jadeos y reflujos: lo más lógico es carearla con el jurista.

Hay un ligero arquear de cejas. Es todo. Las cejas y la diferencia de aquellas rodillas abiertas: una punta de desconfianza aflora en las gafas del jefe de brigada. Mena no puede ser sometida a careo, no puede ser vista por nadie, pertenece al secreto de la investigación. Desconoce esto (o debía desconocerlo), desconoce todo cuanto pasa fuera de aquella choza de cemento (¿pero lo desconocerá realmente?, se pregunta él). Elías empieza a vaporizarse la garganta con chorros largos y sostenidos. Luego se lleva la mano al bolsillo del abrigo y saca de allá unas notas.

> Viernes, 12 / Segunda visita abogado / Llamada inventada / Sabe que era viernes porque era día de lotería / Complicidad del arquitecto.

Elías Jefe: uno de los puntos del careo va a ser lo de la venida a Lisboa, el día 12. Hay que determinar qué ocurrió después de que el mayor comunicara que el abogado no quería saber nada y la llamada en la que usted colaboró. ¿Mentira? ¿No colaboró en la historia de la llamada telefónica?

La nota es uno de esos papeles con que se redactan los borradores de las confesiones en gramática judicial. Partiendo de lo allí escrito

[puede leerse hoy en los *Autos*, vol. II, que: «En efecto, la víspera del mismo viernes, día 12, el mayor se ausentó inesperadamente de la casa, vestido de sacerdote y portador de un arma de guerra, quedando la interrogada convencida de que había ido a ver al llamado *Comodoro* (Dr. Gama e Sá). Por la tardanza, admite que la entrevista pudo tener lugar de camino y no muy lejos de la Casa de la Vereda, pero no puede asegurarlo […] Recuerda también que el compañero, es decir el mayor Dantas, aparentaba buena disposición, y nada hacía prever lo que iba a ocurrir luego. Tales hechos ocurrieron durante la cena, cuando él comunicó que acababa de estar con alguien muy importante, que le había dicho que se habían tomado ya medidas de seguridad con relación a ciertos cuadros del Movimiento. Entonces preguntó el arquitecto si esas medidas iban a prolongar el aislamiento en que se hallaban. “Has acertado”, le respondió el mayor, “no podemos contar tan pronto con el *Comodoro* (Dr. Gama e Sá)”. Esta declaración motivó por parte del arquitecto algunos comentarios contra el llamado *Comodoro*, y el mayor objetó que era prematuro cualquier juicio relativo a esta persona, pues no disponían de elementos de opinión concretos. “Tú no sabes de la misa la mitad”, le dijo el mayor. “En estos momentos es cuando se ve lo que vale un hombre”. Y añadió que hasta nueva orden seguía prohibido cualquier contacto con el exterior»].

Elías Jefe: Y de ahí viene lo de la señal telefónica que usted fue a hacer a la ciudad.

Mena, con la cabeza baja, se lleva una mano a un seno. Una media sonrisa fatigada: Otra vez a repetirlo todo, ¿no?

Con la otra mano aplasta pensativamente el cigarrillo en el plato de lata.

Repite, ya que hay que hacerlo. Sosteniendo el seno (como si le doliera o le hiciese compañía), repite que sólo estuvo presente en una parte de lo que allí ocurrió aquella tarde. Que las noticias de Dantas C la habían dejado deshecha, y que no era para menos: saberse así aislada y sin solución. Y se fue a acostar. No aguantaba

más.

Repite. Se repite. Ella tendida a oscuras en el cuarto, vestida, y con la ventana abierta. Necesidad de espacio de aire, campo abierto, abierto. Llovía mansamente. Tiene un vago recuerdo de carros pasando por el camino, batir de cascos, rechinar de ruedas, y de una noche de melancolía, sin viento ni frío. Pero no fue por los ruidos ni por la humedad por lo que cerró la ventana, fue por él, por Dantas C. No sabía qué podía imaginar el mayor si encendía la luz y la encontraba así, vestida y con la ventana abierta. Pensaría que era una tentativa de fuga o poco menos. Desde hacía tiempo no veía más que indicios de deserción por todas partes.

Y, realmente, veinte minutos o media hora después estaba de vuelta Dantas C. Pero, para asombro de la chica, mostraba una sonrisa divertida: «¡Menuda cagalera llevan ésos! ¡Están muertos de miedo!».

«¿Miedo?».

«¡Y qué miedo! Tanto que se tragaron lo de la charla Con Gama e Sá…».

Mena no podía creerlo. «¿Que ha sido todo una farsa?».

Era el colmo. Era inconcebible que todo aquel lío del *Comodoro* fuera una farsa. Era algo despreciable. De lo más despreciable. ¿Y, para qué? ¿Con qué objeto?

«Un test de comportamiento», fue la respuesta. «Quien manda tiene que poner a prueba de vez en cuando a sus hombres».

«Pero eso es una indecencia. Es inhumano. No, Luis, tú no tienes derecho a tratar de ese modo a unas personas».

Dantas C jugueteaba con la peluca platinada colocada sobre la cabeza del gato, encima de la cómoda. «Eso lo dices porque no conoces las ventajas de la ducha escocesa». Jugaba con la peluca, tapando y destapando el hocico del animal, caliente-frío, decía, el principio básico de la ducha escocesa. Adelante y atrás, caliente, frío, cubriendo y descubriendo. «Ya verás qué finos andan mañana. Después del susto, el alivio: caliente y frío. Mañana, cuando oigan que suena el teléfono, van a creer lo de Gama e Sá con los ojos cerrados».

«¿Estás seguro?».

«Completamente».

«No quiero decir eso», volvió Mena al ataque. «Quiero decir si estás seguro de que Gama e Sá va a llamar mañana».

«Llamará», responde el mayor. «Alguien llamará, no te preocupes».

Elías Jefe: Pero usted dijo que lo de la llamada simulada fue idea de última hora.

Mena: Y así fue. Por lo menos, eso me dijo al día siguiente por la mañana. Al otro día, cuando estaba yo acabando de arreglarme para ir de compras al pueblo, entró él en el cuarto y me dijo que llamara yo desde fuera como si fuera el abogado.

Esto, y nada más. Sin más conversación. Elías la ve sentada ante él y piensa en la Casa de la Vereda. Sentada en un camastro, no en un taburete de calabozo. Estaba recuperada de su resaca. Mena se recupera siempre. Elías ve el cubo lleno de colillas. Mena embrutecida por el valium, corriendo, arrastrándose hacia el cuarto de baño. Ante todo, diluir el insomnio; después el maquillaje, para envejecerse un poco, la peluca y las gafas de cristales sin graduar.

Quizá estuviera así cuando el mayor le dio la orden. Sentada de la misma manera y con aquellas piernas abiertas, que podía verse hasta la perdición. Y si alguien mira, que mire, peor para él, porque ella está muy por encima de todo, y eso ni le importa. Y está buena, la tía. Está como un tren, pero lo que pasa es que hace como si no se diera cuenta. Claro que también tiene sus fallos. No se puede tener todo. Y allí está ella, rindiendo cuentas a las furias de la Judicial como si fuera una buscona de medio pelo. Ha explicado ya cómo fue instruida para lo de la falsa llamada telefónica. Y la va a hacer, porque él, el coime, es de los que no perdonan. Elías la sigue con el oído, esa voz que tiene un no sé qué de nocturno, una niebla, una densidad. Va por un camino aldeano bordeado de muros desconchados y de matojos de cañas.

Mena: Serían las diez cuando llegué al pueblo.

¿Pueblo aquello? El jefe de brigada lo conoce, anduvo investigando por allá. Hizo exactamente el mismo camino que la chica, primero subiendo el barranco que iba de la Casa de la Vereda hasta la carretera alquitranada, y luego metiéndose entre los cañaverales, por un camino de guijarros, curvas y contracurvas, hasta desembocar en una plazoleta con una fuente: Fornos. Y, en cuanto Elías llega, se da la cara con un buey que mira plácidamente la fachada de un palacio.

Palacio es quizá excesivo. Digamos más bien un caserón. Ventanas de ojiva, frontis de azulejos y, encima, dos grandes vasos vidriados, pero sin puerta. El buey, que sin duda andaba de turista, fugado de las cuadras, estaba precisamente ante la moldura pétrea que señalaba el portalón tapiado.

Fuera de este delirio de escenógrafo, el pueblo era como para taparse los ojos y no verlo ni en el mapa. La plaza, y basta. Había un puesto de telégrafos, un distribuidor de gas con las bombonas ante la puerta y un taller de chapa en un antiguo patio de tonelero. Todo en la plaza. Y el café, en la plaza también, —café sin nombre—, desde allí llamó Mena a la Casa de la Vereda.

En el café sólo había dos muchachos jugando al futbolín. Sobre sus cabezas, un televisor en una tabla

colgada del techo por dos astas cromadas. Un televisor en un trapecio, pensó Mena la primera vez que entró allí. Pero esta mañana ni se fijó en él; se fijó sólo en los que estaban jugando, que aparte de valer cada uno por un equipo hacían de público, con aplausos y silbidos, pitaban al árbitro y acompañaban las jugadas imitando una retransmisión radiofónica, con publicidad y todo. Bomberos los dos, vestían el azul de los bomberos y llevaban el gorro colgando del cinturón del mono de faena. Pero eran casi unos chiquillos. A juzgar por la edad no pasaban de trompetas de banda, de esos que van marcando el paso por la pauta musical entre una revolada de cohetes.

Cuando la dueña salió al mostrador, llegando de las zonas traseras del negocio, se extendió un olor a rehogado y se oyó el llanto de un chiquillo. Mena tomó un café y compró un cartón de tabaco, dos botellas de coñac, un cuarto de azúcar, chicle y periódicos. Luego, órdenes son órdenes, fue al teléfono automático y metió la moneda de Judas. Por el cristal del escaparate se veía la plaza bajo la lluvia mansa.

Mientras marcaba, observaba mecánicamente el palacete sin puerta, pero sólo tuvo consciencia de eso más tarde, cuando estuvo de regreso en la Casa de la Vereda. Entonces se vio a sí misma llamando, y vio el palacio exactamente en el mismo ángulo en que apareció ante ella a través del escaparate del café. La casa sin puerta. Mena, difuminada en la lluvia y pateando el camino entre cañaverales, fue soñando la casa por dentro: tapices austeros, mesa puesta con plata pesadísima y frutas de colores nobles en cascada. Ni un alma. El tictac de un reloj de pesas. Un gatazo entre terciopelos como un patriarca decrépito: le cuelgan de las narices dos lágrimas gordísimas. Cristalizadas.

Mena calcula: llegó a casa entre las doce y las doce y media. Salía humaza de un montón de estiércol, al borde de la carretera.

Elías Jefe: Y luego se reunieron…

Luego nos reunimos, confirma Mena. O antes, la reunión había empezado ya. Estaban los tres alrededor de la mesa cuando ella metió la llave en la cerradura y salió el arquitecto con la noticia: «¡Gama! ¡Gama e Sá! ¡Por fin ha llamado!».

Fue primero a cambiarse de ropa, y luego bajó a la sala, de muy mala gana, bien lo sabe Dios. Las cosas le resultaron más fáciles porque Dantas C iba lanzado en su discurso y no lo interrumpió. Le hizo simplemente una señal para que se sentara, añadiendo que el *Comodoro* había llamado a las once y media, lo que, si Elías no se engaña, significaba que ella debía estar a la misma hora del día siguiente en el despacho de la Rua do Ouro. ¿No?

Mena: ¿No sería posible hacer que limpiaran el suelo? Creo que por ahí, en cualquier rincón, hay una rata muerta.

Era una impresión suya, le responde el jefe de brigada torciendo la nariz. Y vuelve al caso. La parte más importante, dice, es la conversación con el arquitecto. Ahí es donde el jefe de brigada le pide que sea explícita.

¿Más aún?, pregunta Mena.

Se levanta. Va a la maleta. Se pone un jersey por los hombros, cruzando las mangas por delante en una vuelta larga. Es pesado y ancho, burdo, observa Elías (¿un jersey de hombre?; tiene uno azul de cuello alto que recuerda uno de marinero).

Mena se pega a la pared del fondo. Queda frente a la puerta, con el camastro a la izquierda, el policía a la derecha. Lejos, muy lejos de allí, empieza a dibujarse una buhardilla.

La buhardilla. Y la carta. Los labios blancos del arquitecto entre las vigas subían en ángulo desde las paredes. Yo había pasado la tarde en la buhardilla, dice Mena con voz pensativa. No quería ver a nadie, se justifica. Después de la farsa de la llamada sólo tenía ganas de irme muy lejos. Y fue así como la encontró Fontenova[19], sola, en el lugar más distante de la casa. Leyendo tendida en el jergón y oyendo la radio, oyendo también a los ratones, porque ni en este calabozo los ratones la dejan en paz, los siente de noche allí, al pie del taburete, en algún sitio, por las cañerías del lavabo. En la buhardilla los tenía mismo encima, era un tropel de carreras, de luchas, de copulaciones, en eso se resume el vivir de los ratones en los desvanes de las casas de campo. A veces se abrían silencios y no eran silencios, eran esperas, pausas desconfiadas sondeando a quien escuchaba. Bien, ella estaba así (lejos como en esta celda) cuando apareció el arquitecto Fontenova.

«He estado pensando, Mena».

Quedó parado en la confusión de las vigas que sostenían el techo. «La llamada», dijo. Había estado pensando. Aquello de Gama e Sá era el golpe final. Ya verás, Mena. Se confirmaba lo que el mayor sabía ya por otro contacto, que dejaran la casa para siempre. Es un cerdo, un cerdo. Sabía que estaban aislados, que no tenían la menor oportunidad de escapar, nadie a quien recurrir, ninguna oportunidad, y quería dejar muy claro que él se lavaba las manos, que no hubiera la menor confusión. ¿No?

Pero admitiendo que no. Admitiendo que el abogado había dado marcha atrás y estaba dispuesto a colaborar, Fontenova no creía que fuera a dar ni un céntimo, ni a prestarles ayuda, fuera la que fuera. Promesas, sí. Para prometer y para fastidiar, para eso sí sirve, ese cabrón de Gama e Sá.

El arquitecto hablaba en voz baja y cara a la puerta. «Después de la llamada de esta mañana, ¿has pensado qué iba a decir Dantas si el tipo ese continuaba dando largas?».

«Mejor no pensarlo», murmuró Mena.

Y él: «Por eso hay que estar preparado, cueste lo que cueste».

Caía la tarde, y Mena empezaba a temer que el mayor apareciera por allí. Al atardecer, la casa quedaba casi siempre en silencio, un silencio que hacía pensar en lo peor, añade ella.

Pero el arquitecto se fue pronto. Se acercó a la puerta, atento a la escalera, volvió y le entregó una carta.

«Lee. No quiero fastidiarte, pero no se me ocurre nada mejor».

Mena relee en la memoria. Era una carta de adiós dirigida a la madre del arquitecto pidiendo ropa y dinero para el viaje, dos hojas realmente emocionadas y llenas de infancia. Escribió estas hojas como si presintiera que iba a morir, observó mientras leía. Fontenova, desde la puerta, iba aclarando. La ropa era para el cabo, explica, y ya tenía sitio donde guardarla; el dinero era para que ella se lo diera a Dantas C como si hubiera venido del abogado. «Mi madre conoce muy bien mi letra, pero, por si acaso, puedes llevar mi reloj para identificarte».

Elías Jefe: Ropa y dinero. ¿Para qué la ropa? ¿Para ponérsela a escondidas del mayor? ¿Cree que era para eso?

El jefe de brigada se pone en pie. Olfatea que es aquí donde está la raíz del crimen. Aquí. Siguiendo la buena lógica de las desgracias consumadas no ve qué explicación iba a dar el cabo al mayor si aparecía de traje nuevo cuando salieran de allí. ¿Oferta de Cáritas y de las vizcondesas Polvo-de-Arroz para el soldado desconocido? ¿Recuerdo de Papá Noel en el rescoldo de la chimenea? Elías no ve salida. Peor: hasta la ve de más. El arquitecto, al mandar venir ropa para el cabo, estaba preparándole el salto a las bidonvilles. O quizá pensaba que el mayor iba a estirar la pata antes de que el mozo estrenara el atavío. Una de dos.

Elías Jefe: Este arquitecto me parece un tipo de pronóstico. No acabo de situarlo. Cuando voy a hacerlo, se me deshace en la niebla.

TESTIMONIO DE UNA POLLERA, PROPIETARIA Y CRISTIANA

Antes de entrar en el gabinete, el jefe de brigada pasa por la sala de los agentes, donde está una dama explicándose en persona y por escrito. Se trata de una mujer de carnes prietas y chales con cordones de oro colgando, y el agente que la oye tiene el dedo engatillado sobre el teclado, pronto a disparar.

La denuncia, que estuvo olvidada entre por los cajones de asuntos aplazados, reza que Fulana, comerciante de aves y derivados, con establecimiento abierto en el Mercado 24 de Julio de esta ciudad, presenta denuncia contra el señor mayor Dantas Castro, quien, en su condición de arrendatario del piso 8.º D de la casa de la Avenida de Roma, de la que es propietaria, causó daños, abusó, destrozó e hizo trizas, y sigue una descripción que Elías conoce en general pero que no intenta pormenorizar porque no es hombre que pierda el tiempo en menudencias conmovedoras. Tal como llegó, sale de la sala sin decir ahí te pudras.

El agente que está al teclado: Aquí dice «moralmente lesionada». Moralmente, ¿en qué sentido?

La denunciante: Escándalos, señor agente. Ofensas a la moral cristiana.

El agente: Eso no es respuesta. La moral cristiana da para todo.

La denunciante: Desgraciadamente. Hay muchos que se dicen cristianos y se sirven de la Iglesia para encubrir su mal ejemplo. Sé lo que es eso, señor agente, porque soy testigo de Jehová. Seguro que ha oído hablar de nosotros.

El agente: En cuestión de denuncias, la policía se rige por el Código Penal y nada más.

La denunciante: Y hace muy bien. Así Dios me salve.

El agente vuelve a leer la denuncia. Dice que el arrendatario abandonó la casa sin preaviso y con mensualidades adeudadas, y que dejó las puertas y las paredes interiores con pintadas obscenas, lo que la denunciante considera falta de respeto y abuso de lo ajeno, y firma con una caligrafía lenta y tormentosa.

El agente: ¿Qué frases obscenas?

Se estremece la permanente de la denunciante; tiene matojos de pelo en las ventanas de la nariz y ojillos recatados. Palabrotas, dice con un susurro.

El agente: ¿Cuáles, por ejemplo?

Fulana por aquí, fulana por allá, responde la pollera en voz aún más baja.

Y el agente: ¿Fulana? Diga puta, señora. El escrito ha de ser exacto.

A través de la mampara puede verse a Elías sentado a su mesa. Está de lagarto, como dicen los agentes. Manos quedas, pensamientos en las nubes. El pescuezo se proyecta fuera de la argolla del cuello de la camisa como una cuerda ósea, y las gafas son dos reflejos ciegos y flotantes. A veces, cuando se queda así, le pasean las moscas por encima.

Pero es entonces cuando extiende la uña llamando: Pst, pst. El agente que está lidiando a la pollera responde prontamente a la señal y viene con la mujer a remolque dándole a las alas del chal de merino, toda

ella un tintineo de oro y arracadas. Después de dejarla en la jaula de Elías, sale mansamente: Con permiso, Jefe.

Ahora la charla es otra. Manos en los bolsillos del pantalón, los faldones del abrigo espetados atrás, Elías se pasea alrededor de la denunciante. Hace la rueda. No arremete de improviso, apunta cosas; luego, marcha atrás, vuelve a componer la rueda, después salta. En cuatro o cinco fintas bien medidas sabe suficiente de hechos y razones para mandar a la de las gallinas a la calle.

Partió de una frase inmoralísima, «SOY UNA PUTA PUERCA» (*puerca desvergonzada*, fue la traducción que le llegó de la pollera de Jehová, para facilitarle el protocolo) y, tras esta frase, tras esta sentencia violentamente proclamada en puertas y paredes de la casa de la Avenida de Roma, fue descubriendo secretos de Mena y del mayor, secretos de cama y de cocina. Entradas a deshora y carnavales a puerta cerrada; cenas en porreta (dicen) y libaciones por todas las bocas del cuerpo; peleas nocturnas rematadas con batallas de amor. Y todo lo que es lícito suponer.

En una palabra: Discrepancias, lamenta la pollera. (¿Discrepancias? Libertinaje, quiere ella decir); hay gente para todo, añade. Una chica que iba de tiempo en tiempo por la casa, a limpiar aquello, dice que era un relajo. Que hasta insultos. Que en una ocasión metió la llave en la cerradura y los encontró en la cama, insultándose y dale, que era una tal, pues mira que tú, y vuelta, y ella so tal, y él que eres una fulana, que dice la chica que aquello era para encresparse aún más, porque entre tanto iban haciendo también lo otro, ya me entiende…

La pollera es muy franca, una parte de lo que sabe llegó a sus oídos a través de la portera, otra por el hermano de la misma, que le hace los cobros en el mercado.

Elías Jefe asiente con la cabeza. Las porteras, ¡qué maravilla de oído el de las porteras! ¡Y qué lenguas de platino! Muchas, casadas con policías, son policías también por comunidad de bienes; otras, como abejitas de casa en casa, rebuscan y rebuscan almacenando secretos; pero son casi todas campesinas, perros de presa en medio de la puerta, muy domésticas ellas. Como los perros, muestran el diente al pobre y abanican al rico con el rabo. ¡Qué mina, las porteras! Ésta, además, es de toda confianza, porque, dice la señora, trabajó años y años en las pollerías de Sobreira, y allí sólo dejó amigos.

Pues, muy bien. Y escarbando, escarbando, la pollera llega a la conclusión de que incluso después del arrendamiento (7.5.1958, cf. denuncia de referencia). Dantas C continuó manteniendo casa en algún sitio con la legítima, es decir, con la mujer con quien estaba casado por la Iglesia. Esto, la verdad, una lo entiende, porque al fin y al cabo, tratándose de la fe y la moral, el casamiento es sagrado. Elías piensa que la razón es otra, pero no está para explicarlo allí: el 58 fue el año en que el padre de Mena pasó más tiempo en Portugal, y a los papás no les gusta nada descubrir a la hija entre las sábanas de los amigos. Y si, además, los amigos son compinches de calaveradas, entonces Dios nos libre, el acabose, y, encima, la carcajada final.

A la propietaria de fincas y gallinas esta cuestión de las dos casas le dio siempre que pensar. Dos casas el mayor, dos casas la amante, para al fin pasarse la chica todo el tiempo en la Avenida de Roma, sentada a la espera y fumando. Con la cadenilla de oro en el tobillo, añade Elías para sí; con la ajorca, y rodeada de olor y la ausencia de su hombre. Es así como la ve en aquella casa. Y adiós Estrada da Luz, adiós apartamento vuelto hacia atardeceres de cigüeñas en el zoo. Adiós chiquilla de otros tiempos, de los pavos reales y de la melena altiva.

La señora se lamenta: Para mí que la chiquilla estaba enamoradísima, la muy tonta.

Está segura de que tanto la portera como la telefonista de la Marconi, que vivía en la misma planta de la casa, estaban hartas ya de oír discusiones. Se insultaban, quiere decir. El mayor, que tenía unos pulmones de león, se ponía a gritar por nada que de la puerta para afuera cada uno tenía su libertad y que no necesitaba que ella le diera cuenta de lo que hacía. Esto, ya ve, ya ve si son maneras. Claro que la chiquilla le mostraba los dientes: «Estoy harta de libertad», gritaba a quien la quisiera oír, «todos me quieren dar libertad y, por mí, que se joda la libertad». (*Se fastidie*, dijo la pollera, y perdone la expresión). Y, a propósito: Consta, señor Jefe, que la muy idiota quería tener un hijo de él, pero que él no quería.

¿Un hijo? Elías pide más detalles. En el fondo estaba seguro, un hijo es el vértice del orgullo de la mujer sola, su sello final, es la mujer renovada por la misteriosa pacificación de la carne y del amor, como escribió alguien en el *Almanaque de las Familias* entre ilustraciones de pajaritos. Elías entiende. A partir de esto puede imaginar la tragedia del dúo; el mayor recordando a Mena la independencia de los amantes, el aburrimiento del amor rutinario, la falta de imaginación, las limitaciones, todas las rimas en suma de la canción del correfaldas. Y ella, que sí, que ya me entiendo, y protestando de que amor es uso, es posesión, que para qué quiere la libertad. Entre tanto la portera de la casa y la telefonista, con la oreja pegada a la pared como en los folletines de las posadas malditas, se muerden los labios y escuchan: «Que se joda la libertad».

Cosas así sólo se le pueden contar a la policía porque interesan a la justicia, aclara al margen la pollera. ¡Pero qué lío! La misma fregona que trabajaba para la pareja cuenta que ella, la amante, era la primera en no querer que el mayor abandonara a la legítima. Todo muy raro, la verdad. Lo quería para ella, pero le dejaba la mujer, ¿por qué?, ¿por orgullo? Es posible. La pollera había pensado mucho en eso, pero no atinaba. En conclusión: las consecuencias están ahí, los destrozos y las porquerías que vienen en la denuncia.

Esta vez no fue sólo la portera quien dio fe de lo acontecido. La telefonista y el inquilino del piso de abajo despertaron despavoridos. La señora de las gallinas no tiene idea clara de cuándo ocurrió aquello, pero debió de ser, indica apretando el labio con dos dedos, allá por Navidad. Por ahí, dice ella. Vísperas de Navidad, y de madrugada, pues el marido de la portera había llegado del turno de noche cuando se declaró aquel terremoto y «¡Soy una tal!» y «¡Soy una cual!», eso que usted, señor policía, ya sabe, suspira la señora.

Insiste en que todo fue muy raro, era siempre todo muy raro. Pero hay gente para todo. La telefonista asegura que eran cosas de celos, que había otro hombre. Es mejor no profundizar sobre cómo y cuándo oyó lo que dice, porque, en esto, las telefonistas van por días. Hay días en que no hacen más que ir probando con las clavijas, y entonces nadie es dueño de su intimidad. A mí lo que más me fastidia no es lo que cualquiera pueda hacer. Eso, allá cada uno. Lo que me fastidia, realmente, son los daños que han causado, termina diciendo la gallinera de los huevos de oro. Eso es muy duro, señor Jefe. Que la perjudiquen a una y no tener quien haga justicia. Eso es muy duro.

Elías, con algunas promesas de vamos-a-ver, la ahuyenta hacia la sala de los agentes. Están todos amorrados sobre las máquinas de escribir.

Queda agazapado tras la mesa del despacho. Digiriendo, como una boa. Con su memoria de *cassette*, sus sirenas y sus obsesiones, se rodea de las sombras y las frases que la pollera dejó flotando en el despacho. Soltó la lengua sin dificultades, todo muy rápido, fácil, y ahora, sólo ya, suma las miserias que quedaron flotando tras ella, así la abarca mejor. La experiencia le dice que el investigar es como en las películas, sólo después de la pantalla, sólo después de lo contado y visto, es cuando, repitiendo y estableciendo conexiones, se ven las películas de manera total y por dentro.

POLICÍA INTERNACIONAL
Y DE DEFENSA DEL ESTADO
SERVICIO DE INVESTIGACIÓN

Informe: Inspección en la carretera CN-14-01

Identificación: automóvil de turismo, marca Ford Taunus, color ceniza metalizado. Debidamente documentado y registrado; seguro cubriendo personas y bienes; los números del bastidor y del motor, conformes. Prop. = exmayor de Art.ª Luis Dantas Castro. Obs. = El vehículo referido fue aprehendido y puesto bajo custodia por interesar a las investigaciones en curso relacionadas con la tentativa de rebelión militar en que participó este exjefe del Ejército.

Ahora es aquí donde Elías posa las manos, en este papel. No lo lee de nuevo, no es necesario. El papel le muestra con transparencia cosas que se sobreponen perfectamente a las memorias de la pollera, y todo aparece tan perfectamente ajustado como en las películas. Hace aún poco vivió las escenas del folletín: porteras y vecinas escuchando pasmadas tras la puerta de un piso de la Avenida de Roma. Ahora tiene al hombre, y lo tiene por la prosa de un informe policial: la descripción de un automóvil, con el kilometraje, los accesorios, que nada escape, que nada falte. Incluso la referencia a un adhesivo del Hotel Ariston Palace, Barcelona. Hasta eso. Monedas encontradas debajo de la alfombrilla; un lápiz de labios, una bolsa de *toilette* hallada (marca Dior) en la guantera conteniendo seis píldoras anticonceptivas y una uña de jabalí. Para terminar los análisis: ni vestigios de sangre, revela el Informe Pide.

Perfecto. Pero si no hay sangre, hay: esperma. Pausa. Residuos de esperma. Nueva pausa. Aquí es donde empieza a centellear la uña mágica. «Residuos de esperma humano detectados en la tapicería de los asientos delanteros y en la puerta anterior derecha (del lado de Mena, pues), así como en el cierre de la guantera y en la referida bolsa de *toilette* que se hallaba en el interior de la misma». Y, una vez más, el mayor aparece despojado de rostro, es sólo un indicio, una huella. Una huella de semen o de sangre, un vendaval de insultos, una leyenda de soldados. Siempre así, nunca pasa de esto. Hasta cuando lo descubrieron podrido y medio devorado por los perros, no era más que un rastro, memoria. Porque, recuerda Elías, el desdichado se llevó consigo, en la nave de los muertos, su verdadera imagen y dejó para los que aquí quedaron un ojo airado salido de la órbita y una masa informe de carne y de tendones cubriéndole la calavera. Su verdadero retrato sólo San Pedro lo podrá dar ahora, y hasta Elías duda de que sirva para algo, porque cuando el mayor llamó a las puertas del cielo iba ya todo hecho piltrafas y medio descarnado.

Ahí tenemos, pues, la uña rutilante sobre la prosa policial. Mena está también en esas líneas que dejó allá tan irrevocables como las que quedaron entrañadas en las paredes del piso de la Avenida de Roma. ¿Cómo estaría en la noche de la expiación? ¿Bebiendo?, pregunta Elías. ¿Alzada la cara, expeliendo pitillos encendidos como un arcángel de circo? Tras ella hay una sombra. Tiene que haberla. Es el Otro. Lo dijo la pollera. El otro, el segundo hombre, el par de cuernos que anima el escudo de la chimenea. Pero el Otro, ¿quién? ¿Un intelectual? ¿Un botarate de Porsche y tragos de bar en bar? ¿Un ligue antiguo de la Facultad?

El jefe de brigada volverá a la celda de Mena con la denuncia de la señora de Jehová. Tendrá que actuar rápido, ablandarla con su presencia de policía oscuro y paciente para que la chica se suelte y deje transparentar los aspectos privados de la historia a la que Elías, para su propio uso, ha bautizado con el rótulo de Los Muros de la Expiación (la culpa la tiene su manía de las películas de tema bíblico) pero que es simplemente un fado de alcoba y Magdalena arrepentida. Oirá e irá registrándolo todo. Al final tendrá incluso que pasar la esponja por alguna palabrota y por una serie de miserias humanas, pues en asuntos de esta intimidad son indispensables las confidencias en lo hablado, pero no tanto en lo redactado. Et voilà.

Pero Mena lee la denuncia y se la devuelve: Sí, es verdad.

Elías Jefe: Lo reconoce, pues.

Y ella: ¿Lo que pone ahí? ¡Pues claro que sí!

El jefe de brigada, clavado en el marco de la puerta; la detenida, en el fondo de la celda, con los brazos cruzados.

¿Y ahora? Ahora, al fin, todo es sencillo. La acusada confiesa, el policía pone el sello, y la gallinera ofendida canta en el gallinero y se acoge al ala del juez. Que la aguante él. Todo muy simple, todo conforme. Mena puede, no obstante, alegar atenuantes, si es que las tiene, debe incluso alegarlas, en opinión de Elías.

Mena se encoge de hombros: Atenuantes.

La camisa que lleva le cae a saco hasta los muslos y le da un aire como si llegara de un paseo por el campo, piensa Elías. Pero al mismo tiempo nota un perfume raro, una irradiación, un eco de la piel.

Mena, muy directa, la cabeza erguida: A menos que sea atenuante el que a una le guste un hombre. O agravante. Tal vez le interese estudiarlo a fondo. Usted mismo…

Hay una luz cualquiera en el rostro de ella que no se ve, se siente, y que Elías no le conocía. Algo que se escapa, no sabe qué. Después, ese perfume. Es verdaderamente raro y personalísimo, es como un roce de sombras, cristales nocturnos; el perfume, piensa Elías, es el reflejo de ella, el mundo al que pertenece.

Elías Jefe: Agravante o atenuante, el problema es suyo.

Mena se apoya en la pared, siempre con los brazos cruzados. Como si se quedara preguntando: ¿Lo cree así realmente?

Lo contempla, casi lo contempla, doblando la hoja de la denuncia de la pollera, alisándola con dos dedos, con mimo de archivero. Diciendo: Como ve, todo es muy sencillo, todo está conforme. Ajustándose las gafas con la punta del índice —pero para mirarla a ella, no al papel—. Y ella, con aquella manera aburrida de apoyarse en la red, viendo pasar el mundo, ella no lo sabe, pero al jefe le recuerda a una de esas muchachas rebeldes de las películas americanas a la espera del amante-estibador. Ahora no le recuerda el campo, ahora está o se recorta contra el paredón de la mala fama, con la camisa del tipo aquel sobre su cuerpo, para que no se le escape su olor. Es mujer para eso y para mucho más, piensa Elías.

Elías Jefe: A ver si hay suerte y no le cae ningún juez de mala uva. Bien vistas las cosas, lo único que hay aquí son daños materiales.

Mena sigue igual. ¿Jueces? Le es igual. Pero Elías le hace ver que no hay que fiarse. Los conoce a todos, a los leguleyos. Calvorotas, con matojos de pelos en las orejas, hiel por todos los poros. Por eso lo dice. Por eso le avisa. Son sabios despechados, los jueces. Se vuelven locos de alegría cuando le pueden poner el sello de las perversiones a alguien que cae entre sus garras.

Perversiones. Mena está a punto de responder con una carcajada. Francamente, dice. Pero no me importa contárselas, las perversiones. Por escrito, si es necesario, ¿dónde está el mal?

Elías la tiene ante él, allí donde las paredes hacen ángulo. ¿Perversión una estupidez de aquéllas en las paredes?, le pregunta Mena.

Y continúa. Ni fuma ni se acuerda de fumar. Y Elías descubre que con aquellas preguntas ella cuenta, está contando, la noche de la gran desesperación, Navidad de 1958. ¿Son así, tan primarios, los jueces? ¿Los asusta tanto que una mujer confiese que se fue a la cama con un hombre? Por otra parte, les molesta la palabra *amante*, ¿por qué?

Contar en forma de preguntas, dirigirse a alguien impersonal, Elías nunca había asistido a una confesión como aquélla. Aguza lo más que puede el oído y los lentes (llenando por su cuenta los espacios en blanco) mientras ella va avanzando, avanzando, con frases medio sueltas, como desenfadadas. Está llegando casi a los muros de la expiación, falta poco. Ya le ha dicho al mayor «Ayer me fui a la cama con un tipo», se lo dijo aún allí, en aquella celda, aunque con palabras extraviadas. Y sigue con la misma tonada, indiferente. El perfume. También surge de cuando en cuando el perfume. Elías se siente atravesado por la narración, ella tiene un aire de cómoda altivez que está muy por encima de este respirar de policía y calabozo.

«Una estupidez», la oye decir. Pero no es un desahogo de ahora, viene de muy atrás y es ella dirigiéndose a Dantas C cuando ambos estaban cortados por el silencio que siguió a la confesión. «Estupidez», fue todo lo que ella consiguió pronunciar, comprendiendo que nunca en la vida había amado tanto a aquel hombre como

después de haberlo traicionado, que lo amaba hasta la destrucción. Y Dantas C, pasados unos instantes: «¿Lo conozco? ¿Puedo saber con quién fue?».

Colgado del abrigo, bien encuadrado en la puerta, Elías procura imaginarse al mayor interrogándola serenamente. Con quién fue. Cuándo fue. Y dónde. Cuántas veces. Y cómo, de qué maneras. Hasta que desde el fondo de toda su determinación y de todo su reconocimiento, ella no puede más y corre a abrazarlo en lágrimas: «¡Pero qué hice, amor! ¡Qué hice!».

Mena: Sé que a la gente le encanta el arrepentimiento. Lo sé. Y si yo decido explicar cómo pasó todo, quizá hasta deba pasarme. ¿Por qué no? Es natural. No hay nadie que alguna vez no haya hecho algo de lo que luego tiene que arrepentirse. Y ellos quedarían más tranquilos. Una mujer arrepentida es algo tranquilizador, ¿no? Una atenuante, para más. Pero eso es lo que yo no haré jamás ante ningún tribunal. Quíteselo de la cabeza.

—¿Yo? Quitármelo yo de la cabeza, —eso es lo que ella ha dicho. Yo, Elías. No es la primera vez que Elías vislumbra que, llegado un momento del relato, es él quien se convierte en blanco. Él, Fosas. Y, de pronto, se cierra. Oye a Mena agarrada locamente al mayor: «Amor mío, qué he hecho, qué he hecho», pero pronto pasa a verla bajo otra luz. Cuidado, amigo, atento con sus mañas. La virgen de los pavos reales en aventuras fracasadas, es como él la oye de aquí en adelante. Otra luz. Otras lentes. Ahí la tiene, cambiando de camisa como una culebra y poniendo a la vista su segunda piel, que es la de la pobre chica ansiosa de perdón. Así es, dejémonos de cuentos. Lágrimas de sirena y el cuerno comprensivo; *errare humanum est*.

Pero, alto ahí. Parece que el folletín ha dado un giro. Por lo que acabo de oír, el mayor, después de informado de los secretos de la cama ajena y de los remordimientos de la bella adúltera, sintió encendérsele la estrellita y le dio la palmada del buen pastor a la ovejita perdida que vuelve al redil. Lo que pasa es que se la aplicó con tanto sentimiento y con tal dedicación que la desprevenida perdió pie y cayó redonda contra el suelo.

«¡Puta de mierda!», empezó a gritar. «En la cama con otro, y luego viene contándomelo».

Si no fue así, fue más o menos. Puta. Puerca de mierda, fue con toda seguridad lo que el mayor dijo.

Mena: Es evidente que no iba a desesperarme de aquel modo si no hubiera sido maltratada. Insultos, bofetadas. Es lo que se deduce de la denuncia de la mujer. Pero lo que le sorprendió fue el disparate de dejarlo escrito en las paredes. La terrible monstruosidad que allí quedó. Lo demás, que se vaya al diablo, sólo iba a complicarlos aún más.

Habla siempre con imprecisión que acaba en precisión absoluta. Es cuestión de afinar el oído y las meninges. Cuenta más de lo que dice, y ésa es su carta. Por eso, y para situar las palabras, para la debida comprensión de los hechos y del caso, Elías ilumina la acción con el estilo que conoce de Dantas C y con lo que da por sobreentendido porque es ley de vida. Puta. Puerca de mierda. Si no fue exactamente así, lo es ahora.

Porque no es preciso ser brujo para saber que de estas palabras salió lo de los gritos en las paredes. Con ellos se aturdió Mena cuando se vio sola y despreciada en el cuarto. Fueron estas palabras, no otras. Quedaron resonando en sus oídos mientras el mayor, allá dentro, iba amainando, se quedaba dormido, mientras los objetos, las paredes, los muebles, la miraban, y ella, allí, sangrando. Después, ocurrió lo que ya se sabe: Mena, bolígrafo en mano, escribiendo por las paredes, por las puertas, por los cristales, por todo lo que representaba límite, barrera, y donde pudiera dejar bien a la vista, para que lo leyeran.

SOYUNAPUTACERDAPUTACERDAUNASOYUNA en la Sala, en el vestíbulo, en el pasillo, y acabó doblada sobre sí en el cuarto de baño, en el lavabo, jadeando, ahogándose, Dios, cómo estaba.

Iba en su busca al espejo, resume Elías con su lado más ácido. Pero no era verdad. Mena, al contrario, lo que quería era huir de sí misma. Fue como loca, corriendo a lo largo de las paredes, destrozada, haciéndose pedazos, y cuando levantó la cabeza y se vio en el espejo no se reconoció. Se negaba a aceptar aquella cara ensangrentada, y para no sentir piedad de sí se puso furiosa a cubrirla con los trazos de su bolígrafo. Pero el vidrio lo repelía, y la punta del trazo resbalaba en aquella tersura y rechinaba dolorosamente como dientes royendo.

Mena: Las paredes, el problema está ahí y nada más. Unas paredes manchadas y quizá una puerta, no estoy segura. ¿Y los jueces, o quien sea, van a armar el lío por eso?

Elías: No lo sé, no soy juez.

Mena: En cuanto a la de los pollos, en cuanto a la señora ésa, mire, paciencia, que haga lo que le dé la gana, a mí qué. Hice lo posible para limpiar todo aquel desastre, en cuanto me levanté de la cama, por la mañana. Desnuda y todo. Ni pensé en vestirme, lo que quería era verme libre de aquello, bien lo sabe Dios. Y si no lo conseguí, ¿no? Pues, paciencia. Todo se limpiará en el tribunal, ¿qué más quiere esa mujer?

«Ni se vistió». Son sus propias palabras. Desnuda, como salió de los brazos del mayor, lavando las paredes, desesperada. Y el mayor, durmiendo el sueño reparador tras el desgaste, más que sosegado en el cuerpo de ella. No lo dijo, claro, pero esos secretos los lee Elías en la raza que ella tiene, hay que mencionarlos. Todo el mundo sabe que tras la tempestad de los celos viene la tempestad de la cama, es así como se hace la bonanza de las parejas. Y, como dice Elías, lo que se necesita es fe en Dios y fuerza en la caraja, que el resto va por sí

solo.

Pero Mena ha terminado. Se queda mirándolo. Enciende un pitillo, sacude la cerilla, sin dejar de mirarlo.

¿Satisfecho?, pregunta.

Elías piensa: Menuda tía. De armas tomar. Se ajusta la bufanda. La denuncia es simple, dice él entonces. Daños materiales. Lo demás no tiene nada que ver.

Mena lo oye sin quitarle la vista de encima. Menuda tía. Retorcida que es. Para Elías, todo aquel lío de cama, contado como fue contado, tenía un calculado desprecio, eso se veía. Desprecio de mujer de bandera, hasta aquel perfume hijoputa era eso, desdén, la muy zorra, para humillarlo. De ahí la tranquilidad con que se quedó desnuda ante el policía.

Elías Jefe: Repito, la denuncia sólo pretende eso. Culpable o no culpable, es lo que interesa, ¿entiende?

Mena: Muy bien. En ese caso ponga culpable, que siempre da menos trabajo.

Se ahueca el pelo con la punta de los dedos: Y, para colmo, tengo la regla. ¡Maldita sea! ¡Menuda mierda!

Altos muros amarillos

Fosas, el abogado estaba hoy con unas ganas de hablar que no te digo más. Yo, en esto, me limito a ir dándoles cuerda, pero me meto en la piel del que habla, en lo que dice, si se puede decir así. La verdad es que el hombre estaba hoy lanzado. Más aún: tengo la seguridad de que todo el sustrato del tipo ese está contra el mayor, le tiene una tirria que no es broma. ¡Carajo! ¡Otra ambulancia! ¡Tres en cinco minutos! O cambio de despacho o salgo loco de aquí cualquier día. Pero, como iba diciendo. Como iba diciendo, tal vez tú no sepas que el tipo ese conocía al mayor hace ya un montón de años. El abogado. Se conocían desde hace mucho tiempo, amistades, relaciones comunes. El tipo dice que el mayor padecía eso que llaman «pulsiones de destrucción» y que por culpa de esas pulsiones de destrucción hacía las barbaridades que hacía.

Elías: En una novela que estaba leyendo el cabo encontré un párrafo que dice: «Dirigía una causa perdida y no temía a los rayos de Dios». Esto resulta extraño. Un cabo subrayando frases de una novela y poniéndolas en la cabeza de otro.

Ese impulso o complejo de destrucción, continúa el inspector Otero, se manifestaba en una arrogancia (el abogado le llamó obsesión) que oscilaba entre la dedicación y la más cerrada crueldad. Es la historia esa de los extremos que se tocan, *grosso modo*, desde luego. El hombre debía de creerse una especie de ángel vengador. Cuando lo mandaron a la India, en los inicios del terrorismo, lo primero que hizo fue meter al sargento de cocina en el calabozo y arrestar a un alférez. Esto se llama empezar la guerra por la familia, pero fue lo que hizo. Y no sólo eso, Fosas. No sólo. Dantas, aparte de vengador, era una especie de Egas Monis[20], con la cuerda al pescuezo y todo. Un día, por cualquier detalle de mierda del reglamento, se presentó al comandante y le exigió a viva fuerza que lo castigara allí mismo.

Elías: En la historia nunca han faltado grandes portugueses que hacen cosas así, y ahí está quien no me dejará mentir.

¿Ahí?, preguntó Otero. Y acordándose del retrato de Salazar a su espalda: Mierda. Tú siempre con tus chirigotas.

Se alisa el bigote, caído en punta de morsa y de un rubio panocha. Se despereza en la silla con aire de quien mide el espacio.

Un tipo de cincuenta años, Fosas, un tipo que bebía, que andaba siempre metido en líos, un tipo inteligente y hasta parece que simpático, un tipo que estaba suicidándose y que tenía consciencia de que lo estaba haciendo.

Suicidándose en la chica, dice Elías entretenido con una goma de borrar marca

que tiró sobre la mesa del inspector, hay que ver, qué marca, Elefante, qué tendrán que ver los elefantes con la goma, que viene del Brasil, donde sólo hay yacarés. Y el inspector: También tú, sólo eres capaz de ver al mayor en batallas de sábanas.

Pero bien, reconoce luego, está la chica. Una realidad. Mozas como Mena son una evidencia para cualquier hombre, y Otero, en sus razonamientos, se agarra siempre a la evidencia. En primer lugar, ese cuerpo, que no es moco de pavo. Ese espectáculo, diríamos nosotros. Y dirían ellos, porque una maravilla así no es cosa que se vea todos los días. Exige *pedigrí*, ojos verdes, pelo negro, ¿cómo se da todo eso junto? Sólo mediante un cruce de alta competición. Sólo así se llega a una raza semejante. *Pedigrí*, dice Otero, precisamente lo que les falta a nuestras portuguesas, que son paticortas y cerradas como mulas.

Elías: Yo las tengo siempre presentes en mis oraciones.

Otero sigue hablando de las portuguesas. Dice que son un recurso contra la lujuria. Según su teoría, todo

va ligado a la alimentación y a dificultades de tipo histórico que no vienen al caso. Mena, al contrario, es un compendio de tentaciones. Basta verla. Y dice, con una salida muy suya, que Mena debe de ser de esas que cuando más se llega al fondo del pozo más agua queda por sacar, y pobre de quien caiga en sus manos. La imagen del agua y del pozo será un tanto forzada, dice, pero resulta aclaradora.

Lógicamente, prosigue Otero, el mayor, cincuentón ya y muy baqueteado, debe de haber tenido problemas para hartar a la moza. Tenía razón Elías cuando hablaba de batalla de sábanas. En eso, de acuerdo. Pero no hay motivos para pensar que el mayor no diera la medida en la cama o que sus fallos lo justificaran todo. El mayor tendría problemas, eso sí. Eso, a él, a Otero, no le cuesta demasiado admitirlo. Pero, si tuvo dificultades, mejor, porque entonces es cuando la cosa marcha realmente. En eso, la gente, por lo general, anda muy equivocada. Otero sonríe: Lío que empieza con un fallo de bragueta resulta mortal de necesidad. El que falla queda jodido, claro. Todos hemos pasado por eso alguna vez, ¿quién no? Pero lo que pasa es que a las mujeres les da entonces el instinto maternal, protector, compasivo y demás, y entonces se agarran como lapas. Preguntarás: ¿pero es siempre así?

Elías: No he preguntado nada.

Otero: No has preguntado, pero yo lo digo. Mira, amigo Fosas, cuando hay un fallo en la cama, no es el orgullo de macho lo que lo amarra a uno; es uno quien queda amarrado, porque se lanza con tanta desesperación que pierde los prejuicios. Y, entonces, ya vale todo. Y cuando vale todo, la cosa se convierte en un festín, y ya no hay mujer que te suelte.

Elías posa la goma en el tablero de la mesa. Según esa teoría, lo que quieres decir es que Dantas empezó como experto en impotencias y acabó como maestro en fornicaciones. Y Otero: ¿Por qué no? Y le hace ver que la moza estaba convencida ya, y le recuerda que el informe-esperma muestra que el mayor era hombre capaz de despachar a la quinta velocidad y con semáforos en rojo. Eso del informe es una jugarreta de la Pide, para fastidiar, comenta Elías. Y en ese instante se oye fuera el aullido de una ambulancia sollozando en azul eléctrico. Otra, protesta el inspector. Sólo en este país se les ocurre poner la Jefatura de Policía en una zona de hospitales.

Y luego: Si un día salta un preso por la ventana, vamos todos a partirnos los cuernos contra las ambulancias, tan cierto como que te tengo aquí.

Elías: En Portugal el tráfico se hizo para joderlo todo, y los ladrones para aliviarlo. Me lo dijo una vez un guardia urbano de la mayor confianza.

Inspector: ¿Manco?

Elías: Bizco. Y con tendencia al daltonismo.

Ah, dice Otero fastidiado. Bueno. Y se estira aún más en la silla.

Hay algo que no encaja en este despacho que parece cualquier cosa menos un despacho de policía, piensa Elías pasando revista a la sala. Quizá porque el local está desnudo de más, o porque los dos sillones de cuero falso tienen una nobleza sospechosa en cuanto a sus funciones. Elías encuentra que hay algo que no va. Los sillones, y aquel bigote rubio dominando el espacio, recuerdan un picadero con *dossiers* y un retrato de Salazar para despistar. El propio Otero, abriendo la pitillera con estudiada lentitud, parece como si estuviera haciendo tiempo hasta ver entrar por la puerta a una dama toda ella un meneo de ancas y perfumes, doctor, perdone el retraso.

Otero, alzando el papo: ¿Y si por ejemplo, Fosas, si por ejemplo, a título de información, simplemente, te dijera que el mayor tuvo relaciones con la Pide?

Se lleva un pitillo a la boca. A que no lo enciende, piensa Fosas, seguro que se queda así, con el pitillo como una marioneta, saltándole de un lado a otro del bigote.

Otero: ¿Y si te dijese, Fosas, que el abogado, cuando fue a verlo, encontró entre los presos a un tal Casimiro Monteiro, no sé si habrás oído hablar de él, y que ese Casimiro era un viejo conocido suyo de los tiempos de la India[21]? Perdona, estoy citando hechos. El abogado conocía de los juicios políticos al fulano ése. Dijo que no tenía la menor duda de que era un gorila de la Pide.

El inspector, con el cigarro espetado en la boca. Las gafas de luz polaroid le dan un aire distendido, cosmopolita —eso es al menos lo que busca—. Lo que no entiendo en esta historia es cómo diablos el tal Casimiro logró meterse allí, dice. Cómo un gigantón como aquél, un gorila con pinta de King-Kong, un tío a quien todos conocían, logró infiltrarse entre los presos sin provocar sospechas. Lo estoy viendo, lo estoy viendo, dice Elías. Lo dudo, dice el inspector. No es fácil ver nada en una historia de éstas.

Elías: Lo que digo es que lo estoy viendo allá en la India, al King-Kong ése, afilándoles los pies a los terroristas, y poniendo valses de Strauss en el tocadiscos.

Otero: ¿Sí? Hace una pausa; vuelve al asunto. Pero hay otro King-Kong en la vida del mayor. Otro King-Kong, y éste viene de otras selvas, tiene otra pinta muy distinta. Mozambique, añade para localizar desde el principio al personaje. Mozambique, *boîtes*, contrabando, el abogado dice que la mitad de los taxis de Lourenço Marques eran suyos. Un cacique de la noche, un tipo de armas tomar. Ah, se acuerda el inspector, y racista también. Racista, pero, curiosamente, fiel a una mulata con quien vivía desde hacía un montón de años. Raro, ¿no? Mujer mulata, hijos mulatos, y racista. ¿Lo entiendes tú?

Elías: No digas más. El mayor le birló la mulata y le dejó los hijos para que los blanqueara con lejía…

Otero se queda con el pitillo colgando, molesto: Guárdate tus gracias, Fosas. Aquí no hay nada de faldas, lo que hubo fue un follón en un bar por defender a dos mestizos. El abogado dice que, cuando lo vio, estaba el mayor Dantas y Bandarra tras el mostrador apuntándole con un 32…

Elías: ¿El King-Kong?

Otero: El King-Kong. Se llamaba Bandarra. Se acercó a él con el revólver apuntándole a la frente, y parece que no era hombre que fallase. Pero el mayor, como si nada. Indiferente. Como si no fuera con él. Aguantó tranquilo y con dos dedos, así, sacó una flor que había en un florero y se la puso en el ojal. Yo sólo digo lo que contó el abogado. Fosas, la cosa fue como para dejar helado a cualquiera. Los dos, cada uno con los ojos clavados en el otro, la pistola contra la flor. Bonito, ¿no? Pues bien, estaban así, y el mayor, con aquella voz de desprecio que dicen que tenía, sacó el pecho e indicó el ojal: «Aquí, negrero de mierda, aquí». Y esto fue lo que se llama escapar de la muerte por una flor, porque el Bandarra no se atrevió, bajó la pistola y lo dejó para otro día.

Elías: ¡Y yo que creía que allá en la selva liquidaban a un tío como si nada!

Otero: Liquidar… Nada. Y el caso no acaba aquí.

El inspector, al fin, enciende el pitillo. Echa una bocanada de humo muy inspirada para adornar la historia. Como había prometido, la cosa no acabó allí.

La verdad es, cuenta, que aquella misma noche apareció muerto un chaval que solía andar borracho por allá. Un cargador entero vaciado en la barriga de un negro, cosa fina. ¿Y quién fue? Pues Bandarra, quién iba a ser. El tribunal no tuvo dificultades para probarlo. Que Bandarra estuviera también borracho cuando se cargó al autóctono, es una hipótesis que Otero o cualquier otro tenían que aceptar. Se entiende, un King-Kong de ésos, cuando una flor lo pone en ridículo, tiene que desfogarse en el aguardiente o en cualquier otro tipo líquido confortante. Pero ni esta atenuante fue precisa, ni borrachera ni nada, porque el día del juicio llegaron dos testigos, dos wésterns del interior, jurando que el negro andaba a las gallinas y que no dejaba corral tranquilo. Y el juez, para qué más, dio con el martillete de las sentencias y mandó a Bandarra a casa con libertad provisional; provisional para siempre.

Elías: Si ese Gama e Sá contara lo que sabe, pero no historias de ésas, entonces sí que no había provisional que le valiera.

El inspector, poniendo boca de pez, empieza a echar bocanadas de humo que suben en vertical, formando anillos muy lentos. Está bien, está bien, dice. Pero Gama e Sá se va a la calle, y quien va a tener que moverse eres tú.

¿Yo?, pregunta Elías.

El inspector no tiene la menor duda. Sigue haciendo anillos de humo: la liberación del abogado obliga a hacer pública la detención de Mena. Hay que apretar, pues, dice siguiendo con la mirada los anillos de humo. Elías los sigue también. Apretar el acelerador es acabarlo todo antes de que la Pide venga por ella. Todo quieto, mira, ni un soplo de brisa aquí dentro. Puedo hacer así con la mano, y el humo ni se estremece.

Es verdad, los anillitos blancos salen de la boca del inspector uno tras otro, tranquilamente. Parecen aureolas de santo, pequeñas coronas de nube. Una de ellas queda parada ante el retrato de Salazar. Elías permanece a la espera de que la paloma del Espíritu Santo alce el vuelo desde la alfombra y suba por aquel cielo constelado de anillos soltando un rastro de plumas.

Otero, con la boca redonda, entre cada soplo: Hay que despachar a la chica, Fosas. Aprovechar la ventaja que llevamos. Ya sabes…

Elías sabe: Toda la ventaja. Órdenes del director de la Judicial para que pase a la cárcel de mujeres cuanto antes, interés de la Pide para hacerse cargo de ella con los autos del crimen. Elías lo sabe, lo sabe muy bien. Pero no es en la Pide en lo que está pensando. Mientras no agarren al cabo y al arquitecto piensa (en tanto oye aullar otra ambulancia) en: muros altos, amarillos. No el amarillo de los hospitales sino el de una cerca de cárcel con mujeres en formación, mujeres haciendo labores, mujeres en fila, pasándose billetitos. ¿Se van a llevar a la doncella de los pavos reales, ahora que tenía la cosa a punto de caramelo?

Otero: ¿Y la denuncia ésa? ¿En qué ha quedado?

Elías: Nada. Daños bajo los efectos del alcohol. Las paredes estaban tan rayadas que hubo que estucarlas.

Inspector: Lo que está demostrado es que la chica tiene vocación de fregona. Tan pronto aparece limpiando desvanes desnuda como fregando tacos escritos en las paredes. Fosas, ahí tienes una asistenta pornográfica, una especialidad desconocida entre nosotros.

Elías: Bueno, no me hagas reír, que estoy de luto.

Inspector: Lo que estás es de tocadiscos. De disco rayado. Tanto tiempo a vueltas con la moza esa que no vas a acabar nunca.

Elías se mira la uña gigante a contraluz. *Altos muros amarillos*. Un patio de reclusas. Monjas vigilantes, una de ellas es la actriz Helga Liné, a quien vio en una fotonovela haciendo el papel de sor Mariana Alcoforado, la de las Cartas de Amor[22]. Pero ésta sólo de lejos se le parece. La misma elegancia, sí, pero los labios son duros y tiene unas cejas gruesas, de leñador. Hermana Bibliotecaria, la famosa Hermana Bibliotecaria que, dicen,

gusta de leer a dos, enseñando con el dedo. Es ella. Una especie de sor Mariana pero al revés, una Mariana inclinada sobre la presa novicia, refocilándose, y metiéndole oraciones por las piernas arriba. Si Mena cae en sus garras, menuda breva, se ponía las botas.

El inspector sigue poblando el despacho con inefables anillos de humo.

Otra ambulancia, coño[23].

Seis

Serían las once de la noche, once cucos disparados uno a uno por encima de los tejados de la catedral, cuando Elías se sentó a la mesa en la sala del lagarto con vista al Tajo.

Antes, no obstante, comió su besugo a la parrilla en La Estrella del Limonero cara a la barra y puerta de la calle. A esa hora de las decepciones, Elías sólo tuvo por compañía a dos viejas de servilleta al pescuezo, que tocaban las castañuelas con sus dentaduras en una mesa del rincón, y tres canarios en la jaula, colgados del techo de tablas. Sobre el aparador se veía un cartel turístico con el gallo de *Barcelos* anunciando *Portugal by night*.

Elías llevaba en la cartera algunas piezas del proceso Dantas C, y después de comer se quedó medio amodorrado contemplando el esqueleto del besugo, enterito en el fondo del plato como si fuese un fósil de museo, y meditando en los maleficios de la gripe. De vez en cuando se llevaba dos dedos a las gafas, bajaba las persianas y se adormilaba, para despertar un minuto después pensando de nuevo en la gripe. Le pesaba el abrigo (olía a armario y a naftalina) y le hacía sentirse como una tortuguita de cabeza minúscula asomando como un badajo fuera del caparazón. Se acordó de Mena describiendo la Noche de los Generales. Y de otras noches, pitillos en la celda, humo en la Casa de la Vereda. Volvió a pasar por las brasas un minuto más y, cuando abrió los ojos, encontró inmediatamente a Mena en el lugar donde la había dejado. Mena sentada con las rodillas abiertas, dejando asomar matojos de pelo en los sobacos, como llamaradas negras. Los labios de Mena en una máscara de cal, «Hoy tengo la regla», la muy zorra. En este momento fue como si lo hubiese salpicado de sangre de los pies a la cabeza, marquesa de las narices.

Cada vez que un tranvía subía por la calzada, la sala de la taberna se estremecía, y los canarios que dormían en los trapecios de la jaula se balanceaban, pero no despertaban, ni siquiera sacaban las cabezas de debajo del ala. En la mesa del rincón, las viejas no paraban de darle a la dentadura. Elías descubrió que, a escondidas, metían la cuchara en un tarro de compota que habían traído de casa.

«Moralmente no debo nada a la moral; la moral me lo debe todo a mí». Era el dueño de la tasca hablando con dos clientes en el mostrador. Elías le hizo una seña desde lejos, pidiéndole la cuenta, y empezó a vaporizarse la boca, con las fauces abiertas hacia los pajarillos adormecidos. Cuando bajó la mirada, las viejas del rincón le estaban mostrando cada una un inhalador, con una sonrisa mañosa, como diciendo: También nosotras, también nosotras. Pero los de ellas eran bombas de asmático. Enormes. Parecían bocinas de genovevas de los años veinte.

Andante, dijo. A la salida de La Estrella del Limonero, y luego en la Plaza de la Catedral, tropezó con unos legionarios pegando carteles, Portugal unido, Portugal en la india, todo a base de brochazos torpes, para acabar de una vez. Se movían en la noche despoblada como siluetas clandestinas, tal vez avergonzados de la payasada en que andaban metidos, admitió Elías.

El cartel, indias, tropas, portugalés, le recordó un panfleto que llevaba en la carpeta y que era lo mismo al revés: estacazo a Salazar, estacazo a los altos jefes, corrupción, aventurerismo. Elías estaba viendo el escrito, *Corrupción en las Fuerzas Armadas* era el título, el honor y la tradición militares traicionados por los altos mandos que se enriquecen con sucios negocios. Exactamente con estas palabras y con estas comas. Elías pondría la mano en el fuego si preciso fuera. Y entonces, frase aquí, frase allá, fue recomponiendo de memoria el texto de anatema a medida que iba midiendo a zancadas el empedrado del barrio entre el clamor de los televisores que se prolongaban de vecino en vecino.

Hasta que al llegar a casa, y abriendo la carpeta en la mesa del comedor, le saltó el papel

Corrupción en las Fuerzas Armadas,

con todo aquello que él había ido intentando recomponer de camino. Hasta el tipo de letra. Y el formato. Y la composición. ¡Ah, memoria!

Aún de pie, alisa el panfleto. Casi sin leerlo, que no lo necesita. Para eso está la memoria. En su desván laberíntico Elías se enorgullece de almacenar el fichero más completo, porque no es escrito, intransmisible. Lo

trae con él en vida y se apagará con él cuando estire la pata. Pero, mientras no llega ese instante, puede repetirlo al pie de la letra. Eso es lo suyo, desencantar gestos y acciones en la cámara oscura del pasado, ver y describir de corrido como en una cinta cinematográfica, o mejor, mejor aún. La memoria, el abecé del policía. Criar memoria (siempre lo dijo) es un arte, y fue jugando como lo aprendió. Saber interrogar las cartas por el revés y a las apalpadas, en el fluir de las bazas y de los naipes, en el inventariado de los gestos del rival (*conoció a uno que olía a meos en los momentos de perdición*), ahí fue donde domó su memoria, un archivo.

«Entre tanto», dice el panfleto, y aquí sí vale la pena correr la uña sabia subrayando

> «entre tanto un pseudo-hombre-de-acción recientemente huido del Fuerte de Elvas ha intentado inducir a civiles y militares a rebelarse, preparando un golpe armado que es puro aventurerismo. *Urge denunciarlo*. Se trata de *Un Provocador a Sueldo del Gobierno*, que, al margen del movimiento organizado por los militares, pretende urdir una rebelión oportunista para estrangular la fatal confrontación que se avecina».

A base de estas líneas el bueno del *Diario da Manhã*, diario de mañas y de redactores enmascarados, montó un título de gran efecto:

MILITARES DE LA OPOSICIÓN ACUSAN
«Una banda de aventureros
denunciados por las Fuerzas Armadas».

así, sin más, y callándose el resto, lo que no convenía a la verdad nacional, como era de esperar en el bien mandado. Así aparece en el recorte unido al folleto remitido por la Pide, y así será citado en el proceso.

Pero Elías pasa la uña por el manifiesto clandestino, no por el diario de la *maña*. Por la hoja volandera. Y la hoja volandera muestra sutilezas de forma y de contenido que le permiten entrar como veneno por la rendija de la puerta del ciudadano y ser engullida en tres tiempos o convertida en humo en la punta de una cerilla en caso de dificultad. Artes portuguesas, a esto hemos llegado. Así va la palabra.

Ésta, recuerda Elías, llegó a la Judicial por vía Director Judiciaribus, y se dice que el primer ejemplar habría llegado a la Pide (véase sello) aún oliendo a tinta, recién salido del horno, de mano de un tipógrafo arrepentido. Eso dicen. Estas cosas nunca se prueban, no faltaba más. Y, por lo que se dice, la Pide, muy discretamente, leyó el escrito y fingió que tenía cosas más importantes que hacer. Puso la fecha de entrada, Secretaría, 9.2.60, y se quedó a la espera de días mejores.

Otra mano, otro correo, llevó el papel-veneno al rutilante abogado. ¿Cuándo? Eso es lo que al jefe de brigada le gustaría descubrir. Sabe que no le dio tiempo a calentarse en la mano del *Habeas Corpus*, porque pasó inmediatamente a la de Mena, que lo pasó a Dantas C, y al remate de esta cadena de la felicidad acabó en las llamas de la chimenea. Sin grandes dramas, por otra parte. Dantas C lo leyó y no pestañeó siquiera. Pensó que aquello era dolor de cuernos de los comunistas o provocación de la Pide. Al fuego.

¿Y por qué no una maniobra del abogado? Elías se aproxima al lagarto; desde lo alto se queda mirando los restos de insectos dispersos en la arena. Hermano reptil, hermano reptil, si tú supieras la mitad de lo que sabe un abogado hace ya tiempo que eras cocodrilo.

Repite la fecha del sello de la Pide. Por lo que sabe, tres días después el doctor *Habeas Corpus* tenía una hojita igual en su poder para entregarla a Mena y, amigo, esto da que pensar. Es para estremecer a cualquier policía diligente. ¿Habría sido el abogado quien mandó imprimir el escrito para ahuyentar al mayor más allá de la frontera? Quién sabe, concluyó en voz alta.

[«Me dio el manifiesto sin ninguna explicación. Pensé detenidamente si se lo debía entregar o no (a Dantas C) pero creí que sí, que era mejor dárselo», Mena, *Autos]*.

Por suerte, Dantas no puso el grito en el cielo. Tiró la denuncia al fuego y la cosa quedó en secreto de amantes. Hay que decir, por otra parte, que tampoco Mena explicó demasiado lo que le había dicho el abogado, porque si no, de otro modo habrían ido las cosas. Pero no. No sólo se calló la propuesta de que se largaran al extranjero, sino que le dio un montón de billetes, gracias a la generosidad de la señora madre del arquitecto. Siendo así, Elías se pregunta cómo Dantas C podía suponer que el abogado andaba muerto de miedo, deseando verlos a todos en la costa y viento en popa a ser posible. Se pregunta esto en presencia de un lagarto hecho de enigmas y silencios y en una noche encuadrada en ventanas de guillotina.

Vuelve a la mesa. Ahora interroga a los autos y a los apuntes, procura descifrarlos. Día 12, lee. Doce de febrero, eran las once de la mañana cuando Mena dejó la Casa de la Vereda camino del despacho del abogado.

Once de la mañana. Once cucos, pero entonces atravesando el sol por encima de la plaza y no la luna de la vieja catedral. Pero también pájaros cruzando la descripción, porque había parado de llover (no es detalle que tenga mucho que ver con los autos, pero había acabado el invierno, padre de la vida) y el mayor salió a despedirse de la moza. La casa y el pinar. Los dos bajo el golpe de luz y murmurados por los pájaros, recibiendo el aroma de pinaza y de hojas podridas que dentro de unas semanas serían revueltas por la policía y hocicadas por los perros (Mayor, mayor Dantas, fue aquí…). Y Mena se fue alejando, la claridad aventurera de una cabellera platinada subiendo el barranco entre los arbustos, hasta que

[«… cerca de las trece horas del mencionado día doce, la interrogada se presentó en el despacho del abogado Dr. Gama e Sá, en la Rua do Ouro, 68, Lisboa, y éste manifestó sorpresa e incómodo al verla, dado que, según dijo, estaba reunido con unos clientes. Dijo además que, con relación a lo que llamó "autos pendientes" (dinero y documentación), no podía hacer nada porque había sido detenido un comerciante de nombre Deveza o Beleza que estaba comprometido con el Movimiento, y que está detención imponía considerables restricciones al contacto entre los compañeros (*sic*). La interrogada se dio cuenta perfectamente de que el Dr. Gama e Sá estaba muy nervioso, pues la recibió de pie y con señales de impaciencia. Dice que no estuvo más de un cuarto de hora o veinte minutos con el abogado, y siempre en un cuarto interior que le pareció ser un archivo o desván. Dice más, que no hizo la menor alusión a los envíos de armamento de un cuartel del Norte o de otro, asunto que desconocía y que desconoce por completo. Que no llevaba recados escritos. Que en el transcurso de la entrevista, el Dr. Gama e Sá se ausentó dos veces, y que fue tras la segunda cuando le trajo el panfleto "Corrupción en las Fuerzas Armadas"». *Autos]*.

El *Habeas Corpus* bufando: «Situación difícil, situación difícil, que decida el mayor», y Mena empujada hacia la puerta y resistiendo; y el *Habeas Corpus*: «Que se vayan, que se vayan. Podemos facilitarles la salida. Explíqueselo. Tenemos amigos en el extranjero, y pueden continuar allí la lucha con ellos».

Elías va leyendo y atando cabos. Se acerca la Noche de los Generales, la noche en que el abogado queda inscrito por el mayor en los muertos en agenda. Pero a eso ya llegaremos. Por ahora, el jefe de brigada está en los antecedentes.

[«Instada sobre el modo en que relató lo ocurrido al arquitecto Fontenova, declara lo siguiente: que, movida por el natural deseo de aliviar el clima de tensión, le ocultó una parte de la conversación con el abogado, tal como había hecho con el mayor y por las mismas razones; así, no se refirió a la propuesta de que huyeran al extranjero, por la alarma que, pensaba ella, podría causar, del mismo modo que, por determinación del mayor Dantas, guardó ante el cabo y el arquitecto el más completo secreto sobre el ya citado manifiesto. No obstante, en el relato que hizo al mayor procuró darle a entender de manera indirecta la falta de interés del abogado, y fue entonces cuando le comunicó la detención del citado Deveza o Beleza». *Autos]*.

Elías va a la cocina a calentar un poco de leche. En el pasillo oye el zumbido del frigorífico con una intensidad que le hace pensar por qué no lo había oído desde el comedor. Cuando abre el frigorífico parece que al aparato le dé el *delirium tremens*, se agita todo, mal rayo lo parta. Elías ni lo mira. Enciende el gas.

Mientras espera a que hierva la leche, coge un papel que la asistenta ha dejado en el platillo de la balanza, encima de la mesa de la cocina, con un billete de cincuenta escudos y una llave: *sr. santana no me es posivle benir el lunes porque es dia de ospital después le esplico Lucinda*.

En la boca de la chimenea descubre la ratonera desarmada debajo de un banco, pero ni se acerca, porque ya sabe que está vacía. También ve un moscardón en los arabescos de los azulejos en el fondo del hogar. ¿Moscardón? Más bien es una mancha de humazo, parece. Le da un toque con la uña, el moscardón cae en vertical a lo largo de la pared.

(Documentos al cuidado de Elías Santana en esta mencionada noche):

- un impreso titulado «Provocaciones en las Fuerzas Armadas».
- informe sobre la inspección del coche Taunus CN. 14-01 que perteneció al mayor Dantas Castro.
- autos de declaraciones del Dr. Gama e Sá - 5 hojas —proceso relativo a Filomena Joana Van Niel de Athaide.

Los ratones

Los ratones del piso alto de la Travesía de la Catedral se pasean entre muebles amortajados. En un cuarto iluminado hay un libro abierto acechando las sábanas.

«Vagabundeé todos estos años por un mundo de mujeres buscándote…».

Elías siente los ecos de la Casa de la Vereda traspasando estas líneas de *El lobo de mar*, pág. 183. Lo que más le intriga es que quien supo descifrar los mensajes del escritor fue aquel destripaterrones del cabo Barroca. El cabo, que es casi analfabeto, tuvo el oído lo suficientemente afinado para sorprender y subrayar los avisos que estaban en el libro como dirigidos al mayor. «Vagabundeé todos estos años…». El mayor podía perfectamente haber escrito aquello y añadir: Muerte, «*Vagabundeé todos estos años por un mundo de mujeres buscándote, Muerte*». Sería su confesión final, la que no consta en autos, y que el cabo había subrayado ya.

Elías, con la mano olvidada en el embozo de la sábana, piensa en una calavera quemada al ácido con una peluca cenicienta deshaciéndose al viento. Piensa también: un hijo. Mierda para la libertad. Estoy harta de libertad (Mena).

Entonces ve unas rodillas abiertas y apuntando al aire como proas. El cuarto se extiende (es sólo paredes), y disuelto en la superficie crespa de cemento está el rostro de ella. De ella, ¿quién? ¿Mena? Eso parece. Pero no tiene tiempo de precisarlo porque hay una bata que se abre y muestra un cuerpo inmenso, suntuoso, pubis negro y cabellera de plata. Vagamente (¿o no?) siente que unos dedos lo llaman sobre la piel; y un aliento lo recorre; lenta y aplicadamente lo recorre; se explaya, divaga, en torno a las ingles; sabe que hay un rostro de mujer apoyado en un pene atento, solitario. Después, se deja llevar, subir y hundirse, subir otra vez, los ojos firmes, y descender de nuevo, los ojos tan firmes, tan clavados en la nada que ciegan. Como cuando de niño miraba en la pared la santa de los cuatro puntitos.

Elías se masturba. Siempre con la mirada fija, mirando para dentro, desenfocándose (la mirada de quien se deja ir de viaje) mientras la mano, el rostro y la boca de ella lo trabajan allá abajo, y todo se concentra. Elías va en un espacio cerrado, en una caja de espejos, la cabeza suelta, desligada de él. Tiene el cuerpo tenso, un arco. El pene recurvo no para de ser recorrido por una cadencia saboreada e insistente, y él, con la mirada inmóvil ante un vidrio (que ya no es de espejo, sino transparente), ante un parabrisas, un adhesivo, un retrovisor, abajo y arriba, con las manos en el volante, él abajo y arriba, los muelles del asiento rechinando con un movimiento mecánico e igual. Siempre.

Ariston Hotel, Barcelona: ésta es la leyenda que queda flotando sobre él cuando por fin reposa olvidado en las sábanas. Letras doradas de un adhesivo de automóvil o de la cubierta de un menú. Ariston Palace, Mena, Melanie. «Unas cosas ad libido libidinosas, si es que se puede decir así». Pero ahí es ya la voz de Otero, recuerda Elías, derrotado. Y cae en el sueño.

Es el momento en que los ratones en las habitaciones de muebles amortajados se erizan todos, olfateando la oscuridad y el silencio. Atentos a la menor vibración, las guías del hocico se orientan, finísimas. Por fin se deciden, la noche es suya. Y todos a una invaden el pasillo, trepan por las paredes (es fantástica su manera de subir a las alturas, parecen sombras animadas), se deslizan al correr de los rodapiés y toman al asalto la sala donde el lagarto Lizardo permanece misterioso en su desierto envidriado. La luna es un globo sobre el Tajo derramando un brillo sospechoso en los encuadres de las ventanas, las siluetas de la mesa y del armario se prolongan, se mezclan con la asamblea de las sillas de paja y del canapé; el techo de florones de estuco se ha vuelto blanco-blanco; muy en el centro cuelga una araña de cristal, ahorcada. En el cuarto de al lado se practica el sueño a pierna suelta con respirar en largas ondas: Elías.

A la mañana siguiente, cuando despierte en presencia de las imágenes veneradas, fallecida hermana, fallecidos padres, cuando pase revista a las ratoneras que dejó de centinela por toda la casa y las vea inútiles y humilladas y encuentre los muebles de familia moteados por cagaditas insultantes, cuando, al fin, se aproxime al reducido condado de *Lizardo* y mire al Tajo, saludándolo, Elías sólo guardará de esta noche la mancha que le muestra el pijama masturbado. Una lágrima cuajada que irá a lavar al grifo.

La noche de los generales

Mena describe la Noche de los Generales. Nublado de cigarros.

Confirma en los autos las declaraciones anteriores y añade que en fecha que no le es posible determinar, pero seguramente un sábado y en la segunda o tercera semana del pasado mes de marzo, el compañero (corrige: el mayor), el mayor, dice, se ausentó de la Casa de la Vereda para asistir a una reunión política de la que regresó a la caída de la noche. Le sorprendió la manera silenciosa de entrar en la casa y aparecer en la sala donde ella estaba entonces oyendo la radio y charlando con el arquitecto.

«Sigan, sigan. Yo también quiero participar en la conversación», fueron las palabras que les dirigió.

Era la tercera o cuarta vez que el mayor había salido para una de sus citas clandestinas. Mena no consigue localizar la fecha, sabe que fue un sábado. Eso es todo. Y aquel sábado, aquella noche, llegó él, dijo aquello y empezó a mirarlo todo de una manera extraña. Después, como siempre, fue al armario del coñac, junto al teléfono. Pausa larga.

Fue al armario y, mientras se servía, preguntó por el cabo: «¿Dónde está el chaval?».

Así, «el chaval».

Le respondieron que estaba en el cuarto. Muy bien, dijo con la cabeza, muy bien. Y se puso otra vez a mirar alrededor. Y al descubrir el estuche de *toilette* que Mena había dejado en el suelo, junto al sillón, dijo:

«¡Vaya! ¡Por lo visto teníamos soirée para esta noche!».

Empezó a examinar uno tras otro los utensilios del estuche, que eran prácticamente los mismos que están a la vista de Elías en el lavabo de la celda. Nada especial, pues. Pero al mayor le dio por ahí. Se interesó especialmente por un tubo de maquillaje, masque de beauté marca Scandale, digo Standale, digo Sthendal, que destapó con atención, y luego procedió como si quisiera identificar el contenido por el olor y por el tacto. Seguidamente pasó a leer las instrucciones que acompañaban el embalaje pronunciando varias veces la palabra «máscara» con cierto tono de sarcasmo. Terminada la lectura, volvió a dejar el tubo en su sitio diciendo que «con ácido sulfúrico daría mejor resultado».

«Quien te va a hacer un día una máscara en serio voy a ser yo», añadió, y empezó a dar vueltas por la sala. «Una máscara para siempre, puedes estar segura».

Cuando se ponía así, había que dejarlo, dice Mena. Empezaba a andar, a andar, y no había quien lo parara. Cuando se acordaba, echaba una bocanada de humo al techo (indicando al cabo) y amenazaba con la cabeza. Llegó incluso a decir, «Bueno el montaje, sí señores. Le metisteis en la cabeza la manía de los libros para quedaros más a gusto aquí abajo», pero ni ella ni el arquitecto le contestaron nada.

Dantas C se iba creciendo. No cabía en sí. Hacia un lado y hacia otro en su paseo de enjaulado, hacia un lado, hacia otro. Mena intentó salir de la sala, con el pretexto de preparar una bolsa de agua caliente, porque se sentía indispuesta, y era verdad, se encontraba mal, pero el mayor la obligó a volverse. Decidió que no era nada, que ya se le pasaría, y que el mal le vino por haber vuelto él demasiado pronto.

«Es usted injusto», observó el arquitecto. A lo que Dantas respondió que el injusto era él, Fontenova, que andaba engañando al cabo desde hacía tiempo, ocultándole el destino que le estaba reservado, que no era otro que el de quedarse con ellos, que no podría abandonar al grupo («desertar»), a no ser camino del cementerio. Pero el cabo no le preocupaba ya, dijo. «En este momento, lo que me preocupa son las máscaras».

El arquitecto quedó estupefacto: «¿Las máscaras?».

Dantas C: «Las máscaras, las máscaras». Todo el mundo anda preparando máscaras en esta casa. ¿No lo veis? Aquélla (e indicó a Mena) no piensa en otra cosa, sólo en cremas y patrañas, qué sé yo. Y yo, cualquier día empiezo también a prepararme la máscara. ¿No lo creéis?

Paseaba de un lado a otro, echando humo. «¡Vaya si me la preparo! ¡Y hasta quizá prepare también la de ella! Basta con que se me hinchen las narices».

Había acabado la botella de coñac, la tiró a las llamas del hogar y abrió otra, con una precipitación que a los circunstantes les pareció espectacular e intimidativa, tanto por la violencia de los gestos como por las observaciones que profirió, incomprensibles para la declarante. Quien lo viera, diría que no tenía consciencia de lo que estaba haciendo, dice. Era todo mecánico y hablado al mismo tiempo; máscaras, máscaras, decía, hablaba de máscaras y de cambiarse de cara con un rechinar de dientes que no dejaba entender nada. Sólo cuando se acercó a ella y le dijo clavándole los ojos, «Otras narices, me voy a hacer, otras narices. ¡Pues vaya! También yo las voy a necesitar», sólo entonces comprendió Mena que estaba hablando de su propio rostro y que lo hacía como cosa pensada y no como una momentánea amenaza.

[Abogado Gama e Sá, ante el tribunal: «Me comunicó, efectivamente, su deseo de someterse a una operación de cirugía plástica. Creo que lo único que quería era ver mi reacción». Sesión del 9-11-1960].

«Otras narices», resoplaba el mayor haciendo una mueca. Estaba tan encima de Mena que la cubría con el olor metálico que en ciertas ocasiones salía de él y que aturdía, quemaba. Pero, inmediatamente, la empujó contra el sillón con la misma brusquedad con que se había acercado a ella. Y empezó el ir y venir, dice Mena. Infernal, aquel golpear acompasado en el suelo, había tal silencio en la sala que se podía oír, que se veía en las caras de ella y del arquitecto. Aquí y allá. Arriba y abajo por la sala. Y, de pronto: «¡Carajo, Fontenova! ¿Por qué no te decides de una vez a jugar limpio con el cabo? ¿Tan difícil es?».

Pausa. Difícil o no, el arquitecto tenía sus razones. «Vamos a hablar, Dantas». Y habló. Recordó que no había sido él, Fontenova, quien había convencido al cabo con promesas de ponerlo al otro lado de la frontera y que eso era lo que quería el muchacho, por eso se había unido a ellos. Y que si hasta la fecha no había habido la menor señal de actividad, tampoco era el mejor momento para convencerlo para que se integrase en

la lucha revolucionaria. Al contrario, Fontenova temía que el cabo se sintiera traicionado, y que, entonces sí, que desapareciera o que cometiera cualquier imprudencia.

Mena sustituye la palabra «traicionado» por «forzado». Fontenova cuidaba más los términos en sus conversaciones con el mayor, aquella noche especialmente.

Dantas C escuchaba sin dejar de ir y venir a largas zancadas. Nadie conseguía convencerlo de que no estaba el arquitecto una vez más protegiendo a Barroca, que no era una vez más el arquitecto quien manifestaba aquello que él llamaba «moralismo tramposo», el moralismo tramposo de los hijos de papá, que le daba asco, que le hacía vomitar. Él era el jefe militar y el responsable de la acción y no pasaba por eso, no lo aguantaba. «Me cago en eso», según su propia expresión. Y luego, aún más claro:

«La cosa es ésta, Fontenova. Tú, en el fondo, tienes una esperanza. Allá, en el fondo, crees aún que el chaval va a largarse, ¿no? ¡Pero, coño! ¿Es que me crees tonto? ¿Por qué si no continúas ayudándole a meterse tanto francés en la cabezota? ¿Crees que tiene sentido? Pregunto si crees que eso tiene sentido, Fontenova».

Sin decir palabra, el arquitecto cogió un pitillo y el libro que estaba leyendo, y se disponía a salir cuando el mayor anunció marcando mucho las palabras:

«Esta tarde estuve con el *Comodoro*».

El suelo se abrió bajo los pies de Mena. Se sintió cogida. Completamente. Después del encuentro con el abogado, Dantas C estaría al corriente de todo, era imposible que no lo estuviera. La mentira del dinero, los recados que ella calló, la propuesta de que se marcharan todos al extranjero, todo, qué miseria, todo.

Mena, en este momento del relato, quiere recordar sus impresiones, pero no lo consigue. Oía al mayor aturdida. El *Comodoro*. Se daba cuenta de que el *Comodoro* se había apartado de todo temporalmente. ¿Temporalmente? Aquello le sonaba distante, esperaba ver caer sobre ella en cualquier momento el dedo acusador: Tú. Ahora te toca a ti.

Pero eso no ocurrió, y se entiende por qué, explica Mena. Dantas C no calculaba ni de lejos que el arquitecto estuviera también metido en el lío y, en consecuencia, no quería plantear la cuestión ante él. Nada de desmoralizar al otro. Era siempre la misma historia. Aquello era una cadena. No iba a acabar nunca.

Y el mayor, política y más política. Hablaba de contactos en suspenso, de individuos congelados (parece que ése era el término) por decisión del Movimiento. Razones de seguridad, había que aceptarlas. Y entre los congelados estaba el *Comodoro*, es decir el abogado, él mismo había venido a comunicar la decisión. También había un general o algo así. Mena no recuerda el nombre pero fuera quien fuera, era él quien lo había liado todo porque se negaba a dar luz verde a otros oficiales.

Lo del general, o quien fuera, no resultó una sorpresa. Dantas C se la tenía jurada a los generales, todos la misma canalla, era sabido. Pero la manera como el *Comodoro* llevó la charla y los altos secretos en que se cerraba para explicar su alejamiento no convencían demasiado. Por eso le apretó, y le hizo ver, y lo asustó. Le dio tales vueltas que el muy zorro prometió que iba a reconsiderar su actitud.

«Lo dudo», dijo el arquitecto.

«También yo», dijo Dantas C, «pero el tipo ese ha de aclararse al fin. O sí, o no. O continúa con nosotros o está perdido».

Y el arquitecto: «¡Vaya! ¡Y ahora estamos sin ningún contacto!».

Sobre la expresión «está perdido», e instada por si fueron realmente éstos los términos en que el mayor se refirió al abogado, Mena casi puede asegurar que sí. En aquel momento o en otro, en la misma noche. Estaba tan furioso contra Gama e Sá que le llamaba de todo, capado, *vendepatrias*, lacayo del capital, el acabose. «Y pensar que me he pasado el tiempo yendo y viniendo del despacho de ese cornudo», se lamentaba a cada paso.

[Abogado Gama e Sá, declarando en *Autos*: «Es falso. Declara firmemente que las referidas visitas del mayor Dantas Castro se redujeron a una sola, y ésta por exclusiva iniciativa de aquel señor que, abusando de su buena fe y sin advertencia previa, y menos acuerdo, se presentó en su despacho haciéndose anunciar como un sacerdote llegado de África con noticias de un amigo común. Pero declara que de aquella entrevista, forzosamente breve y desagradable, resultó la ruptura entre ambos, y que la misma tuvo lugar a mediados de marzo más o menos, pero de ninguna manera un sábado, pues pasa los fines de semana en una finca que tiene en Ramal de Ribatejo, donde se halla su esposa, convaleciente de una grave enfermedad, cosa que es pública y comprobable[24]»].

«¿Y nosotros?».

«¿Nosotros, Fontenova?». El mayor apretó los dientes con tal fuerza que se le marcaron los músculos del rostro. «Nosotros estamos aún vivos, y él va a tener el castigo que merece. El castigo, ¿entiendes?».

Aquí sí, Mena está segura: «el castigo». Lo oyó más de una vez, sobre todo por la noche, cuando se inició el capítulo de los generales. «General o mariscal, la misma carroña», solía decir Dantas C; o «Las estrellas de los

generales sólo encandilan a los ciegos».

De modo que mientras la sala se iba enturbiando con el humo de ella, se sentía enredada en un tropel despavorido de generales, una desbandada de comandantes sarnosos, mariscales de gallinero y estados mayores reumáticos, todos ellos fetiches excomulgados por Dantas C. A veces, por encima del desorden sonaba una carcajada, pero Mena descubría luego que no, que había sido casi un vómito, un grito asqueado del mayor, todo menos una carcajada.

(La traición de los generales:

1. El miedo: El presidente de la República, mariscal Carmona, encomendó un golpe de Estado para forzar la dimisión del dictador Salazar, pero lo desmintió al día siguiente.
   El miedo: En operaciones de guerra el comandante Abrantes Silva ordenaba un alto en la marcha, reunía a todos a su alrededor, les decía que se arrodillaran y empezaba a rezar: «¡Recemos, hijos míos!».
2. El precio: el general Pereira Lourenço y su hermano, director de la Pide, compraron la Papelera Fernández, de Lisboa, y la transformaron en empresa proveedora de la policía y de los organismos del Estado.
   El precio: «¡Sólo me comprometo con la revolución si me dan millón y medio!», General Ramires al capitán F. Queiroga (1945).
3. La denuncia: El general Fernando de Oliveira, aparte de su sueldo y de los honorarios como gerente de la Sociedad Nacional de Jabones, recibía 5.000 escudos mensuales como informador de la Policía Política (Pide).
   La denuncia: El general de aviación Alfredo Sintra, informador del Ministerio de Asuntos Exteriores de Hitler.
   La denuncia: El general Galvão de Meló, conspirador con conocimiento de Salazar).

«La sumisión de los generales portugueses los convierte en objeto de burla y degradación». General Humberto Delgado, *Carta a los Generales*.

«General o mariscal, la misma carroña».

«Las estrellas de los generales no iluminan, ciegan». Dantas C. (*Cuaderno*).

Cuando al fin subió Mena al dormitorio, fue como si hubiera dejado tras ella a dos hombres debatiéndose en la línea del sueño ante un horizonte de generales. Se metió en la cama oyendo aún al mayor insultándolos de lejos, cada vez más lejos; también cada vez más iba quedando ella entre la pesadilla y la noche. Tendida en la oscuridad y con los ojos muy abiertos, así estaba.

Y de pronto se encendió la cara de Dantas C sobre ella y sintió una garra clavada en su cuello: «¿De dónde te vino el dinero, puta, más que puta?».

Ahora, era ahora. Estaba él allí, apuntándole a los ojos con la lámpara de cabecera y murmurando con los dientes apretados: «Rápido. ¿De dónde sacaste ese dinero? ¿Cuánto sacaste? ¿Con cuánto te quedaste? ¿Dónde está? ¡Lo quiero saber todo! ¡Rápido, o te dejo ciega!».

Elías sigue la escena más allá del desvanecimiento de las gafas, pero su oído de policía la registra en su versión definitiva: *Imposibilitada de liberarse, la acusada confesó allí mismo y con todo detalle los acontecimientos*.

Y confesó. Vaya si confesó. Una confesión circunstanciada, detallista. En lo tocante al arquitecto refirió que la intención de éste al recurrir al dinero de su madre no fue otra que contribuir al mantenimiento de la casa y aliviar el estado de tensión en que se hallaban todos. Que no guardó, escondió o gastó en provecho propio la menor cantidad del total recibido; que todo eso podía comprobarlo preguntando al arquitecto. Pero aquello era aún peor. «¿Comprobar?», le gritó. «Todos estáis de acuerdo, ¿crees que no lo sé?». Le acercaba la lámpara a la piel y echaba espumarajos por la boca, haciendo visajes, algo que sólo visto…

Hubo, no obstante, un momento en que creyendo oír un ruido, corrió a la puerta del cuarto esperando sorprender al cabo o al arquitecto con la oreja pegada a la puerta. Aquello fue su salvación. Mena, de un salto, se encerró en el cuarto de baño. Dice que iba desnuda y que estuvo allí encerrada quizá media hora, sentada en el retrete, por sentirse a punto de desmayarse. Tenía la cara ardiendo e hinchada.

Entonces sonó el disparo. Exactamente. El disparo. Cuando lo oyó, tuvo aquel impulso, salió al corredor pensando que habría sido el mayor suicidándose, o un ajuste de cuentas entre él y el arquitecto. Pero al abrir la puerta, quedó estupefacta: tendido en la cama, en medio de una nube de humo de tabaco, Dantas C tenía aún la pistola apuntando a la peluca de encima de la cómoda. La bala había perforado la pared rozando el gato de loza.

«No te mato. No te preocupes», dijo con una sonrisa helada. «Para ti basta una botella de ácido en los hocicos, y quedas preciosa».

Llegaron en este momento el cabo y el arquitecto a la puerta del dormitorio, pero se fueron sin decir palabra.

Y éstos fueron los hechos, termina Mena. Resalta las palabras «Scandale», «Standale» y «compañero», y no teniendo nada que añadir, aplasta el pitillo en el plato de hojalata y se declara dispuesta a firmar.

Elías sacude el humo que se ha ido adensando a su alrededor.

Madres, a los burdeles

Va alta la luna en el edificio de la Judicial cuando Elías Santana pone rumbo a casa. En la calle de Gomes Freire en vez de tranvías hay obreros con escudos y pistola autógena sacando chispas de los carriles; a su alrededor, sosiego. A horas tan muertas el barrio cambió de usos. No hay putas, y aún menos policías.

Por esta costura de la noche hace su camino trivial: Judicial, Martim Moniz, Rua da Madalena, la de los delirios ortopédicos, Catedral. Fin de trayecto. Sala del lagarto. Vista al Tajo y a sus amados padres, amada hermana, Elías, hemos llegado.

Pero, últimamente, hay a veces parada y fonda. Últimamente, allá por las alturas del Socorro, el jefe de brigada hace un alto en Bolero Bar, que es uno de esos de entrada de refilón y portero malcarado. Aquello, en cuanto se abre la puerta, es una vaharada de cerveza que eriza el horizonte. Lo único que se ve es una fila de concertinas ondulando la marca harmonía en letras de plata falsa.

El inspector: ¿Bolero? No lo conozco.

Elías: Lo descubrí un día por casualidad. Es un tugurio de mala muerte, con sífilis obligada.

Hoy se sabe que, en el transcurso del proceso de Dantas C, el jefe de brigada anduvo por muy lejanos andurriales y batió terrenos que no dejó aclarados en autos. Bolero entre otros. Entró allí por casualidad, como le dijo charlando al inspector a propósito de Norah, amiga y colega de Mena. ¿Por casualidad?

Norah d'Almeida, el primer día del juicio, lo señaló al defensor diciendo: «Ése es el chivato de Bolero». Lo conocía porque la había interrogado en la Judicial cuando aún estaba lejos de imaginar que iba a ponerle otra vez la vista encima. Pero el hombre empezó a aparecer por el bar donde Norah iba de noche con la pandilla, y esto a la chica no le gustó nada. La había seguido, sin duda, y aún no sabía con qué fin. ¿Creería el idiota aquel que Mena era tan ingenua que iba a ir a esconderse en Bolero (Norah no sabía que estaba ya atrapada) o vendría simplemente por fastidiar, porque era amiga de la chica?

Según la versión que corría de mesa en mesa, el jefe de brigada entró allí con su aire de miope despistado y, para empezar, tropezó de narices con una furcia que estaba en la barra envuelta en la espuma de una caña. La tal, en otros tiempos, olvidados ya, había tenido algo que ver con la Judicial por causa de un baile de navajazos, y siendo de mal olvido y peor perdón, pasó aviso de inmediato a las restantes pelanduscas y respectivos interesados. Elías se hizo el desentendido. Con los párpados caídos y el aire mortecino, se quedó acechando de lejos la mesa de Norah y de su panda, formada por hijos de papá disidentes y mocitas descarriadas, y que contaba, por regla general, con la prostituta sin miedo como invitada de cabecera y con los hermanos Karamazov, a cual de los dos más tremebundo. Los ciegos de la orquesta tocaban el *Only You* con lágrimas de gota serena, y las concertinas pregonaban la palabra H. A. R. M. O. N. I. A. con letras rutilantes.

Inspector Otero: Esas mocitas del carajo se pirran por tratarse con las putas porque así se vengan de la mamá que está en casa.

Norah, entre las luces de *whisky*, no tardó en descubrir al jefe de brigada en el sórdido antro de descarriados. Lo vio una noche, lo vio dos, y a la tercera vomitaba desdén por los ojos. Horror, decían los ojos de Norah.

Elías se aplastaba contra el mostrador, como un anofeles de ala caída. Junto a él, dos busconas cambiaban caricias (¿para provocarlo?). Una estaba preñada y la otra le acariciaba la barriga: «¿Verdad que va a ser niña, mi amor, y que se parecerá a mí?». Y la preñada, con la cabeza baja, muy seria: «Sí, amor, sí». Puta vida, pensaba Elías.

El desprecio que le venía de la mesa de Norah era realmente soberano. Para aquella gente él era el tío de la bofia, el pasma, el madero que andaba a la caza de Mena y que venía allí a espiar. Intentaban ahuyentarlo con sus aires irritados, como si apestara, pese a su aquel distante y conformado. El Balmain y el Sauvage de Norah y de las otras cabecitas locas (el olor de Mena, en definitiva) confraternizaban con el desodorante de las busconas y el hedor rancio de los borrachos, que, ésos sí eran al menos gente, tenían interés, mientras que Elías no pasaba de un mandado servil de la moral establecida. Ése era el aviso que llegaba del mirar de aquellos mozos desmandados al modesto policía en ejercicio. Los músicos continuaban ondulando las concertinas embanderadas con la bendición harmonía, y aquello no era ya ni marca de instrumento, era un grito lastimero. Un grito de apóstoles congregados sobre el estrado y con los ojos muertos dirigidos a la

eternidad.

Elías, al inspector Otero: Norah d'Almeida, una calientabraguetas. De día al instituto, de noche a la movida. Cultura en sesión continua.

Otero: Nada de cultura, Fosas. Lo que están haciendo es lavar en la mala vida la desvergüenza de sus padres.

El inspector no había ido nunca a Bolero, pero conoce Texas y Griego, que son más o menos lo mismo. La misma *pandillada* de cineclub, las mismas mocitas de cremallera fácil montando las mismas historias. Las putas dan para todo, dicen. ¿No hubo una, aquella Magdalena, que acabó de santa después de muerta?

Elías, pensativo: Estoy de acuerdo contigo. Para lavarse, para lavarse el enmierde total. Mira lo que me dijo la Norah esa: «Este país necesita ser pasteurizado con mierda», eso dijo en la declaración. Con mierda. Y no creas que se atascó al decirlo, o que pidió poderes.

El inspector suelta una carcajada: Madres, a los burdeles, que las hijas están ya. ¿No es verdad, Fosas?

El dos de mayo, a las once treinta horas, dieron entrada en la penitenciaría de Lisboa a RENATO MANUEL FONTENOVA SARMENTO*, alférez de milicias, de veinticinco años, soltero y de profesión arquitecto, y a* BERNARDINO BARROCA*, cabo l.º, 3976/57, de veintidós años, también soltero, ambos desertores del ejército portugués. Los acompañaba el subjefe de brigada de la Policía Judicial Silvino Saraiva Roque y dos agentes de este cuerpo, que mostraron las correspondientes órdenes de detención. De acuerdo con el Reglamento, fueron despojados de sus ropas y pertenencias, y, tras cortarles el pelo al cero, se les entregó el uniforme de la prisión y fueron conducidos a celdas de seguridad en régimen de incomunicación.*

La detención tuvo lugar en la madrugada del mismo día, en las instalaciones del Motel Marina, Playa Azul, Algarve, por fuerzas de la Guardia Nacional Republicana mandadas por el teniente Roma, que ocupó posiciones en torno del local cortando las vías de acceso. Roque y sus dos hombres asistían desde el interior de la furgoneta al clarear del día, que fue como una película de los mares del Sur, con la estrellita pálida en el cielo ceniciento, la playa en color dorado-miel y agua mansa, sin una arruga; se oyeron gallos anunciando el día.

El motel empezó a revelarse por la blancura suave de la cal de las paredes, y luego por el barniz de las persianas de madera, todas corridas. Cuando la piscina (vacía) resplandeció color zafiro en su fondo de azulejos, y las palmeras enanas se abrieron en abanico a la luz del día, Roque descubrió los secretos del paisaje; y vio soldados arrastrándose tras las pitas desgreñadas, una silueta con un walkie-talkie en la mano avanzando furtivamente entre los algarrobos las orejas de un perro policía.

El motel estaba cerrado. Era mayo, época aún vedada para el turismo de pocas estrellas. Pero en cuanto se dio la orden de ataque con una ráfaga de ametralladora al aire, el guarda de la casa acudió a la puerta de la calle con los brazos en alto y con la mujer atrás. Después, todo ocurrió con la mayor sencillez. Se oyó una voz: «¡Estamos desarmados!», y aparecieron en la terraza los dos delincuentes. Vestidos. Dormían vestidos, como era de prever.

Esto fue lo ocurrido. Los subyacentes (como diría Elías Jefe) no los narra la historia. Son secretos de la Judicial y de quien bajo sus sayas se cobija, y ay de quien se vaya de la lengua. Se sabe que el arquitecto estaba esperando un envío de dinero de un amigo de Lisboa. Se sabe que el guarda del motel formaba parte de una red de contrabandistas y que estaba ya fichado. Se sabe que negociaba también en divisas. Y en terrenos. Y en turismos marginales (tenía una flota de burros para excursiones campestres). Se sabe que dio albergue al cabo y al arquitecto haciéndolos pasar por trabajadores temporeros en la limpieza de los apartamentos y del jardín. Que fue detenido con los capturados; y oído; y que lo dejaron suelto veinticuatro horas después. Se sabe todo. Se sabe muy especialmente que estábamos al de mayo, fiesta del trabajo, y la PIDE y la GNR andaban con el ojo encima de los pescadores y los obreros de las fábricas conserveras. Deducción: había policías de más y dinero de menos, cosa grave.

Y como el contrabando no entiende de patrias ni maneras, alguien con quien Roque conversó y a quien bendijo la Judicial corrió a dar el chivatazo y el motel se vio libre de aquellos huéspedes indeseables. Todo por boca y en base a la confianza, porque la promesa de la policía no necesita de notario.

y palabra de contrabandista va a misa, completa el mencionado Roque, darle cuerda al anzuelo y cuidar al arrepentido ha sido su lema de toda la vida, y nadie ha inventado aún receta mejor para contrabandistas y chulos playeros. El resultado, a la vista está. Roque batió la costa desde la hoz de las *españas* hasta la punta del mapa donde la tierra acaba y el mar comienza, como escribió aquel marqués que sólo veía de un lado; acompañó la línea del Algarve por las cabrillas de la mar con charlas de cerveza, chiringuitos de Mari Juana y *boutiques* de heroínas ojerosas. Esto de ser policía enriquece el espíritu, y se aprende geografía. Resumiendo: anduvo y se dejó ver. Pasado el tiempo, alguien le trajo en bandeja al cabo y al arquitecto.

En bandeja. Si alguna vez tuvo razón la lengua portuguesa es aquí, recuerda Roque. Porque, efectivamente, fue en bandeja de plata falsa donde la criadita de la pensión le trajo los nombres de los dos golfantes con la cuenta de la semana. Así, por las buenas. Él, Roque, llevaba tiempo ya pasando por la criba los algarves y mirando las olas, cuando en una hermosa tarde, cuando estaba en la galería de la pensión, se los llevaron hasta allí en un sobre-denuncia.

Sres. De la Policía Judicial. Ciudad.

Clavados como dos mariposas en el marco de la carta anónima, así llegaron los dos a la pensión; y servidos en la bandejita venían a todos los efectos.

Oye, amigo, qué manera de darle a la lengua. No paras, dice Elías Jefe sobre el montón de papeles que cubre la mesa del despacho, y quien tanto habla, algo quiere olvidar, ¿me engaño?

Por el tono de la carta, sigue Roque, se veía que la denuncia venía de contrabandistas y no de un vengativo cualquiera. Un canguro que se precia nunca salta fronteras solo, y si lo hace, lleva siempre a otro en la bolsa

de la barriga. Hasta aquí llega el cabo Roque, que no sabe más de contrabandos. Lo que le extraña es por qué fueron a la Judicial, cuando tenían allí, bien a mano, la Guardia Fiscal.

Elías, ordenando el papelamen: ¿Y quién te dice a ti, oh policía candidísimo, que esos tíos no fueron a ver a los de la GF antes de pasártelos a ti?

Silencio de Roque. Al cabo de un momento: Aún estamos en mayo y ya está el campo lleno de trébol.

Elías: ¿Trébol?, ¿y a qué viene ahora eso del trébol?

Agente Roque. El cabo. Durante todo el viaje no hizo más que repetir: aún estamos en mayo y ya está el campo lleno de trébol.

Elías: Lo que digo, que no paras, amigo. Te cabreaste porque te quitaron los presos y de ahí te viene esa diarrea en la lengua.

Roque: ¿Diarrea yo? Jefe, *me cago en la leche. Me cago en la Pide y en todas sus putas madres*[25].

Elías: Son muchas, amigo. Ojo con lo que dices.

Roque: Lo que quiero es que la Pide tenga muchos niños y que le aprovechen esos dos que les dejé allá.

En bandeja, dice Elías. Se los has dejado también en bandeja, no lo olvides.

Roque se encoge de hombros: que se jodan. Y Elías: Pero al menos alegraste la visual, y eso no te lo quita nadie. Roque: Hay cada mujer en el Algarve, jefe, cada tía. Y los almendros en flor, lo nunca visto. Y qué tapas y qué aguardiente de madroño. Nada mejor, jefe. Y todo para sacarles los cuartos a los extranjeros, que hasta las boñigas de los burros son doradas por lo del turismo. El Alentejo es otra cosa ya. El cabo no veía más que trébol por donde pasaba: se me ha quedado grabada la fase, murmura Roque. Esposado y pensando en el campo…

Elías tiene en la mano el informe del Taurus-esperma del mayor, pero no lo mira. En vez de hacerlo, observa al otro tras las gafas:

Oye, y eso de los celos mezclados con el crimen, dice en voz baja y lenta, muy pensada, ¿cómo se te ocurrió lo de los celos del arquitecto? Y luego: ¿Oíste algo por el camino?

Al finalizar el día, 22.30 horas

Elías estuvo preparando los materiales del proceso, últimos detalles. Pero quedaban aún fechas imprecisas. El baile de las fechas es siempre el gran festejo del policía, y es ahí donde hay que ver si el falso cura ajusta o no sus pasos con la muchacha extraviada. Piensa: encajar las fechas, seguir buscando, batallar con el calendario mientras le dejen tiempo y manos libres.

Primera fecha abierta: sábado, Noche de los Generales.

La Noche de los Generales le ha quedado atravesada. Durante ese día el mayor no se avistó con el doctor *Habeas Corpus*, que es marido de fines de semana en tierras de Ribatejo. Y sin embargo, el mayor pasó toda la tarde fuera de la Casa de la Vereda. Y por la noche dijo que sí, que había estado con él. Lo que no es cierto. Ahí hay gato encerrado. También habló con el abogado una sola y única vez desde que escapó de la prisión, y dijo que habían sido varias (se hartó de ir y venir del despacho de aquel cornudo —textual, palabras suyas—). Y la verdad es que salió de la Casa de la Vereda varias veces, y siempre disfrazado de cura y con el revólver en el bolsillo, en misión pues —pero ¿adónde?, se pregunta Elías. Para encontrarse ¿con quién? Conclusión: Dantas C en las tardes en que salió de la Casa de la Vereda anduvo de sotana por confesonarios inconfesables.

Segunda fecha abierta: el verdadero encuentro del mayor Dantas C con el doctor *Habeas Corpus*.

Este encuentro existió, fue un hecho. Pero aquel día el mayor no dijo ni palabra a sus compañeros de sus problemas con el brillante abogado. Se lo guardó todo para sí, vaya usted a saber por qué, hasta aquel sábado en que decidió poner las cosas en claro, lo del abogado, lo de los generales, todo el lío. Los metió a todos en el saco de los traidores y lo agitó hasta sacar chispas. Santos Costa, chacal de los cuarteles, Botelho Moniz, Craveiro Lopes, todos recibieron lo suyo (cf. *Cuaderno*, allí están las miserias de cada uno).

Elías tira del reloj por la cadena: las diez y media, hora de la segunda sesión para las *girls* de Parque Meyer, y él dentro de poco va a estar de visita con la doncella de los pavos reales en su catre adormecida. Piensa: Y el ladino de Roque con aquella corazonada de los celos.

Tercera fecha abierta: «Ahí va a acabar ella».

Al final, la malquerida también tenía su sepulcro apalabrado. Lo supo después porque se lo dijo el arquitecto, y se estremeció de pies a cabeza sólo de oírlo. «Ahí, ahí es donde va a acabar ella», fue lo que le dijo el mayor a Fontenova, los dos de paseo por el pinar. Pero ¿cuándo se lo dijo? ¿La víspera del crimen, como dijo a Mena el arquitecto? Hoy mismo la propia Mena tiene sus dudas. Dantas C pasó sus últimos días encerrado en la sala de la chimenea haciendo solitarios. Es poco probable esa charla en el pinar. Solo. Haciendo solitarios, paciencia, que la baraja da para todo. Siendo así, si es que no había nada de lo del sepulcro prometido, ¿acaso fue todo un delirio de Fontenova? ¿Y con qué intención esa mentira? ¿Para justificar aún más el crimen? Solo. Pasaba el día solo, es todo lo que Mena sabe responder.

Elías cierra la puerta del despacho. Y vuelta a pensar en el agente Roque y su corazonada de los celos.

Pasillos vacíos, mujeres de la limpieza de despacho en despacho, la cabalgada de los aspiradores. Bajada al confesonario en la hora del sueño de los justos, ahí va él, el jefe de brigada, y esta vez llama a la puerta con mano rápida como quien llega con recado de urgencia. Vístase, ordena. Y queda a la espera. Bosteza hasta el punto de que los maxilares se sueltan en un estallido. Después, ojo a la izquierda, puertas de celdas; ojo a la derecha, nadie. Acecha por la mirilla.

La ve. Mena está de rodillas, en *slip*, y el tronco desnudo en medio de las mantas revueltas, cubriéndose los senos con el camisón, que lleva enrollado en los puños (como todos los presos, se ha acostumbrado a desconfiar de que la espían). Con un brazo mantiene el busto tapado en el momento en que extiende el otro para coger una camisa. Se la pasa por la cabeza, la camisa, con un gesto rápido, y se sienta, con las piernas fuera del camastro. Aún medio dormida, aturdida, ganando fuerzas.

Ahora se pone en pie. De pie, descalza, el cuerpo aplomado, tiene realmente unos muslos sólidos y majestuosos, y las nalgas exactas y conscientes, no pasivas. Se inclina ahora: el pelo caído hacia la frente deja a la vista la línea del cuello, que es firme y en prolongación armoniosa. De perfil, luego: levantando los vaqueros a la altura de los ojos, como si quisiera observarlos a contraluz, la línea del dorso desenvolviéndose con serenidad y sin quiebra, las nalgas (las hermanitas, en la jerga de los burdeles) se alzan con exigencia.

Elías la acecha pegado a la puerta, el ojo quedo. Allí la tiene, real y enteriza. Cerrada en un círculo de vidrio. Allí la tiene. Pidiendo con aquel cuerpo una buena verga que la entrara toda, que la hiciera estallar con descargas de esperma hirviente; gruesa y pesada, de la que quema, que la encharcara de arriba abajo hasta las nalgas, eso era lo que quería, la *tiorra*, que le subieran espinazo arriba y empezaran a gritarle marranadas, eso era lo que la muy zorra estaba pidiendo, dame, dame, ay dame, más, así, así. Hasta distanciada y reducida por el cristal panorámico de la mirilla, es una provocación, una agresión de la naturaleza, la muy zorra.

Acaba de ponerse los vaqueros y viene desde el fondo de la celda. Se acerca, aumenta su cuerpo (Elías, al otro lado de la puerta, retrocede); luego, se sienta en el taburete, con un pie sobre la manta, exprimiéndose algún grano, según parece. El jefe de brigada mete la llave y hace su entrada en la celda.

Bueno, dice sentándose en el lugar de siempre, al lado del lavabo. Han atrapado a los dos.

Mena sigue con la mano en la pierna, el mentón encima de la rodilla.

Se entregaron, sin más, sigue diciendo. Están ahora bajo la responsabilidad de la Pide.

Se oye el agua corriendo en el lavabo a chorro manso, muy débil. El jefe de brigada da una vuelta al grifo, pero sin resultado.

Naturalmente, su caso va a ser transferido también a la Pide, sigue cuando se sienta de nuevo. Es cuestión del reglamento, aclara. Los procesos tienen que seguir sus trámites.

Elías Jefe: Espero que esté preparada para ciertas preguntas cuando llegue allí.

Cruza la pierna y deja a la vista unos calcetines gruesos saliendo de los zapatos. Parduscos, con todo el aspecto de ropa mal lavada. Elías descruza la pierna.

¿Y ella? Ella, Mena, fuma con la boca pegada a la rodilla.

Elías Jefe: No es que sirvan de mucho esas preguntas No pasan de cosas personales, el llamado «fuero íntimo». Pero sirven para emporcarlo todo. Para desmoralizarlo a uno, quiero decir.

Saca un papel que lleva en el bolsillo: Esto, por ejemplo. El coche del mayor.

Mena: ¿El coche del mayor?

Elías Jefe: Un informe que nos mandaron. Aquí se ve por dónde van a ir los tiros.

Mena: ¿Y qué tiene que ver con esto el coche del mayor?

Elías Jefe: Residuos de esperma. Descubrieron un montón de pruebas comprometedoras para usted. Aquí está, haga el favor.

Ella rechaza el papel con un gesto, se abraza aún más a la pierna. Oiga, dice luego, bajo, muy lentamente. El mayor y yo éramos amantes, ¿entiende?

El pitillo se esfuma suavemente, se esfuma. Mena está anclada, abrazada toda a sí misma.

Amantes, repite.

Pero de pronto deja la pierna, echa atrás el cuerpo por encima del taburete y se sienta contra la pared, muy erguida. Todo ha cambiado a partir de ahora. Bueno, ¿qué pasa?, parece preguntar a las gafas que la espían.

El jefe de brigada contempla su amada uña y se la pasa por el trabajoso peinado. Y una tal Norah, dice cambiando de tema. Norah d'Almeida. La conoce, ¿no?

Mena: Es amiga mía. ¿Qué tiene que ver ella en ese informe?

Elías Jefe: Puede que tenga que ver. Si anduvo en el coche con el mayor, también le afecta a ella. ¿Sabe usted si estuvo en el coche?

Mena, con voz fatigada: El informe. Como si no supieran cuáles eran mis relaciones con el mayor.

Se encara aún más al policía, quiere verlo bien, quiere que él la vea:

Éramos amantes. Dígaselo. El mayor y yo éramos amantes, si es eso lo que quieren oír. Y lo hacíamos todo, también puede decírselo. En el coche y fuera de él. Todo, imagínese.

Habla con despego, como si estuviera a distancia y en presencia de un testigo para olvidar. Todo, repite con desprecio. Y sigue. Elías se acuerda del retrato con fondo de pavos reales y del orgullo con que miraba al mundo.

Mena, la doncella de los pavos reales. Ahora, pobrecilla, la doncella está recordando sus andadas. Y lo mejor que lo hace con aquella voz impasible y con la luz de inocencia en la mirada.

El jefe de brigada se mueve en el asiento: ¿va a interrumpirla? Pero Mena tiene la palabra, y no la deja. Esos de su informe, continúa, son gente de otro mundo, y jamás podrán imaginar las barbaridades que se hacen en esta ciudad, en los coches, en los ascensores. Lo que pasa en los ascensores. Ni lo imaginan. Y los restaurantes. Los restaurantes, tampoco yo lo creía, pero se hacen verdaderas desvergüenzas en la mesa de los restaurantes. Y quien dice en los restaurantes dice en los museos, en los rellanos de las escaleras, conozco mucha gente, buena gente, que hizo algo parecido. Personas normalísimas. Más de las que puede imaginar. Hasta en la playa, en la playa, es decir, rodeados de gente. Inconcebible, ¿no? La playa llena de niebla y gente, pescadores allí mismo ellos, haciendo el amor con agua hasta la cintura. Un momento, tenga paciencia, ahora vamos a sus preguntas, ahora estoy contestando al informe, a esos papeles que trajo.

Elías Jefe: Siga. Si cree que tiene algún interés, siga, por favor.

Mena: Desde luego que tiene interés. Y por mi parte, no hay el menor problema. Puede contarle todo, los lugares donde lo hicimos, las posturas, qué sé yo, esas cosas pueden ser importantes para los tipos esos del informe, ¿no? Contarles, por ejemplo, que una vez metimos a una puta en el coche. Calcule, una puta. De las que andan por las esquinas, para más. Y yo iba atrás con gafas negras, lo que hice o no hice después es lo de menos. Todo eso ayuda a aclarar el informe, pienso yo.

Tras las gafas frías el jefe de brigada vislumbra complicidades, juegos secretos, masturbaciones: en el cine, el restaurante, en *palaces*, hoteles, *barcelonas*. El pie que descalzó y que tantea por debajo de la mesa; la boca, suavizada por el vino, que aprovecha la caída de la servilleta para ir derecha a un pene inteligente, advertido ya, y sólo un abordaje bajo el mantel, pero certero, ese toque, esa y otras insinuaciones que Mena no relata en extenso pero apunta, las *milmañas* de los amantes en destrucción.

La va escuchando. La presiente puteando con aquellas maneras contenidas y aquella mansedumbre agreste en la voz. Sólo después se dará cuenta de que de esta Mena, Melanie, doncella de pavos reales y melena altiva, se va desprendiendo también la silueta del mayor, que tras toda aquella furia de amar había ido glorificando su condición de macho y diciendo hazme esto, y ella haciéndolo, hazme aquello, y ella se lo hacía, un festival de voracidades. Pero Mena se ha callado y clava los ojos serenamente en el jefe de brigada.

Elías Jefe: ¿Ha acabado?

Ella busca alrededor algo con los ojos. Y luego: ¿Le importaría pasarme esas pastillas que están en el lavabo?

El jefe de brigada vacila, pero acaba por llevarle el tubo de aspirina. Queda a la espera de una manifestación de gratitud. Nada. Gracias, le dice él entonces.

Y Mena: Ah, sí. Gracias.

Cruza los brazos, pasea los ojos alrededor, por las paredes, por el techo. Después se lleva la mano a la frente, salta al suelo:

Le agradecería que saliera mientras me meto en la cama. Tengo una jaqueca horrible.

Elías se pasa la mano por la calva y la sigue mirando. Piensa: El truco de la jaqueca, el truco que ella usaba con el mayor. Pero, está bien. Sale.

Aquella noche sueña algo que no olvidará jamás.

ELÍAS: EL SUEÑO

Extensos corredores, luz helada violentísima, muros y muros de mercancías: ¿un supermercado? Silencio blanco. Suelo resplandeciente, de hospital. Hay una multitud desfilando, lenta y solemne, empujando carritos de compra; pero no son de compra, son coches de niño, y van vacíos. Parece una procesión de padres enlutados recorriendo un museo de largos corredores.

Elías anda por allí, no sabe bien por qué, pero descubre que sigue a una mujer de cabello azulado. La mujer no parece interesada en comprar nada (en definitiva nadie compra nada, todos siguen con paso medio, perfil solemne) y lleva una bolsa en la mano que dice airport (eso es lo que la distingue en el desfile de carritos relucientes). Va entre dos muros de embalajes que no parecen tener fin y que convergen en círculo como en aquellos espejos que hay en lo alto en los supermercados. Los embalajes son siempre los mismos, DETERGENTE BRONQUITIS, DETERGENTE BRONQUITIS, DETERGENTE BRONQUITIS, qué tontería, piensa Elías en pleno sueño, esta marca no existe, y en ese momento el corredor es ya un andén del metro. A un lado, las estanterías de un supermercado; al otro, vagones desfilando con rostros en las ventanillas. Yertos, los rostros. Enmarcados en rectángulos de vidrio se suceden como una interminable tira de fotografías de fichados.

Ella, la mujer, prosigue a paso tranquilo entre el metro y la línea continua de los estantes de mercancías. Cabezas de cerdo es lo que hay a lo largo de ese muro. Estantes y estantes de cabezas de cerdo, sonrientes y amarillas, todas iguales a unas que Elías vio en el escaparate de una carnicería china en una película policíaca. Laqueadas con yema de huevo, seguro. Elías tiene la sensación de que conoce este lugar de otro sueño. Y, de repente, la mujer se detiene. Se acerca al muro de las cabezas de cerdo: Elías se oculta porque sabe que ella va a volverse. Al mismo tiempo comprueba que no tiene el pelo azulado, sino lleno de reflejos de acero, esplendor metálico, lunar, y, atención, allí está ella volviéndose lentamente. Se vuelve sólo un poco hacia la izquierda y a la derecha, a ver si la observan y, al mismo tiempo, saca disimuladamente algo de la bolsa de plástico. Después vuelve atrás por el camino que la ha llevado hasta allí.

Elías se inclina fingiendo que se suena para que no le reconozca, pero la mujer pasa con la cabeza muy erguida, y el rostro de ella es el de Mena y lleva una sonrisa como quien sabe que la están siguiendo. Esta revelación no le sorprende.

Corre entonces hacia el sitio donde ella dejó el objeto y no necesita buscar porque lo descubre inmediatamente en medio de las cabezas de cerdo: un gato de loza con una peluca de mujer en la cabeza. La toca y es cabello natural. Sin perder más tiempo, va en busca de Mena.

No la ve. Y cuanto más avanza, más despoblado se muestra aquel mundo luminoso y frío. No hay gente, sólo corredores y un suelo que ciega de tan brillante. En este laberinto de luces y reflejos pierde la orientación y la distancia, pero no se detiene, sigue caminando hasta llegar a un atrio desierto donde da vueltas una escalera mecánica. Hay también una ventana tristemente iluminada, una cabina de fotomatón, sólo ahora la ve, y, cuando la ve, descubre a Mena sentada allí dentro, inmóvil ante el objetivo como si fingiera estar posando, pero con un libro abierto en las rodillas.

Elías pasa y sigue. Entra en la escalera mecánica, que sube casi en vertical y va a desembocar a un horizonte enlunado, con pinos enanos. De las ramas cuelgan andrajos. Una cancela. Un tejar. Está la puerta abierta mostrando un mueble dorado con un gato de cerámica. Imposible que esté un gato así en un mueble como éste, piensa Elías.

El tejar está todo recubierto interiormente de azulejos luminosos (un amplio retrete público, o algo así) y tiene en el centro un cubo rebosante de colillas que se retuercen como gusanos. ¿Serán gusanos, realmente? Intenta acercarse, pero presiente que hay alguien tras de él. Se vuelve y ve a su hermana mirándolo, muy seria. Desnuda. Majestuosa. Completamente desnuda. Y alta como nunca imaginó que fuera. Tiene el pelo descolorido, de aluminio refulgente, y el pubis negrísimo, una llamarada fosca temblando en un cuerpo de cera.

«Puedes mirar», dice la hermana con gran serenidad; y al mismo tiempo empieza a volverse mostrándole una línea de escamas cenicientas que le baja desde el pescuezo a las ancas. «Estamos todas así en el Bar Bolero», dice.

Elías queda aterrado ante aquella estera de costras que le corre por la espalda. Verrugas, llagas resecas, no lo distingue bien. Tiene algo de maldición, algo de cosa ritual, de tortura aceptada con resignación, y Elías se siente helado ante tanto fatalismo, tanta blancura…

… y entre tanto tiene consciencia de haber despertado con una extrañeza de vergüenza y remordimientos. Está como muerto, olvidado en la cama. Pero la hermana insiste, la hermana sigue vigilándolo en medio de la noche, y el sueño se repite (o continúa) en instantes desgarrados, sin orden. «Estamos todas así, aquí, en Bolero». Y vuelve a aparecer ante ella la cabina de fotomatón. «Todas así, todas». Y ahora el cristal de la puerta es la foto (ampliadísima) de la cara de la persona que está allá dentro ante el objetivo, la hermana. Elías sabe que es ella, y aun se acerca para quedarse ante aquella suavidad, aquel rizo de pelo pegado a la cabeza.

En esto está cuando la puerta se abre y sale de la cabina la hermana de cuerpo entero. Ella, claro. Desnuda otra vez, y proyectándose en pasadas largas y suspensa como si bailase. Elías se asombra una vez más de las dimensiones de su cuerpo (se ha vuelto enorme, caramba, enorme) y ondula la espalda, que es amplia y se recorta en una línea de escamas erizadas. Le recuerda a una valquiria camino de los bosques, a una virgen salvaje y suntuosa galopando en polvaredas de luz.

Y, al fin, también él va a parar de repente a un espacio cargado de luminosidad. Es, una vez más, un corredor que se abre, solitario y lleno de centelleos, y esos brillos, esa trepidación de luz, viene de filas y filas de concertinas que revisten las paredes con sus teclados y sus irradiaciones espectaculares. Elías no ve nada, aparte de las concertinas. En todas está escrito harmonía, como si fuese una firma chillona.

SÚBITAMENTE EN LA MADRUGADA

llega recado del Rey para aparejar las monturas. Dice así: «Inmediata transferencia de la detenida. Decisión del Sr. Director. Firmado: F. Otero. Inspector».

No vale la pena averiguar cuándo fue dejada aquella hoja de agenda en el despacho de Elías, es demasiado temprano para eso. Aún no ha entrado el personal y Otero no viene nunca tan temprano a sentar el bigote bajo el retrato de Salazar, rodeado de ambulancias aulladoras. En todo caso, Elías presiente complicaciones, oiga, guapa, póngame con el inspector. Y como el teléfono le responde con sonidos de castigo, dice: Ya me parecía.

Voz de la telefonista, por encima del ruido del enlace: El señor inspector ha salido ya.

Si salió o no llegó a entrar, eso sería ya saber demasiado, piensa el jefe de brigada colgando el auricular. Digamos más bien que se encuentra en mañana de adulterio junto a una dama perfumada. Eso, y que Dios le dé una buena rociada de purgaciones, es lo que el Fosas le desea.

Saca de un cajón el libro de los muertos, lo abre por la página final, último acto, últimas confesiones aún por firmar. Mena va a cambiar de aires, no se sabe adónde, al menos él no lo sabe. Lo que sí sabe es que tiene que cerrar el proceso. Y de inmediato. Es el momento de llamar: La detenida.

Dio la orden por teléfono y se acerca a la ventana a componer los barrocos del peinado que le recubre la calva luminosa. Con las manos en los bolsillos, alfiler de perla cansada en lágrima de pecho, preside la apertura de la feria que es la calle de allá abajo. Comercio aún en los escaparates tapados, caballos de la Guardia Militar en formación de rutina, los tranvías, los periódicos de la mañana transitando hacia los despachos, doblados en mano roncera. En la acera de enfrente hay dos coches celulares: pasaron allí la noche, pero Elías los imagina llenos de mujeres dándose palmadas gloriosas en el sexo y burlándose de los guardias que las vigilan.

Se vuelve. Es Mena, que acaba de entrar en el despacho acompañada por el jefe de calabozos, un gordo picado de viruela que huele a rancho. Indica una silla, la que está ante la mesa del despacho, y él ocupa su lugar oficial. Policía y acusada frente a frente. Vamos a ver si arreglamos esto.

Salió el capo de las ergástulas. Anda, del otro lado de la mampara, vagabundeando entre las mesas de los agentes. Lleva el mono redondeado en las nalgas con dos manchas lustrosas. Pasea y se frota las manos. Como si la vida le fuese de maravilla, piensa el jefe de brigada, pero desvía los ojos porque empiezan a llegar los primeros agentes.

Mena. El asunto es ella. La tiene en primer plano, *pull-over* escotado, brazos cruzados.

Empieza la lectura del auto con las pausas y los repetidos necesarios. Todo sabido, pero como si no. La interrogada aquí, la interrogada allá. Lisboa, tantos de tal, en la Jefatura de Policía. El jefe de brigada interrumpe la lectura para recordar que puede efectuarse al margen cualquier corrección. Mena lo sabe. Adelante. Advierte, no obstante, que esta vez es definitivo. Últimas declaraciones. Conviene dejar todo en orden, porque va a ser trasladada, aclara Elías.

¿Trasladada?, pregunta la detenida.

Elías Jefe: Claro. Supongo que lo esperaba, ¿no?

Mena aprieta los brazos contra el pecho, como si tuviera frío. Ha pensado en la Pide, calcula el jefe de brigada, pero en ese momento lo que le viene a la cabeza son los coches celulares, allá en la calle, y una caterva de pelanduscas rascándose el sexo como locas. Dice: Lo normal es que sea depositada en una cárcel de mujeres.

¿Depositada? La detenida se mira la palma de la mano. Al menos veré gente, dice con voz que es apenas un murmullo. Se mira la mano, le da la vuelta, vuelve a mirársela otra vez. Bien, murmura Elías. Y empieza de nuevo la lectura.

Auto, discurso de perdición. Fulana dijo, confirmó, manifestó sus reservas. Mena se oye, repetida y enmendada. ¿Le importaría volver a leer ese párrafo?, dice.

Elías Jefe: «… que tras el crimen, cuando le fue comunicado por el arquitecto que el mayor tenía desde hacía tiempo la intención de matarla, y que incluso le había mostrado el lugar donde iba a enterrarla, la interrogada tomó esto como un aviso dirigido, más a él, al arquitecto, que a ella misma».

Mena: No. Pensándolo mejor creo que sí, que sí, que tenía pensado matarme.

Elías Jefe: Pensándolo mejor. ¿Por qué pensándolo mejor?

Mena se muerde el labio antes de responder. Las torturas, dice. Cada vez iba más lejos. Sentía que iba a acabar matándome.

Entonces se pone en pie y, mire, se vuelve y se levanta la parte de atrás del *pull-over*, encima del elástico del sostén. Y Elías ve. Ve y no lo cree. Desde la cintura al cuello tiene las espaldas labradas por quemaduras: de cigarrillo, cenicientas y erizadas. Repetidas. Minuciosas. Como una espina de escamas corriéndole por el dorso.

Se había vuelto impotente, dice Mena bajándose el *pull-over*.

La reconstrucción
8 de agosto de 1960

Elías apenas interrogó al arquitecto, apenas interrogó a Barroca. Los recibió, ya confesados y pasados a limpio, dentro de un *dossier* de la Pide.

«Jefatura de la Policía Internacional y de Defensa del Estado», —así los leyó. Autos, mandatos, notificaciones. Un agente, un tal Mortágua, hizo de escribano; y un inspector que firmaba Falção[26], dos nombres que ni adrede. Nada de palizas ni de estatuas de sueño, allí no consta sino lo fundamental y, en lo posible, se omite hasta la materia política. «Fueron analizados los hechos, que constituyen delitos contra la seguridad del Estado», advierten los autos.

Todo conforme a la norma, así leyó Elías Jefe a los condenados. Después, habló con ellos. Mejor, los careó. Tuvo una sesión con ellos, y luego los devolvió al remitente. Que se arreglase la Pide con ellos, y adiós, hasta otro día, que yo me vuelvo a lo mío, dijo Elías.

Los verá de nuevo mucho después, el 8 de agosto del corriente año y en la Casa de la Vereda, donde tuvo lugar el homicidio, y, en ese día, a las dos de la tarde, Fontenova y el cabo Barroca se apean del coche celular, aturdidos y con las manos al frente (esposados, para entendernos) y se quedan allí, parados al sol. El cabo con la cabeza rapada y el uniforme carcelario, el otro con chaqueta *tweed* y pantalones de franela. Míralos, exclama el agente Roque, parado en la terraza.

Los lugares (I)

Éste era el sitio donde el mayor la quería enterrar.

Elías y el arquitecto están junto una pequeña vaguada que atraviesa el pinar. Es difícil calcular la profundidad porque los zarzales lo cubren todo con uñas asañadas. Se ven lucir moras negras, algunas magras, ya peludas.

¿Cree que realmente pensaba matarla?, pregunta Elías Jefe.

El arquitecto se retuerce para acercar las manos esposadas a la cajetilla del bolsillo, y el jefe de brigada le ayuda. Él mismo le enciende el pitillo.

Gracias, dice el arquitecto. Hincha el pecho con una bocanada lenta, como si estuviera aspirando el aroma de los pinos. Y sigue: ¿Que si la quería matar? Es posible, no digo que no. De todos nosotros, para el mayor el principal problema era ella.

Elías, vuelto hacia la maleza: Por lo de la impotencia, claro.

Se alza un batir de alas pesadas, un grajo, posiblemente. El jefe de brigada mira entre los ramajes: ¿Grajos en un sitio como éste?

Arquitecto Fontenova: Me fue a buscar y dijo: Mira, Fontenova, aquí va a acabar ella.

Elías imagina a Dantas C jugando solo a cartas en la sala. La mesa cubierta de naipes, y él moviéndolas —de pie, para abarcar la geografía del terreno—. Lo ve también atravesar el pinar, de bata y con el arquitecto detrás: «Ahí, ahí va a acabar ella», y entonces se da cuenta de que Fontenova está diciendo algo de su padre y la educación militar. ¿De su padre? «En todos los militares hay una tendencia hacia las situaciones extremas», dice en aquel momento el arquitecto.

Esto tiene algo de oratoria susurrada, la manera como él está pensando ante la sepultura, Elías lo oye. Recuerdos, el instituto. El padre, que por lo visto había hecho la Gran Guerra como capitán médico, tres condecoraciones y la legión de honor francesa. Maestro de armas también, campeón de florete desde sus tiempos de alumno de la Academia preparatoria. Cuando recibió la copa de los juegos olímpicos, dice Fontenova, mi padre subió a la tribuna con uniforme de capitán, a petición del gobierno portugués.

Zarzales enmarañados, verdadero alambre de púas allí a sus pies. Y hay avispas. No se sabe dónde, pero se oye el zumbido. Mire, dice Elías cortando las palabras del arquitecto, terreno rocoso. Raspa el suelo con la suela del zapato: sólo roca, mal sitio para enterrar a alguien. Parece imposible que el mayor no lo viera.

En aquella zona el pinar está plantado sobre piedra cubierta de una capa de pinaza, de la que salen raíces hambrientas ondulando como culebras. Cuando el jefe de brigada se pone en marcha, siguiendo su paseo, ve que algunas se prolongan metros y metros.

Mala cosa, eso de la impotencia, dice soltándole un puntapié a una piña. No hay gente más desconfiada que los impotentes.

Va con aire desenfadado, chaqueta por los hombros, sin corbata; no se vuelve siquiera atrás porque sabe

que el arquitecto le sigue a corta distancia.

(Asuntos tratados entre el jefe de brigada Elías Santana y el acusado Fontenova en el transcurso de las diligencias, en el pinar:

- el entierro de Mena;
- torturas a que fue sometida por el mayor [¿acaso otras prácticas, aparte de palizas y quemaduras con cigarrillos?];
- la referencia a su abuelo almirante y al padre, campeón y maestro de armas —¿con qué propósito habló de esto?
- los subrayados; interesa averiguar si el arquitecto había leído *El lobo de mar* después de Mena, y si cuando lo leyó encontró ya aquellos párrafos subrayados. La respuesta a las dos preguntas fue que no. Ah, dijo el jefe de brigada).

De regreso, en un campo lleno de helechos, se encontraron con el agente Roque y con el cabo, que venían en sentido contrario. Esto sí que es una cita campestre, dice Elías. ¿Qué tal el guía?

Roque responde: Va marchando. Añade que precisamente en aquel momento el cabo iba a llevarlo al refugio del mayor, si es que recordaba aún el camino. (Sonríe).

Elías: Ah, el refugio. ¿Queda lejos? Oiga: estoy preguntándole si queda lejos. ¿Le ha comido la lengua un gato, o qué?

El cabo entiende que va con él. Hace un gesto vago con la cabeza: Por ahí.

Por ahí, por ahí, repite el jefe de brigada midiéndolo de arriba abajo. (Parece una peña el pobre hombre. El manchón deslucido del pelo cortado al cero, el metal de las esposas, el algodón del uniforme, todo queda deslucido en aquel desgraciado). Muy bien, amigo, vamos a ver eso.

A medida que bajan por la cuesta, el pinar se va abriendo, los árboles se inclinan en la misma dirección (marca del viento, deduce Elías) y gana terreno el matorral rastrero (también el viento, la dispersión de las semillas), brezos y jarales por todas partes. Unos pasos más, y se abarca el horizonte hasta el mar.

Se ve que el cabo conoce el camino. Fue por allí casualmente la primera tarde en que el mayor salió para uno de sus encuentros clandestinos, y le tomó gusto al juego. Debía de estar cansado de aguantar entre cuatro paredes.

«Le tomó gusto». El jefe de brigada sonríe ante la frase. Tenía razones de sobra el cabo para eso, para tomarle gusto. Nunca había imaginado lo que iba a ver cuando bajó por primera vez por aquella senda por donde ahora descienden. Fue por allí dando una vuelta, por tomar el aire, y pasó una manada de toros, los mismos que pasaban ahora también, y se dirigió al montón de piedras que se veía allá abajo. Y hay también un cobertizo, una chapa de cinc apoyada en un murete de pedruscos, ardiendo al sol. Pero el cabo interrumpe la marcha, les llama la atención hacia un montón de troncos un poco apartado, hacia la derecha. Desde aquel sitio vio la escena que lo dejó estupefacto: el mayor sentado bajo el cobertizo. Vestido de cura, claro. Y muy solo. Sí señor, asiente con la cabeza el jefe de brigada. Era aquí, pues, donde venía a conspirar en solitario.

Brezales alrededor, brezales y pedruscos, ni un árbol. Y sol. El sol brillando en el barniz de las hojas de los brezos y el olor tibio que exhalan y que tiene la densidad del sudor íntimo, carnal. Y tú, detrás de esos leños, dice Elías Jefe. Es bonito, no hay duda. El mayor jugando a las citas políticas y tú aquí, viéndolo todo. Tres veces, ¿no?

Dos, responde el cabo. Una de ellas el señor mayor fue realmente a Lisboa.

Elías se aleja un poco para mear: Y grita mientras mea, de espaldas: entonces supiste que era verdad, pero las otras veces no dijiste palabra. Y lo sabías todo.

Vuelve abotonándose la bragueta por el sendero: Dejaba que sus compañeros siguieran engañados. No está mal, no señor.

El cabo mira por encima de la llanura, allá al fondo.

Elías: Roque, este proceso parece un vals de conspiradores. (Risa hueca). Ahora miento yo, ahora mientes tú, ahora mentimos todos…

Los lugares (II)

Arriba en la carretera están estacionados dos *land-rovers*, y a su alrededor varios guardias de la GNR con la carabina en bandolera. Hay también curiosos, mirando, y todo lo que pueden ver es un trozo de tejado o del camino que lleva a la entrada; eso es todo lo que se puede ver desde allí.

Aún no ha llegado Mena y tampoco el inspector Otero. Debe de estar con el director Judiciaribus asintiendo a todo con grandes cabezadas. O quizá peor, quizá le han llamado de la Pide para recibir instrucciones medio secretas. A Elías no le sorprende nada. Absolutamente nada. Elías nunca olvida que «las

policías deben prestarse colaboración en el ámbito de sus respectivas competencias». (Otero), no tiene nada de extraño. Et voilà, piensa. Tiene ahora consigo el *dossier* de las confesiones y se pasea en mangas de camisa por la terraza.

Por la terraza anda también Roque, que se entretiene en adornar con la navaja una varilla de brezo. A un lado, los presos esperan órdenes sentados bajo los pinos, cada cual en su sombra. Cerca de ellos, el fotógrafo juega con un perrillo impertinente, e impresiona porque es un tipo albino, sin edad. Tiene el pelo blanco y frágil como una nube de algodón, y ojos desvalidos y sin color; cuando se ríe, se le queda una carita de niño viejo y muestra unos dientes menudos como los del perrillo. Se oye un mirlo. Canta como loco.

Viéndose en medio del camino y con el cuaderno en la mano, Elías recuerda las largas esperas en el escenario, antes de los ensayos generales. Club Estefanía, papeles de aficionado, cuánto tiempo hace ya. *La recompensa*, de Ramada Curto[27], en grandes tiradas de lágrima y gesto. Y Elías avanzando con una barcarola de Offenbach metida a destiempo por el director:

> Oh
> Efíme-roamor
> Supre-moamante pasión,

le canta su memoria, siempre a punto.

Entra en la casa, baja al garaje, donde estuvo depositado el cadáver. Luego, la sala: el lugar del crimen. Confirma la disposición de los muebles por el plano que acompaña el informe y pasa a las armas expuestas sobre la mesa: instrumentos finales. Pistola *Parabellum* calibre siete coma setenta y cinco, un revólver Smith treinta y dos. Metralla no faltaba en la casa. Va a sentarse al sillón junto a la chimenea, allí, sí, está fresco. Cuelga la chaqueta en el respaldo de una silla. Enfrente tiene el teléfono.

«Despertó con los gritos del mayor, que llegaban de la sala de abajo», lee el jefe de brigada repasando el *dossier* de la Pide, hoja sí, hoja no. «¡Los denuncio a todos! ¡Los denuncio a todos!». (El cabo, acta del careo).

«Por primera vez el mayor les propuso de manera clara e inequívoca la ejecución de determinadas personalidades tanto del Gobierno como de la Oposición». (Ídem, arq. Fontenova).

Elías sitúa estos instantes: Noche de los Generales. Pasa páginas. Las cosas se repiten, vienen por extenso y por añadidura. «¡Los denuncio a todos!». Otra vez el mayor gritando —y más gritos, pero ésta vez en boca de Mena—. Y el arquitecto, después: «Dijo que prepararía atentados contra personas aisladas y comisarías de policía, a fin de obtener armas y munición; así como a armerías y otros establecimientos que no concretó».

Elías interrumpe para ver la hora, empieza a pensar que la sesión ha podido ser aplazada. Piensa: Órdenes de la Jefatura. El programa puede ser alterado por cualquier motivo imprevisto, qué rollo. Instintivamente mira hacia el teléfono.

Luego:

«Preguntado sobre la naturaleza y los objetivos de los planes de la víctima, respondió: que sólo tuvo conocimiento de los mismos en la noche anterior al homicidio; que esa reunión tuvo lugar en la sala, estando el mayor sentado en el sillón frente al teléfono, y mirándolo de manera intencionada y misteriosa; que tal actitud y la circunstancia de haber colocado sobre las rodillas la *Parabellum* de cañón largo, de la que no se separaba nunca últimamente, lo entendió como exhibiciones para atemorizarlos». (Arq. Fontenova[28]).

«Está loco. Nos va a matar a todos». (Ídem, despertando al cabo en la noche del 25 de marzo).

«Dijo entonces el mayor que comenzarían por llevar la agitación al país provocando una serie de incendios que llamó políticos, acciones siempre espectaculares y fáciles de realizar, por no precisar de personal entrenado. Entre los lugares elegidos recuerda haber oído nombrar el cine San Luis (por estar contiguo a la sede de la Pide) y los edificios del *Diario da Manhã* y el Tribunal Militar, el primero porque en él había depositadas materias inflamables y el segundo porque, aparte de ser de construcción antigua, estaba en gran parte ocupado por archivos. En lo que respecta a las individualidades contra quienes se pensaba atentar, el mayor no hizo referencia al método o métodos que se proponía utilizar». (Arq. Fontenova, una vez más).

Elías, al volver la página, posa de nuevo la mirada en el teléfono. Tarde somnolienta. Ni señal de coches allá fuera. Todo parado, a no ser el mirlo. Ahí está de nuevo, y ahora en un delirio inacabable.

«Nada de idealismos, Fontenova, si no os alineáis conmigo, os denuncio a la policía». El mirlo se deshace en arabescos por encima de la lectura del jefe de brigada. «Si no os alineáis, os denuncio». Bien. El mayor con nuevos detalles. El mayor indicando con ojos enrojecidos el teléfono (amenazando con que le bastaba «hacer una señal») y Fontenova intentando disuadirlo, trastornado aún por los visajes que veía en su rostro, en el del mayor Dantas. «El interrogado se negaba a creerlo», dice el texto de las declaraciones.

¿Se negaba a creerlo? Elías había subrayado el párrafo. «¡Los denuncio a todos! ¡A todos, y también a los de tu lista! No creas que voy a dejar a nadie fuera», afirmación que el interrogado, indignado, pero en términos conciliadores, indicó que se negaba a creer por el respeto que le merecía la persona del mayor y por la confianza que había depositado en él al entregarle la lista.

Elías valora lo que se vislumbra tras lo no escrito: el *dossier* que tiene en la mano es una versión de la Pide para uso externo, no agitar. Habla de individualidades contra las que se piensa atentar, pero se queda ahí, ni palabra sobre el Cuaderno del mayor (allí están los nombres, basta con transcribirlos). Habla de la lista de amigos del arquitecto, y no cita ni uno, ni uno solo, presenta simplemente a Dantas C golpeando con la mano en la culata de la *Parabellum* y gritando que va a ponerlos a prueba «¡Tengo sus nombres, Fontenova! ¡Todos los nombres, no lo olvides!». Pero aquel *dossier*, en cuanto toca a política, pasa sin más a toda prisa y deja sólo a la vista el disparo y la sangre.

Y así, en calidad de asesinos comunes, van a dar entrada a los tres detenidos para repetir en vivo y en el mismo lugar el drama de una muerte concertada.

Acción

Atención, dice el jefe de brigada cuando el inspector se sienta.

Pasa un vistazo por la sala: el cabo de la GNR está de guardia en la puerta; Roque, ante el teclado de la Smith portátil, en la mesa, al pie de la ventana; el fotógrafo albino prepara el objetivo. En la pared de la chimenea se alinean los presos, esposados. Estamos, anuncia el jefe de brigada, en la noche del 26 de marzo de 1960.

Entra el conductor de la Judicial (con la camisa sucia, venía de coger moras). Párate en el lugar del muerto, le dice el agente Roque. Y al verle la camisa manchada: ¡Carajo! ¿Ya echas sangre y aún no te han pegado el tiro?

Elías, con el *dossier* abierto:

Veintiséis de marzo de 1960. La noche antes, en esta misma sala, el señor (e indica al arquitecto) había tenido un altercado con la víctima (indica al conductor de la Judicial) por desavenencias de tipo político. ¿De acuerdo?

Fontenova vacila. ¡Vaya, ya empezamos!, suspira Elías. Conoce estas interrupciones; son minucias, detalles irrelevantes que sólo sirven para hacer perder tiempo. En esta situación, el criminal se preocupa de todos los pormenores de la verdad pero no lo hace por cuestión de escrúpulos. No es eso. Ni por vanidad, aunque haya casos en que sí. No. Lo que aquel hombre desea ahora es enterrar el crimen hasta el último detalle, aquí, donde lo vivió. Liquidarlo todo, no dejar nada atrás. Acepta las esposas, pero quiere verse libre del crimen, y ésta es su última oportunidad. Haga el favor, dice Elías Jefe.

El arquitecto tiene poco que corregir a no ser que no hubo propiamente discusión, ni él la deseaba, porque Dantas C estaba tenso, pronto a estallar a la primera contrariedad. El arquitecto habló de perfil para sus compañeros, y los compañeros lo oyeron de la misma manera.

Elías Jefe: ¿Nada más? Bueno. Empiezo a leer. Auto de quince de mayo firmado por el arquitecto Renato Manuel Fontenova Sarmento: «Tenemos que matarlo. Está loco. Si no lo matamos, sabe Dios lo que va a pasar. A lo que asintió el cabo, afirmando que hacía ya tiempo que se daba cuenta, que el mayor se había pasado la vida humillándolo».

«Se había pasado la vida». Elías busca en otra página del *dossier*. Para el cabo, el mayor era ya hombre muerto en el momento en que dijo aquello, «se había pasado la vida».

Lee: «Que tanto el interrogado como el cabo Barroca estudiaron la posibilidad de solicitar, junto con la acusada Filomena, asilo político en una embajada. Que pensaron en esta solución porque estaban seguros de que el mayor denunciaría a esta Policía (ésta: la Pide, aclara Elías) a varias personas de la oposición y en particular a las que constaban en la lista que el interrogado le había confiado y que él, el mayor, en tono de chantaje, llamaba la Lista Negra. Que estas declaraciones fueron ratificadas por el otro acusado, el cabo Barroca, que las encontró conformes y firmó».

El jefe de brigada dijo, o más bien leyó. Seguidamente cambió unas palabras con el inspector, los dos encima del *dossier*. Lo deja hojeando el asunto y va detrás de la mesa, donde está Roque con su Smith de teclado bullicioso. Roque se levanta y atraviesa la sala para quitarles las esposas a los presos y distribuir las armas del crimen. En la máquina de escribir pueden leerse las primeras líneas de la apertura oficial del

ACTA DE RECONSTRUCCIÓN

a los ocho días del mes de agosto de mil novecientos sesenta, en el edificio conocido por Casa de la Vereda, en presencia del Sr. Inspector D. Manuel F. Otero, y hallándose también presentes el agente de 1.ª clase Silvino Roque, así como el fotógrafo Albino, de esta Policía, se procede a la reconstrucción del asesinato de que fue víctima el mayor Luis Dantas Castro.

A *este efecto comparecen debidamente custodiados los presuntos autores del delito, citados en los autos, y, para*

figurar como víctima, fue designado Silverio Baeta, que se encontraba presente en su condición de conductor de vehículo oficial. Iniciándose la reconstrucción fue la víctima sentada allá en aquel sillón (ordena Elías) en la posición de quien hace solitarios con las cartas en el suelo. El hombre está solo. Calza zapatillas de chancleta y se cubre con una bata de lana, en uno de cuyos bolsillos (Roque entrega la *Parabellum* 7,35 al conductor) guarda un arma.

En el otro bolsillo, corrige Barroca en voz baja. Y luego Elías, desde este rincón de la sala: Tiene razón el cabo, Roque. El mayor era zurdo.

Jugando solo, piensa el jefe de brigada mirando al conductor en el lugar donde murió Dantas C. Comenzó en esta mesa (y de pie, como está Elías), comenzó aquí, y acabó allá en el sillón porque fue reduciendo el terreno y la baraja. Con menos cartas y menos triunfos el mayor «había refinado el juego», concluye Elías para sí.

Cuando se le ocurre la palabra «refinado», se da cuenta de que el inspector ha acabado de hojear los autos con la mano amplia y suelta con que pasa siempre las hojas de los procesos en revisión, sean cuales fueren. Roque le trae el *dossier* y Elías lo pone encima de la mesa abierto en la página donde está el plano de la sala con las respectivas distancias y figurantes.

Movimientos, distribución de las comparsas. Enfrente, a la derecha, un jugador solitario. Más adelante, los presos en línea, con la chimenea como fondo. Éstos acabaron reducidos a su espacio de miedo mientras el mayor batallaba solo con las cartas: el cabo y el arquitecto encerrados en el cuarto, Mena allá, en el desván, en una jaula de tejado. Ahora están los tres con los brazos caídos, los hombres con el arma colgada de los dedos, y Mena en medio, con traje sastre, de lino, zapatos de tacón alto, sin medias. Un friso de asesinos a la espera de instrucciones para repetir el crimen. Muy bien, dice Elías al agente Roque. Vamos a empezar.

Y luego, en voz alta, con los brazos tendidos contra el reborde de la mesa: estamos en el momento en que los dos hombres bajan a cenar. La víctima está entretenida con las cartas, ni levanta los ojos cuando se acercan. La señora (indica a Mena) se encuentra en la cocina, la mesa (mirada general a la mesa) no ha sido puesta aún, y por lo visto no se llegará a poner nunca. Son, de acuerdo con los autos, las diecinueve horas, y es de noche, las luces están encendidas. El cabo y el señor (indica al arquitecto), cada cual con su arma en el bolsillo, ocupan las posiciones que habían acordado previamente.

Barroca atraviesa la sala y se queda entre la mesa y la ventana, cuarenta y cinco grados a la izquierda de la víctima. (Eso es, a la izquierda, pues la víctima era zurda; por ahí se aproximará luego, cubriendo el lado en el que el mayor tiene el arma). Por su parte, el arquitecto va derecho al armario como si fuera a coger una botella. Poco después, el cabo, con la mano en el bolsillo, la pistola montada, se aparta de la ventana como si fuera a salir de la sala, y se acerca al mayor. Mayor muy pendiente del juego, y que ignora ostensiblemente la presencia de los otros. No puede prever que Barroca se desvíe súbitamente de su camino y le apunte con el arma a la cabeza a menos de un metro de distancia.

Naturalmente, cuando lo ve, es ya tarde. Cuando lo ve, ya se acerca el arquitecto por el otro lado apuntándole también con el revólver. (Señal del jefe de brigada. El fotógrafo dispara. El conductor cierra los ojos. *Flash* 1).

Elías Jefe elige ahora otro punto de observación. Se pone ahora en el rincón de la pared de la chimenea, a dos pasos de Mena.

Suena entonces el primer disparo (del cabo, perforación del parietal izquierdo) y luego otro (también del cabo, porque el revólver de Fontenova se ha encasquillado). El revólver se encasquilló, grita el jefe de brigada. ¿Y qué es lo que hace usted ahora?

El arquitecto mira a su alrededor, desamparado y, viendo la pala de la chimenea, la agarra y cae sobre el mayor pegándole con ella en la nuca. *Flash* 2.

Vale, murmura el jefe de brigada.

Y pasamos entonces al *Flash* 3: Mena ante el cadáver, versión de ella misma, reproducida en los autos y que Elías confronta ahora en el lugar de los hechos.

«Que la interrogada, alarmada por los disparos, corrió a la sala, y al ver aquella escena huyó horrorizada hacia la parte de atrás de la casa: que no puede afirmarlo con seguridad, pero le parece que permaneció allí cerca de diez minutos, o sea, hasta que el cabo vino a buscarla para llevarla a la sala; que una vez allí se encontró con el arquitecto Fontenova arrodillado en el suelo auscultando el cadáver; que, al verla, el arquitecto se levantó lentamente y, pasándole el brazo por los hombros, dijo: “Había que hacerlo; había que hacerlo”, y que, en ese instante, movida por un impulso de compasión y de solidaridad, la interrogada lo abrazó».

Elías Jefe: Fue entonces cuando la señora, por encima del hombro del arquitecto, vio el cuerpo del mayor agitándose convulsivamente.

Mena asiente con la cabeza. «Dios mío, está vivo», gritó. Dantas C echaba borbotones de sangre por la boca, la cabeza era una masa de pelo y de carne destrozada de donde pendía un ojo redondo, sin brillo.

Inmediatamente, surgió el cañón de la pistola del cabo, vacilando entre la cabeza y el pecho del cadáver. Eso duró unos segundos, esa duda, porque el arquitecto corrió a agarrarle por la muñeca: «No, Barroca.

Tenemos que quedar comprometidos todos, y yo no he disparado aún». *Flash* 4. La foto muestra a Fontenova apuntando con la pistola del cabo al corazón del conductor, que mira con desconfianza el cañón del arma.

Flash 5. «Usted, Mena», dice luego el arquitecto pasándole el arma. Y Mena no sintió repulsión ni extrañeza al coger la pistola. Obedeció, tal vez por un instinto solidario, o por el hábito de la muerte, no se sabe. Al fin y al cabo, iba a disparar sobre un cadáver para sosiego de dos vivos; tres, pues ella también contaba. Y el arquitecto la cogió por la muñeca para orientar la puntería, con la otra mano cogió la de ella y presionó sobre el dedo que apretaba el gatillo. Mena nunca podría olvidar la frialdad blanda que respiraba aquella mano y la debilidad con que se ajustó a sus dedos. Por eso la miró en vez de mirar al blanco en el momento de disparar. Tenía de hombre todo, la mano, pero tan liberada de peso, tan vencida y casi irónica. Era como un guante hecho de la piel de una mano, frío y húmedo, muy frío.

Otero se levanta de la silla. Bueno, por lo visto ya está todo, dice. El conductor parece no acabar de creerlo y, ¡diablo!, pega un salto y se va de la sala con tanta prisa que hasta se olvidó la gorra.

Pero Elías tiene un presentimiento: hay algo que no encaja. Se lleva una pastilla a la boca. Mastica y sigue presa de su corazonada. En este momento el inspector está en la mesa de Roque echando un vistazo a las hojas que el agente acaba de escribir a máquina. Entre líneas lanza una mirada de reojo a las ancas de Mena.

Hay realmente algo que no encaja, vuelve a decir el jefe de brigada en voz alta.

El inspector, interrumpiendo la lectura: ¿Qué no encaja?

Elías se pasa la mano por el peinado. Especifica: Ella (Mena) afirma que cuando estaba abrazada al arquitecto vio la boca de la víctima jadeando y vomitando sangre a borbotones. Eso sólo se podría ver desde aquí, desde este lado, nunca desde el lado de ella, porque el cuerpo estaba tumbado en sentido contrario.

Mena: Estaba caído hacia ese lado.

Arquitecto: Exactamente.

¿Para ese lado? Es raro, murmura Elías. Se limpia las gafas, las mira a contraluz. Después: ¿Dónde se ha metido ese conductor?

Roque responde que ha ido a tomar el aire. Se ha mareado con el olor de la sangre, dice.

En este atardecer en la casa del pinar hasta la luz viene como un despropósito, cuanto más las tristes bromas de Roque. Elías, a falta del conductor, va él mismo a ocupar el espacio del muerto en medio del suelo. Acérquense, dice dirigiéndose a Mena y al arquitecto. Colóquense en la posición en que se encontraban en el momento de abrazarse.

Se tendió, de acuerdo con las descripciones, con el pecho hacia arriba y la cabeza pendiente sobre el hombro, como si le hubiesen roto el cuello. Eso le da el aire desdramatizado de los animales abatidos, con la cara así caída.

Desde el suelo ve los pies de Mena y del arquitecto en pequeños movimientos hasta encontrar el sitio exacto y quedarse inmóviles. Y, entonces, los tobillos de Mena (desnudos, sin la cadenilla de oro de otros tiempos) aparecen ante él con claridad exacta, impecables. Están casi encima de Elías, nunca los tuvo tan cerca, venidos de lo alto de una línea lanzada que nace de los aromas del cuerpo y que se alza en la curva del pie, ajustada al escote de los zapatos. Zapatos de piel de lagarto, para más. Foto, ordena Elías con la boca por encima del hombro. Quiero que las posiciones queden bien fijadas con relación a las distancias del cadáver. (Disparo. *Flash* 6, que será referenciado como «versión de la acusada»).

Cuando el jefe de brigada se levanta de la línea rasa del suelo y vuelve al horizonte general, lleva con él un eco de Mena, el trazo agreste de su perfume. Lo siente, pero duda de que sea una simple memoria circulando en sus laberintos más cautos. Está ahora solo con los presos. Otero y el agente Roque fueron a tomar el aire fuera, los acaba de ver pasar en este instante, al otro lado de la ventana. También se ha ido el fotógrafo albino, frágil y triste, siempre frágil y triste, llevado por aquella nube de algodón que le fluctúa alrededor de la cabeza.

Elías se acerca a la mesa, posa la mano sobre las hojas mecanografiadas: ha sido descrita al fin la consumación del crimen. En el lugar de los hechos se encuentran los autores confesos y el investigador en ejercicio. Se abotona el cuello de la camisa. Levanta y vuelve a colocar el lápiz, la navaja y la goma por el orden con que Roque los había ordenado sobre el papel. La sala continúa guardada por el cabo de la GNR. Como si estuviera plantado en un barrizal sangriento. Cartas de jugar dispersas por el suelo, en torno al muerto, y el muerto, más que muerto, chorreando sangre sin parar. «Tuvieron que meterle una servilleta en la boca», dejó escrito el agente en una de las hojas.

A través de los cristales Elías ve al fotógrafo lanzando silbidos en dirección al pinar, con la mano en visera, para proteger sus ojos frágiles de la luz. Anda buscando al perro que rondaba por allí un rato antes. Por primera vez el jefe de brigada tiene la sensación de que no pasaron los años por aquel tipo, se acuerda de cuando empezó a prestar servicio en la Judicial, tan albino, tan albino, que era casi una transparencia a contraluz. Estamos fastidiados, nos ha salido un fotógrafo en negativo, dijo Elías entonces; y hoy sigue igual, un cuerpo en negativo sacrificado por la luz que habitamos.

¿Y el mirlo? ¿Te has callado al fin, mirlo caruso?

En efecto, y como complemento de la reconstrucción del asesinato, llevaron a los acusados al cuarto de arriba, el que habitualmente ocupaban la víctima y su compañera y donde los dos hombres se reunieron con Mena después de acabar con lo del cadáver.

Habían andado los tres a vueltas con el muerto; lo habían envuelto en una manta, habían cubierto la cabeza con el plástico que servía de mantel en la mesa de la sala (y lo habían atado con cordeles; bien atado, para que no cayera sangre), hasta lo calzaron con los zapatos que Mena subió a buscar, y esto es lo que no cabe en la cabeza de nadie, por qué calzarlo, por qué esa repugnancia a enterrar a un hombre en calcetines. Pero así fue. Ni Mena ni el arquitecto encontraron justificación para aquello, y menos aún el cabo, que baja la cabeza, nada más. Las cosas, en un barullo como aquél, ocurrían porque sí, una tras otra, y eran independientes de su voluntad. Los objetos aparecían como si hubiesen sido olvidados y exigieran su lugar más allá de todo desorden; las situaciones tenían una configuración irreal, y ellos las resolvían de inmediato, y de cualquier manera. De modo que, en cuanto Mena apareció con los zapatos del mayor, eran los zapatos, y había que ponérselos. Y les costó trabajo. Sudaron. Tuvieron que metérselos a la fuerza porque (razonamiento de ellos) el cuerpo empezaba a cobrar rigidez y se resistía. Sólo más tarde supieron por los periódicos que se los habían puesto cambiados de pie.

Pero hay un momento en que Mena deja la sala, no puede más. ¿En qué momento ocurre?, pregunta Elías Jefe.

Tarde, según las cuentas del arquitecto. Cuando estaban fregando el suelo y vieron que el cadáver había empezado a sangrar de nuevo. Mena debió de sentirse incapaz de resistirlo, o sabe Dios qué le pasó, el caso es que escapó a su cuarto. Al cabo de una hora, más o menos, el cabo y el arquitecto dejaron la sala y la fueron a encontrar en esa cama donde ahora está sentado el jefe de brigada. Parecía enajenada, vacía. «Una insensibilidad total». (Mena).

La luz de la ventana cae de frente sobre los dos presos. Hacen par, recortados en las puertas del armario, que es alto y redondeado, un mastodonte de tienda de chatarrero. El cabo, rapado a lo presidiario, el otro, con pinta más urbana. Un extraño par, en verdad. Aunque no se miren, Elías los siente solidarios (como que están esposados entre sí) y no se muestran contraídos.

Pero en la noche del crimen, no. En la noche del crimen estaban como petrificados, sin rostro ni respirar de labios. Mena, cuando entraron en su cuarto, se volvió hacia la pared: no los quería ver, no quería siquiera imaginar la cara que también ella tendría. Y el cabo y el arquitecto no arriesgaron ni una palabra, aguantaron firme en el fondo del cuarto como una aparición que hubiera atravesado las puertas del ropero. Una palidez iluminada. Aterradores los dos.

Pasado un tiempo (un tiempo mate, sin memoria) se oyó una voz: «La culpa fue suya. Fue él quien hizo todo esto», y era Mena, con la boca enterrada en la almohada. Ella misma se quedó sorprendida al oírse, creía que sólo había pensado. «Sí», dijo entonces el arquitecto, «no había otra salida». Y Mena, de nuevo: «Envenenarlo, quizá».

¿Envenenarlo? El jefe de brigada la mira: está apoyada en la ventana, indiferente. El traje sastre, las piernas un poco abiertas (más provocadoras así), el empeine recortado en los zapatos de piel de lagarto, sabidurías naturales, reconoce Elías. La ve encender el mechero dorado que también él tuvo en la mano cuando fue a ver al usurero de la Plaza da Figueira, en aquella mañana de los gitanos. Piensa en el padre de Mena. El padre se había apresurado a ir a arrancar de manos del prestamista, ese envidioso, las joyas de la doncella y, sin duda, aparte del encendedor, recuperó también la cadenilla de oro. Pero Mena ya no lleva la cadenilla en el tobillo.

Inspector Otero, de pie, con el bloc de notas sobre la cómoda: ¿Cuánto tiempo estuvieron en el cuarto más o menos?

El tiempo en aquella noche era algo descolorido, sin memoria. Hay momentos en que aún hoy lo sienten latir hecho a hecho, palabra a palabra. Pero, mientras estuvieron en aquel cuarto, todo ocurrió con una turbación mansa, desamparada. Mena, emergiendo del hueco, eso sí, eso lo tienen ellos muy presente. Mena elevándose poco a poco hasta quedar recostada en la cama, a medida que cada uno empezaba a decir frases incidentales, primero con dificultad, luego con un murmurar continuo, como si estuvieran disculpándose cada uno ante los demás. Hablando siempre del muerto, siempre de él. Una apetencia incontenible de hablar del muerto para creer que estaban vivos, eso debía de ser. No para justificarse. Para convencerse de que se habían liberado al fin. Fontenova contó lo de la conversación del pinar: «Ahí es donde va a quedar ella». Barroca reveló lo de las falsas salidas de Dantas C, «no iba a ver a nadie; se estaba allí, solo, junto al pozo»; Mena habló de terrores, de casos silenciados. Como confesaron a la policía, en aquel momento se miraron y no se reconocían. Estaban desfigurados.

Elías parece que está leyendo el mundo liberado por la muerte en los subrayados de la novela de Jack London: «*Sería un acto moral liberar al mundo de semejante monstruo*», de ese hombre que los miraba con una

pistola de cañón largo sobre las rodillas, y éste era uno de los párrafos marcados, lo leyó allí y no lo olvida. Y ellos, ignorando esa sentencia que hace mucho tiempo estaba prevista, ellos iban sumando ejemplos vividos, mentiras y amenazas sufridas, repitiendo y repitiendo, hablando del mayor hasta sentirlo cada vez más lejos, más y más distante (llegó un momento en que hasta tenían dificultad para recordar su rostro), y así Dantas C pasaba a ser un dato, una criatura casi histórica.

Nunca como aquella noche se sintieron tan hermanados y tan mutuamente agradecidos.

Elías, volviendo a la situación: Y entonces, bajaron a la sala para llamar a la madre del arquitecto.

¿Llamar? No. Primero fueron a la cocina. La idea de telefonear a la madre del arquitecto ni siquiera se planteó. El cadáver iba a ser enterrado en el pinar. Lógico, el pinar era el sitio indicado. El cabo y el arquitecto habían pensado en él desde el principio, pero Mena se oponía, le horrorizaba saber al muerto cerca de la casa. Ellos, con el mayor enterrado allí a dos pasos, y por cuánto tiempo, se preguntaba, cuántos días, semanas, sabe Dios, tendrían que estar entre aquellas cuatro paredes antes de huir del país. Aparte de que nadie había contado con un detalle: las herramientas. En aquella casa no había ni una pala, ni un azadón, nada con que pudieran abrir una fosa.

Entonces, se les ocurrió la solución. Una playa. Arena. Y, dicho y hecho, el arquitecto por una punta, el cabo por la otra, llevaron el cuerpo al garaje envuelto en la manta. Mena iba detrás, para limpiar la sangre que cayera.

Elías Jefe: Lo dejaron encima de la mesa de *ping-pong*. Volvieron a la cocina.

Exacto. Fontenova y el cabo bajaron el cadáver por la escalera interior, que era además estrecha y difícil. Estaban muy lejos de imaginar que bajo el montón de piñas, en un rincón del garaje, estaba el cuaderno del mayor con todos los nombres de la lista de Fontenova.

Elías Jefe: Muy bien, volvieron a la cocina.

Volvieron a la cocina.

Elías Jefe: Cenaron.

Sí, pero primero hicieron la llamada. O antes, Mena llamó. Después, ni ellos saben por qué, cenaron. Por necesidad de seguir la rutina, tal vez. Por deseo de volver a la vida normal. El arquitecto se acuerda: Mena, durante el tiempo que estuvieron en la cocina, no paró de hacer cosas, como si ordenara todo aquello, abría cajones sin darse cuenta de lo que hacía, cambiaba un vaso de sitio, abría el grifo; barría aquí, pasaba el paño por allá. Hasta hablando con la madre del arquitecto, limpiaba la puerta del armario y ordenaba los objetos que había cerca del teléfono.

Elías Jefe: Hablaron en francés.

En francés. Una llamada rápida. Mena dijo que era una fiesta de amigos y explicó el camino. Hubo un silencio prolongado al otro lado del hilo. Después, «d'accord», y colgaron. Una hora más tarde, la señora paraba el Citroën en el primer cruce antes de la Casa de la Vereda y aparecía el hijo detrás de un muro: «Tienes que dejarme el coche. Ha ocurrido una desgracia».

Elías Jefe: Eran las once treinta, según los autos.

Más o menos. Y llovía fuerte, se acuerdan muy bien. La madre del arquitecto no llegó a ver el cadáver. Fue inmediatamente a la sala, donde se quedó con Mena haciéndole compañía hasta que volvió al Citroën.

Elías Jefe: Es decir, dos horas después. Según declaraciones de la madre, ella volvió a Lisboa hacia las tres de la mañana.

¿Tres de la mañana? Ninguno de los detenidos tenía idea del tiempo, pero es posible. No fue cosa fácil encontrar un lugar donde las mareas de invierno no desenterraran el cuerpo. Nada fácil. Por un lado, la lluvia simplificaba las cosas, no había tráfico, pocas posibilidades de ser reconocidos, pero por otro, obstaculizaba la visión. Recorrieron la costa con el cadáver metido a viva fuerza en el asiento de atrás, y, tras pasar dos veces por la Playa del Mástil, lo decidieron. Rodaron aún unos trescientos metros más allá de la zona de los baños, más o menos hasta el gran cartel de la TAP, junto a la carretera. Desde allí cargaron con el cuerpo hacia las dunas, donde una semana después sería descubierto por los perros. Eso es todo.

El inspector se entretiene haciendo rúbricas en un bloc. Otero. Manuel F (*floreados*). Otero, con vueltas en la O. Tiene el pitillo apagado en los labios, la cara apagada también por las sombras bronceadas de las gafas tropicales, y está tan aplicado firmando que casi da con la cabeza contra el gato de loza. Sin cara y sin expresión deja caer al correr de la Parker:

Y, a partir de entonces, a partir de esa noche, la señora y el arquitecto pasaron a dormir juntos en ese cuarto.

Salió así. Como si estuviera escribiendo y firmando en voz alta.

Mena mira al inspector de frente; y luego: No, esa noche me quedé en el desván. Dormí diez horas seguidas.

Callado, Elías, callado. Pero va registrando: diez horas dormida, el sueño del terror. Y cuando la bella durmiente abrió los ojos ya los otros dos habían descubierto y raspado con cuchillo la sangre que había salpicado el techo; fue aquella mañana, fue entonces, y los otros andaban como locos en busca del cuaderno del mayor, quemando todo lo que era de él: ropas, documentos, objetos. Elías recuerda un reportaje policial

que había leído tiempo atrás en *O Sáculo Ilustrado*: «Se entregaron al *sheriff* de Jacksonville, porque en su obsesión de destruir las memorias de la víctima habían quedado agotados».

Otero continúa haciendo ornatos a capricho con la Parker:

Dormían en esta cama, vuelve a decir, pero tenían el traje de cura ahí en el armario. ¡Caray! ¿Y por qué? ¿Puede saberse?

Como los detenidos no responden, responde él, pero sin dejar de redondear sus rúbricas: Tenían el traje allí para recordar que el hombre estaba muerto y bien muerto. Él, Otero, no ve otra explicación.

El jefe de brigada va desinteresándose del caso a ojos vista. La ropa de cura olía mal, ya había servido para lo que tenía que servir. Había empezado siendo el gran descubrimiento de la brigada de la Judicial al entrar en la Casa de la Vereda: ¡Carajo! Él mismo se había quedado boquiabierto. Y cuando llegó abajo, le dijo al oído al inspector: «Hay un cura ahorcado en el armario». Pero eso fue el primer día. Después, puerca miseria, el enigma dejó de serlo. No era nada del otro mundo. Fontenova habría pensado en usar aquel disfraz para escapar, conforme había declarado, y en esto no había nada raro, a no ser (según Elías) el hecho de que el arquitecto apareciera con doble máscara, es decir vestido de cura y en la piel del mayor, cosa que no dejaba de tener su gracia, el arquitecto vistiendo la segunda piel del mayor ahora que lo tenía a buen recaudo. Pero fue así, y por eso se libraron el traje y el alzacuello de las llamas infernales. De Dantas C quedó eso y el cuaderno. Todo lo demás acabó en la chimenea, pues el fuego, como suele decirse, todo lo purifica e ilumina. Ni la baraja escapó y, hablando de cartas, Elías recuerda siempre una partida de póquer con judías como premio, que había visto en un tebeo y en la que participaban siniestras personalidades: en cuanto el as de copas caía en manos de Jack el Destripador, empezaba a chorrear sangre inmediatamente.

Otero deja el bloc a un lado y cierra la Parker de las conjeturas. Ahora pone los ojos de policía, o sea, se para en silencio delante de cada acusado para, a renglón seguido, disparar su pregunta:

Pregunta: Bueno, vamos a ver lo de la fuga del hotel.

Fontenova se adelanta. No hubo tal fuga. Mena había dejado la Casa de la Vereda después de discutir el asunto entre todos. ¿Entre todos?, duda el inspector. Bueno, está bien, aceptémoslo por ahora. Lo que interesa es recomponer los detalles omitidos. No olvidar que había pasado ya una semana tras el descubrimiento del cadáver y que andaban buscando un agujero para pasar la frontera. Dinero había, el problema era encontrar quien les diera el salto al otro lado.

Perfecto, dice Elías Jefe. Y en ese sentido, el telegrama a Mozambique lo resolvía todo, ¿verdad?

Sí, dice el arquitecto, para bien o para mal, lo resolvía todo. Pero, insiste, la decisión fue tomada por acuerdo de los tres.

Otero empieza a liar un pitillo. Mandar un afligido telegrama al padre de las áfricas, eso sólo se le ocurre a quien no tenga ni idea de lo que son las antenas de la policía: antes que el punto-raya acabara de marcarse en su destino, ya estaba la chavala con las esposas en las manos juntas y camino del calabozo. Y si en vez del telegrama hubiera recurrido al teléfono, aún peor: ni tiempo habría tenido para colgar. Eso, si la Pide no prefería dejar llegar al padre para usarlo como hurón en el cubil de los desesperados, que también podría ser.

Pero Mena insistía, no veía otro camino. Era un riesgo que había que correr, y lo corría por cuenta propia. Esperaría a su padre en un hotel de modo que quedaran a salvo los compañeros. A intervalos combinados iría dando señales por teléfono a la Casa de la Vereda. Si la policía se hacía con el telegrama, paciencia, era el riesgo calculado. Pero si se quedaban con los brazos cruzados, entonces sí que no arreglaban nada. Que fuera lo que Dios quisiera. Hizo la maleta y se largó, de otro balcón sus nidos a colgar. Muy sencillo, dijo ella.

Elías la imagina en el Novo Residencial. El padre dándole al abanico en la isla de los hipopótamos, y ella en un cuarto de hotel, amarrada al horario de aviones, con los zapatos-chinela y el peinado en cola-de-caballo como cuando entró en la Judicial. También es verdad que no esperó mucho, porque a la mañana siguiente tenía ya allí a Otero y al diligente Roque presentándole los saludos de la Judicial Benemérita. Pero, paciencia, ése era el riesgo. Cuanto más, y todo dentro de lo acordado, el teléfono dejó de sonar en la Casa de la Vereda, y el cabo y el arquitecto no se lo pensaron dos veces y alzaron el vuelo. Muy sencillo, había dicho Mena. Esto ocurrió el día diez de abril próximo pasado hacia las nueve treinta de la mañana. Muy sencillo.

Pero el inspector no lo ve tan sencillo, continúa liando el pitillo preguntándose si en la escapada de Mena no habría razones de otro tipo, si es que así se pueden llamar. Especifica: razones únicamente relativas a ella y al arquitecto.

Mena alza las cejas. No se puede saber si es que no ha entendido o porque, simplemente, la cosa no le interesa.

Otero: Dormían juntos los dos. ¿Hay que ser más explícito cuando pregunto por qué usted quiso huir de él?

Da un empujón al gato de barro. Comenzaba a calentarse de una manera inesperada. Como todos los policías, Otero sabe indignarse con sus propias palabras. Llena el pecho de aire, intentando ganar calma. Mire, dice agarrando el *dossier* que el jefe de brigada tenía en las manos. Aquí está. «Intimidad completa», ¿recuerda? Vuelve a encresparse. Sacude el *dossier* en lo alto ante las narices de Mena: Después de la muerte del mayor pasó usted a tener una, llamémosle, intimidad completa con ése, con el arquitecto. Aquí los términos son suyos, fue eso lo que usted confesó a la Pide, ¿o lo ha olvidado ya? ¿Y por qué a la Pide? ¿Eh?

¿Porque nosotros no la apretamos convenientemente? ¿Porque no lo hicimos? ¿Eh?

Clava la mirada en Mena. Su bigote rezuma desprecio.

Pandilla de mierda, dice al fin. Y se va con un portazo.

Sentado en el borde de la cama, el jefe de brigada prolonga el silencio del cuarto, con la cabeza baja, las manos caídas en las rodillas. De vez en cuando mira unos instantes la figura del gato, y se oye un levísimo murmullo musical; y la música corre deshecha en la luz del atardecer. Los prisioneros la oyen y dudan. Pero es música, es una especie de sombra avanzando. Al fin se calla. Elías se encoge de hombros y abre las manos hacia los presos como quien dice: jodidos, no hay nada que hacer. Luego avanza hacia la puerta del cuarto y con una señal distraída los manda salir ante él.

Lo demás es rutina. En el vestíbulo al fondo de la escalera los espera el agente Roque con las esposas, y fuera está el cabo de la GNR, con el pulgar metido en la correa de la carabina. Salen uno tras otro, pero cuando le llega a Mena la vez, el jefe de brigada la retiene por el brazo:

Tú, fuiste tú quien puso aquellos subrayados en el libro del cabo, le dice entre dientes.

Y la manda seguir con un empujón.

Se queda mirándola mientras atraviesa la terraza con paso seguro tras los otros esposados. A poca distancia va el agente Roque observando su andar y balanceando la Smith portátil.

Trepa la noche por la Rua do Telhal, calzada de Torel, Elías hace parada y fonda para tomarse un café y tostada, una lechería de Campo Santana. Viene de una sesión más del Capitolio —*Violetas imperiales*— y llega aún en pleno vals a sus jardines predilectos. Elías solfea por dentro y sostenido.

Pero al ir a beberse el vaso de leche con su corte de café en la barra, ve que ha ido a recalar en un chiringuito de luces rencorosas donde lo que hay es alguna que otra buscona en tránsito a deshoras y algún solitario que hace quinielas. Echa el trago con urgencia y sale a la calle (a la salida se cruza con un chivato a quien conoce muy bien, pero como si no lo viera).

Campo Santana, Jardín de los Mártires. Elías pegado a la fachada de la lechería, cantando en sordina, todo él un rumoreo íntimo. A aquella hora hay un sosiego provinciano por la zona. Casas de cantería y azulejos, un mirador encristalado en una esquina, un palacete entre camelias y palmeras, recuerdos de una burguesía republicana de la que sólo queda la memoria. Llega hasta él un olor a césped, los árboles del jardín ahogan el espacio de la noche con su follaje carnoso y antiguo; desde aquel ángulo apenas se ve la estatua del doctor Sousa Martins[29] que resiste, pese a todo, modesta como siempre y con velas piadosas estremeciéndose en el pedestal.

Desde el fondo de la medialuz emergen como por milagro damas de la noche, y Elías las saluda de lejos sin dejar de cantar de memoria: Mariposas, mariposas de mi ronda, perlas de mi penar. Y esto podría ser una continuación de *Violetas imperiales*, pero no, es sólo un conversar consigo. Y allá van las damas, sacudiéndose el polvo de sus covachas, singlando todas en la misma dirección, todas camino de la Baixa y del clamor de luces donde irán a perderse en una colmena de perfumes y lentejuelas entre las esquinas y los bares. Mariposas, soutiens aleteando. Oh, hermanas.

Elías, pegado a la pared de la lechería, se apaga y enciende a cada nube que pasa bajo la luna. De tiempo en tiempo se alisa la calva peinada, pero se cierra luego y queda con ojos mortecinos, las manos pendientes, del mismo color del muro. Como un lagarto. Exactamente como un lagarto, ya que todo lo que en él hay de policía se disuelve en el silencio y en arrugas de paciencia para, cuando menos se espera, lanzarse de improviso y cazar la mosca. Y Elías, a la espera, si se mueve es con gesto seco y cortado, y luego se inmoviliza. Emite silbidos. Una música, un soplar muy íntimo que es como el respirar de los muros, cosa de nada.

Hasta que, de repente, se desprende del muro y atraviesa la calle directo al jardín. Se mueve a lo largo de los planteles, aquí se detiene, allá se gira. Ahora se ve: anda de caza. En esta mano lleva una linterna, en la otra un frasquito para lo que venga. Y viene mucho. Revolviendo las hierbas con el foco de luz sabe cómo desencantar lombrices y escarabajos y cómo retener en un salto a la santateresa, al saltamontes estremecido.

Así se puede decir que anda un policía con el culo en alto por los planteles de Lisboa. Como cazador furtivo, no como policía, quede claro. Y como cazador, aunque de especies menores, tiene tal ingenio y persistencia que al cabo de media docena de vueltas con la linterna lleva el zurrón atestado y va a instalarse y a gozar del fresco en la soledad pensativa de un banco de jardín. Cualquier banco, todos están vacíos.

Se sienta apretando en el bolsillo un frasco de afligidos prisioneros y contempla la estatua del cirujano Sousa Martins, que después de muerto sigue curando vivos. Velas encendidas, exvotos, mensajes de los espíritus: aquello, más es un oratorio que un monumento. Un apóstol-doctor encarnado en bronce, un santo clandestino; está rodeado de ofrendas humildes, de flores funerarias. Y en eso piensa Elías, acariciando el frasquito de los insectos que lleva en el bolsillo. O tal vez en el lagarto Lizardo, a quien dejó en sueño de vidrio junto a una ventana sobre el Tajo.

En esto está cuando le cae del cielo un paracaidista. Allí en el banco, mismo junto a él. Sin un estremecimiento de la noche, sin un desgarro en la luz de la luna, todo silencio, follaje y claroscuro, y a su lado el paracaidista.

¿Tiene fuego?, pide un pitillo clavado en una voz. Elías responde que no, que no fuma; hasta sin mirarlo siente que el otro lo mira de arriba abajo, con parada en la bragueta. A pocos pasos el monumento-velatorio le recuerda que allá en el otro mundo hay un sabio que pasa recetas por correo de los espíritus en el velador. No faltan billetitos de gratitud en torno de la estatua. Elías no los ve desde allí, pero sabe que nunca faltan. Y moldeados en cera (el seno redondo, la manita del niño), esos homenajes están presentes; y bastones, una bota ortopédica, rota y mohosa, el tarrito con piedras del hígado o con pedazos de estómago, mil testimonios. Y todo este arsenal es misterioso y se renueva a los pies del Espíritu Santo, traído y llevado por una marea secreta, todo viene del dominio de lo oculto, piensa Elías, que en materia de lo inexplicable sabe sólo que: hay misterios. Y que mientras haya misterios habrá ciencia para explicarlos, la llave del progreso está en esa competición.

Al fin el paracaidista tenía cerillas. Acabó por encender el pitillo y ahora lanza bocanadas de humo a las

nubes con una misteriosa sonrisa. Poco a poco empieza a soltar frases, hablando de perfil como si estuviera comunicando recados a través del espejo de la noche. Dice que está caliente como un mono.

Elías, que conoce la estatua a varias horas del año y la sabe fielmente ornamentada con pedazos de cuerpos sufridores, piensa ahora en Lizardo, que también un día se deshizo de un pedazo de la propia cola. Misterio, ese sacrificio. Misterio la manera como la cortó. Con los dientes y las uñas, seguro, pero ¡diablo!, con cuánto sufrimiento. La verdad es que el destrozo quedó clavado en la arena como un testimonio, y a medida que se iba quedando pequeño y más oscuro, la cola mutilada de Lizardo iba renaciendo, más fuerte y más despierta.

De acuerdo, pero el soldado de perfil no para de hablar. Dice que está la noche buena para juergas. Elías, que es de la brigada de homicidios y no de la de buenas costumbres, saca una pastilla, la desenvuelve, porque siente mal sabor de boca, ardor de enfado. Los jugos, los jugos son los que mandan en la psicología de la gente, y ahí, Sabio Hermano, ahí está el intríngulis, no hay medicina del Más Allá capaz de llegar más lejos. Fulano o zutano tiene los ácidos bien o mal, y eso es lo que cuenta. Con ácidos o sin ellos, mastica Elías, de acuerdo con la pastilla que tenga a mano, que si es buena no hay hostia más redentora de los pecados del estómago. Esto, por no hablar ya de un buen regüeldo, porque la pastilla calma el gástrico, pero un regüeldo lo echa todo fuera, al diablo con todo.

El soldado continúa desahogándose hacia la noche. Dice que no va a ser él quien pase la noche en el cuartel, aguantando el tufo y la cochambre de los otros, que en vez de eso, lo que él quiere es movida maja, cama sin programa, vendaval de sábanas, y promete todos los sortilegios de que es capaz una verga pimpante y sin bandera, con tal que, aclara, la compañía sepa apreciarlo debidamente, ¿verdad?, pregunta.

Elías se levanta muellemente: Gracias, amigo, lo dejamos para otro día.

Y lo deja. Atraviesa el jardín.

Elías, camino de casa, como mula de arriero: paso medido, paradas ciertas, meditabundo. Si baja por la Avenida, en dirección al Rossio, se para en unos puntos concretos; si va por el Intendente, para en otros, siempre los mismos. Sea cual sea el trayecto, tiene sus sitios. Así sabe si va cara al norte o cara al sur.

Dejó atrás al paracaidista que cayó de las nubes y al cirujano que subió a los cielos (la vida tiene esas discordancias, sabia frase) y acaba parado ante la tienda de las escalerillas, que es un amplio espacio iluminado con ventanales a la calle. Ni mostrador ni estanterías, paredes lisas. Y en el centro cuatro escaleras armadas de metal luciente vueltas unas hacia otras como si fueran personajes representando eternamente en un escenario desconocido. Por ahí sabe Elías que ha llegado al Socorro, parada fija.

Socorro, casas sucias, el muro leproso del depósito de cadáveres. Más abajo, la Mouraría, con bares de facón en la liga y venéreo a discreción, donde las furgonetas de la Madre Judicial hacen su carga nocturna de peripatéticas en redadas constantes. Elías ni se para, pasa de largo. Subirá por la Rua Madalena, la de los bazares ortopédicos, brazos mecánicos y caderas voladoras, y allá arriba, en la ciudad alta, en el punto más antiguo, la jaula de cristal y una ventana al Tajo, encontrará al lagarto Lizardo a la espera de su ración de insectos. No hay tranvías. Se deslizan taxis lentamente, pero no molestan, las luces verdes de los taxis son luciérnagas que cruzan la ciudad nocturna.

Elías entona música en pianissimo. Se paró en el escaparate de una agencia de viajes para mirar el tarro de los insectos. A la luz fluorescente, y distorsionados por los ángulos de cristal, son criaturas tenebrosas. Escarabajos armados de caparazones, una mantis verde virginal, más que siniestra, saltamontes de patas con sierras, ojos como bayas de plomo. Todos perneando, una confusión de bocas y articulaciones debatiéndose en un mundo cerrado. Portugal, Europe's Best Kept Secret, anuncia un cartel en el escaparate. Fly TAP. Al lado un zueco con alas (que quiere decir KLM, Holanda sobre nubes) y el eslogan con-Viajes Abreu-El-Mundo-es-Suyo.

Es entonces cuando ve pasar las tres jaulas rodantes venidas de no se sabe dónde. De lejos. Ciertamente de la autopista del Norte, Avenida del Aeropuerto abajo, atravesando la ciudad. Son tres transportes de circo, con rejas, pero sin fieras, que avanzan de madrugada. Dentro, los cuidadores, con aire estúpido, somnoliento. Desfilan por las calles desiertas, sentados en las tablas, las piernas hacia fuera, la cara entre las rejas.

Elías deja de cantar. Durante el resto del camino piensa en los cuidadores de las fieras atravesando la noche enjaulados sobre ruedas: lo que más le ha impresionado es que parecían vagar sin destino.

(Pasajes de zarzuela y trozos sueltos entonados por el jefe de brigada Elías Santana durante su paseo nocturno:

—La violetera.

—El último cuplé.

—Carmen, de Bizet.

—Oh, sole mio.

—Las campanas de Corneville).

Nota final

1. *En otoño del 61, L. V., que se encontraba bajo asilo político en la Embajada del Brasil en Lisboa, me hizo llegar a las manos un relato de 22 páginas redactado por un joven que meses antes había sido condenado a prisión como coautor de un homicidio. El texto era la descripción lúcida y frontal de una tragedia que había conturbado profundamente a la opinión del país. Simple y objetivo, lo que impresionaba en el relato era la consciencia solitaria que lo dictaba y la voz valerosa con que lo hacía.*

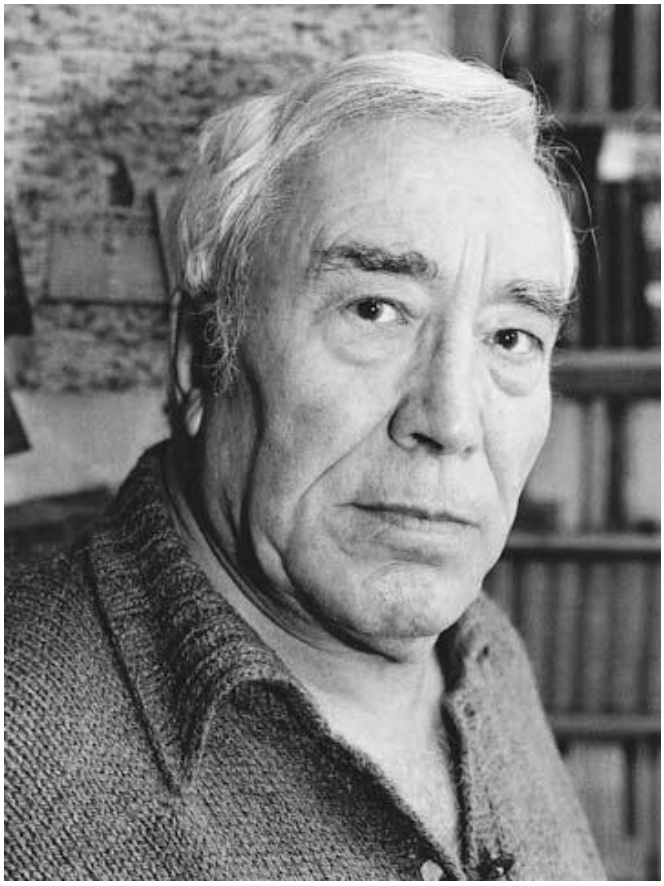
   La lectura posterior de los dos procesos-crimen (Policía Judicial y PIDE) vino a confirmarme esa serenidad factual, pero fue el trato directo con el autor del relato, una vez cumplida la pena, lo que me dio una dimensión más profunda de esa objetividad. Me di cuenta entonces de que en aquel hombre sensible y dotado de creatividad e imaginación, la obsesión de lo estricto y de lo puntual era casi una despersonalización deliberada, y que la había impuesto a sí mismo como un principio en el análisis de este capítulo de su vida.

   Entonces, como hoy, sabía él que en su tragedia individual existió una parte considerable de error colectivo; que las sociedades de terror se sirven de los crímenes aislados para justificar el crimen social que por sí mismas representan, y que en todos estos crímenes está presente su mano, en todos. Sabía eso como nadie, pero lo silenciaba. Nunca, nunca, insinuó una llamada a la tolerancia y aún menos a la compasión. ¿Comprensión de los otros? La que tuvo la guarda en el fondo y no la invoca. Para él lo que estuvo en causa, y continúa estándolo, es el rigor del error propio. Y esto asombra porque es la soledad plena. La más extrema.
2. *Pasados más de veinte años tras esos acontecimientos, la soledad vertical con que se enfrente a ellos hoy es, creo yo, una respuesta a la soledad colectiva en que los vivió. A esa experiencia de terror responde con un análisis frontal y por sí solo. No la rehúye. Así se recuperó del miedo porque sabe, y fue él quien lo dijo un día, que «el miedo es una forma dramática de soledad».*
3. *El miedo, una forma dramática, un límite de soledad. ¿Fue él quien lo dijo? ¿Son, de hecho, palabras suyas o del aquí llamado arquitecto Fontenova? ¿O de otro cualquiera, quién lo sabe? ¿No habré sido yo quien me encontré oyéndole decir esa y otras cosas en una memoria inventada para hacerlo más exacto y real?*

   En ciertas vidas (yo añadiría, en todas) hay circunstancias que proyectan al individuo hacia significaciones de dominio general. Un azar puede transformarlos en materia universal —materia histórica para unos, materia de ficción para otros, pero siempre justificativa de abordaje—. Interrogamos a esta materia, porque ella nos interroga en el fondo de cada uno de nosotros —fue así como pensé este libro, una novela—. En él, el arquitecto Fontenova es un personaje literario, y lo mismo ocurre con el mayor. Y con Mena. Y con el cabo Barroca. Todos son personajes literarios, esto es, construidos a partir de figuras reales.

   De modo que entre el hecho y la ficción hay distanciamientos y aproximaciones a cada paso, y todo se pretende en un paralelismo autónomo y en una confluencia conflictiva, en una verdad y en una duda que no son pura coincidencia.

J. C. P.
Septiembre de 1982



JOSÉ CARDOSO PIRES (1925-1998) nació en San João do Peso (Portugal), cerca de la frontera española. Estudió en Lisboa, ciudad que elegiría posteriormente como escenario de gran parte de su obra literaria, compuesta por novelas, cuentos, obras de teatro, crónicas y ensayos. Abandonó sus estudios de Matemáticas y de Marina Mercante para dedicarse al periodismo y a la escritura. Publicó su primer libro en el año 1949 aunque su verdadero éxito no comenzó hasta el año 1964, en el que recibiría el premio Camilo Castelo Branco por *El huésped de Job*. Considerado como uno de los mejores escritores portugueses del siglo XX, fue el primer novelista en obtener, en 1997, el premio Pessoa, el más importante de la cultura portuguesa.

En el año 1995 sufrió una isquemia cerebral y tras recuperarse contaría su experiencia en *De profundis*, publicada en 1997 y galardonada con el Premio Don Diniz y con el Premio de la Crítica. En el año 1999 sufrió un nuevo ataque del que no lograría recuperarse.

Entre sus obras destacan, además de los libros ya mencionados, *Los caminantes y otros cuentos* (1949), *El delfín* (1968), *La balada de la playa de los perros* (1983), *Alexandra Alpha* (1987), *La República de los Cuervos* (1988) y *Lisboa, diario de abordo* (1997).

Notas

[1] «El jefe Santana murió en Angola en enero o febrero de 1974, siendo subinspector de los servicios de seguridad de la Compañía de Diamantes. Nosotros, aquí, apenas teníamos noticias suyas. Se decía que se había liado con una negra, era algo que se decía, Fosas hecho un indígena con un montón de hijos de color. La verdad es que tuvo una muerte extraña; nunca se aclaró muy bien. Parece que lo encontraron, podrido ya, en un almacén cualquiera donde guardaba ídolos indígenas y otras baratijas de este tipo. La policía cuando vio aquel montaje de negrada empezó a actuar, desde luego. Pero no descubrió nada, aparte de que el hombre tenía señales de envenenamiento. Por ahí se supo que Fosas tomaba medicinas de hechicería.» (Jefe de brigada Silvino Roque al Autor, mayo de 1979). < <

[2] Policía Política en el Portugal salazarista. *(N. del T.)*. < <

[3] Policía Judicial. (*N. del T.*). < <

[4] El camino seguido por la Pide para localizar la Casa de la Vereda es aún hoy uno de los puntos oscuros del «Caso Dantas Castro». Si bien está fuera de duda que se trató de una denuncia, es evidente también que de las interpretaciones puestas en circulación a raíz de los acontecimientos sólo dos subsisten con cierta posible validez. Una, la del dueño de la casa, que reconoció a la compañera del mayor por las fotos de la Prensa, y otra que atribuye la denuncia a alguien de la vecina localidad de Fornos, donde Filomena Joana iba a hacer semanalmente sus compras. Hipótesis igualmente viable: tras la Revolución del 25 de abril los ficheros de la Pide revelaron la existencia en aquel lugar de dos confidentes efectivos y de un afiliado a la Legión Portuguesa, organización que colaboraba estrechamente con la Policía Política. *(N. del A.).* <<

[5] *Van Niel*, y no *Vanilo*. La madre de Mena, fallecida ya, era hija de comerciantes sudafricanos (corrección, a lápiz, del inspector Otero). < <

[6] Guardia Nacional Republicana, policía rural. *(N. del T.).* < <

[7] Militantes de la Legión Portuguesa, milicia salazarista. *(N. del T.)*. < <

[8] Maltês Soares, el «famoso Maltês», como le llama Otelo Saraiva de Carvalho en *Alvorada em Abril*. Era comandante de la policía de choque, conocido por sus exhibiciones de terror en las calles de Lisboa y con una incondicional sumisión a la Pide. Otelo dice que se presentó servilmente a las fuerzas libertadoras el día de la Revolución para regular el tráfico en la capital. < <

[9] Henrique Galvão, militar portugués antisalazarista, que se hizo famoso al organizar y dirigir el asalto y la ocupación del transatlántico portugués *Santa María*, en enero de 1961, al frente de un grupo de españoles y portugueses. *(N. del T.)*. < <

[10] «[…] A veces lo más deprimente es la ignorancia con que esos intelectuales tratan las cuestiones militares. Hace unos días, Fontenova, que en su vida ha leído una línea de Clausewitz, le llamó “un Shakespeare cuartelero que aprendió las cuatro reglas con las tablas de tiro”. Así, con toda desfachatez». (Del *Cuaderno* de Dantas C, descubierto en la Casa de la Vereda). < <

[11] «Entregué una cantidad, y sólo una vez: tres mil quinientos escudos, y lo hice por razones exclusivamente humanitarias y nunca por motivos políticos.» (Abogado Gama e Sá, ante el Tribunal, 9-11-1960). < <

[12] «El mayor del monóculo», posteriormente general Antonio de Spínola. < <

[13] Organización juvenil paramilitar del salazarismo. *(N. del T.)*. < <

[14] En español en el original. *(N. del T.)*. < <

[15] Algunos detalles permiten suponer que la denuncia haya sido forjada por la PJ, apoyándose en las confesiones de Mena. < <

[16] «Otra cosa que hay que evitar es el vicio de los análisis “inteligentes”. Hay momentos en que me da pena ver cómo los medrosos invocan la lógica para retardar la acción. Recuerdo siempre que Rommel decía que en el combate hay que decidirse entre el riesgo y la lógica». (Dantas C, *Cuaderno*). < <

[17] «Realmente, Hump está viviendo el terror con plenitud y doy mi palabra de que le envidio cuando le veo en el auge de la pasión y de la sensibilidad». (Jack London, *El lobo de mar*). < <

[18] Henrique Seixas, exguarda del campo de concentración de Tarrafal; José Soares da Fonseca, ministro, presidente del Consejo de Administración de la Compañía Colonial de Navegación y consejero de Salazar. < <

[19] Aquí, como en otras circunstancias descritas, debo al arquitecto Fontenova el esclarecimiento personal de varios hechos del proceso-crimen. En lo que se refiere al envío de la ropa y del dinero desde la casa de su madre supe, por ejemplo, que recurrió a esa solución por las razones apuntadas y también en previsión de un asalto de la policía a la Casa de la Vereda. El proyecto de abandonar al mayor vino más tarde, «cuando el comportamiento de Dantas se degradó hasta el punto de que hubiera sido calamitoso seguir con él». Fontenova Sarmento empezó entonces a preparar mentalmente un plan que sería puesto en práctica uno de los días en que Mena fuera a abastecerse al pueblo.

Se asentaba en dos condicionamientos fundamentales, este plan: primero, que la fuga habría de ser conjunta y que ni Mena ni el cabo habían de quedar a merced del mayor y, segundo, que las eventuales represalias en forma de denuncia de la llamada Lista Negra habrían de ser evitadas o anuladas. De acuerdo con estas determinantes, Mena, en vez de dirigirse de compras al pueblo de Fornos, iría a refugiarse a casa del padre Miguel Barahona, amigo de la infancia del arquitecto, donde, el mismo día, se le unirían él y el cabo. Desde allí establecerían contactos con los incluidos en la Lista Negra (cinco, en total) comunicándoles la posibilidad de que el mayor los denunciara. Eran gente totalmente ajena al Movimiento y, en principio, les sería fácil librarse de esa acusación. En principio, subrayó Fontenova Sarmento. Porque cabía la posibilidad de que alguno o algunos de ellos estuvieran comprometidos con otras organizaciones. El problema era ése. Mediante una denuncia sin fundamento, la Policía podía llegar fatalmente a áreas muy concretas y de una importancia que Fontenova estaba lejos de conocer. Eso fue suficiente para que desistieran del proyecto, concluyó. < <

[20] Cortesano del siglo XIII que, habiendo quebrantado un juramento, se presentó ante el rey llevando al pescuezo la cuerda de la horca. *(N. del T.)*. < <

[21] Casimiro Teles Monteiro, posteriormente uno de los asesinos del general Humberto Delgado. < <

[22] En 1669 se publicó en París un libro, *Lettres Portugaises traduites en François*, atribuidas a la monja portuguesa sor Mariana Alcoforado y dirigidas a un caballero francés, Chamilly, que estuvo de guarnición en Beja durante la guerra de Independencia de Portugal contra España. Las *Cartas de la monja portuguesa* son una obra maestra de la literatura erótica. *(N. del T.)*. <<

[23] Las presumibles vinculaciones de la víctima con la Pide eran evidentemente infundadas. Al contrario, hacía mucho tiempo ya que el mayor era sospechoso para la Pide, conforme se comprobó en sus archivos tras la Revolución del 25 de abril.

Como tantos militares que tuvieron destinos en la India Portuguesa, Dantas Castro había conocido allí a Casimiro Monteiro, que era entonces jefe de brigada de la Policía Especial encargada de la represión de los movimientos independentistas.

Monteiro, que era de sangre india, fue procesado después por cincuenta crímenes cometidos en servicio en el distrito de donde era natural (véase O *Caso Delgado*, por M. García y L. Mauricio). La pena le fue conmutada y entró en los cuadros de la Pide por influencia de los sectores ultra del *salazarismo*, en los que era conocido con el sobrenombre de Leopardo. El diario católico *A Voz de Chaves* (24.7.58) le organizó homenajes públicos presentándolo como «un gigante del Portugal contemporáneo y uno de los más dignos representantes de la raza lusa de todos los tiempos». < <

[24] Aparte de los textos del proceso, la reconstrucción de la Noche de los Generales se inspira en descripciones personales del arquitecto Fontenova Sarmento. Las constantes referencias del mayor a la corrupción de altas instancias militares incluidas en la novela se inspiraron en las siguientes fuentes:

- El miedo —Fernando Queiroga, *Portugal Oprimido*, ed. O Século, Lisboa, 1974; *Alvorada em Abril*, ed. Bertrand, Lisboa, 1977.
- El precio —Queiroga, *op. cit.: Memorias do Capitão*, de Sarmento Pimentel, ed. Felman Rego, Sao Paulo, 1962.
- La denuncia —*Documentos secretos da Pide*, por Nuno Vasco, ed. Bertrand, Lisboa, 1976; *Relatório Stohrer do III Reich* (in *Documents Secrets*, ed. Paul Dupont, París).

  General Galvão de Meló, posteriormente (1980) candidato a la Presidencia de la República. «Aquí hace tiempo apareció una carta que este líder escribió en 1962 a Salazar, relatando una conspiración contra el régimen fascista para la cual se fingía colaborar para mejor informar a Su Excelencia». Coronel Várela Gomes, entrevista al *Diario de Lisboa*, 1.9.1982.

La Carta a los Generales (Lopes da Silva, Beleza Ferraz, J. Botelho Moniz y Costa Macedo) fue publicada en *Missão em Portugal*, de Alvaro Lins, Río de Janeiro, 1963. < <

[25] En español en el original. *(N. del T.)*. < <

[26] El inspector adjunto José Aurélio Boim Falção era uno de los investigadores más conocidos de la Pide; Silvio da Costa Mortágua haría carrera en la Pide por la brutalidad de sus métodos. < <

[27] Dramaturgo portugués (1886-1961) de amplia aceptación popular. *(N. del T.)*. < <

[28] «Creo que el miedo es una forma dramática de soledad. Una forma límite también, porque corresponde a la ruptura del equilibrio con aquello que le es exterior. Pero lo peor es que esa ruptura acaba por crear una lógica de defensa, yo al menos me di cuenta de eso, la lógica del miedo va estableciendo ciertas relaciones alienadas de valores hasta un punto en que se siente que el miedo se vuelve asesino.» (Arq. Fontenova, en conversación con el autor, verano de 1980). < <

[29] Médico e investigador que, tras su muerte, se convirtió en ídolo de los espiritistas. *(N. del T.)*. < <

Table of Contents

- Balada de la playa de los perros
  - La investigación 7 de mayo de 1960
    - Uno
      - Nadie le llama Fosas
      - La casa, el cubil
      - El relato del albañil
      - Máscaras y figurines
      - Tête-à-tête con un peluquín
      - Oh Elvas, oh Elvas
    - Dos
    - Tres
      - Bernardino Barroca
      - Diario da Manhã
      - Baúl de los residuos: diversos
      - Bazar ortopédico
      - Amigo y doctor
    - Cuatro
      - A quien interesaba prolongar la muerte del mayor
      - Memento Mori
      - Elías, tarde y noche
    - Cinco
      - El diablo en el ascensor
      - El dedo en llamas
      - Hasta las moscas largan el vuelo
      - Anochecer
      - Le dio un febrón de caballo
      - El palacio sin puerta
      - Testimonio de una pollera, propietaria y cristiana
      - Por la tarde, en el mismo día
      - Altos muros amarillos
    - Seis
      - Los ratones
      - La noche de los Generales
      - Madres, a los burdeles
      - Al finalizar el día, 22.30 horas
      - Elías: el sueño
      - Súbitamente en la madrugada
  - La reconstrucción
    - Los lugares I
    - Los lugares II
    - Acción
    - Ahora, el post mortem
  - Nota final
- Autor
- Notas